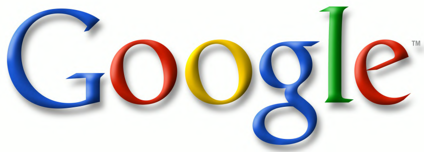





VE RI
TAS

LA SOCIEDAD.

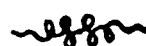


REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA
Y LITERARIA.

TOMO PRIMERO.


VE RI
TAS

LA SOCIEDAD.



REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA Y LITERARIA.

TOMO PRIMERO.

LA SOCIEDAD.

REVISTA

RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA

Y LITERARIA.

POR

D. JAIME BALMES,

PRESBÍTERO.

TERCERA EDICION.

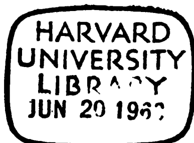
BARCELONA.

IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA,

CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, 17.

1867.




HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
JUN 20 196?

PROSPECTO.

En la sociedad de nuestros padres dominaba la fe, en la nuestra prevalece la razon: en aquella, era la religion cual la coluna de fuego que guiaba á los israelitas en la oscuridad de la noche; en esta, es como el misterioso blandon que despide sus tranquilos resplandores en el retiro del santuario. Antes, se construian magníficas iglesias, suntuosos monasterios, ahora gigantescas fábricas; antes, se levantaban altísimas torres para el sonoroso tañido, anuncio del sacrificio y de la plegaria, ahora se encumbran á porfía negros caños que arrojan bocanadas de humo. No aceptamos todo lo nuevo, pero tampoco pretendemos evocar todo lo antiguo: que á pesar de nuestros clamores, no se alzaria de su tumba Pedro el Ermitaño, con sus legiones de cruzados.

La sociedad actual dice: «la inteligencia es mi guia, la ley mi regla, mi fin el goce;» nosotros tomamos por guia la inteligencia, pero en ella comprendemos la fe, porque la fe es tambien una inteligencia sublime; deseamos por regla la ley, pero colocamos en primera línea la eterna, y miramos como dechado de leyes la moral del Evangelio; ponemos el fin en un goce, no limitándole empero á la esfera temporal, sino extendiéndole á los inefables destinos del alma mas allá del sepulcro. ¿Quereis que hundamos en el polvo esa frente que mira al cielo? ¿que se disipe cual liviano soplo ese espíritu que no cabe en el tiempo, esa mente que abarca el mundo? Nó, no acaba todo aquí. El porvenir de la humanidad se

extiende mas allá de la tierra. Ved lo que os significan esas generaciones que pasan y desaparecen; ved lo que es para ellas esa tierra, donde solo un momento plantan sus tiendas, como la caravana del árabe su flotante pabellon en las arenas del desierto.

El cristianismo es para nosotros el manantial de la verdadera civilizacion; y no considerado como un simple pensamiento filosófico, ó como una religion encomendada á los caprichos del espíritu del hombre, sino tal como Dios le fundó, y se conserva en la Iglesia católica. Rechazamos la idea de que el catolicismo no baste á satisfacer las nuevas necesidades de los pueblos, y de que semejante á las instituciones humanas, haya de sufrir una trasformacion radical, conservando su fondo verdadero, y dejando sus gastadas envolturas. La religion cristiana no es hoy un deforme gusano, que con el tiempo deba trocarse en pintada mariposa. Permaneciendo la misma, se adapta á la diversidad de las épocas, y produce variados efectos: el mismo sol que alumbrando hórridas montañas las puebla de robustas encinas, brillando sobre climas mas apacibles, los embellece con vistosos frutales, y los recrea con delicados perfumes.

Hé aquí los principios de que partimos, el punto al cual nos enderezamos, y el camino que nos proponemos seguir. No olvidaremos las aplicaciones á nuestra patria; que vanas son las doctrinas si de ellas no se saca algun provecho. Diferentes partidos bregan contra la deshecha tormenta; cada cual señalando distinta orilla, clama alborozado: *Italiam, Italiam*; á unos y á otros les diremos, que en nuestro concepto, la Italia no está allí.

Barcelona 15 de febrero de 1843.

(Número de la Revista correspondiente
á 1.° de marzo de 1843.)

SITUACION DE ESPAÑA.

Sobre la negrura de la atmósfera tempestuosa donde retumba el trueno y serpea el rayo, hay una region serena y apacible iluminada por los resplandores del astro del dia; así sobre la política de las pasiones está la política de la razon; sobre los intereses particulares y de momento, los generales y duraderos; sobre la insidiosa mala fe, el candor de la sincera verdad. La voz de esta, apenas se oye en España, hace ya largos años; lo mismo que pasa á nuestros ojos no nos es permitido verlo como es en sí; se ponderan y exageran sin mesura, el bien como el mal; este desventurado país se ha convertido en sangrienta liza donde se pelea sin piedad, ora echando mano de la fuerza, ora tendiendo malignas asechanzas. Los combatientes están interesados en desfigurar la situacion propia y la de sus adversarios; á propósito levantan polvareda para ofuscarse recíprocamente la vista, y oscurecer la de los espectadores. ¿Quién fué capaz de formarse ideas justas y cabales sobre el partido y la causa de D. Cárlos ateniéndose

periódicos favorables á la Reina? ¿Y quién, al contrario, pudo conocer los elementos que se combinaron en pro de la hija de Fernando, guiándose por la opinion de la *Gaceta* de Oñate? En la encarnizada lucha trabada posteriormente entre las fracciones del partido liberal, ¿cómo será dable encontrar la verdad en medio de tan acaloradas disputas, de tanta gritería, baldones y denuestos?

Pensamiento desconsolador, y que lo es todavía mucho mas cuando contemplamos el calor excesivo que en la actualidad van tomando las pasiones; sin embargo de no hallarse en la arena partidos que, como es bien sabido, cuentan en sus filas crecido número de prosélitos: hablamos de los que prefieren la monarquía pura, ó tal como la ensayara Zea Bermudez, apellidada el *despotismo ilustrado*, ó tal como la deseaban los que siguieron la bandera de D. Cárlos. Estos dos últimos partidos, se nos dirá, son insignificantes, están ya fuera de combate, son tan impotentes y nulos, que ni en ellos deben pensar siquiera los que militan bajo las nuevas enseñas. No sostendremos altercado sobre la exactitud de la observacion contenida en esta réplica; haremos notar sin embargo, que los primeros encuentran naturalmente simpatías en no pocos gobiernos europeos, fundados en el mismo principio y que se arreglan por la misma pauta; y en cuanto á los segundos, esa impotencia, esa nulidad, tenian hace tres años una expresion que algo significa: numerosas bandas en casi todas las provincias del reino, y además un ejército de 15,000 hombres en Cataluña, otro de 25,000 en el bajo Aragon, y otro de 40,000 en el Norte. ¿Así hemos perdido la memoria que no recordemos al conde de España haciendo frente al baron de Meer, Cabrera á O'Donnell, Maroto á Espartero?

Fáltale á la España el conocimiento de la verdad sobre sí misma; y en las actuales circunstancias este conocimiento le es vital. La verdad es la vida de las sociedades; si es ejecutada, no importa tanto el que no sea conocida; un hombre sano disfruta de su salud sin advertirlo siquie-

ra; pero si esa ejecucion no existe, el conocimiento es indispensable; para aplicar el remedio es necesario no ignorar el mal. Cuando las sociedades se gobiernan tradicionalmente, cuando lo que en ellas prevalece no es la reflexion y la razon, sino el tino y el sentido comun que continuan conservando lo que hallan establecido, entonces pueden pasar sin explícito conocimiento de la verdadera situacion y de las condiciones de su existencia; pero cuando destruido lo antiguo es menester edificar de nuevo, cuando las leyes secundarias y hasta la fundamental se han cambiado profundamente, cuando ni unas ni otras por perfectas que se supongan, no tienen sin embargo la ventaja de haber pasado por el crisol del tiempo, entonces se han condenado ellas mismas á una vida de continua reflexion sobre sí propias, como el hombre que abandona el modesto patrimonio de sus padres, para andar, con atrevidas especulaciones, en busca de mejor fortuna.

Bonald ha dicho: «despues de la revolucion francesa le falta á Europa otro escarmiento; desgraciado el pueblo destinado á dárselo.» Este ha sido la España; así el pueblo mas monárquico de Europa, expia mas cruelmente los excesos de la democracia. ¿Qué interés han podido tener los monarcas del Norte en contemplar con tamaña frialdad nuestros infortunios? quizás el de escarmentar á sus súbditos con el ejemplo de nuestra desventura. La revolucion francesa podia ser temible; la nuestra nó: allí era Orestes agitado por las furias, blandiendo á diestra y á siniestra el puñal parricida; aquí es un hombre que pálido y convulso se agita entre agudos dolores, despues que le han propinado el tósigo funesto. Este ejemplo no es contagioso: los espartanos hacian embriagar á un esclavo, y lo exponian á la vista de sus hijos para hacerles cobrar horror á la embriaguez.

En los bandos que se disputan la arena hay hombres distinguidos: ¿quién lo duda? los hay de buena fe; ¿quién lo niega? pero que son impotentes, ¿quién no lo palpa? Se achacan unos á otros la culpa, se echan en cara flaquezas,

imprevision, mala voluntad, y hasta traicion y alevosía. Vencieron, y no disfrutan de la victoria; en el festin del triunfo hallaron el lecho de tormento. Allí yacen ellos; con ellos la nacion.

¿Dónde está esa felicidad que tan pomposamente prometierais? «Mediaron, direis, obstáculos insuperables;» pero, bien podremos replicar á los unos, ¿por qué los creasteis? y á los otros ¿por qué no los prevenisteis? «Nosotros no previmos,» insistirán los primeros. «Nosotros no pudimos,» añadirán los segundos: sea así, sírvaos esto de excusa á los ojos de la posteridad, si por excusa quereis la ceguedad y la impotencia.

Al notar que la nave zozobra, todos demandan el áncora que despreciaron como inútil en el momento de darse á la vela. «La ley, exclaman, la ley ha de ser nuestra divisa salvadora: la ley ha dejado de imperar: de aquí dimanan nuestros males, solo ella podrá remediarlos.» ¿Dónde está la ley? ¿Qué habeis hecho de ella? ¿Ahora, solo ahora advertís que la ley falta, que la fuerza decide, que gobierna, que amenaza señorear el porvenir, cuando hace diez años que campea por nuestro desventurado país? ¿Pensais que la fuerza existe tan solo en los campos de batalla, y que es mas real y verdadera, y ejerce accion mas eficaz y dañosa, cuando se expresa por el clarin del combate y el estampido del cañon, que cuando se desahoga en gritos amenazadores ó murmura con exigente descontento? ¿Os quejais de que falta la nacionalidad? ¿Cuándo la ha habido desde 1833? ¿Qué persona, qué partido desde aquella época pudieron decir con verdad, la nacion soy yo? Os lamentais de que las cuestiones de interés general se resuelven con miras de conservacion en el poder, y que por lo mismo se degrada nuestra dignidad; pero ¿creeis que esta política sea del todo nueva? ¿pensais que se verifica otra cosa que la exageracion de un principio, y que lo que estamos presenciando es mas que el término de una degeneracion comenzada mucho antes? Gobiernos anteriores entraron en senderos peligrosos, en pendientes rápidas;

principió el descenso, y la velocidad de los cuerpos que bajan aumenta sin cesar. Perdiéronse de vista los verdaderos principios de gobierno, se adulteraron; y los gobiernos que se han sucedido, han continuado degenerando; que en tiempo de revolucion se verifica de ellos muy rápidamente el *mox daturos progeniem vitiosiorem: de nosotros saldrán hijos peores.*

A nadie designamos; no culpamos á nadie: solo hacemos notar los hechos como nos los ofrece la misma experiencia. Compadecémonos de la suerte de los hombres que con leales intenciones hayan tenido que hacer frente á circunstancias terribles; no seremos nosotros quienes los juzguemos sin los debidos miramientos; pero la verdad, la inexorable verdad, ¿nos permite acaso hacer traicion á nuestras convicciones?

Cuando la reina Cristina encargada del gobierno durante la enfermedad de su esposo expidió el decreto de amnistía, se inauguró la nueva época, que no ha terminado aun; en la apariencia no era mas que una amnistía, en la realidad era un cambio de política. Nadie necesitó explicaciones para entenderlo así; sintióse un sacudimiento instantáneo, vivo, como se experimenta en el momento de recibir la accion del flúido eléctrico. Cuales debian ser las consecuencias de esta medida, no todos lo preveian; y menos quizás que nadie, la augusta señora que la habia firmado; pero en confuso, instintivamente, se percibia un nuevo porvenir, segun unos, de halagüeñas esperanzas, segun otros, de tormentas y calamidades.

Con aquel decreto, y no se escandalicen ciertos lectores de lo que vamos á decir, y no juzguen del sentido de nuestras palabras antes de haberlas leido por entero, con aquel decreto, repetimos, comenzó la política que resuelve las cuestiones de interés nacional en vista del interés del momento, y con miras de conservacion de un poder; en la amnistía pudo tener tanta parte como se quiera, la magnánima generosidad de la augusta esposa de Fernando; pero en el fondo, en los designios de los que aconsejaron

semejante paso, fué un contrato tácito con el partido liberal: te apoyo para que me sostengas: *do ut des*. Así lo entendieron los amnistiados, así lo indicaban las circunstancias, así lo han mostrado los sucesos. El manifiesto de Zea Bermudez, despues de la muerte del Rey, fué una tentativa para rescindir el pacto; las exposiciones de dos generales célebres fueron la voz que reclamaba imperiosamente el cumplimiento de lo pactado: el Estatuto apareció.

En la prensa y en la tribuna resonaron los gritos de *no basta:* en mayo del año 35 el autor del Estatuto se veia asaltado por los puñales de los asesinos á las puertas del Estamento; en agosto habia levantamientos y juntas en muchos puntos del reino; en setiembre cae el conde de Toreno, la Reina cede, el Estatuto es declarado insuficiente; su modificacion es prometida. A pocos meses, cuando se acerca la hora del cumplimiento, las consecuencias de la promesa espantan; se intenta neutralizarlas; se nombra el ministerio Isturiz; y en agosto de 1836 se fuerzan las puertas del Palacio, el motin penetra hasta la estancia de la Majestad, se publica la Constitucion de 1812, y un general celebrado poco antes por la parte que le cupiera en el establecimiento de las libertades públicas, muere desastrosamente á manos de la aleve ingratitud.

Convócanse las Córtes constituyentes: concluidos sus trabajos pasa el ejército por Madrid; las sillas del ministerio tiemblan al ruido de los tambores y de las armas: desde Aravaca se le dirige una mirada de desagrado; el ministerio cae.

Las órdenes del ejército, las negociaciones apremiadoras, las mudanzas de personas y sistemas, los famosos comunicados, las renuncias, los manifiestos, los pronunciamientos, se fueron eslabonando con terrible consecuencia; el drama tocaba al fin de una de sus principales escenas: érase á mediados de octubre de 1840; alejábase tristemente de las costas de Valencia una vela que se enderezaba á las playas extranjeras: la augusta señora que

años antes abriera las puertas de la patria á millares de proscritos, estaba proscrita.

¿Dónde está la ley? repetiremos aquí; ¿dónde la encontrais en todos los grandes cambios ocurridos desde 1833? Dirigid por todas partes vuestras miradas, no la descubrireis; se os mostrará su palacio, la fuerza guarda sus puertas; penetrad en él, la ley está adentro; pero es un cuerpo exánime; en su nombre se practica lo que ella no dice: así en nombre de un rey que espiró, ejecutan sus caprichos los atrevidos mandarines que afectan ser instrumentos de la voluntad soberana, cuando solo poseen y ocultan el cadáver del monarca.

Esta es la condicion de las revoluciones: su objeto es derribar lo existente por injusto, sustituir unas leyes á otras leyes, unas instituciones á otras instituciones; la reforma lo hace por medios legales, la revolucion por la fuerza; la influencia directa ó indirecta de la fuerza en la resolucion de las cuestiones públicas, es la infalible señal de que ha principiado la revolucion. Comenzado el drama, necesario es que continue: solo puede caber la duda sobre la duracion de los actos, lo terrible de las escenas y lo trágico del desenlace.

En las revoluciones se asienta por principio que el *antiguo órden legal es ilegítimo*, por estar en oposicion con el interés del pueblo que es la *suprema ley*. Mas ó menos explícitamente se proclama este principio, cuando se entra en un nuevo órden de cosas saltando por encima de las formas establecidas; no importa que quien dé el paso sea el pueblo ó el monarca, qué quien hace la aplicacion sea el consejo de un rey ó una asamblea popular. Pedidles á los consejeros de Cristina al publicar el Estatuto, pedídselo á los tribunos de las Córtes constituyentes; ¿por qué principios se dirigen? os hablarán de las necesidades de la época, de la precision de satisfacerlas: los primeros os recordarán quizás las antiguas leyes fundamentales; los segundos replicarán tambien que la Constitucion de 1812, en cuya fuerza están reunidas, fué tambien dada á los es-

pañoles, como una restauracion de las mismas leyes. El fondo de las cosas es el mismo: ni siquiera se diferencian en el velo que las cubre; solo que en aquel caso es una reina quien lo tiende, en el último es el pueblo.

Desde el momento que se ha dejado el camino de la legalidad para seguir el de la conveniencia, quedan sustituidas á la ley la voluntad y la discrecion del hombre, y flaquea por su base todo el sistema social, que toma por blanco de sus esfuerzos apartar del gobierno de la sociedad, en cuanto sea posible, todo lo que sea puramente discrecional y arbitrario. Los acontecimientos van entonces siguiendo su curso inevitable: el torrente se despeña de abismo en abismo, hasta que encontrando una llanura, entra de nuevo en el hondo cauce, y continua en sosegada carrera.

Se imaginan algunos que la mayoría de la Reina allanará todas las dificultades y hará desaparecer como por encanto todas las complicaciones que están enmarañando nuestra situacion. «Colocada, dicen ellos, en manos de la Reina la direccion del gobierno; libres ya de interinidades, y exentos del mal siempre grave, de empuñar las riendas del mando personas que solo le ejercen temporalmente, saldremos de una vez de tanto desasosiego y zozobra, cesará la incertidumbre, se verá mas claro el porvenir, y añadiéndose el casamiento de S. M. con algun príncipe que traiga consigo garantías de órden, de paz y de conciliacion, veremos como se reunen en rededor del trono los españoles de todas las opiniones, se echará un velo á las pasadas discordias, se afianzarán las instituciones ahora vacilantes, se añudará la amistad con las potencias del Norte, y ocupando de nuevo la España el lugar que en Europa le corresponde, asistiremos á la apertura de una nueva era de prosperidad y bienandanza.»

Estamos de acuerdo en que el advenimiento de la mayor edad de la Reina es un acontecimiento feliz que no podrá menos de mejorar la situacion; convenimos en que la prolongacion de la minoría de S. M. seria una calamidad na-

cional cuyas fatales consecuencias no se pueden calcular; opinamos que entonces se presentará una excelente oportunidad para comenzar una nueva era, una de aquellas dichosas coyunturas que distintas veces se han ofrecido y otras tantas se han desaprovechado, cuando no empleado para agravar los males de la nacion; no dudamos que si la Providencia le deparase á la jóven soberana, consejeros atinados, previsores, y dotados sobre todo de sana intencion y de la suficiente superioridad para elevarse á la altura que reclamará lo crítico de las circunstancias, no fuera imposible el cerrar la sima de las revoluciones y el llevar la nacion por el buen camino á que de propio impulso se abalanza; pero estamos tan escarmentados, son tantas las esperanzas que repetidas veces se han disipado, que no es extraño si al concebirlas halagüeñas para un determinado tiempo, ocurren al espíritu consideraciones tristes, que vengan, no diremos á desvanecerlas, pero sí á enturbiarlas.

¿Y quién es capaz de asegurar que los sucesos se realizarán tales como algunos los pronostican? ¿quién es capaz de decir que nuestra complicadísima situacion se desenmarañará tan tranquilamente, por solo el advenimiento de la mayor edad de la Reina? Dejemos aparte la gravísima cuestion ventilada ya en la prensa periódica, hagamos completa abstraccion de la situacion enteramente nueva en que por semejante suceso nos encontraríamos colocados, prescindamos de cuanto se roce con determinadas personas, y no consideremos mas que el conjunto de las cosas con su complicacion, con su complexidad: ¿créese por ventura que tan fácilmente abandonarán el campo de la política las ambiciones rivales, los intereses encontrados, pudiendo todos contar con poderosos medios de accion y de influencia? Difícil nos parece; y por mas grande que sea nuestra confianza en la sensatez de la nacion española, por mas seguros que estemos de la fuerza del sentimiento monárquico en España y de los admirables efectos que está destinado á producir, todavía nos queda la

duda de que el mero hecho de llegar á los catorce años la augusta niña, haya de traer consigo resultados tan decisivos y satisfactorios.

El casamiento de la Reina es otro de los sucesos en que se fijan todas las miradas y en que se fundan grandes esperanzas: y necesario es confesar que segun como se verifique ese importante acontecimiento podrá acarrearnos muchos beneficios y contribuir poderosamente á desenredar la situacion, conduciendo los negocios á feliz desenlace. Pero ¿cuándo se verificará ese casamiento? ¿Con quién? ¿Prevalecerá la política inglesa ó la francesa? ¿Qué parte tomarán en el negocio las potencias del Norte? ¿Hasta qué punto se pondrán de acuerdo con la Francia, ó la Inglaterra, ó con ambas? El marido de la Reina ¿qué política ha de representar? Hé aquí un conjunto de cuestiones todas graves, importantes, vitales, y que sin embargo están oscuras, envueltas con cien velos, sin que ahora sea dable aventurar una conjetura con alguna probabilidad de acierto. Pocos negocios pueden ofrecerse de mayor interés y trascendencia para la nacion; pocos tan íntima é inmediatamente enlazados con la resolucion de los grandes problemas que miramos pendientes; pocos sin embargo en que la prensa periódica haya entrado menos de lleno. Una que otra vez se han adelantado algunas indicaciones, y hasta se han escrito discursos; pero considerada la cuestion en todo su grandor, en su espinosa complexidad, la polémica está intacta. Ni aplaudimos ni censuramos esta conducta: solo la consignamos aquí, como un indicio de la gravedad del negocio, pues que en campo de suyo tan abierto y libre, se le trata con tal circunspeccion y reserva.

Y no se crea que esto dimane del temor de arrostrar compromisos: otro asunto se ha presentado, y por cierto la prensa periódica no ha manifestado pusilanimidad: no solo no ha tratado con timidez la cuestion, pero ni siquiera ha querido admitirla: «esto no es cuestionable, ha dicho, la minoría de la Reina no debe ni puede prolongarse.»

Quiera el cielo que no salgan fallidas tantas esperanzas como se tienen fundadas en aquel dia, del cual ha bastado la idea de que pudiera aplazarse, para sembrar alarma tan viva y levantar un grito de reprobacion tan unánime. Tambien participamos de ellas: pero no nos es dado alimentarlas cual desearíamos, al considerar los acontecimientos que pueden acumularse antes, los que pueden presentarse en los momentos críticos, los que pueden sobrevenir despues.

Concebimos muy bien que la simple presencia de la jóven soberana al frente del gobierno podrá mas para imponer respeto á las pasiones y partidos, que la de otras personas sean cuales fueren sus calidades; reconocemos muy bien que esta falta nada puede suplirla; pero conociendo lo fausto del momento en que cese la minoría de Isabel, no alcanzamos á creer que con este dia nos haya de llegar el remedio de todos los males. Cuando nos figuramos á la jóven Reina en el acto de entrar en el ejercicio del mando, parécenos ver á una tierna niña empuñando el timon de una nave que brega en furiosa tormenta: á sus piés se abren á cada instante los abismos del Océano; sobre su cabeza brama la tempestad; la angustiada niña levanta sus ojos al cielo invocando á la *Estrella de los mares;* entonces unimos nuestros ruegos á sus ruegos, y recordando que hay un Dios amparador de la inocencia, tranquilízase un tanto nuestro espíritu sobre los destinos de la augusta nieta de San Fernando.—*J. B.*

LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD.

I.

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay tambien que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo pre-

sente; aquellos ensalzan lo que fué, estos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas; al fijar sus miradas en lo futuro, los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo dia.

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adan sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Eden; pero tampoco nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos, y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del buitre. En pos de horrorosa tormenta, el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto como en muchas otras cosas, hay no escasa exageracion de una y otra parte; y no acertamos á ver qué beneficios pueden resultar á la humanidad, ni de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasía el ardor de los unos, y se hiela la sangre á los otros; é impulsada la sociedad hácia puntos diferentes, pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusion de semejantes ideas, la falta de buena fe en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, mas bien esfuerzan un argumento, que no expresan una conviccion. Triste condicion de las ideas en la época actual, el verse convertidas en instrumento de intereses, careciendo así de la libertad de campear en el terreno de la discusion, con independencia é hidalguía. Si estos intereses, que toman á sueldo el pensamiento, fueran generales, se extendiesen á largo trecho de duracion, no limitándose á pequeño círculo de personas, ó á breve espacio de lugar y de tiempo, no seria el daño de tanta monta; y aun sucediera casi siempre, que el entendimiento luchando por ellos, no se apartaria de su natural objeto que es la verdad. Pero desgraciadamente acontece muy á

menudo lo contrario: las ideas se encuentran encerradas en un miserable recinto, y se agitan y revuelven en una atmósfera que las ahoga.

En la dilatada extension que han tomado las discusiones por medio de la prensa en Europa y América, complícanse á menudo en un mismo punto las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas, legales y administrativas; resueltas de una manera favorecen ó dañan á un partido, á un sistema, á una institucion, quizás á una persona, y esto basta para que se sepa de antemano cómo las resolverán las inteligencias militantes. Este es el efecto necesario de lo que se apellida *oposicion*, y que se ha pretendido legitimar á los ojos de la filosofía como elemento indispensable en los gobiernos representativos. Si se hubiese dicho que esto era un mal que no se podia evitar, y que no deja de producir bienes, compensando así los daños que acarrea, hubiéramos comprendido muy bien esta explicacion; y dado caso de no hallarla satisfactoria, al menos nos pareciera razonable. Pero léjos de que se entienda en este sentido, se da por muy legítimo, ó al menos se mira como excusable, el emplear el error como arma de oposicion, y el combatir la verdad misma, si con ella se escuda el adversario. Doctrina funesta así á la ciencia como á la moral; pues que despojada del falso aparato con que se la cubre no es mas que la canonizacion de la mala fe.

No desconocemos los beneficios traidos por la prensa; admiramos como el que mas ese conducto eléctrico, que en un momento comunica á un pueblo, á una nacion, al mundo, los pensamientos de un hombre; pero necesario es confesar que jamás se verificó un abuso como el que de este medio están haciendo las naciones civilizadas. La prensa es una nueva palabra, instantánea, general, duradera; y de ella sí que podria afirmarse lo que tan malignamente aplicaba Talleyrand á la oral, diciendo: que era concedida al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Todo se da por bueno si favorece, todo por malo si contraría: se juzga de una opinion, no por su verdad intrín-

seca, sino por su valor instrumental; hay una verdadera acepcion de doctrinas como la hay á veces de personas; así como en estas se arrumba el mérito para atender únicamente á la recomendacion que llevan, ó al interés ó afecto que inspiran, en aquellas se deja á un lado la verdad, y solo se mira el uso á que pueden servir. Es el principio utilitario aplicado á las ideas.

II.

Esta parcialidad se encuentra especialmente en las cuestiones sociales, políticas y administrativas, pero no están exentas de ella las demás, por tener á menudo puntos de contacto con las primeras. La nacion que en esta materia ha ofrecido el principal escándalo ha sido la Francia; escándalo tanto mas funesto, cuanto las escuelas francesas ejercen grande influjo, sobre todo en el mediodía de Europa. Las revoluciones religiosas y políticas de Alemania, de Inglaterra y demás países del Norte, acontecieron en épocas en que la prensa no habia tomado ni de mucho el vuelo que hoy; hallábase limitada á obras de alguna extension, y por consiguiente mas meditadas, y donde podian tener menos parte las pasiones del momento. Verdad es que los folletos no eran cosa desconocida, y que contribuyeron tambien á la exaltacion de las pasiones populares, y al favor de ciertas miras; pero la prensa no habia conocido la fuerza que podia adquirir con una accion continua. El periodismo propiamente dicho, no existia; faltaba por tanto el principal medio que ahora tiene la prensa de dirigir todas las grandes cuestiones é influir en todos los negocios.

La inteligencia por sí sola, no se habia erigido en poder; este no era considerado como legítimamente poseido, y mucho menos ejercido, si no estaba vinculado con determinado rango social, con alguna institucion respetable.

Así, los primeros ensayos del periodismo versaron sobre objetos científicos y literarios, y se ocuparon en la crítica de las obras que veian la luz pública. Los artículos de costumbres fueron un gran paso para acrecentar la accion é influencia de los periódicos: con la crítica de las costumbres, quedaban de hecho erigidos en censores de la sociedad; un paso mas, y se les venia á la mano la censura de la política.

Cuando la revolucion de 1789, la Europa habia sufrido ya el lento cambio, que preparaba el ascendiente de la inteligencia, considerada en sí misma, y con independencia de las clases é instituciones; por cuyo motivo, tan luego como se trabó la gigantesca lucha entre lo antiguo y lo nuevo, apareció cual uno de los principales contendientes la prensa periódica. Este ejemplo influyó naturalmente en el resto de Europa, y de América; particularmente en los países sometidos á un régimen de libertad política; y en Inglaterra y en los Estados Unidos tomó bien pronto el naciente fenómeno dimensiones colosales. En estos dos países, la discusion ha podido ejercitarse de otra manera que en Francia: la Francia era un país viejo en que se planteaba de repente un sistema nuevo; la sociedad de los Estados Unidos se levantó por su independencia y libertad, y despues de la victoria no se halló con opiniones encontradas, ni intereses en pugna; la Inglaterra era un país amaestrado ya en la dura escuela de las revoluciones, disfrutaba de un régimen nacido de ellas, y por lo mismo tenia mas embotada la susceptibilidad, y menos anhelo de mudanzas.

En la revolucion inglesa descollaba el fanatismo religioso, en la americana el sentimiento de independencia nacional, en la francesa preponderaba el filosofismo; estos caracteres no se han borrado todavía de la frente de estas naciones. En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificacion de todas las víctimas de la persecucion religiosa; la patria de Washington se

conmueve todavía al menor asomo de prepotencia de su antigua dominadora; en Francia encontrareis aun en la sociedad, en las cámaras, en el poder, personificada la filosofía en Lamennais, en Lamartine, en Cousin. En este último país, la filosofía ha dañado á la política, pero en cambio la política ha dañado á la filosofía: esta amalgama ha hecho que la política participase de la abstraccion teórica, y que la filosofía se resintiese de la mezquina estrechez de la práctica; los sistemas puramente ideales se apoderaron del gobierno, intereses de momento penetraron en la region de las ideas.

Hé aquí una de las diferencias características entre la Francia y la Alemania. En esta la política es eminentemente práctica y por tanto mas juiciosa; la filosofía es eminentemente abstracta y por lo mismo es mas concienzuda. Y adviértase que no decimos *sólida* ni *verdadera*, sino *concienzuda*; porque las opiniones mas extravagantes se profesan á veces con la mayor buena fe. Los filósofos alemanes no han cambiado las instituciones sociales y políticas de su país, no han pasado del bufete al ministerio, de la cátedra á la tribuna; encerrados en sus gabinetes, sedientos de una verdad que no han de encontrar porque la buscan donde no está, se entregaron á penosos estudios, á meditaciones profundas; allí pasaron sus dias, ofreciéndolos en holocausto á la ciencia. Kant no salió nunca de Konisberg. De los hombres que en Francia figuran en los primeros puestos del Estado no puede ciertamente decirse lo mismo. ¿Quién ignora lo que son ahora, y lo que eran antes de la revolucion de 1830, Cousin y Villemain, Thiers y Guizot? La revolucion debilitada por sus excesos y hasta por sus triunfos, y vencida en fin por la Santa Alianza en los años de 1814 y 1815, se disfrazó durante la restauracion con el manto de la filosofía; vino la nueva era de 1830; las cátedras quedaron desiertas, la revolucion no necesitaba su disfraz, quitóse la máscara, tiró su manto. En cierta época, M. Cousin que despues ha sido ministro *conservador*, rodeado de sus discípulos les leia en misterioso

secreto las páginas de los periódicos de la revolucion, cual otro Sócrates bebió la cicuta; para palpar la diferencia no habiamos menester que el filósofo francés tuviese la singular humorada de hacer, como hizo, la apología de los jueces del filósofo griego.

Hubo un tiempo en que el genio andaba con mucha frecuencia hermanado con la desdicha y la pobreza: Horacio y Virgilio necesitaron un Mecenas; Cervantes y Shakspeare vivieron y murieron pobres; Tasso sufrió la miseria; Camoens mendigaba su sustento. Esto era una injusticia social; pero bajo cierto aspecto producia un gran bien; el camino de la inmortalidad no era paralelo con el de las riquezas y de la ambicion; la ciencia era un medio mal seguro para amontonar tesoros ó escalar encumbrados puestos; y por esto mismo era mas sólida, mas grave, mas paciente, y sobre todo mas cándida y sincera.

III.

Si la codicia y la ambicion contaminan las ciencias, el febril ardor de la atmósfera en que viven los hombres de la presente época, las malea y extravia. Hasta los corazones bien nacidos, hasta aquellos hombres de conviccion firme, intencion recta, y expresion osada é independiente, es casi imposible que no se resientan de las pasiones de su tiempo, como el viviente del elemento en que respira. Antes, no solo estaban la sociedad y la política separadas de la ciencia, sino que la misma ciencia se hallaba distribuida en distintas clases que no se rozaban, que moraban en regiones totalmente diferentes. ¿Qué tenian que ver con la jurisprudencia las ciencias naturales, ni la poesía con la organizacion social y política de los pueblos? En la actualidad todo se toca, cuando no se confunde; los conocimientos han de ser universales; una obra completa sobre una ciencia particular es poco menos que una enciclo-

pedia. Los filósofos se elevan á la cumbre del gobierno, los comerciantes llegan á ser hombres de Estado, los médicos y los naturalistas tratan de metafísica, de moral, de religion, y los defensores de la religion y de la moral han de abarcarlo todo, porque se los interroga ó ataca en todas materias y bajo todos los aspecto.

La intervencion popular en todo linaje de negocios, se ha hecho efectiva, bajo los gobiernos libres, como bajo los absolutos. Todos nos ocupamos de todo; de palabra ó por escrito, pública ó privadamente, todo se ventila, se somete á discusion, se aplaude ó censura; y la influencia que de esta intervencion resulta, podrá ser mas ó menos directa, mas ó menos pronta, mas ó menos visible, pero siempre es eficaz.

Uno de los caracteres distintivos de los escritos de nuestra época es que el autor se manifiesta ocupado, si no afectado, de los objetos que le rodean. Quizás no se haya reparado bastante en esta particularidad, y así no será fuera del caso hacerla sensible, aclarando la observacion por medio de un cotejo. Recorred las obras de los siglos anteriores, aun de los mas agitados y turbulentos: y vereis que los autores escriben con una calma envidiable, con una abstraccion incomprensible. Será tal vez durante las guerras entre los señores y los comunes, entre el feudalismo y la monarquía, y sin embargo los escritos llevan el sello de la tranquilidad mas sosegada. No parece sino que el autor se trasladó á un desierto, y que nada sabia de lo que en el mundo pasaba. Mientras arde el país en vivas discordias y se derrama á torrentes la sangre, ellos hablan calmosamente de política, y van á buscar las razones de los hechos en las sociedades griega y romana. ¿Era miedo? ciertamente que nó; pues en las crónicas nos refieren lo que está sucediendo, y no hay motivo para callar en un caso lo que expresan en otro. Además, que antes de la invencion de la imprenta los escritos no alcanzaban tan fácilmente publicidad, y muchos de los que actualmente disfrutamos, quizás á ello no los destinaba el autor. Es-

tas razones no militan para despues de la invencion de la imprenta, en cuyo tiempo se verifica tambien en cierto modo el mismo fenómeno; pero tampoco es posible atribuir á miramientos ó temor lo poco que se fijan los autores sobre lo que en su alrededor acontece. En una obra publicada en Alemania podíase decir de la Italia todo lo que se quisiese; y ni Isabel de Inglaterra, ni Felipe II de España, se hubieran cuidado mucho de lo que se dijera en su reino sobre la organizacion social y política de los pueblos gobernados por el odiado rival.

La causa pues de la diferencia que estamos indicando, consiste en el espíritu de los tiempos, en que á la sazon se estudiaban los libros, y nó la sociedad. Esta es ahora como una escena que se ejecutara en un salon cubierto de grandes espejos: todos los actores tienen doble atencion directa sobre lo que ejecutan, refleja sobre la misma ejecucion reproducida en el espejo. La observacion contínua del hombre y de la sociedad, en todas sus partes, bajo todos aspectos, en todas sus relaciones, hé aqui la señal característica del espíritu humano en este siglo. La poesía, la literatura, la historia, las mismas ciencias naturales y exactas, las metafísicas, las religiosas y morales, todo se endereza á este punto, todo converge hácia él, por distinto que sea el objeto inmediato.

Esto seria un bien de alta importancia, si las convicciones fuesen mas frecuentes y robustas; porque el espíritu hallándose afectado mas vivamente, se expresaria con mayor entonacion, empleando un acento mas alto y penetrante; pero desgraciadamente el escepticismo ha hecho estragos hasta en las materias mas graves y trascendentales; y un entendimiento escéptico, es inseparable compañero de un corazon seco. ¿Qué importa la sensibilidad mas ó menos delicada con que pueda haber favorecido la naturaleza? Dejad que algunos desengaños hayan venido á marchitar las ilusiones, bien pronto vereis que desaparece esa sensibilidad natural, como de un frasco vacío, y expuesto al aire, se escapan los restos del delicioso aroma.

IV.

Comparando nuestro siglo con los precedentes, se echa de ver: que antes las facultades del espíritu humano se ejercitaban y desarrollaban aisladamente; ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quien se entregaba á la imaginacion, quien á los sentimientos, quien cultivaba la razon, quien la memoria; pero acontecia con mucha frecuencia, que el hombre ocupado en uno de estos objetos, conocia apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos, eran clases que tenian entre sí poco contacto; y no se habia creado esa homogeneidad, que asemeja, en cuanto es posible, á todos los hombres de alguna ilustracion. En la actualidad, se piensa sintiendo, se siente pensando, se amontona erudicion, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofía, pero se la siembra de erudicion; el poeta razona como un filósofo; el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito; y este á su vez, suelta cuando le viene en gana el fárrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con narraciones de novelista, con observaciones filosóficas, ó con los armónicos acentos de un vate.

Lo que se verifica entre hombres formados, desciende tambien á los rudimentos de la educacion: un niño aprende de una vez muchas cosas; y léjos de limitarse al catecismo y al latin, estudia la geografía, la historia, la literatura, la poesía, la ideología, y recibe noticias de todo en diminutas enciclopedias.

En ningun país del mundo se puede notar mejor esta diferencia que en España. En los demás, el mundo antiguo ha desaparecido mucho tiempo há, pero entre nosotros es tan reciente su destruccion, y se conservan todavía tantos de sus restos, que es muy fácil hacer este cotejo. Para convencerse de esto es necesario salir de la region de los escritores, y descender á la sociedad; porque muchos de

los que escriben, ó han recibido ya en un principio educacion é instruccion á la manera del siglo, ó conocedores de las necesidades de la época, han cuidado de procurarse conocimientos que los elevasen al conveniente nivel, y se han acomodado á las nuevas formas, que mas ó menos convenientes, se han hecho no obstante indispensables.

Cuando se compara el mundo antiguo con el nuevo, no es menester, como algunos creerian quizás, ceñirse á los hombres de cierta edad, instituyendo la comparacion entre ancianos y jóvenes. Lo nuevo y lo antiguo han marchado paralelos entre nosotros por espacio de medio siglo, con las alternativas de clandestinidad á que recíprocamente se han condenado, segun andaran los respectivos tiempos y fortunas: y así es que se han formado crecido número de hombres en una y otra escuela, que ahora se encuentran cara á cara, y que así se entienden entre sí, como allá en los siglos medios entenderse pudieran árabes y germanos.

La fijeza de principios, la unidad de miras, caracterizan á los alumnos de la escuela antigua; la vaguedad de estas, y la movilidad de aquellos, distinguen á los de la escuela moderna: en los unos prevalecen y dominan las creencias religiosas, las máximas morales; en los otros preponderan los intereses materiales, el gusto por una civilizacion brillante y seductora, la tendencia á cierto progreso social, vago, indefinido, de que ellos mismos no alcanzan á darse razon. Los primeros se señalan por un raciocinio severo, pero seco; los segundos por una exposicion oratoria, pero inexacta. Aquellos no comprenden la sociedad nueva, estos en cambio no conocen la antigua; son pueblos que han plantado sus tiendas en un mismo país, pero que hablan distinta lengua, vienen de regiones diferentes, y se encaminan á region diferente tambien. ¡Dichosos los hombres que conociendo la lengua de ambos, puedan mantener relaciones leales con unos y otros, sirviéndoles primero de intérpretes y luego de conciliadores!

Los que pertenecen á la escuela antigua, están en pose-

sion de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna se han apoderado del movimiento del siglo: ¿por qué no podrian entenderse y avenirse? Ni cabe transaccion en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es por ventura la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado á un movimiento incesante, á pesar de hallarse sometido á leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo, no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliacion, que es á no dudarlo una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfaccion presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede sin embargo obtenerse á fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo de buena fe. Mas ó menos, el problema está por resolver en todos los países civilizados; pero en España, es urgente, apremiador, porque no solo se refiere al porvenir como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situacion actual, se enlaza con los demás de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente no es mas que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusion de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias, procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado, que se pugna lealmente por la causa de la verdad, que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse en hora buena los sanos principios con aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonacion que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignacion de un pecho herido por el descaro

de la mentira ó la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusion de nuestra alma, porque sabemos que el corazon se ha dado al hombre para sentir, y que la religion y la razon declaran santa una indignacion que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos porque tenemos fe en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco, que la vehemencia no es el insulto, que la indignacion no es la rabia; que una protesta enérgica é hidalga, no es el repugnante aullido de ciega desesperacion. Solo á los débiles que en ella se agitan con impotente cólera, les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razon de su parte, pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazon protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: «mi hora sonará.»

La verdad y la justicia no han menester armas ignobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio seno llevan la seguridad del triunfo, su mas bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañeis su lustre, escoltándolas con indigno cortejo; no creais robustecerlas dándoles auxiliares villanos: no hagais que se defiendan con armas vedadas; estas las sientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como á caballeros hidalgos y valientes las tretas de la alevosía ó el puñal del asesino. — *J. B.*

FRENOLOGÍA.

Nuestros lectores tienen ya noticia del curso de Frenología que principiará en esta ciudad el dia 7 de marzo,

bajo la enseñanza de don Mariano Cubí y Soler, como y tambien de su obra titulada: *Frenología, ó sea filosofía del entendimiento humano manifestado por medio del cerebro*, que dicho señor tiene prometida al público, y cuyo prospecto ha salido ya á luz. A primera vista, este asunto podria parecer de escasa importancia, limitado, como le juzgarán quizás algunos, á meras teorías científicas, que no es dable desciendan á la práctica sino á manera de diversion y entretenimiento. Nosotros sin embargo miramos la cosa de otro modo, opinando, que el negocio es sobrado grave para que no deban ocuparse de él aquellas publicaciones, entre cuyos objetos figura la observacion del desarrollo del espíritu humano, y muy particularmente la aplicacion que de una ciencia quiera hacerse á la instruccion y educacion de los pueblos.

Ante todo debemos advertir, que por mas nueva que sea en este país la pública enseñanza de la frenología que tanto ruido está metiendo años há en los grandes centros de la ciencia europea, no sonaremos contra ella la alarma, ni diremos que la religion católica cuya defensa es el principal objeto de nuestra Revista, tenga nada que temer de los hechos ideológicos y fisiológicos de cuya exposicion trata de ocuparse el ilustrado profesor. Conocidas son nuestras convicciones, sabido es que la idea dominante de los ensayos que hemos ofrecido al público, consiste en que la religion católica ganará tanto mas en estimacion, cuanto mas profundo sea el exámen á que se la someta; que no tiene ni manchas que ocultar, ni errores que encubrir, para que se vea precisada á vivir en las sombras y á huir el cuerpo al contacto de las ciencias. Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, y encomendó el depósito de la fe á la Iglesia; siglos hace que la naturaleza, la historia y la experiencia son consultadas sobre los grandes secretos de Dios, del hombre, y de las relaciones que unen á la criatura con el Criador: despues de tantos experimentos, de tanta observacion, de tantas hipótesis, de tantos sistemas, no se ha podido señalar un hecho, un so-

lo hecho, en contradiccion con la fe católica. La incredulidad ha levantado con frecuencia la voz gritando alborozada; *lo he encontrado;* mas bien pronto un exámen mas detenido y mas profundo de la materia ha venido á desmentir al aplauso prematuro.

No ignoramos las inculpaciones que se han dirigido á la ciencia frenológica, tachándola de contraria á la religion y á los sanos principios, inculpaciones de que se hace cargo el Sr. Cubí cuando en su citado prospecto nos dice (1): «Increible pareze que la Frenolojía á cuyos prinzípios, ni la Iglésia ni la Inquisizion, en el tiempo de su mayor rijidez se opusiéron, que la Frenolojía, digo, que prueba i demuestra palpablemente, no sólo la ecsistenzia de Dios sino tambien que le es tan natural al hombre la relijion como la sed, el amor, y demas instintos animales, haya sido tachada de irrelijiosa. Pero desde que la voz de los mas grandes teólogos, católicos i protestantes, se ha elevado indignada contra tamaña calúmnia ya no se cuestiona su ortodójia. Véase, sino, con que ahinco i animazion hablan en favor de lo moral i relijioso de la Frenolojía el abate Frére, el abate De-Luca, el abate Restani, el párroco Giacoma, i otros eminentísimos católicos prelados, zelosos todos de que se mantengan puros é ilesos los dogmas de la iglesia católica. Lord Whately arzobispo de Dublin dize tambien que las objeziones morales i relijiosas hechas á la Frenolojía son del todo fútiles.»

No recele el Sr. Cubí que le achaquemos á su doctrina defectos que no tenga, ni le atribuyamos tendencias de que carezca: la examinaremos con el detenimiento que su

---

(1) Trascribimos las palabras del Sr. Cubí con la misma ortografía que él ha creido deber emplear. Estamos seguros de la verdad de la protesta de dicho señor cuando asegura que no la sigue por el prurito de singularizarse, sino por el convencimiento de que es útil: respetamos como es debido su opinion; pero no nos es dable adoptarla.

importancia reclama, manifestando nuestra humilde opinion con entereza y lealtad.

Dos principios fundamentales asienta el Sr. Cubí constitutivos en su concepto de la ciencia frenológica. Es el primero, «que el alma, mente ó entendimiento humano obra por medio del zerebro.» El segundo «que el alma posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos zerebrales.»

Que hay una relacion entre el entendimiento y el cerebro, que este es el centro de las sensaciones, que de su buena ó mala disposicion natural ó accidental, resultan los mas variados fenómenos en el ejercicio de las facultades del alma, es una verdad que no consiente duda; como que está reconocida por todos los filósofos antiguos y modernos, y atestiguada por la experiencia de cada dia. El delirio y la locura que de tal suerte trastornan las funciones del alma, tienen su orígen en afecciones cerebrales; de estas dimanan tambien los sueños mas ó menos variados, mas ó menos extravagantes, habiendo podido notar cualquiera lo mucho que en esta parte influyen la cantidad y calidad de los alimentos, y todo cuanto comunica al cuerpo estas ó aquellas disposiciones, capaces de afectar este órgano. Aun no suponiendo un trastorno tan completo como lo es el de una alienacion mental, ó un estado tan diverso cual el sueño respecto de la vigilia, ¿quién no ha notado la exaltacion de las facultades del alma que se sigue á la inmutacion del cerebro causada por agentes accidentales? una botella de vino de champaña convierte quizás en animado hablador, facundo, variado y chistoso, á un hombre que pocos momentos antes se mostraba indiferente, taciturno y frio.

Los diversos sistemas psicológicos ideados por las diferentes escuelas filosóficas, fueron excogitados con la mira de explicar la relacion entre el cuerpo y el alma, y muy particularmente entre esta y el cerebro. El influjo físico, las causas ocasionales, la armonía prestabilita, y las demás hipótesis mas ó menos análogas á las sobredichas, to-

das dimanan de la dificultad en que se encontraron las varias escuelas para dar razonada cuenta de una relacion, de una comunicacion, de una recíproca influencia tan ciertas como incomprensibles.

Bonald copiando á Platon, ha dicho que «el hombre es una inteligencia servida por órganos» y entre estos sin duda debe contarse como principal el cerebro, mayormente en lo tocante al ejercicio de las facultades intelectuales. Sin embargo, para no confundir los límites de la filosofía espiritualista y materialista, atribuyendo á lo que es puramente corpóreo, funciones que de ninguna manera pueden corresponderle, es menester fijar con exactitud el sentido de la palabra *órgano*, para que cuando se dice que el cerebro lo es del alma, no se entienda que por él se ejercen de alguna manera los actos del entendimiento ó de la voluntad. Órgano es el medio ó conducto por donde una cosa se comunica á otra, ó por el cual se ejerce alguna funcion; así la lengua será el órgano de la palabra, los ojos serán el órgano de la vision, el tímpano será el órgano del oido, en cuanto sirven estas partes del cuerpo para ejercer aquellos actos que con los indicados nombres se designan. Pero con la mira de evitar la confusion de las ideas en un punto de tanta importancia y trascendencia, emitiremos algunas observaciones que bastan en nuestro juicio á prevenir toda equivocacion. El lector nos dispensará si nos elevamos á consideraciones puramente ideológicas y metafísicas, quizás no muy fáciles de ser comprendidas perfectamente por los no versados en tan espinosas materias; procuraremos no obstante expresarnos con la mayor claridad y limpieza, acomodándonos á la capacidad hasta de los menos inteligentes, en cuanto nos lo permita el objeto que nos proponemos dilucidar.

El instrumento es el medio de que nos servimos para ejecutar alguna cosa: el pincel es el instrúmento del pintor, como el cincel lo es del escultor y la pluma del escribiente. En este sentido el cerebro no es ni puede ser instrumento del alma en el pensar ni en el querer. Si en este

sentido se dijese que el cerebro, ú otra parte del cuerpo son instrumentos ú órganos del alma, la expresion seria no solo inexacta sino falsa; porque entonces se daria á entender que el espíritu elabora sus pensamientos por medio del cerebro, que este contribuye inmediatamente á la formacion de aquellos; lo que daria por el pié á todo sistema espiritualista que estriba, como sobre su cimiento, en el siguiente principio: el pensamiento y la materia son cosas incompatibles. En efecto, aquel es esencialmente simple; esta esencialmente compuesta: aquel supone por necesidad unidad del sujeto que lo ejerce; esta es por necesidad múltiple, porque en su misma naturaleza entra el ser compuesta de muchas partes: aquel existe en un ser que puede darse cuenta de sus actos á sí propio, que con toda verdad y exactitud puede decir *yo*, á pesar de todas las modificaciones que sufra por la diferencia de sus facultades y la diversidad de sus actos; cuando en aquella es imposible encontrar ese ser *uno* indivisible, único sujeto de las modificaciones que experimenta; pues lo que sufre una parte no lo sufre otra, y por lo mismo no es dable concebir en la misma ese *yo* uno, simple, indivisible, idea que necesariamente acompaña á todo ser que piensa ó quiere.

Esta es la razon profunda de los singulares sistemas á que han apelado todos los grandes hombres para explicar el misterio indescifrable de la union del alma con el cuerpo, de las relaciones que entre sí tienen, del modo con que recíprocamente se comunican y se afectan. Veian el hecho, lo palpaban en sí y en los demás; el fenómeno de la accion del alma sobre el cuerpo y de este sobre aquella, se les ofrecia fuera de duda; pero no era para ellos menos incuestionable la diferencia esencial de las naturalezas de estos dos seres, no acertaban á darse cuenta de la posibilidad de la accion recíproca, no comprendian como lo simple y lo compuesto pueden influir lo uno sobre lo otro; y por esto entregados á profundas meditaciones, excogitaban sistemas quizás extravagantes y que

provocaban la risa de los poco versados en estas materias. Los hombres vulgares no conocian toda la extension y la fuerza de la dificultad que los primeros se propusieron salvar, y por lo mismo no apreciaban el mérito del esfuerzo extraordinario indicado por la misma singularidad de las hipótesis.

Queda pues sentado que no hay inconveniente en que se diga que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro como por su órgano, mientras con estas expresiones se entienda que dadas ciertas operaciones del alma, resultan determinadas funciones del cerebro; y que afectado el órgano de esta ó aquella manera resultan estas ó aquellas impresiones en el alma. Y nótese bien, que no tratamos aquí de explicar cómo se verifica, ni de señalar preferencia á ningun sistema filosófico; y sí únicamente de dejar en su puesto el hecho fundamental de toda ciencia psicológica, á saber, la imposibilidad de que el pensamiento resida en la materia. De esta suerte queda en salvo la espiritualidad del alma, queda fuera de duda la diferencia esencial entre espíritu y cuerpo, y nos hallamos por consiguiente desembarazados para entrar de lleno en la cuestion frenológica, ó sea en el exámen de los hechos, cuyo conjunto unido á las consecuencias que de los mismos se sacan, se propone el distinguido profesor ofrecernos como un verdadero cuerpo de ciencia.

Si no comprendemos mal el sentido de las palabras del citado prospecto, coinciden con los principios que acabamos de sentar, por mas que no se expresen tal vez con la rigurosa exactitud y con todas las aclaraciones que las acompañan en la explicacion que precede; porque no era este el objeto que se proponia el Sr. Cubí, ni tampoco hubieran tenido lugar en los estrechos límites á que se propuso reducirse. Pero por lo mismo que nos habla del ***alma que obra por medio del cerebro, que posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales,*** bien se deja entender que en su opinion el alma es cosa distinta del cerebro; por consiguien-

te seria una injusticia achacarle lo que á otros frenologistas se ha achacado, que confundian aquella con este, que reducian las operaciones puramente intelectuales y morales á modificaciones y funciones de un órgano material, y que bajo pretexto de aclarar fenómenos fisiológicos, daban un golpe mortal al espiritualismo, destruian la libertad humana, hacian imposible toda moralidad, y resucitaban el hombre-máquina de La-Metrie.

El segundo principio contiene dos partes: 1.ª, que el alma posee diferentes facultades; 2.ª, que estas facultades ella las manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales. La primera es una verdad fuera de duda; pues nadie ha negado jamás, que aun cuando el alma sea una sustancia simple é indivisible, posee no obstante variedad de facultades que se manifiestan á cada paso, no solo en diferentes individuos, sino tambien en cada uno de ellos. Los ideólogos las han clasificado de diferentes maneras: unos las señalan en mayor, otros en menor número: quien les da este nombre, quien este otro; pero todos convienen en que las facultades son diferentes; en que los actos por ellas ejercidos, no son de una misma naturaleza, y no pueden de ninguna manera confundirse entre sí. En cuanto á la segunda parte, á saber, que el alma manifiesta sus facultades por medio de correspondientes órganos cerebrales, tampoco tiené dificultad; en cuanto expresa que el cerebro es órgano del alma en el sentido arriba explicado. Esta es la razon porque muchos filósofos han opinado que este órgano es la parte donde reside el alma.

La diferencia de los frenologistas con respecto á los demás fisiologistas, consiste en que estos miraban el cerebro como órgano único, y no le distribuian en distintas partes, que fuesen otros tantos órganos particulares de esta ó aquella facultad del espíritu. Mirada la cuestion bajo este punto de vista, se halla totalmente fuera del terreno de la metafísica, de la psicología y hasta de la ideología; y queda encerrada dentro de los límites de la ciencia

fisiológica; no debiendo resolverse por mero raciocinio, sino por la simple observacion de los fenómenos. En efecto, todo está reducido á saber, si en la realidad la experiencia enseña, que exista una relacion entre esta ó aquella facultad del alma, y esta ó aquella parte del cerebro; que el mayor ó menor volúmen, ó la determinada configuracion de dicha parte, está en cierta proporcion con la mayor ó menor fuerza ó energía de la indicada facultad. Si vemos presentar hechos debidamente observados que así lo comprueben, la frenología podrá merecer el nombre de ciencia; y el paso que habrá hecho dar á los conocimientos humanos será, que así como antes nos limitábamos á saber que el cerebro tomado en complexo y en su totalidad era un órgano del alma, ahora podremos añadir que este cerebro está compuesto de varias partes, siendo cada una de estas un órgano particular de la facultad respectiva. En esto no encontramos nada que repugne la espiritualidad del alma; dado que si en todos tiempos se ha admitido que existia cierta relacion entre el cerebro y las funciones de ella, sin que por esto pudiese inferirse que perdian nada de su indivisibilidad, no habrá tampoco inconveniente en que ahora se diga que el alma conservándose simple, puede tener, con respecto á sus facultades, ciertas relaciones con las diferentes partes del cerebro. Este era compuesto antes, como lo es ahora; si pues dicha composicion no se oponia á la recíproca comunicacion de ambos, tampoco se opondrá en adelante. La misma alma se vale de los ojos para ver; de los oidos para oir; del paladar para gustar, y de los demás órganos corpóreos para recibir las diferentes sensaciones, así como para ejecutar sus voluntades: ¿qué dificultad habrá pues en que se verifique lo mismo por lo tocante al cerebro? No cabe expresar estas ideas de una manera mas clara y distinta de lo que hace nuestro insigne Huarte en su famosa obra titulada *Exámen de ingenios* publicada en Madrid en 1668, obra que asentó las bases del sistema frenológico, que se tradujo en varias lenguas, y que goza todavía

mucha estimacion en los grandes centros de la ciencia europea. «Estando, dice, el animal racional en el cuerpo, es imposible poder hacer obras contrarias y diferentes si para cada una no tiene su instrumento particular. Vese esto claramente en la facultad animal, la cual hace varias obras en los sentidos exteriores, por tener cada uno su particular compostura: una tiene los ojos, otra los oidos, otra el gusto, otra el olfato, y otra el tacto. Y si no fuera así, no hubiera mas que un género de obras, ó todo fuera ver, ó gustar ó palpar; porque el instrumento determina y modifica la potencia para una accion y no mas. De esto manifiesto y claro que pasa en los sentidos exteriores, podremos colegir lo que hay allá dentro en los interiores.» Sea cual fuere el concepto que de la ciencia frenológica se forme, siempre es muy curioso que haya sido cabalmente un español y del siglo XVII, es decir de la época de nuestra decadencia, el que haya sentado con claridad y lisura los principios de una ciencia nueva; siendo al propio tiempo lamentable, que en este caso se verifique lo que en tantos otros, de que nuestra dejadez habitual haga que no vindiquemos como podríamos las glorias nacionales, y que los golpes del genio que en otros paises producen un efecto eléctrico, queden entre nosotros confundidos en la oscuridad, y sean los extranjeros quienes se aprovechen de lo que en España se ha pensado ó inventado por primera vez.

No se crea sin embargo que pueda decirse con toda exactitud que Huarte fuese el primero que asentó los principios de que se valen los frenólogos de nuestro tiempo: quizás fué el único que consagró expresamente una obra á este objeto: pero se hallan esparcidas acá y acullá en autores antiguos proposiciones que indican con mas ó menos claridad que los conocimientos frenológicos no eran del todo desconocidos; aun pasando por alto los trabajos de Alberto el Grande en el siglo XIII, de Pietro di Montagna á fines del XV, de Ludovico Dolci á mediados del XVI, de que nos habla el Sr. Cubí en su nombrado prospecto. Los antiguos, comprendiendo en este número los que vivieron en los si-

glos medios y en los que inmediatamente los siguieron, que nosotros con demasiada generalidad apellidamos de tinieblas é ignorancia ó de mucho atraso, sabian sobre materias delicadas algo mas de lo que comunmente se cree; y si bien no disponian de los muchos medios que para aprender tenemos nosotros á la mano, suplian sin embargo algun tanto esta falta con la asiduidad de sus trabajos y la profundidad de sus meditaciones.

En las obras de Santo Tomás se hallan preciosas observaciones sobre la relacion y comunicacion que media entre el alma y el cuerpo; siendo de admirar que un escritor del siglo XIII pudiese alcanzar á expresarse con tanta exactitud, con tan fino discernimiento, sobre hechos y fenómenos en extremo complicados, que en apariencia debian de ser indescifrables, atendido el atraso en que se hallaban las ciencias naturales. Los observadores modernos que tantos elogios tributan á nuestro insigne Huarte, por haber columbrado ya en el siglo XVII los principios de una nueva ciencia, oirán con gusto, á no dudarlo, las palabras del Santo que acabamos de citar; y se quedarán agradablemente sorprendidos, al ver con cuánto tino se expresaba sobre delicadísimas materias el humilde religioso del siglo XIII. «El alma intelectual, dice, aunque por su esencia sea *una*, no obstante por su perfeccion es múltiple en sus facultades. *Y así para las diversas operaciones necesita diversas disposiciones en las partes del cuerpo á que se une. Y por esto vemos que hay mayor diversidad de partes en los animales perfectos que en los imperfectos, y en estos que en las plantas.»* (Santo Tomás primera parte, Cuestion 76, artículo 5, en la respuesta al tercer argumento.) Hemos procurado traducir con toda exactitud; pero deseosos de que el lector pueda examinar las expresiones del original, las trascribimos aquí. «Et hoc competit animæ intellectivæ quæ quamvis sit una secundum essentiam, tamen propter sui perfectionem est multiplex in virtute. Et ideo ad diversas operationes indiget diversis dispositionibus in partibus corporis cui unitur. Et propter hoc videmus quod major est diver-

sitas partium in animalibus perfectis quam imperfectis, et in his quam in plantis.» (D. Th. Q. 76, art. 5, ad 3.)

La sabiduría y el discernimiento de estas palabras son admirables; pero falta todavía citar otro pasaje mas curioso en que se descubre con toda evidencia que el Santo Doctor tenia expreso conocimiento de las teorías frenológicas, y que otros ya entonces se hallaban en el mismo caso. Es notable la prudencia del Santo: refiere, pero no juzga, aplicando con su ejemplo el principio de que en tratándose de fenómenos naturales, antes de afirmar es preciso observar. Hablando de los sentidos interiores, y señalando cierta facultad del alma dice: «Por donde se llama *razon particular, á la cual le señalan los médicos determinado órgano, á saber el centro de la cabeza.*» «Unde etiam dicitur ratio particularis cui medici assignant determinatum organum, scilicet mediam partem capitis.» (D. Th. 1. P. Q. 78, art. 4.)

Eliminada ya la dificultad que podria levantarse sobre la incompatibilidad de los principios frenológicos con la espiritualidad del alma, y demostrado que esta espiritualidad nada tiene que temer de la multiplicidad de los órganos que en el cerebro se supongan, falta ahora determinar si en realidad esta variedad de órganos existe; y además cuáles son las partes del cerebro donde se encuentran. Esta es la parte teórica de la ciencia, la que no obstante debe estar fundada en una serie de hechos observados con la debida exactitud y referidos con rigurosa verdad. Despues falta investigar, si es posible hacer una aplicacion de estos principios deduciendo reglas prácticas para que con la simple inspeccion ó contacto de un cráneo, sea dable adivinar cuáles son las facultades intelectuales de qué está dotada la persona; si es posible que se conozca cuáles son las disposiciones particulares que la hacen apta para una ciencia ó profesion; de tal suerte que sin haberla oido hablar sobre la materia, ni ejecutar nada que pueda suministrar indicios de su capacidad, se conjeture la existencia de esta, y hasta se calculen sus grados con alguna aproximacion.

Estamos esperando con ansiedad hechos que sin duda acumulará en crecido número el Sr. Cubí en la obra que tiene anunciada, y deseamos sinceramente que sean de tal naturaleza que basten á disipar las dudas que suscitan todavía algunos sabios contra la Frenología. Como las ciencias naturales, á las que esta pertenece tambien, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía mas ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester que se nos pruebe con ellos: primero, que el cerebro está distribuido en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una funcion determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que por la simple inspeccion ó el contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precision las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educacion, de la instruccion, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pueden resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan donde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineacion, ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.

En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningun pretexto á que se la pueda tachar de ilusion y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se la quite nada de lo que le corresponde, ni se la atribuya lo que no le pertenece. La exageracion excita quizás un entusiasmo momentáneo; solo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas

en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.

La dilatada experiencia del ilustrado profesor, le habrá enseñado sin duda, la necesidad de inculcar á sus discípulos las verdades que acabamos de indicar: pudiendo estar seguro que en España hay un fondo de buen sentido para apreciar juiciosamente el mérito que en sus explicaciones se encierre, así como hay muy felices disposiciones para evitar los insinuados escollos; disposiciones que le allanarán sobre manera el camino para que pueda entrar en una exposicion dilatada y profunda de los principios y aplicaciones de la ciencia, sin correr tanto riesgo como en otros países, de producir en vez de alumnos instruidos y sensatos, entusiastas superficiales y extravagantes. Como quiera, y reservándonos volver otro dia sobre tan importante materia, le deseamos en Barcelona el mismo buen éxito que en Nueva-Orleans; de manera que los periódicos de esta capital puedan tributarle los mismos elogios que el titulado *Picayune* y el *Correo de la Luisiana.*
—*J. B.*

LA PALABRA FILOSOFÍA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los mas entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley á punto fijo nadie determina. Tal es la palabra *filosofía;* esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofía como una ciencia exclusi-

va, del todo separada de las demás, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora y desde el siglo pasado, la filosofía no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raiz, no es su fruto, es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía del mundo, filosofía de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su rigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradacion de matices? Daremos una definicion fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boerhaave: *Sigillum veri simplex*, «la sencillez es el carácter de la verdad.» La filosofía consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y no mas de lo que hay*. Hagamos la prueba, tomemos esa palabra en la acepcion que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se les ajusta perfectamente, si basta un simple careo, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo característico de la verdadera filosofía.

Y ante todo es menester advertir, cuán necesaria era la limitacion que muy de propósito hemos añadido, *y no mas de lo que hay;* porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay tambien, demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose á las cabezas desvanecidas por algun accidente que pretenden ver centellas estando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía; de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan

mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigacion al mas temible de sus adversarios: *el charlatanismo*.

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad, que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, juguetea con ellos como con cosa baladí, y mas de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto á sus ojos se vuelve cristalino, penetra su corazon, desenvuelve todas las sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial, dice: *vedle, ahí está*.

Pero hagamos una rápida reseña de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía. ¿Qué es lo que se llama filosofía de la historia? Es el verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas; es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazon, en todo el encadenamiento de los efectos y causas; es la concepcion intuitiva de los hechos parecida á la contemplacion de una escena en las tablas; es el sentimiento mismo de las pasiones que agitan á los hombres en los varios tiempos y países. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera; porque no es una simple narracion de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes, es decir, es algo mas que una relacion descarnada que nada anima, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interés de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están examinando un museo de extrañezas y preciosidades.

¿Qué es la filosofía en literatura? ¿Es acaso ni el conocimiento ni la aplicacion de las reglas? No: es la razon de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendi-

miento y del corazon, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la expresion. ¿Y por qué este conocimiento se denomina filosofía en literatura, y no se apellidan así las reglas? Porque las reglas son nada sin la razon que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos para que por medio de ellas se pueda descubrir qué es lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que imponiendo silencio á sus pasiones, y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasifícalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razon cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al comun de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que mas ó menos todos abrigamos de que en el mundo hay mucho de hueco y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estima las cosas en mas ni en menos de lo que son, le llamamos *afilosofado.*

Bastantes son estas breves indicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofía:* bastan para dar á conocer que no hay filosofía donde no hay mas que palabras, que no hay filosofía donde solo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes; que solo hay filosofía donde hay verdad.

En este sentido y no en otro, procuraremos que nuestra *Revista* sea *filosófica.* —*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

Bajo este título publicaremos en esta *Revista* una serie de trabajos que servir puedan á los defensores de la Religion en los combates que bajo diferentes aspectos y en dis-

tintas arenas, les aconteciere trabar contra los enemigos del catolicismo. Cuidando de que no sean inútiles á ninguna clase de personas, procuraremos no obstante que se adapten de una manera particular á la situacion en que se encuentra el clero: no solamente con respecto á las lamentables circunstancias de España, sino tambien por lo que toca al curso que en nuestro siglo llevan las ideas. No pretendemos dar lecciones al clero; este no las necesita de nosotros; es demasiado su saber y su erudicion, sobre todo en materias religiosas, para que nos sea dable presumir que podamos decirle algo de nuevo; pero sucede á menudo que hasta los hombres mas versados en una ciencia hallan cierto placer en recordar lo que no ignoran, y en asistir á los esfuerzos leales de personas que procuran exponer y confirmar verdades, que ellos por otra parte conocen á fondo. Quizás tambien podrá suceder de vez en cuando, que á ciertos eclesiásticos jóvenes, su poca edad ú otras circunstancias, no les hayan permitido ocuparse de la ciencia religiosa con toda la extension y bajo los particulares aspectos que reclama el empleo de las nuevas armas que blanden contra la Iglesia sus implacables enemigos; ¿por qué seria inoportuno el proporcionarles en breves páginas observaciones y noticias, que tal vez no podrian alcanzar sino á costa de mucho trabajo, y con la lectura de obras que la escasez de sus medios no les consentirá procurarse? Hé aquí nuestro plan. La abundancia de materias nos ha absorbido gran parte del presente número: así por hoy deberemos limitarnos no mas que á trazar algunos lineamientos en que se manifieste el sistema que nos proponemos seguir.

La Religion tiene diferentes especies de enemigos; seria difícil clasificarlos cual conviene, á no ser que les señalásemos dos puntos de reunion: el *error* y el *vicio*. Esto, si bien muy verdadero y exacto, fuera sin embargo demasiado general; y no mostraria á punto fijo cuáles son los lados de donde puede dimanar el ataque. El error versa sobre infinitos objetos; el vicio se ofrece bajo innumera-

bles formas. La verdad es una: para encontrarla hay un camino; quien se aparta de él, toma un sendero extraviado; y estos senderos no pueden reducirse á guarismo. La ley eterna es una; quien se desvia de lo que ella prescribe, entra en la carrera del mal, y esa carrera es ancha, espaciosa, se subdivide en un sin número de veredas; en todas se marcha con placer y comodidad; toman las mas variadas direcciones, solo que al fin convergen y van á parar á un mismo punto: la eterna perdicion.

Será pues necesario señalar determinadamente las principales clases de los enemigos de la Religion, por las diferentes modificaciones con que se presenta el error y el vicio. Parécenos que estos son: los incrédulos, los indiferentes, los escépticos, y los herejes. El hereje dice: «yo creo lo que quiero;» el escéptico: «no sé... dudo... qué sé yo;» el indiferente: «qué me importa;» el incrédulo: «no creo nada.»

El hereje pretende tener fe, pero la regla de esta fe es su razon ó su voluntad; no admite la autoridad que en estas materias debe decidir; ó comenta y explica la Biblia conforme le dictan sus luces naturales, y le persuade su imaginaria inspiracion privada, ó aplica á la Religion los sistemas filosóficos; en uno y otro caso, sujeta los dogmas á tribunal incompetente. Habla de fe, cuando esta no es concebible en no estribando en la autoridad; pondera la firmeza de sus creencias, cuando estas vacilan por sus cimientos y varian á cada paso; pretende atenerse á la palabra de Dios, profanada por el orgullo y la extravagancia; se obstina en guiarse por los dictámenes de una razon, flaca en extremo hasta para las cosas naturales, cuanto mas para comprender los inefables arcanos que el Altísimo en sus inescrutables designios ha cubierto con cien velos.

En los siglos anteriores al XVIII, la Iglesia si bien tuvo que combatir con todo linaje de enemigos, vióse precisada especialmente á luchar contra la herejía. Atacábanse á veces su divinidad y los fundamentos en que estriba su

verdad incontestable; pero lo mas frecuente era impugnar este ó aquel dogma, ó con argumentos sacados de la Sagrada Escritura, ó con raciocinios suministrados por el sofisma filosófico. Sabelio, Arrio, Macedonio, Pelagio, en los primeros siglos; Abelardo, Berengario y otros en los medios; Lutero, Calvino y los innumerables heresiarcas de los tiempos modernos, no negaron la divinidad del cristianismo, no miraron la Religion como cosa indiferente, no se pertrecharon en una duda general, no aplicaron á estas materias el pirronismo de ciertos filósofos; sino que enderezando sus tiros contra uno ó muchos dogmas, se esforzaban en probar que la Iglesia habia errado; y cuando esta les oponia su irrefragable autoridad, fundada en la Sagrada Escritura, apoyada en la tradicion, sancionada por los siglos, se deshacian de la dificultad de la manera que mas les cumplia, prosiguiendo en su carrera de obstinacion y de cavilaciones. Veíanse de vez en cuando indiferentes, incrédulos, ó escépticos: pero generalmente hablando, no era este el cáncer de la sociedad; los hombres sin Religion y sin Dios eran todavía excepciones monstruosas.

Desde el siglo pasado, sucede muy de otra manera: la irreligion tiene abiertas sus cátedras; el indiferentismo es adoptado por muchos como un sistema cómodo para disfrutar de los placeres de la vida y ahogar los remordimientos; el escepticismo no se halla precisado á ocultarse bajo la enseña de esta ó aquella secta; dice abiertamente: «dudo de todo;» así como el incrédulo ataca siempre que le place lo mas augusto de la Religion; y el indiferente confiesa sin reparo que no se cura de saber si todo cuanto se habla y escribe sobre esas importantes materias es verdadero ó falso.

Cuando se defiende la Religion es necesario atender con mucho cuidado con qué clase de enemigos está trabada la lucha: porque bien claro es que hân de ser muy diferentes los argumentos de que se eche mano, y aun los mismos se han de emplear de muy distinta manera, segun las ideas,

opiniones y errores de la persona que nos proponemos convencer ó confundir. Podrá parecerles á algunos que los escépticos, incrédulos é indiferentes, pertenecen todos á una misma categoría; y sin embargo no es así: pudiéndose notar con la observacion del mundo, que estas tres clases existen realmente; y aunque todas estén fuera de la Religion distan mucho entre sí; y que se hallan en estado intelectual muy diferente. Esto depende en buena parte de la instruccion, de la educacion, de la índole, y de cien otras circunstancias que modifican ó afectan al espíritu que carece de fe.

Los escépticos son por lo comun hombres de algunas luces, que han meditado sobre materias graves, y que participan de ese vértigo funesto de nuestra época, en que nada se asienta con sólido fundamento, todo vacila, todo se pone en cuestion, de todo se duda. El escepticismo religioso es en muchos como un ramo de un escepticismo universal: son escépticos en religion como lo son en filosofía, en política, y en cuanto pertenece á los humanos conocimientos.

Los incrédulos propiamente tales, es decir, aquellos que no solo no tienen la fe, sino que la rechazan; que no solo dudan si la Religion es verdadera, sino que opinan que es falsa, se distinguen de los escépticos, en que el estado intelectual de los unos es una mera negacion de creencias, cuando el de los otros, es una oposicion formal, una verdadera enemistad en contra de ellas. Los filósofos del siglo pasado eran verdaderos incrédulos; pues no solo no estaban adheridos á la fe, sino que la desechaban con desden, la odiaban, la condenaban, esforzándose en extirparla de los ánimos donde felizmente habia podido conservarse. Algunos sabios de nuestra época carecen de fe, pero esta carencia no es un odio, no una aversion; es una duda que quizás disimulan, y de la cual no pocas veces se lamentan los mismos que la sufren. Perdidos en el océano de la incertidumbre y de la vaguedad, características del espíritu humano, preguntan á la vana ciencia del

hombre lo que ella no puede decirles, esperando de la criatura la enseñanza que solo pudo dimanar del Criador. Pero no dejan algunas veces de reconocer la debilidad de sus teorías, la esterilidad de su saber, la inutilidad de los esfuerzos que hace el orgullo para resolver, con la simple luz de la razon, los grandes problemas del orígen y del destino de la humanidad.

Los indiferentes son, propiamente hablando, los escépticos é incrédulos prácticos: son, como lo expresa su mismo nombre, los que se empeñan en engañarse á sí mismos, diciendo que el examinar si la Religion es divina ó no, no es negocio de importancia en que sea menester fijar la atencion. Aquí, como se ve, no hay un sistema filosófico, ni siquiera una doctrina, sino una negacion absoluta de todo sistema y de toda doctrina. Un necio *qué me importa*, decide las mayores cuestiones, resuelve los mas complicados problemas. Examinada á fondo esta manera de mirar las cosas, puede reducirse á los términos siguientes: «quiero gozar, no quiero remordimientos; aprovecharé los instantes que me restan de vida; cuando suene la hora de mi fin, me echaré con los ojos cerrados á ese abismo, donde ignoro si me espera la nada ó un eterno castigo.»

No nos es posible en la actualidad, por no permitirlo los límites del artículo, mostrar prácticamente cuál es el modo mas á propósito para convencer ó rebatir á las cuatro clases de enemigos arriba enumeradas. Esto lo reservamos para los números siguientes; bien que por de pronto nos permitiremos una observacion que nunca deben perder de vista los verdaderos católicos. Personas hay que llevadas de su ardiente celo, y anhelando sacar el alma de sus prójimos de las tinieblas y ceguedad en que la contemplan, provocan con facilidad disputas, ó sobre la Religion en general, ó sobre alguno de sus puntos capitales; esperando de esta suerte, hacer una conquista preciosa y restituir al redil de la Iglesia una oveja extraviada. Aplaudimos sinceramente esa ardiente caridad, que no cabiendo

en el pecho de quien la posee, se desahoga comunicándose al exterior, saliendo á la defensa de la Religion, y procurando atraer á la misma los que tuvieron la desdicha de abandonarla. Sin embargo la prudencia aconseja abstenerse de entrar en indiscretas cuestiones cuando el que se encarga de hacer la apología de la Religion, ó de vindicar alguno de sus altos dogmas, escasea de las luces necesarias para sacar airosa la causa de la verdad. La prudencia dicta tambien, que en no mediando esperanza de conseguir algun resultado ó alguna otra causa legítima, no se entablen discusiones sobre materias de suyo tan delicadas; pues que á menudo puede suceder que sin alcanzar el efecto que se desea, se irrogue gravísimo perjuicio á las almas sencillas. Una reflexion especiosa, una capciosidad, un sofisma bien presentado, un hecho mal explicado, penetran á veces como un relámpago en un entendimiento desapercibido, y destruyen de un golpe la fe que se habia recibido en la cuna, y que sin aquella ocasion aciaga, se hubiera tal vez conservado intacta hasta el sepulcro. El verdadero católico debe siempre tener presente que la fe es un don de Dios, que no se la produce en el espíritu de los otros con meros raciocinios, que para un efecto tamaño es menester un prodigio de la gracia; y así no conviene tener excesiva confianza en la fuerza de los argumentos presentados, andando adrede en busca del enemigo. David derribó al gigante Goliat, pero fué obedeciendo la inspiracion divina, y despues que el orgulloso filisteo habia insultado repetidas veces los reales del pueblo del Señor.

No ignoramos cuán anchuroso es el campo de la discusion que á todo linaje de materias otorga el espíritu de nuestros tiempos. En los países mas civilizados se escribe sin cesar sobre materias religiosas, se las sujeta á riguroso exámen bajo los mas variados aspectos. Léjos de nosotros el intentar que esta discusion se estreche, y por cierto que no damos el ejemplo de retirar el cuerpo de la lucha; solo hemos querido indicar un abuso tanto mas peligroso, cuanto á él pueden arrojarse la presuncion y la ig-

norancia impulsadas por un celo indiscreto y á veces falso. La defensa de las verdades de la Religion figura entre las tareas mas santas que proponerse pueda un cristiano; pero la caridad prescribe que se hermane la apología de la fe con las debidas consideraciones á la preservacion de las almas sencillas.

Los sostenedores de la Religion tienen de su parte las ventajas inseparables de una causa de justicia y de verdad; pero los adversarios poseen tambien en alto grado, el talento de adulterar los hechos, de emplear especiosos sofismas, y de cubrir con velos seductores las doctrinas mas peligrosas y repugnantes. En una lucha de 18 siglos, se han amaestrado de una manera muy notable en el manejo de las armas que les son propias; y desgraciadamente encuentran siempre en el hombre una disposicion favorable, un aliado natural, en el orgullo, en el espíritu de novedad, y en la perversidad de nuestras inclinaciones. La fe es ahora, y ha sido en todos tiempos un sacrificio; y un sacrificio es siempre costoso; pero lo es mucho mas en el siglo en que vivimos, cuando son tantos y tan fuertes los incentivos que nos inclinan al escepticismo y á la incredulidad. Esa exageracion de las facultades del espíritu humano, ese prurito de sujetarlo todo á riguroso exámen, esa arraigada costumbre de trastornarlo todo, haciendo que pronuncien sobre las materias mas graves y delicadas jueces mal informados é incompetentes, esa nube de sofismas, de calumnias, de imposturas de todos géneros, con que los enemigos de la Religion se esforzaron y se esfuerzan todavía en abrumarla; ese escepticismo, ese indiferentismo que han cundido de una manera tan lastimosa en la sociedad moderna; ese funesto conjunto, trae consigo un inminente riesgo de extraviar el espíritu del fiel, si no procura fortalecerse con esmero y ahinco contra los repetidos y rudos ataques que á cada instante se halla precisado á sostener. Hubo un tiempo en que bastaba aprender la enseñanza de la Religion; ahora es indispensable poseer fondo la ciencia que nos demuestra los cimientos en que

se apoya, que nos hace capaces de dar razon de nuestra fe en el tribunal de la filosofía. Este es un hecho cierto, innegable, patente; en vano intentaríamos desconocerle; nuestra ceguera produciria gravísimos daños á la causa de la Religion, dejando de parte de sus enemigos una superioridad que no les podemos permitir. No nos entreguemos á peligrosas novedades, pero si es necesario, defendamos lo antiguo con razones nuevas: la verdad es una, pero los argumentos con que se la puede defender son innumerables; porque emanada del mismo Dios, se enlaza con todo cuanto existe en el cielo y en la tierra; y á mas de la revelacion, á mas de la infalible palabra divina, hallamos en la naturaleza, en la historia, en la filosofía, bien templadas armas para aterrar á los enemigos de la verdad. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y las obras de sus manos las anuncia el firmamento; la criatura lleva el sello del Criador; la incredulidad se empeñó en hacerla mentir, pretendiendo que diera testimonio contra la mano que la dió el ser; ella no ha podido ser tan ingrata, no ha podido negarse á sí propia. Interroguémosla nosotros tambien, seguros de que cuanto mas á fondo penetraremos sus secretos, descubriremos mas y mas la inefable armonía que enlaza la naturaleza con la gracia, la razon con la fe, la historia de la humanidad con la historia de la Religion, el porvenir del humano linaje con los destinos de la Iglesia católica. —*J. B.*

UN CASTILLO Y UNA CIUDAD.

I.

—Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besan el mar: al rugir la tormenta, miro con desden alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis

piés. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra, y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirian que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.

En la oscuridad de la noche, me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime, no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo airosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotaran con tanta majestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellon de Castilla.

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo léjos en la inmensidad de la mar; cuantos vivientes hay á largo trecho se estremecen y azoran; el labrador suspende sus faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera espantosa fiera.

II.

¿Veis la reina de Cataluña, la mas preciosa joya de los monarcas iberos que yace á las orillas del mar, semejante á una riquísima concha que las oleadas arrojaran á la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava.

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas á mis piés, cual niña juguetona á los de su ama; y que en alzando mi voz aterradora, no se estremece mas vivamente la endeble caña?

Si en dia de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado, corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? un dia, solo un dia me indigné contra tí: ¿no lo recuerdas? ¿olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables rebramaban enfurecidas, derramando sobre tí torrentes de fuego, é inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, mas ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste, cuando se alzaban rápidos hasta la region de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecian buscar la víctima, y blandian su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendian, veloces como el rayo; y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y el espantoso estallido al reventar saliendo de las entrañas de la tierra?

¿No eres mi esclava? y bandada de tímidas palomas no se dispersan mas presto al estallar el arma del cazador que tus hijos al retronar mis cañones!

Esas fábricas que orgullosa levantas, ostentando tus tesoros y opulencia; esos vistosos edificios donde preparas suntuosas y brillantes moradas, do pasar puedas las horas en que te embriagas de placer, reducirlas á pavesas está en mi mano: si me place, en breves instantes tu hermoso cielo cubrirse há de la polvareda de las ruinas; y envuelta en nube de humo, contemplarán con espanto los países comarcanos, que Barcino está ardiendo cual despreciable pajar.

III.

—En paz y armonía, largos siglos viviéramos; y el cebarte en mi destrozo, y el insultar mi llanto, y el alzarte

erguido sobre mí, cual buitre sobre su presa mirando si respira aun, posible no creyera. Si á dominacion extraña trasladado te hubiese traicion aleve, entonces y solo entonces sospechara que tus fuegos pudieran dirigirse contra mí.

En dia infausto, sacudiendo sobre mi seno la fatal discordia su viperina cabellera, de sangre regó mis calles; cegados de insana cólera pelearon hermanos contra hermanos, con la impetuosidad y bravura que los terribles trances recordaran de las huestes de Berwick. Si en la aciaga hora en que revolcándose en su sangre las infortunadas víctimas del popular coraje clamaban venganza, llamado te creiste á socorrerlas, continuaras vomitando el fuego que ya entonces comenzaste; viera yo armas contra armas, furor contra furor. Pero cuando amansada la popular tormenta, quedaron mis calles desiertas y solitarias mis murallas; cuando tantos de mis hijos en atropellada fuga se esparcieran por la campiña, esperando con angustiosa impaciencia el desenlace de tan funesto drama; cuando pacífica y sumisa franqueara yo mis puertas, tendiendo á los sitiadores una mano amiga; cuando de la lealtad de mis palabras ofreciera tan seguro garante en mediadores esclarecidos; cuando mi venerable pastor llevaba enlazado con el báculo episcopal el ramo de olivo; cuando..... entonces, sobre mí desmantelada, indefensa, casi desierta, vomitar fuego!..... Nó, no era esto lo que les decia á los soldados su corazon español; mas gustosos á una brecha se arrojaran, que no asistir friamente al incendio y ruina de infortunada ciudad.

Guardian de mi reposo, protector de mis riquezas, te creia yo: y el lienzo armado de cañones jamás me causara mella, porque asestados tan solo los veia á campos enemigos. Si el pabellon britano asomar columbraba en lejano horizonte; si soberbio con los trofeos de las orillas del Indo y de las playas del Celeste Imperio, parecia recordarme de Trafalgar las aguas, de Gibraltar las almenas; involuntaria mirada daba yo á tus murallas; y ensanchado

el corazon latia de contento, y me decia: «tu defensa está allí.»

¿Qué me importaran las bravas legiones que del Pirene descender pudieran hasta mis llanuras? cuando trabada en mis campos encarnizada lucha, tronará sobre sus cabezas el gigante de las cien bocas de fuego; despavoridos correrán á ampararse á sus trincheras, escondiendo su afrenta.

Si orgulloso retumbar hicieras en festivo dia el aire estremecido, tu orgullo era mi orgullo; izaba ufana el estandarte de mis reyes, que alzado en mis naves á la vista de extrañas velas parecia decirlas: «escuchad y temblad.»

En mal hora deshojaste tan hermosa ilusion; en mal hora, á codiciosa envidia de extranjeros, cruel placer suministraste, con horrendo espectáculo de mi incendio y ruina; en mal hora, con fúnebres recuerdos enlazaste hasta el estampido de régia gala.

¡Aciago, aciago recuerdo, que otro estampido ha de borrar! ¿Sabes cuál es? Vendrá un dia, vendrá un ansiado dia, en que montará sobre el horizonte el sol mas esplendente y bello, hermosa aurora matizará el Oriente con delicados colores, y mi pueblo apiñado sobre la muralla, esperará ansioso que llegue á tu cumbre un rayo de oro. Entonces, tronarás como el Etna en sus horas de coraje, y al son de tus truenos danzarán alborozados mis hijos con la misma tranquilidad que el sencillo aldeano al son de la rústica zampoña. ¿Sabes lo que dirán tus truenos? dirán que ha sonado la hora en que la Excelsa Hija de cien reyes se ha sentado bajo el dosel de San Fernando.

Entonces desearas espesa nube que te ocultara á los ojos de la Reina; entonces cuando por vez primera la indignacion encienda el rostro de la inocente Majestad, temblarás medroso en su presencia, y le dirás sumiso: «Señora, no fuí yo.» — *J. B.*



(Número de la Revista correspondiente
á 15 de marzo de 1843.)

MAS SOBRE LA SITUACION DE ESPAÑA.

No es muy difícil atacar las opiniones ajenas, pero sí el sustentar las propias: porque la razon humana es tan débil para edificar, como formidable ariete para destruir. Esto se verifica en todos los ramos del saber humano, y particularmente en política; porque sus problemas á mas de la muchedumbre de datos que han menester, adolecen del inconveniente de cambiarlos á cada paso. Por lo mismo, si en algo cabe tolerancia, es de seguro en política: cuando se combate al adversario, es necesario no olvidar la indulgencia; pues que por nuestra parte, bien pronto nos veremos precisados á pedírsela. Con estas reflexiones bastante damos á entender cuán enemigos somos del hablador empirismo y de la panacea política; en negocios tan arduos y espinosos, quien falla con tono demasiado magistral, quien pretende haber descubierto soluciones generales, llanas y sencillas, es ó un alucinado ó un impostor.

¿Qué interés puede haber en ocultar la situacion críti-

ca, complicadísima, muy difícil de desenlazar, en que la España se encuentra? ¿Por qué hacernos ilusiones, esperando con excesivo candor, que el remedio de nuestros males ha de llegar muy pronto? ¿Por qué olvidar que necesitamos poder, y que sabemos apenas donde buscarlo; que hemos menester órden, y no vemos donde afianzarlo; que es indispensable la union no facticia, no de coaliciones, sino sincera, sólida, durable, y que ignoramos los medios de conseguirla; que existe una ley fundamental, cuya infraccion ha pasado á costumbre; que es de urgente necesidad el arreglo de los negocios eclesiásticos de acuerdo con el Sumo Pontífice; muy conveniente el restablecer las relaciones con las potencias del Norte, y que por ahora ni de lo uno ni de lo otro existe la menor esperanza? Y todo esto, dejando aparte la formacion de leyes orgánicas, el ordenar y vigorizar la administracion, el desembrollar ya que no es dable remediar la hacienda, y cien y cien otros puntos secundarios, pero que no carecen de importancia, cuando no fuera mas que por su número y por la confusion en que se hallan?

El vicio radical de nuestra situacion es la falta de poder; y el origen de esta falta es el no ser posible añadir de repente algunos años á la tierna edad de la Augusta Huérfana que ocupa el trono de las Españas. Dadle al problema todas las vueltas que quisiereis: la dificultad está aquí. La inmensa mayoría de los españoles desea ardientemente que los 20 meses que restan de la menor edad, fuesen 20 minutos; pero los hombres previsores desearian además que la Reina que cumplirá los 14, cumpliera al mismo tiempo los 25. Un monarca de 25 años: hé aquí nuestra necesidad; necesidad triste porque es urgente, y sin embargo no puede ser satisfecha sino con la tarda lentitud del tiempo.

¡Lamentable condicion de las sociedades humanas! la monarquía hereditaria es el sistema de trasmision del poder preferible á cuantos se han excogitado; pero adolece del inconveniente gravísimo de las minorías. Períodos

borrascosos por necesidad, porque mientras duran, el principio monárquico no subsiste sino por una saludable ficcion legal, suponiéndose ocupado el trono que está vacante. Esta ficcion es sin duda necesaria, es lo único posible en semejante caso, pero no basta para evitar á las naciones larga serie de calamidades. Sean estas cuales fueren, los pueblos las han preferido al desbordamiento de las pasiones que ambicionaran la corona; por esto colocan á las gradas del solio vacío la cuna del tierno monarca. Sacrificio indispensable, pero doloroso, porque estas épocas las atraviesan las naciones con mortales padecimientos y angustias: la infancia de los reyes es el tormento de los pueblos.

Un atinado enlace de la jóven Soberana, en que se combinasen de una manera conveniente el interés político y el dinástico; en que acertadas negociaciones allanasen las dificultades presentes, y previniesen las que podrán sobrevenir; en que se realzase el prestigio del trono y se acrecentara su fuerza agrupando en su alrededor nuevos intereses y simpatías; en que se cerrase el cráter de las revoluciones, y no se dejaran esperanzas á reacciones peligrosas y violentas, ¿no seria un medio harto sencillo, y muy á propósito para llenar en alguna manera el vacío que acabamos de indicar? Medítenlo nuestros hombres de Estado. No olviden que esta es la primera incógnita que ha de ser despejada.

En todas las combinaciones imaginables ocurrirán gravísimos inconvenientes, obstáculos difíciles de salvar, se columbrarán consecuencias mas ó menos desagradables; pero téngase presente que el estado de las cosas es tal, que ya no puede tratarse de bueno y de mejor, sino de malo y de menos malo. En semejante conflicto, el mejor partido que se puede tomar, es aquel en que menos se sacrifique nuestra nacionalidad é independencia, y por cuyo medio se consiga sacar el palacio de nuestros reyes de esa soledad pavorosa en que ahora se encuentra.

En este delicado negocio será bueno no perder de vista,

cuál fuera el enlace que ofreciera mayores ventajas, y menos inconvenientes, para una contingencia, de que nos preserve Dios, de morir la jóven Reina, y legarnos en un hijo suyo, otros 14 años de menoría y de regencias. El caso, se dirá, es remoto; así lo esperamos, contando en la bondad de la Providencia; pero no lo era mas ciertamente en 1829; tampoco se recelaban entonces las series de catástrofes y desastres que hemos sufrido, y estamos sufriendo todavía. En tales materias, una imprevision de los hombres de Estado, la pagan los pueblos con torrentes de sangre.

Aprendamos del vecino reino de Francia á ser previsores y cautos: ya que tanto hemos sufrido y sufrimos aun, ya que tan costosas lecciones nos ofrece la experiencia propia, aprovechémonos algun tanto de las que nos presentan las naciones extrañas, y procuremos escarmentar en cabeza ajena. Los hombres de la dinastía de julio, identificados con el nuevo órden de cosas creado por la revolucion de 1830, descansaban sin zozobra, fiados en la solidez de la obra de sus manos, viendo la nueva dinastía asegurada en numerosa familia, y considerando que la transicion de un reinado á otro se verificaria de una manera insensible, supuesto que el heredero de la corona habia entrado ya en la edad viril, y se formaba ya de mucho tiempo en el consejo de su anciano y experimentado padre. ¡Miserable prevision humana! Un caballo desbocado disipa en un momento tan halagüeñas esperanzas: el infortunado príncipe yace en el polvo del camino, privado de los sentidos que no ha de recobrar. Pasan breves momentos, el duque de Orleans espiró; y esa voz que se esparce con la celeridad del rayo por toda la Francia, causa una sorpresa, un estupor imposibles de describir: al lado de una tumba, se descubria un abismo. Pero ¿qué se hizo pasado el primer instante de asombro? alzóse en todos los ángulos de la nacion el grito de: «sálvese la monarquía»; la regencia era inminente, y con la precipitacion del sobresalto se estableció la ley de la regencia heredita-

ria. Así se procuró dar estabilidad y consistencia al trono, haciendo que de su inmovilidad y fijeza participasen la institucion y las personas que debian representarla. ¿No hubiera sido mejor, que este caso se hubiese previsto con la debida anticipacion, y que la nueva ley no llevase el sello de las circunstancias, ni se rozase con determinadas personas? Supuesta la imprevision, no fué posible obrar de otro modo; pero llegada la oportunidad, ¿seria imprudencia que de la manera que se juzgase legal y conveniente, nos previniésemos nosotros contra los azares que pueden ocurrir?

Hay ciertas cuestiones que la prensa de suyo tan libre y osada, no las aborda sin embargo de frente, dejándolas en completo olvido, ó tocándolas con mucha reserva. Respetamos los motivos de semejante conducta, y nos guardaremos de decir que no medien en esto razones de prudencia. Comprendemos que los partidos están en batalla, y que dominados del pensamiento de ataque, cuidan principalmente de asestar bien los tiros, y esgrimir sus armas con destreza y valentía. Parécenos no obstante que al lado de la idea que apellidaremos negativa, seria útil conceder mas lugar á la positiva, y que al señalar con generosa resolucion lo que no se quiere, se formulase con mas precision lo que se quiere. «No conviene, se nos contestará, suscitar embarazos, ni suministrar pretextos; hay cosas que es necesario aplazar:» en hora buena, y por esto no sindicamos vuestro proceder; pero no olvideis al menos, que esos embarazos no dejarán de serlo entonces, que esos pretextos se aprovecharán entonces tambien; no olvideis que los aplazamientos no son siempre los medios mejores; que la indecision es fatal en todo, y que se marcha con paso mas firme, cuando se sabe á donde se va.

No descenderemos á pormenores; pero supuesto que hemos tocado este delicado punto, observaremos que una de las principales miras que se han de tener presentes en el enlace de la Reina, es el no permitir que se haga de suerte que pueda contribuir al aumento de la influencia

de la Francia ni de la Inglaterra. Es evidente que seria muy dañoso el ofrecer nuevas ocasiones y medios al gabinete de San James para alcanzar ese predominio en todos nuestros negocios, que con tanto desembozo codicia; pues en nuestro concepto fuera tambien un error de funestas y trascendentales consecuencias, no diremos el conceder el mismo predominio á la política de las Tullerías, pero ni siquiera una preponderancia notable. A mas de los inconvenientes que siempre trae consigo la excesiva influencia de un gobierno extranjero, á mas de lo que nos enseña la historia sobre los fatales resultados que nos ha producido el constituirnos en satélites de la Francia, media en la actualidad otra circunstancia, cual es la situacion de la dinastía reinante y el estado intelectual, moral y político de aquella sociedad.

El enlace de nuestra jóven Soberana con un príncipe de la casa de Orleans, nos haria participar de las continuas zozobras de una dinastía que entronizada por la mano de la revolucion sobre un antiquísimo solio, vive desasosegada é inquieta entre opuestos temores. En los salones del regio palacio se le aparecen las sombras de los antiguos reyes, en las márgenes del Sena resuena todavía el murmullo de la revolucion. Aquellos demandan lo perdido, esta exige el cumplimiento de lo pactado; aquellos intimidan con la esperanza de una restauracion, esta amenaza sustituir la *república* á una *monarquía* que se ha negado á ser *republicana*.

Con el advenimiento de un príncipe francés, tomarian mas decidido ascendiente sobre nosotros, ideas que ya lo tienen en demasía; la anarquía intelectual y moral de aquel país, comunicándosenos mas de lleno, acabara de disolver y adulterar los buenos elementos que nos restan para nuestra regeneracion. *Se quitarian los Pirineos*, y nosotros deseamos que los haya.

El robustecimiento del poder es una de las primeras necesidades de la nacion; y no acertamos á concebir cómo puedan encontrarse hombres de buena fe, que ó desco-

nozcan esta necesidad, ó se opongan á que se la satisfaga. El poder en España es el trono; y hasta que se le afirme cual conviene, hasta que su accion esté desembarazada de los obstáculos que le suscitan las facciones, cuyas insaciables exigencias hacen imposible todo gobierno, hasta que este se sienta fuerte para hacer el bien, y en region bastante elevada para no hallarse tan á menudo con tentacion de obrar mal, no saldremos jamás de esa incertidumbre, de esa ansiedad, que nos tienen sumidos en un estado de desesperada agonía.

De las urnas electorales esperan algunos el remedio de todas las dolencias y el feliz desenlace de tan lamentable situacion. Léjos está de nuestro ánimo el intento de retraer de ellas á los hombres de bien; comprendemos cuán importante es bajo todos aspectos, que no se las deje abandonadas á merced de la ciega ambicion y de pasiones ruines; pues que si no fuere posible otra cosa, al menos se evitará el mal, ó no se permitirá que se consume sin enérgicas protestas. Opinamos no obstante, que estos son remedios pasajeros, que no llegan á la raiz del daño; y cuando vemos á ciertas personas, cándidas en extremo, imaginándose que en las urnas electorales está todo nuestro porvenir, parécenos contemplar una de aquellas escenas supersticiosas en que un iluso se entrega á sus combinaciones de letras y de signos para adivinar los sucesos futuros.

Todavía no hemos visto unas Córtes que durasen todo el tiempo marcado por la ley; el Gobierno las ha despedido con mas ó menos cortesía, cuando ha visto que no servian para el objeto que él intentaba; y si alguna vez no ha sido el Gobierno, la revolucion ha cuidado de suplir la falta. ¿Dónde está la *omnipotencia parlamentaria?* ¿dónde los efectos de la *soberanía popular?* Si los cuerpos legisladores la representan, ¿cómo es que perecen, ora á manos de un ministerio, ora bajo los golpes de una insurreccion? Los partidos trabajaron con ahinco repetidas veces para asegurarse una mayoría que fuese la expresion de sus ideas y realizara sus proyectos: un decreto ó un motin desvane-

cieron todas las esperanzas. Con afanes y sudores sin cuento habian subido el enorme peñasco por una rápida pendiente; ya tocaba á la cima, cuando escapándose de sus manos, rodó hasta el fondo del abismo. Es necesario comenzar de nuevo la dura faena.

La prerogativa de la votacion de los impuestos, único freno de asegurada eficacia que en el órden legal poseen los cuerpos legisladores en todo gobierno representativo, se ha hecho ilusoria en España, primero por los votos de confianza, segundo con la costumbre de cobrar las contribuciones no votadas: por manera que examinando á fondo la libertad positiva que nos queda despues de tantos años de revolucion, consiste en la facultad de desahogarse en quejas é invectivas, de palabra ó por escrito. La prensa es la personificacion de esta libertad; lo agudo de sus acentos indica bastante que es el único desahogo. Se ha dicho infinitas veces que el gobierno trataba de cerrar este respiradero; mucho dudamos que con semejante paso se acreditase de buen maquinista. En un artículo fulminante se exhala con frecuencia la indignacion mas acerba, y se consume una gran parte de temible energía; ¿qué ventajas podria acarrear el concentrarlas, el forzarlas á replegarse sobre sí mismas, y á producir vivos estremecimientos, ó explosiones estrepitosas? Verdad es que el desahogo debe de hacerse pesado á los gobernantes, pero algunos meses bastan para acostumbrarse á los apodos y caricaturas.

En medio de nuestras revueltas, disfrutamos de otro beneficio que algunos atribuirán á causas políticas, cuando en realidad dimana principalmente del espíritu de la época, de causas puramente sociales. A pesar de las molestias y persecuciones que por sus opiniones políticas han sufrido no pocas personas, nótase sin embargo la existencia de causas que tienden á suavizarlas, á quitarles aquella recrudescencia que tuvieran en otros tiempos. Cométese una violencia, pero desde luego se ve forzado á avergonzarse de ella el mismo perpetrador; quien se entrega

desatentado á la carrera de los desmanes, se encuentra bien pronto con robustos diques que la mas impudente audacia no se atreve á salvar. Si bien se observa, no dimana este fenómeno ni de las formas políticas, ni de las calidades personales de los que ejercen el gobierno, sino del espíritu del siglo que tan decididamente se inclina á la tolerancia y á desterrar de la sociedad el imperio de la fuerza. Pasaron los tiempos en que esta era uno de los principales medios con que contaran así los individuos, como los pueblos y los gobiernos: el bien tiene por instrumentos la conviccion y la persuasion; el mal se sirve de la astucia, de la impostura, de amaños seductores, de palabras engañosas. Hé aquí la razon porque se verifican mudanzas profundas, y hasta formidables trastornos, sin que los individuos sufran lo que en apariencia debieran sufrir, ateniéndonos á lo que nos refiere la historia con respecto á otros siglos, y á lo que nos muestra la experiencia, en lo que toca á otras temporadas del nuestro. El estado social ha cambiado; va modificándose cada dia; en esto deben buscarse las causas, no en las regiones de la política.

De esta suerte van haciéndose menos temibles las reacciones que algunos recelan para ciertas épocas de transicion. Sean cuales fueren las vicisitudes que puedan sobrevenir, ningun partido, ninguna faccion, por mas osadía que se le suponga, será capaz de dominar esta irresistible tendencia de nuestro siglo. La tolerancia está en la sociedad, y esta no se trasforma con un decreto: la tolerancia está en las costumbres, y lo que está en las costumbres no ha menester que le comuniquen vigor las proclamaciones de la ley.

De los partidos militantes, ocupan los dos extremos el republicano y el moderado: aquel dice abiertamente que no se halla satisfecho con las formas existentes; este protesta que las acepta, y que solo trata de acomodarlas á sus ideas por medio de las leyes orgánicas, Sus adversarios ponen en duda la sinceridad de esta protesta

achacándole segundas intenciones dirigidas á derribar la Constitucion de 1837, reemplazándola con el Estatuto, ú otra ley parecida. Dejaremos á los órganos de los diferentes partidos el cuidado de apoyar ó desvanecer la acusacion, que ni á unos ni á otros les faltan plumas amaestradas en la polémica política. Observaremos sin embargo, que dado caso de existir las supuestas intenciones, andaria muy errado quien creyese que con golpe semejante se aseguraria para siempre el triunfo de ciertas ideas. En efecto, los mismos partidos que existen ahora existieran entonces tambien; todos con pocas modificaciones emplearian idénticos medios que bajo el imperio de la Constitucion; la nueva ley se suspendiera como ahora, siempre que necesario se creyese; la lucha se trabaria como ahora en la prensa, en la tribuna, en las urnas electorales; interminables disputas se suscitarian sobre las leyes de Ayuntamientos, de Diputaciones provinciales, de milicia nacional; en breve estaríamos como ahora en el terreno de la política, en ese círculo sin salida, en que tan inútilmente se consumen infinitas fuerzas individuales, en que tan estérilmente se gastan las del poder y de la nacion. Diríase como en otros tiempos se decia: «la nueva ley es no mas que el cimiento; construyamos el edificio:» en vano se le iria alzando de continuo; las exigencias no cesarian hasta que la cumbre tocase al cielo.

Intentamos con esto significar, que si como le achacan sus adversarios, las miras de cierto partido se dirigiesen á un proyecto semejante, mucho dudamos que alcanzase por este camino el objeto que se propone. Es indispensable, urgente, salir del terreno de la política: mientras veamos que así el Gobierno como las Córtes se ocupan de ella con preferencia; mientras en las discusiones de la prensa y de la tribuna, miremos arrumbadas las cuestiones de administracion y de mejoras positivas, para disputar sobre la legitimidad de este ó de aquel poder, la conveniencia de la mayor ó menor latitud en las leyes orgánicas, y otros puntos semejantes, estemos seguros que la re-

volucion continua todavía, que estamos condenados á presenciar la lucha de las pasiones, no de la inteligencia, que no asistimos á una discusion de donde broten destellos de luz, sino á un choque violento que arroja chispas incendiarias.

Entre tantos gobernantes que bajo distintos pretextos han infringido la ley vigente, ninguno lo ha hecho de una manera grandiosa, que acarrease á la nacion resultados positivos y universales; ninguno que al reconvenirle por su infraccion pudiera decir como aquel romano: «Juro que he salvado la patria:» ninguno que concibiese un plan vasto, que lo realizase con energía y rapidez, allanando todos los obstáculos, superando todas las dificultades; ninguno que al presentarse ante el gran jurado de la nacion cargado con inmensa responsabilidad pudiera decir: «Señores, la política era un caos, yo la he desembrollado; para ello he quebrantado la ley, es verdad; si quereis mi cabeza, tomadla, que ahora ya no es necesaria, ni para salvar la patria, ni para afirmar la ley; pero antes mirad mi obra, destruidla si os atreveis; yo marcharé contento á la muerte, si vuestro corazon no os dicta que en vez de un cadalso debeis levantarme una estatua.»—*J. B.*

LA SUERTE DE CATALUÑA.

Ya es tiempo que Cataluña piense con seriedad y detencion en la suerte que le está reservada; ya es tiempo que conociendo á fondo su verdadera situacion material, intelectual, moral y política, excogite los medios á propósito para procurarse el bienestar que en lontananza le sonrie, y precaverse de los males que en el porvenir la amenazan. La suerte próspera ó adversa de los individuos, de las pro-

vincias y de las naciones, está en las manos mismas de quien ha de disfrutarla ó de sufrirla; cuando nos quejamos del infortunio, ó nos felicitamos por nuestra dicha, no hacemos por lo comun otra cosa, que inculpar ó alabar nuestra conducta. Los pueblos, del propio modo que los individuos, son hijos de sus obras.

Nuestra situacion es crítica, pero no desesperada; nuestros males son graves, pero no sin remedio; nuestros peligros son muchos, pero no tales, que sea imposible precaverlos. Es un error el creer que ni estos males, ni esos peligros, dimanen precisamente de las desgraciadas circunstancias políticas en que la España se encuentra. Estas hacen mas difícil, mas peligrosa la crísis, pero no la producen; agravan los males, aumentan la imminencia del peligro: pero sin ellas, existieran mas ó menos, esa crísis, esos males y esos peligros.

El estado excepcional en que se halla Cataluña con respecto á las demás provincias, así en lo tocante á la riqueza pública, como en lo relativo á las ideas, costumbres, hábitos é índole de los habitantes; la rivalidad de una nacion poderosa y astuta en grado eminente, hé aquí las dos fuentes de donde nacen nuestros males; hé aquí lo que nos crea esa situacion penosa, que no nos permite disfrutar el bien que poseemos, ni entregarnos á las esperanzas halagüeñas con que nos brindan mil y mil circunstancias á cual mas favorables.

Ese estado excepcional no cesará en desapareciendo la actual situacion política; ni es posible que cese, hasta que cambien las condiciones materiales de la sociedad inglesa, hasta que experimente completa mudanza buena parte del resto de las provincias de la monarquía española. Cuando la Inglaterra deje de estar sometida á la fatal alternativa de vender ó morir, entonces renunciará á su rivalidad; cuando las demás provincias del reino no encuentren ventajas en surtirse de las manufacturas inglesas, entonces se declararán en nuestro favor y se opondrán con nosotros á los proyectos mercantiles de la Gran Bretaña.

Esta es la verdad, pura, limpia, sin ambages, sin amaños ni lisonjas: persuádase de ella Cataluña, no la pierda nunca de vista; y tendrá no poco adelantado para el conocimiento de su situacion actual, y de la venidera. Viva segura de que existe una opinion en contra de sus intereses, que tarde ó temprano se presentará tal cual es; viva segura, que ahora hay mucha adulacion en el interés que por ella se muestra, porque se la necesita.

Con un cambio político la Inglaterra perderá mucho de su influencia, y disminuirán las probabilidades de que se nos sacrifique á sus exigencias con un golpe de mano; esto lo conoce Cataluña, esto lo palpa todo el mundo; pero no se crea tampoco, que en semejante circunstancia la política inglesa se retire de la arena; no se crea, ni que abandone sus proyectos, ni que deje de trabajar con ahinco, con perseverancia en la realizacion de sus planes. Mal conoce la historia europea quien con tales esperanzas se deslumbre; mal comprende la verdadera situacion de las cosas quien se halague con tan hermoso sueño. El poder de la Gran Bretaña es inmenso, su astucia proverbial, su constancia es un modelo, sus adelantos industriales, las ventajas de su posicion, indisputables, sus necesidades apremiadoras: y este conjunto basta y sobra para que del logro de sus planes no desista, haciendo si es necesario esfuerzos hercúleos.

Fijos en España sus ojos, contempla un país de catorce millones de habitantes, que en su mayor número no conocen la industria, y por lo mismo le salta á la vista que hay en la Península un inmenso mercado donde puede desahogar algun tanto sus repletos almacenes. Dominante en Portugal, y señora de Gibraltar, tiene dos excelentes puntos de apoyo para el sostenimiento de su poder y realizacion de sus miras; resuelta de un modo favorable la cuestion mercantil, se hermanan admirablemente sus intereses materiales y su ambicion política: insensiblemente se convertirá la Península entera en abyecta colonia, y los Pirineos abatidos por la política de Luis XIV, se le-

vantarán mas altos todavía que en tiempo de Cárlos V y de Francisco I.

A vueltas de este porvenir tan halagüeño, divisa como muy posible otro, que le infunde los recelos mas vivos, que turba su sueño, que alarma su ambicion y asusta su codicia.

Hay en el oriente de España una provincia, célebre por su gloriosa historia, temible por el valor, la intrepidez y la constancia de sus hijos, nombrada en todas épocas por la infatigable laboriosidad de sus habitantes. En brevísimo tiempo, se han levantado como por encanto en su populosa capital, cien y cien establecimientos fabriles, se han puesto en circulacion cuantiosos capitales, el resto del principado participa del movimiento; y en el mediodía de Europa se ha presentado el singular fenómeno, tanto mas notable cuanto mas aislado, de una provincia industriosa y floreciente semejante á las que admira el viajero en los países del Norte. Con la proteccion del sistema prohibitivo, ha podido extenderse á los mercados de la costa y del interior de la Península; y la industria inglesa que se ha encontrado con un rival que comenzaba á hacerse respetar, ha conocido desde luego la necesidad de abatirle. Si en vida le dejara, si permitiese su prosperidad, ó solamente su conservacion hasta la época en que la España sometida á un gobierno estable entrara de lleno en el camino de una administracion sabia y protectora, el fenómeno ahora aislado podria tomar mayores dimensiones: la industria es de suyo propagandista; y los reinos de Aragon, de Valencia, de Murcia, de Andalucía, podrian participar del peligroso contagio. Andando el tiempo pudiera la propaganda industrial extenderse hasta el territorio lusitano, y la moderna Cartago encontrarse cual la antigua Roma en presencia de nuevos Viriatos. La nacion que á este punto podria llegar, posee todavía las preciosas Antillas, inestimable resto de una diadema hecha pedazos; excelente punto desde donde seria fácil abrir una vasta comunicacion comercial con el continente americano, que para mayor in-

fortunio de la Inglaterra, habla en su mayor parte la misma lengua, y profesa la misma religion de los españoles. Sobre la costa de África se conservan todavía algunas islas, que la Gran Bretaña conoce lo que podrán ser con el tiempo, porque sabe lo que fueran ahora si en sus manos estuviesen; y por fin, hasta allá en la extremidad del globo, á la vista de las posesiones de la India, de los establecimientos de la Nueva Holanda, y de las recientes conquistas de la China, está mirando un precioso grupo de islas que siglos hace esperan que el gobierno español les dé impulso y fomento para convertirse en uno de los mas brillantes florones de la corona de Castilla.

Hé aquí lo que está viendo la Inglaterra, lo que no olvida, lo que no olvidará nunca, sean cuales fueren los acontecimientos, y por mas desfavorables alternativas que esté condenada á sufrir en su influencia política sobre los negocios de España. Ha ensayado el aliarse con la revolucion, hasta ahora no ha conseguido completamente su objeto; prosigue con perseverancia su plan comenzado, y quiere llegar hasta la última extremidad para ver si en un momento de crísis se le brinda una coyuntura. Pero estad seguros que si un dia llegase á convencerse de que ha errado el camino, si se persuadiera de que tal vez aquí como en Portugal, podria convenirle una política conservadora; cambiaria de rumbo con la mayor serenidad, predicaria con entusiasmo en favor de los intereses, del lustre, de la dignidad de la monarquía; y una vez hecha esa modificacion en su política, se anotaria como condicion necesaria en todas las carteras ministeriales, y no bastarian á cambiarla todas las vicisitudes y mudanzas que podrian sobrevenir en la prepotencia respectiva de los partidos que se disputan el mando. De la propia suerte que Peel y Wellington no se han avergonzado de seguir con respecto á nosotros la política revolucionaria de lord Palmerston, no se desdeñaria tampoco lord Palmerston de acomodarse á la política conservadora de lord Wellington y de Peel.

Queda pues en claro, que Cataluña si se empeña en proseguir en su noble tarea de adelantar en el camino de su prosperidad, ha de contar indispensablemente con un poderoso rival, sin que pueda mecerse en engañosas esperanzas de que un cambio político sea una suficiente garantía con que deba creerse segura contra tan temible adversario.

Por lo que toca al interés de otras provincias que propenden mas ó menos al sistema de libertad comercial, y que por lo mismo favorecen los designios de la Inglaterra, tampoco es inconveniente que sea dable remover con facilidad; con él luchará la generacion actual, y probablemente la venidera.

No se crean fácilmente los hábitos de trabajo que en Cataluña poseemos, no se improvisa una actividad como la que distingue al Principado. El catalan avezado á continuas faenas, acostumbrado á ser esclavo de las tareas de su oficio desde el rayar del alba hasta horas despues de entrada la noche, no concibe cómo puede vivirse de otro modo; no acierta á explicarse qué género de vida es esa en que un hombre no tiene quizás de que alimentarse ni vestirse, y sin embargo no piensa en mover sus brazos, capaces de producir todo cuanto necesita para ganar su subsistencia. Para el catalan pobre, pan es sinónimo de trabajo; y la miseria es sinónima de falta de trabajo. Cuando su apurada situacion le fuerza á pediros limosna; si es viejo ó está enfermo, os indica la causa que le impide el procurarse el sustento; si es jóven y goza de salud, se excusa con la falta de trabajo.

Pero esa manera de vivir que los catalanes no comprenden siquiera, la encuentran muy natural y muy agradable los que la disfrutan: decídselo á uno de esos hombres que envueltos en su manta y con su pañuelo en la cabeza, pasan las horas en la ociosidad: decidle que hay jóvenes, viejos, niños, mujeres, que no descansan durante el dia sino algunos instantes para comer, y que sin embargo miran como la mayor de sus calamidades el anuncio de que

el trabajo escasea; tampoco os comprenderán, tampoco trocarán su suerte con esa otra que fuera para ellos un pesado castigo.

Además, es necesario no hacerse ilusiones: estamos ya tan acostumbrados á ponderar el suelo de España cual si fuera un paraíso, que nos imaginamos posible que con un buen gobierno brotasen como por ensalmo en todos los puntos la agricultura, la industria y el comercio. Esto es un error: esas obras requieren largos años, y dilatadas comarcas existen en España donde se necesitan siglos.

La administracion mas activa, mas atinada, que mas impulse y fomente el desarrollo de la riqueza pública, ¿qué podrá hacer sino con muchísimo tiempo, en aquellos países donde faltan dos elementos tan indispensables, no solo para el bienestar sino hasta para la subsistencia, como son el agua y el fuego? El agua se atrae con los arbolados, y estos se fomentan con el agua, es cierto; pero donde faltan el uno y el otro, ¿qué remedio queda sino el trabajo y la constancia de los años que todo lo superan? Para acometer ciertas empresas, es necesario contar con una poblacion numerosa y activa; donde esta falta ¿cómo se suple? Es indispensable el trascurso de muchos años; es indispensable dirigir cual conviene la educacion de los pueblos, porque es indispensable en muchos lugares comenzar en cierto modo la conquista de la naturaleza misma.

La afluencia de los capitales á los puntos en que ha de desplegarse la accion, es otra de las condiciones imprescindibles para llevar á cima las grandes empresas. Esos capitales no acuden tampoco fácilmente; son desconfiados, suspicaces, y se dirigen de mejor grado allí donde la experiencia demuestra que se emplean con provecho. La dificultad está en los primeros pasos; dados estos, se aumenta la velocidad en proporcion del adelanto, las fuerzas productivas se multiplican de una manera asombrosa.

Cabalmente tenemos en España un inconveniente gravísimo, que influye mas de lo que se cree en paralizar nues-

tro desarrollo, y en hacer inútiles los mejores deseos. La vida de España está en las extremidades; el centro está exánime, flaco, frio, poco menos que muerto. Cataluña, las provincias Vascongadas, Galicia, varios puntos del mediodía, os ofrecen un movimiento, una animacion de que no participa el corazon de España. Londres es digna capital de la Gran Bretaña, París de Francia; en la actividad, en la vida de que rebosan aquellas ciudades veis las indispensables condiciones de la cabeza de un gran cuerpo. En Madrid, y en todos sus alrededores á larguísima distancia, nada encontrais de semejante. Ni agricultura, ni industria, ni comercio; á la primera ojeada conocereis que allí hay una corte, que allí se han amontonado inmensidad de empleados, con sus oficinas, su orgullo tradicional, su olvido del pais que gobiernan; os convencereis de que es una conquista sobre el desierto, como ha dicho un escritor ingenioso, pero que esa conquista muy propia para lisonjear la vanidad, de nada sirve para fomentar la riqueza; os persuadireis de que aquel es un centro sin vida, incapaz de dar impulso y direccion al movimiento de un gran pueblo; y de que á pesar de todas las teorías, de todos los proyectos, es muy probable que si esperamos de allá la vivificacion y fomento, tengamos que contentarnos con amontonar y archivar volúmenes de decretos, órdenes, instrucciones, circulares. «Lo que es papel el gobierno nos envia mucho,» decia con admirable buen sentido un sencillo aldeano.

Las necesidades de un objeto se aprecian mal por necesidad, en un país donde no existen; quien resuelve las cuestiones sin tener á la vista los hechos, solo con la ayuda de expedientes, de cuyo contenido no se ven de cerca ejemplos semejantes, andará siempre á tientas, siéndole el acierto en extremo difícil. Véase lo que á todas las naciones del mundo les sucede en el gobierno de sus colonias, y háganse las convenientes aplicaciones en la proporcion debida.

Las consideraciones que acabamos de exponer, todas

fundadas en hechos de una evidencia incontestable, indican á Cataluña el camino que ha de seguir para conservar lo que posee y adquirir lo que le falta.

Sin soñar en absurdos proyectos de independencia, injustos en sí mismos, irrealizables por la situacion europea, insubsistentes por la propia razon, é infructuosos además y dañosos en sus resultados; sin ocuparse en fomentar un provincialismo ciego, que se olvide de que el Principado está unido al resto de la monarquía; sin perder de vista que los catalanes son tambien españoles, y que de la prosperidad ó de las desgracias nacionales les ha de caber por necesidad muy notable parte; sin entregarse á vanas ilusiones de que sea posible quebrantar esa unidad nacional, comenzada en el reinado de los Reyes Católicos, continuada por Cárlos V y su dinastía, llevada á cabo por la importacion de la política centralizadora de Luis XIV con el advenimiento al trono de la casa de Borbon, afirmada por el inmortal levantamiento de 1808 y la guerra de la independencia, desenvuelta por el espíritu de la época, y sancionada con los principios y sistemas de las legislaciones y costumbres de las demás naciones de Europa; sin extraviarse Cataluña por ninguno de esos peligrosos caminos por los cuales seria muy posible que se procurase perderla en alguna de las complicadas crísis que segun todas las apariencias estamos condenados á sufrir, puede alimentar y fomentar cierto provincialismo legítimo, prudente, juicioso, conciliable con los grandes intereses de la nacion, y á propósito para salvarla de los peligros que la amenazan, de la misma manera que la familia cuida de los intereses propios sin faltar á las leyes, y sin perjudicar, antes favoreciendo el bien del Estado. En otro número expondremos nuestras opiniones sobre este particular; bástanos por hoy el haber descrito la situacion de Cataluña, á lo que nos parece con el lenguaje de la verdad.—*J. B.*

ESTUDIOS HISTÓRICOS FUNDADOS EN LA RELIGION.

La Religion es la verdadera filosofía de la historia. Moisés nos da las primeras noticias sobre la creacion y sobre la cuna del linaje humano; al propio tiempo que nos ofrece la única clave para descifrar el grande enigma del hombre y del Universo. Quitad la historia de Moisés, privad á la humana filosofía de las luces que la suministra aquella narracion sublime, y volveis á sumergiros en el caos de los antiguos; la eternidad del mundo, la incertidumbre y las extravagancias sobre nuestro orígen y destino, el fatalismo, todos los errores, todas las dudas, que trabajaron las escuelas filosóficas de la Grecia y Roma y de cuantos pueblos carecieron del faro de la revelacion, vuelven á presentarse sobre la tierra, y hacen retroceder la ciencia y la sociedad larga cadena de siglos.

¿Quereis seguras, breves, universales fórmulas para resolver los grandes problemas de la historia de la humanidad? Leed la narracion del inspirado por Dios, escuchad al hombre sublime á quien fué concedido hablar con Jehovah en la cumbre del Sinaí.

Hay en la vida del humano linaje un hecho tan doloroso como incontestable: la lucha del bien con el mal, la frecuente preponderancia de este sobre aquel, así en lo moral como en lo físico; los horrendos crímenes que manchan las páginas de la historia de la prole de Adan, los indecibles padecimientos á que se halla condenada. ¿Cuál es el orígen de tan triste fenómeno? ¿Cómo es compatible con la existencia de un Dios infinitamente sabio y bondadoso? La antigüedad creyó dar una explicacion satisfactoria admitiendo bajo diferentes formas dos principios: uno

autor del bien, otro del mal. El dualismo de Manes era quizás una adulteracion de las tradiciones sobre la caida del primer ángel, pero indicaba tambien un esfuerzo para explicar el enigma que nos presenta el mundo. Moisés asienta otro principio mas sencillo: *pecado* y *pena*, es decir *justicia*. Con esto todo se explica, sin esto nada. Es un misterio, pero dichoso misterio que nos aclara tantos misterios; dichosa oscuridad de donde salen raudales de luz. Abramos la historia, recorramos sus páginas, conducidos por esa guia, que en su bondad nos enviara el mismo cielo.

I.

Dios dijo al hombre: comerás el pan con el sudor de tu rostro; esta maldicion ha caido sobre la humanidad entera. Seguidla en todos los períodos de su existencia, en su frente descubrireis sin cesar el angustioso sudor con que anda en busca de la dicha; porque la dicha es lo que busca el hombre, tras de la dicha se afana la sociedad; supuesto que ni aquel ni esta viven de solo pan. En vez de frutos le produce la tierra espinas y abrojos; no alcanza jamás el bien, sino despues de haber apurado hasta las heces el cáliz del mal. Lamentámonos nosotros de los infortunios de nuestra época, alzamos hasta el cielo un grito de dolor por las privaciones que nos vemos forzados á sufrir, los males que hemos de tolerar, y los costosos sacrificios con que compramos un momento de felicidad ó siquiera de reposo. ¿Y qué fué de las generaciones que precedieron? ¿disfrutaron quizás de blando sosiego, nadaron en la opulencia y en los placeres, y vivieron como hermanos en amable paz y armonía? ¿el siglo de oro fué para ellas una realidad, y los hermosos sueños de los poetas encontraron existente entre las mismas el objeto de sus cantos sublimes?

Nó, no es así: apenas criado el hombre, á pocos momentos de disfrutar de inefable dicha en el jardin de Eden,

surge á su lado el infortunio como una negra sombra que oscurece y mancha un bellísimo cuadro. La madre de los humanos contemplaba su hechicera hermosura en los cristales de la fuente deliciosa que con tan delicado pincel nos retrata el ciego de Albion, y tenia ya á su espalda el infame reptil, acechando malignamente el instante oportuno de sorprender el candor y la inocencia. Nuestros padres labraron su infortunio y el nuestro; su caida fué voluntaria, y la pérdida de su dicha se debió al extravío de su voluntad; mas ¿será por esto menos lamentable, será por esto menos sensible? ¿acaso no es igualmente digno de compasion quien recibe la muerte de mano ajena, que quien se la da con la propia? El ángel colocado á la puerta del Paraíso, blandiendo la espada de fuego para que no volvieran allí los culpables proscritos, es al par de un hecho histórico, un formidable emblema de que la humanidad mientras viva sobre la tierra, halla vedado el camino de una completa felicidad. «Y echó á Adan, y colocó delante del Paraíso de las delicias un querubin con tajante flamígera espada para guardar el camino del árbol de la vida.» «Ejecitque Adam, et collocavit ante paradisum voluptatis Cherubim, et flammeum gladium atque versatilem, ad custodiendam viam ligni vitæ.» (Genes. c. 3, v. 24.)

Poco sabemos de la vida de nuestros padres en los primeros dias de su destierro: solos, errantes en la inmensidad de la tierra, rodeados de bestias feroces, de reptiles y de insectos, faltos de vestido, de techos donde guarecerse, escasos de medios para proveer á las primeras necesidades, debian de pasar una vida penosa, amargada mas y mas con el punzante recuerdo de su dicha perdida. Bien se concibe cuán fácilmente penetraria en sus corazones el mas vivo arrepentimiento, logrando que les perdonase el Señor aquella falta que expiaron con siglos de padecimientos y de lágrimas. ¡Cuántas veces volverian los ojos hácia la region donde pasaron en la primitiva inocencia, momentos de bienandanza indecible! ¡Cuántas veces la

señalarian á sus hijos y les contarian las dulzuras de aquella morada venturosa, cuya memoria se ha trasmitido de generacion en generacion, como los recuerdos de un sueño dorado!

Los primeros hijos de Adan y Eva de que nos habla el sagrado texto, nos presentan tristemente la continuacion de la escena que comenzó á la sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal: el crímen y la pena, el fratricidio y la maldicion estampada en la frente del fratricida, quien anda errante por el mundo en busca de una muerte que para su tormento no encuentra. La primera ciudad de cuyo orígen tenemos noticia, es fundada por el impío asesino de su hermano, por el mismo Cain: triste auspicio de la vivienda del hombre que levantaban las manos teñidas con sangre inocente: manos temblorosas todavía, por haber oido la maldicion del cielo provocada por el clamor de venganza que esta sangre daba desde la tierra: *la voz de la sangre de tu hermano clama á mi desde la tierra. Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra.*

Corren los tiempos, la ciega prole de Adan olvida los tremendos castigos que ha podido oir de la boca de los mismos que los sufrieron: toda la carne corrompe su camino. Dios resuelve borrar al hombre de la faz de la tierra; y salvado el justo Noé con su familia, ábrense las cataratas del cielo, inúndase toda la faz del globo, perece todo viviente excepto las parejas encerradas en el arca, y el agua se levanta quince codos mas alta que las mas encumbradas montañas.

De dos grandes justos nos habla con singular recomendacion el sagrado texto en lo perteneciente á la primera época del mundo: Henoch y Noé: ¡cosa notable! Noé fué salvado prodigiosamente en el arca: *Henoch no apareció porque se lo llevó Dios.* Admirables hechos históricos que simbolizan la justicia y la inocencia, salvándose á duras penas de la maldad y castigo de las generaciones abandonadas á sus caminos de perversidad.

Inagotable caudal de reflexiones suministran al filósofo

cristiano los primeros capítulos del Génesis; ellos y solo ellos, rasgan el velo que cubre el mundo; ellos y solo ellos, nos explican los secretos de nuestra existencia, y aclaran los incomprensibles misterios de la historia del género humano.

II.

El mundo antiguo comenzó con el paraíso, siguió con una maldicion y acabó con el diluvio; el mundo nuevo comienza con la maldicion de Cham, continúa con la torre de Babel, y sigue con una interminable serie de calamidades y desastres hasta el dia en que llegado el fin del humano linaje rodará la tierra por la inmensidad de los cielos como un globo hecho ascua. Fijando la consideracion en el colosal hecho del diluvio, clave de la explicacion de grandes fenómenos terrestres, y padron eterno de la cólera de un Dios Todopoderoso, asómbrase el espíritu y se sobrecoge de un religioso pavor. ¡Qué trastorno mas espantoso resulta de aquella catástrofe en el hombre y en cuanto le rodea! la vida se abrevia, la naturaleza pierde de su fecundidad, se marchita su hermosura; y el hombre que antes del horroroso cataclismo era un proscrito ilustre á quien se permite gozar de algunas comodidades en clima templado y bajo un cielo sereno y apacible, es en adelante un desterrado sobre cuya frente pesa toda la execracion de su crímen y que relegado á hórridos países arrastra una vida de miseria y de dolor, cuyo único consuelo es la esperanza de la muerte.

Siguiendo á grandes pasos la historia de la humanidad, hallamos por do quiera la traza lamentable que nos recuerda la degeneracion primitiva: en todo la maldad, en todo el delito, en todo la pena, en todo la tremenda huella de la expiacion á que está condenada la descendencia de Adan, en todo el no alcanzar la verdad sino despues de tropezar en mil errores, de no obtener el bien sino despues de haber sufrido el mal; en todo la ley inflexible de

no llegar á la perfeccion ni á la mejora, sino á costa de las mas crueles fatigas.

¿Buscais el orígen de los grandes imperios? ¿pretendeis saber el curso que desde ya un principio tomaron las pasiones, con respecto al gobierno de la sociedad? la sagrada Escritura os lo indica en breves palabras. El hombre rebelde á Dios se hace esclavo; sacudió el suave yugo de la divina ley, y se encuentra sometido al imperio de la fuerza. «Chus engendró á Nemrod; este comenzó á ser *poderoso* en la tierra.» ¿Sabeis cuáles son sus títulos? «Y era *robusto cazador* en presencia del Señor. Por esto salió el proverbio: como Nemrod robusto cazador en presencia del Señor. — Y el principio de su *reino* fué Babilonia y Arach, y Achad y Chalanne en la tierra de Sennaar.» «Porro Chus genuit Nemrod: ipse cœpit esse potens in terra. — Et erat robustus venator coram Domino. — Fuit autem principium regni ejus Babylon, et Arach, et Achad, et Chalanne in terra Sennaar.» (Genes. c. 10, v. 8, 9 et 10.)

Al lado de esta sublime sencillez, al lado de esta narracion en cuya verdad y exactitud se compendia la historia de los grandes imperios, de los grandes conquistadores, de las guerras, de las vicisitudes que afligen á la triste humanidad; ¡cuán pequeño se nos presenta Rousseau con su pacto social, con sus vanas utopias tan distantes de la realidad, como contrarias al curso natural de las cosas! El hombre necesita vivir en sociedad, la existencia de esta es incompatible con un desórden incesante, y el órden no puede concebirse sin un poder público que lo afirme y conserve; esto dicen la razon y el buen sentido; pero al propio tiempo, la perversidad del corazon, la ambicion desenfrenada, las pasiones ruines, abusan de todo cuanto hay sobre la tierra; y por lo mismo al formarse las sociedades, la fuerza debió de ser un elemento preponderante, la autoridad pública debió de ser á menudo usurpada con violencia, y Nemrod que fué *poderoso* porque era *robusto cazador*, es el tipo de cien y cien otros usurpadores que fundarian sus derechos en la pujanza de su brazo.

Hállanse los hijos de Noé en crecido número en las llanuras de la tierra de Sennaar, y temerosos de que las aguas de un nuevo diluvio inundasen otra vez la tierra, propónense edificar una ciudad y en ella una torre cuya cumbre toque al cielo. Así abrigan el designio de ilustrar su nombre, y asegurarle eterna duracion antes que se dividan para andar ocupando el resto de la tierra. ¡Vanos consejos! como si Dios cuyo brazo todopoderoso inundó el mundo como inunda el labrador su pequeño campo levantando un ligero dique, no bastase á inundar la nueva ciudad, y á cubrir la gigantesca torre, como antes sepultara quince codos debajo de las aguas la cúspide de las montañas mas elevadas.

Antes eran los hijos de Noé un solo pueblo, hablaban una misma lengua, eran de un mismo labio, segun la bella expresion de la sagrada Escritura; el orgullo los ciega, buscan con afan una vana inmortalidad; desde entonces se confunde su idioma, y el hermano no entiende la palabra del hermano, y se ven forzados á abandonar la edificacion de la ciudad y avergonzados se separan y marchan dispersándose por la faz de la tierra.

Los eruditos han buscado en los idiomas actuales la huella de un idioma primitivo: ¿puede conjeturarse si este continuó en alguna de las fracciones en que se dividió la descendencia de Noé? ¿Sábese si los actuales presentan seguros indicios de haber salido de un tronco, y de ser otros tantos dialectos de una lengua matriz? No nos atreveremos á resolverlo: solo haremos notar que de la misma suerte que se hallan en todos los puntos del globo infalibles señales de un gran trastorno en la naturaleza, así se encuentran claras pruebas de que el linaje humano experimentó una confusion, cuya historia nos ha conservado Moisés, refiriéndonos el insensato proyecto de la torre de Babel. Los tiempos históricos, como los heróicos, como los fabulosos, nos muestran al linaje humano dividido en innumerables tribus, de las que se verificaba que *el prójimo no entendia la voz del prójimo;* el origen comun

estaba poco menos que borrado, y los hombres que debieran vivir como hermanos, se hallan unos en vista de los otros cual extranjeros en tierra conquistada; en violentos encuentros se disputan la presa, y mutuamente se destrozan con mas rabia que no lo hicieran bestias feroces.

III.

Separado de su casa y parentela el hombre escogido de Dios para fundar un nuevo pueblo donde se conservasen en toda su pureza las tradiciones primitivas, marcha errante por la tierra de Canaan, y en ella encuentra el hambre; huyendo de esta calamidad llega peregrinando á Egipto; ¿sabeis cuáles son las costumbres de aquel país? el adulterio y el crímen. Cercano á Egipto dirígese Abrahan á Sara su esposa y le dice: «Mujer, conozco que eres bella, y que al verte los egipcios dirán, «es su esposa,» y me matarán, y á tí te reservarán. Dí pues, te lo ruego, que eres mi hermana, para que en consideracion á tí se porten bien conmigo, y por tu gracia conserve yo la vida.» Y habiendo entrado en Egipto, vieron los egipcios que la mujer era de extremada hermosura, y los cortesanos lo anunciaron á Faraon, y la alabaron en presencia de él, y la mujer fué llevada á su palacio.» Así ya desde la cuna del mundo cuando al parecer debian reinar en todas partes la sencillez y la inocencia, el justo se veia precisado á encomendar en manos de la divina Providencia la honra de su esposa, esperando que el Señor que le habia sacado de la casa de su padre, castigaria á Faraon antes que su virtuosa consorte fuera víctima de la violencia y de la destemplanza.

Hechos semejantes, que esparcidos acá y acullá encontramos en el sagrado texto, son preciosos rasgos que nos pintan el espíritu de la época, que nos hacen asistir á las escenas de injusticia, de violencia, de obscenidad á que estaria entregado el mundo en aquellos siglos que nosotros

con poca reflexion podríamos creer de oro. Con lo que se echa de ver cuán infundado es todo lo que se imagina y tal vez se cree, sobre la inocencia de las edades primitivas; y cuán exagerados son los males que se suponen nacidos del adelanto de la sociedad. Donde quiera que encontramos al hombre, hallamos el mal á su lado; si es culto lo practica con astucia, si es bárbaro lo ejerce con violencia; si no quereis sufrir el brillante velo ocultando la corrupcion, fuerza os será resignaros á contemplar las asquerosas formas de feroz brutalidad. Todo lo que dista de nosotros en espacio ó tiempo, nos complacemos en pintarlo con hermosos colores, en revestirlo de una belleza que no existe en la realidad: esto puede condonarse al poeta, no al filósofo; que la poesía se alimenta de encantadores sueños, la filosofía solo se nutre con austera verdad. Séale pues permitido al vate el imaginarse que no habia otras costumbres que las retratadas en la escena de las familias patriarcales, cuando un anciano cubierto de venerables canas narraba tranquilamente á sus hijos y nietos las tradiciones antiguas, bajo el aura apacible del caer de la tarde á la sombra de una palmera; pero el filósofo no debe contentarse con vanas ilusiones, dado que en cada objeto ha de ver *todo lo que hay, y nada mas de lo que hay.* Triste necesidad por cierto la de contemplar las cosas en su negra realidad; pero no olvidemos que el error es tambien negro en su fondo por mas brillante que sea el velo que le encubre: recordemos que la verdad por amarga y dolorosa no deja de ser saludable. Las escuelas mas peligrosas, ¿qué son sino un tejido de bellas mentiras?

IV.

Salido de la tierra de Egipto Abrahan con su mujer, con sus riquezas, con su sobrino Lot, se dirige hácia el austro, llegando hasta el lugar donde fijara antes su tienda entre Bethel y Hai. La vida pastoril que ambos traian pa-

rece debia ponerlos á cubierto de toda mala inteligéncia y discordia; sin embargo no fué así: los rebaños no cabian en el mismo país, la rivalidad comienza; los amos siguen en buena armonía; pero los pastores riñen, y Abrahan deseando conservar la fraternidad y concordia que entre hermanos cumple, ruega á Lot que se separe de él en obsequio de la paz: «No haya, te ruego, le dice, rencillas entre yo y tú, y entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos; mira, á tus ojos está la tierra toda, apártate de mí, te lo suplico; si fueres hácia la izquierda, yo tomaré la derecha, si tú escogieres la derecha, yo marcharé hácia la izquierda.»

¿Qué encontramos en este pasaje? nada menos que la historia de los sucesos que desde el principio del mundo están desolando la humanidad. *No cabian en la tierra:* hé aquí señalada con admirable concision y exactitud la causa de infinitas invasiones, usurpaciones, revoluciones, guerras, trastornos y catástrofes. ¿Por qué los fenicios y cartagineses buscan con tanto afan nuevos países donde establecerse, donde enviar sus colonias, valiéndose de la fuerza cuando alcanzar no podian su objeto por medio de la astucia? porque no cabian en la tierra. ¿Cómo es que Roma naciente comienza su política de invasion y usurpacion, ensayando sobre los pueblos comarcanos lo que despues ejecuta sobre el mundo entero? porque sus habitantes no caben en la tierra; porque faltos de lo necesario se ven precisados á proporcionárselo, convirtiéndose en guerras formales lo que en un principio eran altercados y riñas sobre la pertenencia de algun objeto útil ó necesario á la vida. ¿Cuál fué la verdadera causa de la irrupcion de los bárbaros del Norte? Preguntadlo á esos innumerables guerreros que rodeados de sus mujeres é hijos, se adelantan hácia el Mediodía en busca de clima mas apacible y de regiones mas feraces; preguntádselo, y os dirán que las selvas del Norte no les suministran lo que han menester para su sustento; que en su extraordinaria multiplicacion han consumido y agotado cuanto habia en su país

natal; que la necesidad, la imperiosa necesidad, los fuerza á usurpar para establecerse, á pelear para comer: no cabian en la tierra.

Hasta en los tiempos modernos, cuando se ha llevado al mas alto punto el arte de encubrirlo todo con hermosos disfraces, ¿qué se encuentra en el fondo de las cuestiones mas graves? Dejando aparte otros ejemplos, la Inglaterra revuelve el mundo con su diplomacia y lleva la desolacion y la muerte á las regiones mas remotas; ¿quereis impedírselo? ¿buscais un medio seguro para disminuir la actividad de sus negociaciones, y la impetuosidad de sus armas? abridle fáciles y anchurosos mercados; desahogad sus almacenes de Manchester y Liverpool; ved que pueda alimentar tantos millones de hombres que perecen de miseria; cambiad su situacion material, dadle pan. Los ingleses tampoco caben en la tierra.

V.

Imposible parece que en tan poco tiempo trascurrido desde la horrible catástrofe con que Dios castigara los crímenes de la humanidad, las costumbres hubiesen llegado al exceso de infame depravacion que vemos en las ciudades de Pentápolis; aquella tierra tan deliciosa que regada por las ondas del Jordan semejante al *Paraíso del Señor* fué sepultada en un mar hediondo despues de haber llovido sobre ella torrentes de fuego. La narracion que de este acontecimiento nos hace la sagrada Escritura, como y tambien de las circunstancias que le precedieron y las causas que lo motivaron, es otro precioso documento para formarnos una idea del infeliz estado en que volvió á sumirse el mundo, salido apenas de las aguas del diluvio vengador.

En el propio país antes de ser víctima de la horrorosa catástrofe, hallamos ya la guerra con sus matanzas, sus depredaciones, sus manadas de cautivos. Los reyezuelos

de Sennaar, del Ponto, de los Elamitas, de las Gentes, de Sodoma, de Gomorra, de Adama, de Seboim, de Bala y de Segor, encontrándose en el valle silvestre que despues se llamó mar de sal, con sus pequeños ejércitos, eran tristes precursores de los poderosos monarcas que en los tiempos venideros habian de inundar el mundo de sangre y de lágrimas.

Si desaparece la guerra de ciudad contra ciudad, de familia contra familia, de hombre contra hombre, esa anarquía que desuela las mas retiradas comarcas, si se crea un poder público capaz de mantener el órden de una gran sociedad, es á expensas de los tesoros, de la sangre, de la libertad de los gobernados que sirven para entronizar orgullosos tiranos, que no contentos con un mando sin límites, con un fausto escandaloso, se proponen hacerse adorar como dioses haciendo que se les levanten estatuas y se les tributen los homenajes y cultos solo debidos á la divinidad.

¡Ah! La historia del humano linaje es una espantosa tragedia; y en el placer angustioso que experimentamos al asistir á esos espectáculos en que brota la sangre del corazon á vista de grandes infortunios, hay un profundo secreto que abre anchuroso campo á las meditaciones de una filosofía grave y sublime. ¿Cómo es que buscamos con tanto afan ese placer que nos atormenta? ¿por qué nos cebamos en esa curiosidad que nos hace verter amargas lágrimas, que nos hace suspirar y gemir tan sentidamente en presencia de infortunios fingidos cual pudieran hacerlo los verdaderos? ¿sabeis por qué? porque en aquellos contrastes en que el temor lucha con la esperanza, la dicha con la desgracia, la vida con la muerte, el corazon nos dice que está retratada nuestra existencia; los individuos como los pueblos sienten en el fondo de su alma una voz que les clama: «esta es vuestra vida, esta es la condicion de vuestro paso sobre la tierra; llorad sobre el infortunio, que el infortunio es vuestro patrimonio.»

La historia entera no es mas que una serie de terribles

contrastes; y no precisamente refiriéndonos á las épocas de la corrupcion de sociedades caducas, sino trasladándonos á su infancia, á los tiempos de inocencia y candor, y fijando únicamente nuestros ojos sobre aquellos admirables cuadros de virtud, de santidad, favorecida por el cielo con inefables prodigios, y propuesta por el mismo Dios como modelo en que aprender debieran las generaciones futuras. Hasta allí donde al parecer no debiéramos encontrar nada que repugnara á nuestros ojos, que entristeciera nuestro corazon, tropezamos de continuo con esos horribles contrastes donde se pinta con viveza y elocuencia la ley de expiacion y de castigo á que vive sometida la infortunada prole de Adan. ¿Veis al santo patriarca separado de la casa de sus padres y conducido en su peregrinacion por la misma mano del Señor para fundar un pueblo escogido donde se conservaran las antiguas tradiciones y se perpetuara la esperanza de un Redentor? ¿veisle tranquilo en su tienda fijada en aquellos países que ha de ocupar un dia su descendencia, numerosa como las estrellas del cielo y las arenas de la mar? ¿veisle favorecido del cielo con milagrosas visiones y conversando con los ángeles y consolado con inefables promesas? á su vista arden las abominables ciudades que él con sus fervientes oraciones no ha podido salvar, la negra humareda sube en densas columnas oscureciendo la luz del sol. Emblema terrible de la justicia divina obrando sobre el mundo al mismo tiempo que la bondad y misericordia. Al lado de Sara está Agar, al lado del pacífico Isaac está Ismael que plantará un dia sus tiendas contra las tiendas de sus hermanos; *su mano estará contra todos y las manos de todos contra él.* Al lado de Jacob bendecido por su padre está Esaú rugiendo de cólera como una fiera herida por la flecha del cazador; en un sueño misterioso descubre la escala que estribando en la tierra llega hasta el cielo; pero notadlo bien, esta vision se le presenta reposando del cansancio del camino mientras huye de la tierra de sus padres para salvarse de la venganza de su hermano. ¿Os enterneceis al leer la his-

toria del inocente José? en ella encontrais la cruel envidia que le roba á su anciano padre, le vende á los ismaelitas y le envia á servir en tierras extrañas. La santidad del inocente mancebo resplandece en oposicion con los impúdicos deseos de una mujer adúltera, y su prodigiosa elevacion al lado del rey de Egipto comienza en las tinieblas de una cárcel. Principia la historia del gran pueblo; la primera escena es la esclavitud, la opresion mas terrible, el infanticidio. Moisés ha de presenciar en el desierto la misteriosa zarza que arde y no se consume; antes de apacentar las ovejas de Jetro en los campos de Madian huye proscrito de Egipto, abandona el palacio de Faraon despues de haber dado muerte á un egipcio desapiadado que maltrataba á un israelita. El pueblo sale de la esclavitud; pero su libertad es comprada á duro precio; la obstinacion de Faraon atrae sobre el infortunado Egipto la divina venganza y hace que se derrame sobre aquel pueblo, como raudales de llama, la formidable copa de la indignacion del Omnipotente. Pasa el pueblo de Israel el mar Rojo, y mientras las doncellas celebran con cánticos y danzas los beneficios del Señor, las aguas del Eritreo están cubiertas de carrozas, de caballos y de hombres que luchan con una muerte que no podrán evitar. La peregrinacion por el desierto es una serie de favores y de castigos; el maná y las serpientes venenosas; las tablas de la ley y el degüello ejecutado por Moisés; los truenos y el fuego de la cumbre del Sinaí, la aparicion de Jehovah y el becerro de oro y la infame idolatría. Penetra el favorecido pueblo hasta la tierra prometida, pero antes ¡cuánta sangre, cuánto exterminio, cuántos horrores sobre los pueblos culpables arrojados de un país contaminado con sus abominaciones y sus crímenes!

La civilizacion fenicia toma el camino de Occidente difundiéndose por la Grecia, la Italia, la España y el África, y solo se consigue este resultado á fuerza de calamidades sufridas por los pueblos civilizadores: despues de veinte siglos, aun existia un monumento para recordar que los

cananeos fugitivos de la espada de Josué llegaron hasta las extremidades del África. Es muy probable que los antiquísimos viajes de los fenicios á las costas de España dimanaron del mismo motivo, ó fueron á consecuencia de la estrechez en que se hallaban esos pueblos acosados por el de Israel, y precisados á ocupar una estrechísima zona á las orillas del mar de Joppe, de Tiro y de Sidon.

Las letras importadas á Grecia por Cadmo procedente del mismo orígen, reconocen quizás por causa de su peregrinacion las mismas catástrofes; los hombres armados que nos presenta la fábula nacidos de los dientes sembrados por el fundador de la colonia y degollándose unos á otros, son un indicio de que los nuevos conquistadores llegaron al país acosados de infortunio y sedientos de venganza.

Dejando aparte las narraciones de la Biblia, y las demás en que se ha mezclado el espíritu de la fábula, si pasamos á tiempos mas cercanos que abren por decirlo así las páginas de la historia profana, hallaremos consignado en todas ellas el mismo fenómeno que acabamos de indicar. Esta época se inaugura con una inmensa calamidad: el incendio de Troya. De manera que los beneficios acarreados á la civilizacion por la comunicacion de los pueblos asiáticos y europeos, los adelantos de la navegacion fomentados por la necesidad del trasporte de numerosas expediciones marítimas, la perfeccion de las ciencias y de las artes, efecto natural de aquel gran movimiento comunicado á cien pueblos por aquella especie de cruzada, el desarrollo de la nacionalidad griega que debió de resultar de una guerra en que los reyes y los pueblos del país militaron en encarnizada y prolongadísima lucha bajo una misma bandera; todos estos beneficios, repetimos, se compraron con torrentes de sangre, con la ruina de infinitas familias, con el destrozo é incendio de una ciudad ilustre. Los bellos y sublimes cantos de Homero inspirados por aquellas horribles escenas no pueden pasar á nuestros ojos sin retratarnos á un monarca anciano que *besa las manos*

salpicadas con la sangre de su hijo. Singularidad notable, que la primera y quizás la mas grande produccion del genio reciba su inspiracion de las pavesas de una inmensa ciudad, de la sangre de millares de valientes.

Fúndase en las costas de África una floreciente colonia que extiende sus conquistas al Norte, al Oriente y al Occidente, que envia sus velas comerciantes á las expediciones mas atrevidas, que cuenta entre sus hijos audaces viajeros precursores de la osadía de Colon y Magallanes, que disputa durante largos años el imperio del mundo á la orgullosa Roma, que al desaparecer del número de las naciones nos ofrece á un Aníbal vencedor en Cannas, en Trasimeno, y asentando sus reales á la vista de Roma que tiembla al pronunciar el nombre del invicto héroe: ¿sabeis á qué debe el orígen esa fundacion gloriosa, Cartago, que por espacio de siglos fué el espanto de los conquistadores del orbe? Débelo á sangrientas discordias de familia, débelo á la sangre alevosamente derramada por el puñal fratricida.

Así vemos que ya en los mas remotos tiempos la civilizacion y la cultura no se extienden, no se propagan sino á fuerza de sangre, á fuerza de calamidades que hacen llorar torrentes de lágrimas á la triste humanidad: así vemos cuán terriblemente se cumple con todo el linaje humano lo mismo que en el individuo se verifica, de comer el pan con el sudor de su rostro, de cultivar una tierra que en vez de frutos le da abrojos y espinas, de no alcanzar mejora y perfeccion en ningun género sino á costa de los mayores sufrimientos, de los trabajos mas arduos y constantes, de no disfrutar él propio de los bienes que produce, sino de legarlos á sus hijos si se limita á la esfera doméstica, ó de trasmitirlos á las generaciones venideras si sus tareas trascienden á los intereses públicos.

Terrible consecuencia del desórden introducido en el individuo y la sociedad por la prevaricacion primera; formidable resultado de la pérdida de aquella inefable ar-

monía en que el mundo estaba sujetó al hombre, las pasiones á la voluntad y á la razon, y la razon y la voluntad á Dios. Quebrantóse el primer eslabon de esa cadena de oro, el hombre se rebeló contra Dios y las pasiones se levantaron contra la razon, y el mundo entero se alzó y se puso en combate con el hombre. Faltó la ley de armonía y la sucedió la ley de lucha; ley que se presenta bajo mil formas diferentes segun lo son los objetos sobre que versa; ley de que no se exime ningun período de la vida, á que está sujeta la infancia como la adolescencia, la juventud como la vejez; ley indeclinable al fuerte como al débil, al rico como al pobre, al magnate como al pequeño, al sabio como al ignorante, al monarca mas poderoso como al mas ínfimo de sus vasallos.

Échase de ver por ahí la profunda sabiduría y la verdad entrañadas por el cristianismo, por esa religion divina que en las primeras palabras que dice al hombre le intima la existencia de esta ley; que la vida del hombre es una milicia sobre la tierra; que le predica incesantemente la vanidad de sus esfuerzos para sustraerse á las terribles consecuencias de la maldicion del Criador; que endereza todos sus trabajos á restablecer por medio de la gracia la armonía perdida por la culpa; que en la abnegacion cristiana, en la sujecion de las pasiones á una voluntad ilustrada por la razon y por la fe, y dirigida y movida por la gracia, en la sumision del entendimiento á la revelacion divina, en la conformidad de la voluntad humana á la voluntad de Dios, en ese admirable conjunto que nos presenta realizado en sus grandes santos, muestra el sublime tipo de lo que el hombre debe ser, de lo que fuera un dia antes que entrase el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Tipo sublime, repetimos, que nos trae á la memoria lo que fuimos en Eden, pero con las señales de la tremenda expiacion, con la sangre que brota de los golpes descargados por la cólera divina: todo conforme al segundo Adan, al Hijo del hombre que cargado con nuestros pecados, y conducido á morir por la sa-

lud de los hombres, se dirigió cual manso cordero á la cima del Gólgota á consumar la mas terrible de las expiaciones.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

EL INDIFERENTISMO.

Disputas religiosas... con esta palabra pronunciada con énfasis, y con cierto aire de indiferencia ó desprecio, se eluden á menudo gravísimas cuestiones, y se pasa por encima de las materias mas dignas de veneracion y acatamiento; *Disputas religiosas*... con esta expresion se desdeñan ciertos hombres de atender siquiera á puntos de la mas alta trascendencia, y relegan á las *escuelas de los teólogos* lo que hay de mas elevado é importante en la tierra y en el cielo; *Disputas religiosas*... con esta fórmula se pertrechan los que atormentados por los remordimientos de su conciencia, se sienten llamados á examinar lo que ellos no quisieran ni aun recordar; *Disputas religiosas*... con esta solucion tan sencilla, y sobre todo tan cómoda, responden los enemigos de la religion á los argumentos con que los estrechan los hombres amantes de la verdad, cual si fueran vanas sutilezas las razones mas concluyentes; *Disputas religiosas*... con este maligno tema procuran los incrédulos presentar como de poco valer todo lo que han dicho en pro de la religion sus mas ilustres apologistas, é indicar á los pueblos que nada les interesa cuanto en este sentido se exponga; *Disputas religiosas*... con esta frase cubren sus intenciones los gobiernos impíos que procuran desvirtuar ó destruir la religion, y desean per-

suadir á sus gobernados que las intrusiones mas sacrílegas no son mas que el ejercicio de una prerogativa del poder para mezclarse en una cuestion de dogma, ni mas ni menos que si se tratase de restablecer el órden en una escuela de sofistas que altercan sin entenderse; *Disputas religiosas...* con este velo encubren su escepticismo ó impiedad aquellos falsos hombres de Estado, aquellos filósofos superiores que desde su elevada cátedra fallan con tono magistral y decisivo, sobre las creencias de los pueblos como sobre juguetes de niños; que someten á su juicio todas las religiones, sin exceptuar ninguna; es decir, que llaman á Dios á su tribunal, condenándole ó absolviéndole, trazándole el camino que ha de seguir y los peligros que debe evitar, señalando límites á la sabiduría infinita, y cercenando el poder á la Omnipotencia.

No negamos que el hombre pueda caer en abusos en las disputas religiosas como le acontece en otras materias; pero no podemos consentir que el abuso destierre el uso, y que se gradue como de poca importancia lo que la tiene inmensa. En efecto; ¿de qué se trata en las discusiones religiosas? ¿El objeto de la controversia es acaso de poca entidad, ó de pequeño interés para los mortales? Entrad en este linaje de cuestiones, acercaos siquiera al linde del palenque donde se agitan, y lo primero que se os ofrece es la existencia de Dios, la creacion del hombre, su orígen y destino, su felicidad ó desdicha, su inmortalidad ó su nada. Quien sostenga pues que las discusiones religiosas carecen de importancia, que no merecen la pena que de ellas nos ocupemos, sostiene tambien que nada importa saber si Dios existe ó nó, si el mundo es creado por un ser inteligente é infinito ó si es efecto de la casualidad, si el hombre tiene una alma espiritual ó si sus pensamientos y voluntades son un simple resultado de la organizacion, si hemos de existir para siempre en otra vida ó si hemos de hundirnos en la nada. Por cierto que Dios, el hombre, la eternidad, son cosas de que no podemos desentendernos sin rayar en la demencia, sin negarnos á

nosotros mismos, sin abdicar nuestra inclinacion vehemente, irresistible, que nos fuerza á vivir ansiosos de nuestra propia suerte, que nos impele á investigar lo que somos, de donde salimos, y á donde vamos.

Si álguien hubiese con el privilegio de no morir, con entera seguridad de pasar en la presente vida una existencia sin fin, en este seria menos irracional el descuidar completamente la averiguacion de estas verdades, el contentarse con lo que es y con lo que tiene, sin pensar en el ser de quien lo ha recibido; pero nadie puede lisonjearse de semejante seguridad; hay al contrario la certeza de un término cercano, el sueño mas ligero no pasa mas presto que nuestra existencia sobre la tierra. Sea cual fuere el plazo mas ó menos dilatado que se nos ha concedido, es indudable que dentro un número muy reducido de años, no viviremos aquí; para nosotros estarán ya resueltos prácticamente los formidables problemas de nuestro destino: ó la nada, ó el fallo de un supremo Juez. Verdad tan pavorosa, como cierta, como indeclinable: en vano nos esforzamos en olvidarla, en vano nos sustraemos á su memoria, en vano intentamos atenuar con fútiles reflexiones todo lo que encierra de terrible, de espantoso: no hay medio, ó la nada ó el fallo de un supremo Juez. Cavílese cuanto se quiera; imagínense subterfugios, la verdad está ahí; no hay camino para eludirla; supuesto que existimos, nos es forzoso someternos á esta necesidad. Vendrá el dia en que nuestro cuerpo se disolverá, vendrá un momento en que se dirá, *ya espiró*, y entonces, en aquel instante mismo, se realizará para nosotros uno de los extremos de la formidable alternativa. Entonces si suponemos el imposible de ser reducido á la nada este ser que piensa, quiere y siente, si suponemos que no siendo mas que el resultado de la organizacion material, deje de existir tan pronto como la muerte lleve á la materia la descomposicion, ya ni sentirá, ni querrá, ni pensará: un sueño profundo en que yacemos en la mas completa insensibilidad, puede apenas suministrarnos una idea de aquel no ser, de

aquella nada á que estaremos reducidos. Pero si al contrario existe un Dios premiador de la virtud y castigador de la maldad, si nuestra alma sobrevive al cuerpo y está destinada á ser inmortal, entonces en aquel mismo instante en que los allegados contemplarán afligidos nuestros restos, se habrá presentado á nuestros ojos, en toda su desnudez, en todo su horror la tremenda verdad. A pocos pasos de nuestro lecho de muerte estará ese hombre á quien no hemos querido escuchar, esos libros que hemos dejado de consultar; estos y aquel hubieran disipado nuestras dudas, ó nos habrian auxiliado para alcanzar aquella luz que no falta jamás á los que la buscan con voluntad sincera y decidida. Espanto causa el fijar la consideracion sobre aquel formidable trance; los cabellos se erizan, la sangre se hiela en el corazon.

¿Y no es esto lo que acontece á muchos indiferentes al mirar cercano el momento fatal? ¿no desfallecen la mayor parte de ellos, si es que la enfermedad no embarga ó embota notablemente sus facultades mentales? Mientras el peligro es remoto ó nos lo parece, mientras el vigor de las fuerzas ó la lozanía de la juventud nos están alimentando con esperanzas de larga vida, apartamos la consideracion del riesgo que corremos y procuramos distraernos con vanas ilusiones; pero cuando una muerte inminente nos avisa de la proximidad de nuestro fin, cuando nos hallamos al borde del abismo á que hemos caminado desde el principio de nuestra existencia, abocados á esa profunda sima que nos ha de tragar, entonces se presenta á nuestra vista con toda claridad, con viva lucidez lo insensato de nuestra negligencia; y mientras el frio sudor baña la frente del moribundo, le late sobresaltado el corazon con el horrible azar á que se abandona con ceguedad inconcebible, con el horrible azar cuyos resultados habrá experimentado dentro breves instantes.

El indiferentismo aplicado á la conducta es insensato, pero erigido en sistema es absurdo; porque si es el colmo de la insensatez el marchar con los ojos vendados hácia

un porvenir que no se conoce, es el mayor de los absurdos el sustentar que semejante proceder sea razonable. Y por razonable lo defienden cuantos se empeñan en persuadir que el hombre no debe curarse de la religion, ni investigar si hay alguna verdadera, ni cuál esta sea; sino prescindir de todas, ó acomodarse á la del propio país como cumpliendo con vana ceremonia, y solo para no desagradar á aquellos con quienes se vive. ¡La religion reducida á una mera formalidad de buena crianza! es á cuanto puede llegar el extravío de la razon.

Los pueblos, mas cuerdos que esa clase de degenerados filósofos, han mirado las cosas de otra manera: siempre y en todos los paises del orbe ha sido considerada la religion como el negocio de mas alta importancia; y así lo han manifestado no solo cuando han seguido el camino de la verdad, sino tambien cuando se han perdido por los senderos del error. Las aberraciones de la supersticion, los excesos y los crímenes del fanatismo reconocen este orígen. El sentimiento religioso extraviado, exaltando peligrosamente la imaginacion del hombre, le ha conducido repetidas veces á las mayores atrocidades, ora vertiendo inhumanamente la sangre en los campos de batalla, ora sacrificando sin piedad á sus hermanos en horribles venganzas, ora inmolando sobre los altares de los dioses al hombre mismo. Se ha dicho que no hay guerras mas terribles que las de religion; y es cierto que se distinguen de todas las demás por la impetuosidad con que se emprenden, la tenacidad con que se continuan, y lo horrible de las escenas que en ellas se presencian. ¿Sabeis cuál es la causa? Es que en mediando los intereses religiosos siéntese el hombre impulsado por lo mas fuerte y vivo que obrar puede sobre el corazon: la fortuna, la vida de sus semejantes y hasta la propia, son nada á sus ojos, desde que se trata de lo mas grande y augusto que haya en la tierra y en el cielo. Los intereses terrenos son cosa despreciable en comparacion de los celestiales, la materia desaparece en presencia del espíritu, la criatura delante

del Criador, lo finito delante de lo infinito, el tiempo en vista de la eternidad. ¿Qué importan todas las declamaciones contra un hecho indudable, universal, indestructible? ¿De qué sirve el desahogarse en violentas invectivas contra las preocupaciones, contra la ceguera, contra la superstición y el fanatismo? ¿Qué significa un cargo que se dirige contra la humanidad entera? Significa que se desconoce la verdad, porque la verdad se desconoce cuando se protesta inútilmente contra la naturaleza de las cosas; la verdad se desconoce cuando se lucha con palabras contra hechos, cuando se quiere remediar con huecas peroratas lo que nace del íntimo de nuestro corazon. Incúlquese en hora buena al humano linaje la fraternidad universal, predíquese á los hombres la necesidad de recíproca indulgencia, insístase sobre la conveniencia de sustituir la conviccion y persuasion á las violencias, evitando de este modo la efusion de sangre, y los sufrimientos inseparables del empleo de la fuerza; pero reconózcase el orígen de donde dimana el mismo exceso, no se olvide que la religion es una necesidad para el hombre, procúrese satisfacerla proporcionándole la verdad y la virtud, para que en sus extravíos y frenesí no intente satisfacerla él propio con el error y el crímen.

Nuestros adversarios distinguirán sin duda dos estados muy diferentes: el de la infancia de las sociedades y el de su edad viril, de atraso y de civilizacion; refiriendo al primero la importancia de las cuestiones religiosas, y señalando como propia del segundo la indiferencia por las mismas. «Ved esa Europa, nos dirán, ved esa Europa, donde por espacio de largos siglos se ha vertido á torrentes la sangre en guerras religiosas, vedla en la actualidad sosegada y tranquila, sin curarse de lo que pasa ó pasar pueda allá en el otro mundo, y solo atenta á proporcionarse bienestar en el presente, con el aumento de la riqueza material y con el progreso de aquellas artes que sirven á la comodidad y á los placeres. El sucesivo desarrollo de la civilizacion y cultura ha arrumbado todo lo

perteneciente á la religion, como el hombre en la edad viril olvida los juegos de la infancia y los arrebatos de la mocedad.» No negaremos que en Europa ha cundido el indiferentismo de una manera lastimosa; y cuando repetidas veces nos hemos lamentado de este hecho desconsolador, no procuraremos atenuarle ahora, solo porque nos sale al paso como una dificultad contra lo que estamos probando. Observaremos no obstante, que hay una notable exageracion en lo que se afirma de la poca importancia que disfrutan en Europa las cuestiones religiosas, y que se equivocan las dimensiones del hecho porque se le contempla bajo un punto de vista enteramente falso. Cuando se trata de apreciar debidamente esta clase de hechos que se refieren al entendimiento y voluntad del hombre, es necesario no perder de vista el espíritu de la época, pues segun este sea, la expresion de aquellos será muy diferente; y por tanto se incurrirá en gravísimas equivocaciones, ateniéndose á señales que si en un tiempo dado pudieran ser infalibles, en otro nada significan. Es cierto que quien estime la importancia de la religion en nuestro siglo por las guerras que ó por motivo ó bajo pretexto de ella se suscitan, encontrará que la religion casi ha desaparecido de entre las naciones europeas; pero si se advierte que la Europa en todos los negocios, por mas graves que sean, va apartándose cada dia mas del empleo de los medios violentos, si se observa que la discusion de la prensa ha sustituido á las vias de hecho, y las negociaciones diplomáticas á las guerras de nacion á nacion, se echará de ver desde luego, que la sangre derramada por motivos ó pretextos religiosos, es malísimo barómetro para apreciar cual conviene la importancia que disfruta la religion; y que si á él debiéramos atenernos, seria menester inferir que ni la industria, ni el comercio, ni el honor de las naciones, ni la libertad de los pueblos, tienen tampoco importancia en Europa, pues que nada de cuanto á estos objetos se refiere vemos que se resuelva por medio de las armas.

En la actualidad para apreciar debidamente la importancia de un objeto á los ojos de la opinion pública, es necesario atender al lugar que se le concede en las discusiones de la prensa. Prescindiendo de circunstancias excepcionales en que los intereses de un partido, de una faccion, de un reducido número de personas, dan á ciertas cuestiones una importancia facticia que en sí mismas están léjos de merecer, es la prensa un barómetro bastante seguro para formarse idea aproximada del lugar que en el mundo ocupa un objeto cualquiera; especialmente si tratamos de obras sérias en cuya composicion y publicacion influyen, menos que en las demás, las causas y circunstancias de momento. Así la extension que en las publicaciones de varios géneros logre este ó aquel objeto, será, por decirlo así, la medida de la atencion que el público le dispensa. Si ateniéndonos á esta regla tan sencilla como fundada en la misma naturaleza de las cosas, y en el espíritu del presente siglo, nos proponemos juzgar del ascendiente que sobre los ánimos ejercen las ideas religiosas, hallaremos que el indiferentismo por grande que sea, no lo es tanto sin embargo, como algunos indiferentes intentarian hacernos creer. Son innumerables las obras que se dan á luz sobre materias religiosas; y si incluimos en este catálogo las publicaciones periódicas, será difícil que se nos señale otro asunto social, político, administrativo, industrial, científico ni literario, que ocupe por sí solo igual número de páginas al que está reservado á los asuntos religiosos.

Y es necesario advertir, que esta consideracion adquiere mayor peso si se observa, que en el catálogo de las obras que prueban la importancia que todavía disfruta la religion, deben contarse no solo las apologías sino tambien las impugnaciones. Esto que á primera vista pareceria quizás una paradoja, es sin embargo una verdad incontestable. Cuanto mas vivos son los ataques que contra un objeto se dirigen, es mas evidente que este llama mucho la atencion, que se le supone vigor y fuerza, y que se

conoce mas la necesidad de abatirle y destruirle. Lo que es débil no vale la pena de ser atacado, solo le corresponde el desprecio; lo que tiene en sí escasa entidad, no se le dispensan los honores de una impugnacion detenida y trabajosa; porque los espíritus hallan otras materias en que explayarse con mas provecho y gloria, y á que pueden dedicarse con la seguridad ó la esperanza de interesar á un crecido número de lectores. Nada de esto sucede con respecto á la religion: no solo disputan entre sí los que la profesan diferente, sino que los que no creen en ninguna, se ocupan aun con notable ahinco en combatir los cimientos de todas, y particularmente de la cristiana. En Alemania y en Francia se presenta á la vista este doloroso fenómeno; si bien es verdad que la escuela de Voltaire propiamente dicha ha caido en gran descrédito, no faltan hombres que continúan á su manera la obra de impiedad, con métodos quizás menos repugnantes, pero por lo mismo tal vez mas peligrosos.

Queda pues asentado que las guerras religiosas subsisten todavía en nuestro siglo, bien que con el carácter que les imprime el sello de la época; antes se peleaba, ahora se discute.

Hasta los mismos gobiernos en la apariencia tan tocados del indiferentismo, no viven tan olvidados de esta clase de negocios como algunos podrian creer. Échese una ojeada por toda la Europa, y se verá con toda evidencia la exactitud de esta observacion. En Inglaterra, nadie ignora el lugar preferente que ocupan los asuntos religiosos, aun cuando no sea por otra causa que por la relacion que los une con las grandes cuestiones pendientes entre el gobierno de la Gran Bretaña y la desgraciada Irlanda. Pero no se crea que este sea el único motivo que en Inglaterra da á las cuestiones religiosas elevada importancia; el gobierno piensa en ellas porque el pueblo no las ha olvidado; porque la nacion inglesa adolece mas bien de una anarquía de creencias, necesario efecto del protestantismo, que de una verdadera incredulidad.

En Francia, la famosa cuestion sobre la libertad de la enseñanza, por mas que en la superficie pudiera parecer meramente científica y administrativa, es en el fondo religiosa: lo que allí se disputa no es precisamente la mayor ó menor extension de las prerogativas del gobierno y de los cuerpos científicos que de él dependen; lo que se agita es, si el clero ha de apoderarse ó nó de la principal parte de la enseñanza, si se han de multiplicar ó nó en crecido número los establecimientos donde predominen las creencias religiosas; es decir, que la contienda está trabada entre los discípulos de Voltaire mas ó menos disfrazados que se empeñan en conservar sus usurpaciones, y los verdaderos católicos que han acometido la generosa empresa de arrebatárselas, sacudiendo una esclavitud que en este punto se les fuerza á sufrir bajo el mentido nombre de libertad.

Son recientes los ruidosos negocios que manifiestan la importancia que á la religion conceden los gobiernos de Alemania. Dejando aparte los católicos como y tambien los protestantes de escaso poder, nadie ha debido de olvidar el asunto del arzobispo de Colonia. El sistema de conducta del gobierno prusiano con respecto á los católicos es la mejor prueba de que se temen los progresos de esta religion, y que no se alarman menos fácilmente los ministros reformados de Berlin que los miembros de las iglesias establecidas de Londres y de Edimburgo.

Por lo tocante al gobierno ruso, bien sabido es que es tanto el empeño con que prosigue su obra impía de descatolizar á los súbditos del grande imperio, apartándolos de la obediencia del Sumo Pontífice y privándolos en cuanto le es posible de toda comunicacion con la cátedra de San Pedro, que hasta ha llegado al extremo de arrojarse á medios muy impropios del espíritu del siglo, desplegando un lujo y refinamiento de persecucion religiosa que recuerda aquellos desgraciados tiempos en que el Señor se propusiera purificar su Iglesia como el oro en el crisol.

Inferiremos de esto, que el indiferentismo por grande

que sea y por mas extendido que se halle, no ha logrado sin embargo que se olvide la religion, y que la tienen todavía muy presente los ignorantes y los sabios, los pueblos y los gobiernos. Nos interesa demasiado de cerca para que nos sea dable desterrarla de nuestra memoria; afecta sobrado nuestro estado presente y sobre todo nuestro porvenir, para que alcancen su perverso intento los que se empeñan en extirparla del corazon del individuo, y en borrarla de las instituciones de la sociedad. En vano se despierta y aviva el egoismo; ese egoismo piensa tambien á menudo en lo que será mañana de ese ídolo que adora, de ese *yo* á quien todo lo sacrifica; ese egoismo conoce tambien la insensatez de estrellarse contra hechos indestructibles, de arriesgarse á ciegas á un azar que una vez resuelto no será posible volver atrás. En vano se habla de valor, y se achaca á pusilanimidad el temor de lo que despues de la muerte pudiera acontecernos; no hay valor cuando no hay adversario que vencer, sino una calamidad eterna que sufrir; no hay valor, cuando la presencia y serenidad de espíritu se emplean locamente contra un Dios todopoderoso, cuya voz fecunda la nada, y hace estremecer las colunas del firmamento. El valor, la fortaleza, el desprendimiento, la abnegacion de sí mismo, son voces sin sentido cuando carecen de objeto, de esperanza, cuando no reciben impulso ni sosten de ninguno de los resortes que dan movimiento al corazon del hombre. ¡Eternidad!... ¡qué idea mas espantosa! ¡Eternidad desgraciada! y sin gloria, sin fruto, sin esperanza! ¡Cómo quereis que el hombre no palidezca con su solo recuerdo! ¡cómo quereis que aparte de ella sus ojos azorados, que duerma tranquilo sobre el borde de un abismo, á cuyo fondo va en breve á rodar! Apagad la luz de su razon, privadle de su amor propio, sufocad hasta sus pasiones é instintos, es decir, destruid su naturaleza; entonces y solo entonces le será posible conformarse con vuestra insensata indiferencia. —*J. B.*

ALBION.

Albion! Albion; de la torva frente sombreada con eterna bruma! inhospitalarias fueron un dia tus ateridas costas; arribando á ellas temblaba medroso el navegante arrebatado por brava tempestad. Hoy, señora de los mares, temida de las naciones, extiendes tu renombre y tu pujanza de Oriente á Occidente, de Aquilon al Sud. Mil y mil velas en tus puertos reposan, mil y mil despides á lejanas regiones, mil y mil te llegan conduciendo las riquezas de nuevos mundos, los tesoros de cien pueblos que orgullosa dominas. Jamás pujanza se igualara á tu pujanza, jamás altivez á tu altivez. Tiro, cuyas riquezas asombrada narra la docta antigüedad; Cartago, la rival de la soberbia Roma, la patria de Aníbal, nada fueran en presencia de tí. Nunca sus naves llegaron á tus naves, nunca sus obras á tus obras, nunca su imperio á tu imperio.

Babilonia, la ciudad de los jardines suspendidos, de las inmensas murallas, de los diques con cien puertas de bronce, comparable apenas fuera con la populosa ciudad sentada á las márgenes del Támesis. Majestuoso templo, de la Roma cristiana recuerda los prodigios con su magnífica fachada, sus altísimas torres, su soberbia cúpula. ¡Oh dolor! el cisma lo profana; con el nombre del Apóstol de las gentes en vano se intitula; que el apóstol de verdad homenajes del error no acepta. Westminster, de caprichosas labores con indecible trabajo enriquecida, con sus atrevidas pirámides, su viejo semblante, sus innumerables capillas, sus antiquísimos sepulcros, recuerda al viajero lo que fuiste un dia, cuando de Patricio y Agustin conservaras intacta y pura la augusta enseñanza. ¿Quién con asombro y estupor no contemplara la línea de magníficos puen-

tes que enlazan los dos costados de la inmensa ciudad? ¿quién la cordillera de palacios, de soberbios monumentos que atestiguan el poder de un gran pueblo? ¿quién sus grandiosos parques, sus doks y sus inmensos astilleros? ¿quién las velas sin número que cubren las aguas del rio, lleno un dia de incultos cañaverales, ahora sulcado por humeantes caños que cual flechas verticales recorren el caudaloso cauce? ¿quién sin asombro atraviesa la prodigiosa arcada subterránea, que en sus hombros sostiene la desmesurada mole de arrebatada corriente?

Poderosa Albion, ni tu suerte te envidio, ni deseo tu ruina; que si á la patria mia males sin cuento acarrearle intentas, si recordando el poder de la invencible armada te vengas sobre el imperio del gran monarca, no satisfecha con el auxilio que en hora aciaga te prestó la tempestad, nó á tí se encomendó nuestra defensa, nó á tí nuestras glorias.

Si el pabellon lusitano se abate sumiso en presencia del tuyo, si altiva y desdeñosa los destinos riges de la patria de Gama, no es tuya la culpa. Pujanza y gloria buscan con afan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú: baldon á quien preparara ignominia tanta; baldon á quien la sufre. ¡Oh! ¡quién evocara de la tumba al héroe ilustre que con tanto brio y osadía zarpara de las costas lusitanas hácia las distantes regiones donde nace el sol! ¡quién al doblar el formidable cabo de las tormentas, guardado por la gigantesca sombra inmortalizada por el genio de Camoens, le predijera que su patria en tres siglos trasformarse habia en humilde colonia del poder británico! ¡quién le dijera que en medio de tanto abatimiento, se apellidaria libertad, y con desden se condenaran la *ignorancia* y *fanatismo* de aquella generacion gloriosa!

Si en las márgenes del Sena tus exigencias triunfan, si tus amenazas amedrentan á la *política modesta* (1) de los

(1) Expresion de Guizot en las últimas discusiones.

hombres que la gloria mancillan de Luis XIV y de Napoleon, si en Oriente tu pabellon prevalece sobre el pabellon de San Luis, si cada dia mas y mas eclipsas los recuerdos de Godofredo y del Vencedor de las pirámides, no es tuya la culpa; pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú. No es tuya la culpa, si entronizada sobre las ruinas de las creencias de un gran pueblo, bastarda filosofía no acierta á darle actividad sin frenesí, ni sosiego sin mengua.

De Isabel de Castilla la gloriosa enseña, el pabellon que triunfante paseara por mundos desconocidos, hallando el primero nuevos rumbos para medir la redondez del globo, que venciera en Pavía, en San Quintin y en Lepanto, ¡oh dolor! tampoco en tu presencia desplegarse osa con ufana gallardía; tambien en tu presencia se humilla en las mismas costas de donde salieron un dia soberbias flotas para conquistar un mundo. Tambien resuenan gritos de insensato alborozo, si alguno de tus magnates con premeditado intento suelta ambiguas palabras que interpretarse puedan en sentido propicio!... ¡Ilustre sombra del gran Gonzalo, cuya fulminante espada aterró un tiempo poderosos monarcas, insigne capitan cuyo nombre acata la Italia y venera la Europa; inmortal Cortés vencedor de cien pueblos, que amontonabas provincias como el soldado las prendas de un rico botin; Pizarro, Alba, heróico mozo Vencedor de Lepanto, sombras venerables que encumbrasteis un dia el renombre hispano hasta donde no llegaran jamás las fábulas de los héroes hijos de dioses; ved si sufrierais vosotros insulto á vuestra patria, ved si mendigarais desdeñoso favor!...

Todo pasó; todo desapareció cual leve sueño que un momento embarga la encantada fantasía; y en pos de él no mas se encuentra que triste realidad. ¿Y es tal nuestro destino que remedio no consienta, y que á ejemplo del infeliz lusitano, de colonia hasta el rango humilde hayamos de bajar? ¿Legado de esclavitud y envilecimiento trasmitirá á las generaciones venideras, la generacion que derroca

ra al Vencedor de Europa, apellidando independencia? Nó, que la España conserva todavía hidalgos corazones donde el amor patrio se alberga; nó, que de Daoiz y de Velarde las ilustres sombras con semblante airado, con ademan fiero, turban el muelle descanso de ignoble servidumbre; nó, que de la invicta Zaragoza, de la inmortal Gerona los héroes, baldon y afrenta arrojaran sobre nuestro rostro, cual torpe lodo sobre frente infame; nó, que la memoria se conserva todavía, de cuando medrosas las armas del poder britano amparo buscaban en sus naves, á la vista de las águilas francesas, mientras el denodado español peleaba solo, sin mas trinchera que su pecho, sin mas auxilio que su valor, sin mas sosten que su constancia, uno contra mil.

Allá en sus proyectos de insaciable ambicion el formidable coloso, buscando en nuestro infortunio el secreto de nuestras fuerzas, cual agorero en las entrañas de víctima palpitante, descubre el hondo misterio, la mansion de la vida, y con mano trémula de temor y de esperanza, ansioso la señala y dice: «*extirpémosla;*» «ella triunfó de la barbarie de los hijos del Aquilon, y creó la gloriosa nacionalidad que pereciera á orillas del Guadalete; ella conservada cual sacro fuego en la cueva de Covadonga, inspiró y enardeció á los ínclitos fundadores de una nueva monarquía acaudillados por Pelayo; ella humilló en cien y cien combates la pujanza agarena, sostuvo una lucha de ocho siglos, triunfó en Granada, y llevó hasta las costas de África el pendon castellano; ella condujo á intrépidos marinos á playas desconocidas, abriendo nuevos mundos á la civilizacion; ella condujo á inmortales guerreros á la conquista de inmensas regiones, ella hizo formidable el nombre español en todos los ángulos de Europa, ella despertó el leon dormido, y le hizo romper de un solo esfuerzo las cadenas con que le sujetara usurpacion extranjera, auxiliada por traicion aleve; ella... extirpémosla, propinemos á ese pueblo incauto el violento tósigo á cuya accion no resiste la complexion mas robusta. El Libro Santo

que nuestras manos profanaran derramemos con profusion sobre ignorante plebe; de ilustracion, de paz, de fraternidad los bellos nombres á sus oidos sin cesar resuenen; mentidos enviados, del Cristo augusta mision fingiendo, inspiren desprecio de la antigua creencia, odio á Roma.»

Pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú: mas no del error y de la mentira ignobles armas blandir debiera un gran pueblo; la sangre que chorrea de impetuosa lanza ennoblece al guerrero, la que gotea de puñal aleve deja indeleble mancha. Cuando de lo alto brilla sobre tí prodigiosa estrella para iluminarte de nuevo, cuando la sangre de los mártires que inhumana vertiste en momentos de furor horrible, clama al cielo, nó venganza, sino perdon y luz, las tinieblas que en tu horizonte se esclarecen no arrojes con mano impía sobre un pueblo fiel. Tu orgullo no alces contra el cielo, que hay un Dios vengador; nada pudieran tus designios y esfuerzos contra la nave misteriosa protegida del Altísimo. Tambien allá en remotos siglos, poderosas naciones con atentados sacrílegos la cólera provocaran de Aquel, cuya omnipotente palabra convierte en árida hondonada el cauce de los rios, y deja en seco el mar; tambien contra el pueblo escogido la opresora mano extendieran, profanando el Santuario. ¿Sabes cuál fué su suerte? Abre los profetas, y escucha á tus viajeros que te narran asombrados el pavoroso cumplimiento. ¿Dónde está Nínive, la ciudad de Sennacherib, del orgulloso monarca contra quien descendiera con vibrante espada el Ángel del Señor? Mas fueron sus *negociantes que las estrellas del cielo*... Eran sus guardas como langostas... No se halla el lugar donde estuvieron... La hermosa Nínive se ha tornado en soledad despoblada como un yermo. (Véanse los profetas Nahum y Sofonías.)

¿Dónde está Babilonia, la gloria de los reinos, la ciudad de oro, el orgullo de toda la tierra, del gigantesco templo, del alcázar murado, del lago igual á un mar? Las espantosas profecías se han cumplido. Destruiré el nombre de Babilonia y los residuos. Será habitacion de aves de rapi-

ña, y mansion de dragones: una soledad, un país árido, un desierto, una llanura rasa, enteramente desolada, pantanosa, llena de montones de escombros y ruinas.—Todo el que pasa por ella se queda atónito.

La hez del cáliz no se ha agotado aun; el Señor indignado la derrama todavía sobre los pueblos que provocan su indignacion todopoderosa; y si á expiacion tremenda condenada está la triste Iberia, no insultes su llanto, su dolor no insultes, no le arrebates ¡cruel! su único consuelo, su sola esperanza, la fe de sus mayores, la esperanza en Dios. Sonar pudiera para tí una hora terrible, que aleje Dios; sonar pudiera la terrible hora en que á discordia sangrienta abandonada, tu seno desgarraran esos hijos cuyos andrajos no cubre tu ostentoso lujo, cuya hambre no sacias, nadando en la opulencia. ¡Ay de tí el dia en que el pueblo fiel cuya cerviz oprimes, hace largos siglos, lance el grito de *basta!*... y se levante, y se presente á tus ojos, cual sangriento espectro, demandando venganza, ya que le negaste justicia! ¡Ay de tí el espantoso dia en que cien pueblos que te aborrecen en distantes regiones, contemplen la turbacion y el sobresalto pintados en tu frente por discordia intestina! el dia en que las tempestades no encadenadas por la mano omnipotente no dispersen ya las flotas que á tus orillas se enderecen! ¡Ay de tí el dia en que esos pueblos heróicos que impune molestas fiada en las ondas que te ciñen, saltar pudiesen sobre tu tierra, y medir sus fuerzas con las tuyas, brazo á brazo!

La patria de los Viriatos, de los Vascos, de los Pelayos, Guzmanes y Gonzalos, existe aun; doliente y abatida, espera tan solo aquel momento en que la Providencia llama á los pueblos á nueva vida diciéndoles: «levantaos y marchad.» No en vano con la altísima muralla del Pirene resguardo y defensa la otorgara el cielo contra invasion extraña; no en vano los mares que la circuyen le indican que ser debiera tu mas temible rival; no en vano se conservan en la peña de Mauritania atalayas los soldados españoles,

como esperando la seña de arrojarte de la opuesta fortaleza. ¡Delirio! ¡oh! delirio, nó!... Hay un gran pueblo, solo falta un grande hombre. ¿Ha nacido? ¿Nacerá? Adoremos los arcanos del Eterno; y no abandonemos el último consuelo de los desgraciados: la esperanza.—*J. B.*



(Número de la Revista correspondiente
á 1.° de abril de 1843.)

LA FUERZA DEL PODER

Y LA MONARQUÍA.

El poder que gobierna la sociedad ha de ser fuerte, porque en siendo débil tiraniza ó conspira. Tiraniza, cuando se esfuerza por hacerse obedecer; conspira, cuando sufre en silencio la resistencia y el ultraje. Augusto se siente fuerte, y su imperio es suave; Tiberio se halla débil, y maquina y oprime: de los monstruos que mancharon el solio de los césares, fueron los mas violentos é insuportables, los que oian ya cercano el ruido de los pretorianos que venian á degollarlos.

Recorred la historia, y encontrareis escrita por do quiera con letras de sangre esta importante verdad: *¡Ay de los pueblos gobernados por un poder, que ha de pensar en la conservacion propia!*

Esta es la clave para esplicar los inconcebibles excesos á que se abandonan los poderes revolucionarios y los despóticos, una vez dado el primer paso en el camino de la tiranía: todos son tiránicos porque son débiles; y cuando los veais tocar á la demencia en sus medidas de tiranía, dad por seguro que están por espirar. El moribundo me-

jor que nadie, augura su próximo finamiento. La Convencion presentia la dictadura. El temor aumenta la opresion, y la opresion acrecienta el temor, la impulsion es recíproca, y sigue la misma ley que el movimiento de un péndulo; el punto de elevacion está en el mismo nivel que el punto del descenso; la oscilacion continua, hasta que media la única causa capaz de restablecer el aplomo: la justicia.

Estas reflexiones nos ocurrian meditando sobre los misterios de la monarquía; porque misterios tiene esa institucion maravillosa, como los tiene todo lo grande. «La monarquía es el despotismo,» ha dicho una política superficial: ¿y por qué? «porque el monarca dispone de inmenso poder, y este poder es sobrado robusto y sólido, dado que las leyes lo aseguran al soberano para sí y para sus hijos.» Entonces no comprendeis la institucion, pues señalais por orígen de la tiranía de los reyes, las causas que precisamente les impiden el ser tiranos.

¿Quereis un poder suspicaz? asentadle sobre un terreno minado, donde oiga á cada instante el golpe de la zapa que prepara la mina. ¿Lo quereis violento? presentadle enemigos que sin cesar le amenacen. Quitad hasta la idea del peligro, y tendreis la suavidad y la confianza.

La gravedad y trascendencia del asunto exigen que se explane con toda claridad lo que debe entenderse por fuerza de un poder; pues son muy distintas las acepciones de que esta expresion es susceptible.

La fuerza del poder consiste: 1.º en la seguridad de su existencia: 2.º en los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo. Supóngase un país donde llegue á establecerse y arraigarse una constitucion mal combinada, viciosa, que no deje al poder bastantes medios para ejercer sus funciones en pro del comun; de suerte que en el mantenimiento del órden público, en la administracion, en la aplicacion de las leyes civiles y criminales, en sus relaciones con las potencias extranjeras, carezca de los recursos que ha menester, y no tenga una accion eficaz,

expedita y pronta: en este caso, será posible que el poder disfrute del primero de los requisitos indicados: la seguridad propia; pero echará menos el segundo, y por tanto no será fuerte, en la verdadera acepcion de la palabra.

Así, un rey de Esparta ó de Roma entre los antiguos, un monarca de los tiempos feudales en los siglos medios, un soberano con una constitucion como la del año 12 entre los modernos, por mas que á causa de los hábitos, de las costumbres, ó de particulares circunstancias, alcanzaran toda la seguridad que imaginarse pueda, no fueran un poder fuerte. Un hombre falto de alguno de los miembros mas precisos para ejercer la profesion á que se dedica, disfrutará tal vez de buena salud, prometiendo largos años de vida, y quizás se hallará en circunstancias á propósito para continuar en su ocupacion todo el tiempo que le agradare; pero no dejará por ello de ser incapaz de ejercer muchos actos, y por consiguiente llenará de una manera muy defectuosa el objeto de sus tareas.

No obstante es menester advertir que la falta de los medios necesarios para cumplir el poder su mision, tarde ó temprano le acarrea la falta de la propia seguridad, amenazando su misma existencia: como el hombre que no puede desempeñar cual conviene el cargo que le incumbe, de grado ó por fuerza suele hallarse precisado á abandonarle.

De aquí resulta un fenómeno constantemente observado en todos los períodos de la historia y bajo todas las formas de gobierno, y es, que el poder que se halla sin los medios necesarios al ejercicio de sus atribuciones, trabaja sin cesar para procurárselos. Se dirige á su objeto por caminos diferentes, segun la situacion en que se halla: si abunda de accion material, emplea la violencia; si es rico, corrompe; si todo le falta, maquina villanamente como el último de los conspiradores.

En vano le exigireis que obre de otra manera; esta es su posicion, esta la ley indeclinable de su naturaleza; ni las calidades de las personas que ejerzan el poder serán

parte á evitarlo. Estas podrán quizás mantenerse extrañas al soborno y á la intriga, podrán hasta odiar semejantes medios, pero los emplearán por ellas los que están en su alrededor, los que gozan con los goces del poder, los que á la existencia de este tienen vinculada la existencia propia.

Contribuyen á dicho efecto dos causas: 1.ª La natural inclinacion del hombre á la extension y eficacia del mando que ejerce: 2.ª El instinto de conservacion. La primera no ha menester explicacion ni comentarios; no así la segunda. Hemos observado que la falta de los medios necesarios al cumplimiento de las atribuciones del poder, compromete tarde ó temprano su misma existencia, y hé aquí por qué en sintiendo esta falta los busca por todos los recursos que tiene á la mano. La cuestion que en apariencia versa únicamente sobre los límites de la esfera del mando, es en el fondo y para un tiempo mas ó menos cercano, cuestion de vida ó muerte. Todo poder que se encuentra en semejante situacion, conoce instintivamente esta verdad y obra en consecuencia.

Gracia nos hace la candidez de ciertos escritores que con la mayor seriedad del mundo echan en cara á Luis XVI y á Fernando VII el haber sido causa de que la revolucion se desbocase, no resignándose á la posicion que les habian creado las circunstancias, no dándose por satisfechos con las facultades señaladas por las respectivas constituciones: como si las condiciones de la existencia y de la accion de un poder dependiesen de la simple voluntad de la persona que lo ejerce; como si el poder público no fuese mas bien una institucion que un hombre; como si esta institucion no estuviese sujeta á las leyes generales de todo ser, que se esfuerza siempre en procurarse lo que necesita para su existencia.

Casos hay, en que al parecer el hombre es la institucion, y esta no es nada sin el hombre; pero en la realidad no es así: la institucion existe, bien que de tal naturaleza que necesita una personificacion, un representante que

no pueda dividirse ni compartirse. Entonces la institucion en provecho propio, se absorbe en el hombre, se confunde con él, se vale de su prestigio, habla por su boca, comolos sacerdotes del gentilismo se ocultaban tras el ídolo y comunicaban al pueblo los oráculos.

César vencedor de los galos, pasa el Rubicon, ahuyenta á Pompeyo, triunfa en Farsalia, y se levanta con el mando de la República: ¿creeis que en el dictador no hay mas que la persona del general victorioso? Si así lo creyereis, recordad que la dictadura era una institucion en Roma. Los sucesos presentan sin duda otro aspecto, las circunstancias son muy diferentes, pero el hecho es el mismo; solo que los romanos mandados por el dictador Camilo, no eran los mismos romanos del dictador amante de Cleópatra.

Que la dictadura era necesaria, que César no era mas que su personificacion, que desapareciendo la persona la institucion debia continuar, los sucesos lo demostraron hasta la evidencia. El puñal de Bruto rasga el pecho del dictador; Antonio ofreciendo á los ojos del pueblo la túnica ensangrentada de la ilustre víctima, inaugura el triunvirato, es decir, la nueva dictadura que no ha escogido todavía su representante, que no se atreve á identificarse con un solo hombre, que aguarda el curso de los acontecimientos, que atormenta atrozmente á los romanos para hacerse mas necesaria, para conquistar la unidad. Bruto y Casio mueren, Antonio es vencido, la antigua libertad perece para siempre, la dictadura se organiza y perpetúa, se convierte en imperio, y se inaugura magníficamente en Augusto.

Resulta pues, que la dictadura, es decir, la institucion que mas parece confundirse con un hombre, prescinde de la persona; y de un modo ú otro, mas ó menos poderosa, mas ó menos brillante, mas ó menos benéfica, se presenta siempre que la hace necesaria el estado de la sociedad. Tres grandes dictadores nos ofrece la historia: César, Cromwell y Napoleon. En cuanto á César, no queda

cultad en la aplicacion del principio asentado; y por lo perteneciente á los dos últimos, haremos una observacion que lo dejará fuera de duda. La Inglaterra desde la época del Protector ha continuado en su estado normal á pesar de algun trastorno pasajero; y lo que es mas singular, hasta mediando un cambio violento de dinastía. Veinte y ocho años hace que Napoleon fué vencido por última vez y confinado á Santa Elena; la Francia ha sufrido desde entonces revueltas de momento, pero el desórden no ha podido prolongarse: y es notable que habiendo realizado lo mismo que la Inglaterra una mudanza dinástica en 1830, ha continuado tranquila, se han hecho esfuerzos hercúleos para que la revolucion no siguiese su carrera, y se ha conseguido. ¿Qué prueban estos hechos? en nuestro juicio la consecuencia es muy sencilla: prueban que en tiempo de los dos dictadores ambas naciones habian ya tocado al término de la revolucion, que esta habia consumido sus elementos, que no podia continuar, que el órden se habia hecho una necesidad indeclinable; y por lo tanto esos dos grandes hombres no fueron mas que la personificacion de esta necesidad social, sirviendo con su brazo de hierro á que de una situacion se pasase á otra que parecia separada por un abismo.

Si la posesion de los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo es condicion indispensable para que un gobierno pueda llamarse fuerte, lo es todavía mucho mas la seguridad de su existencia. Y no le basta esta seguridad, sino que es menester que las personas que lo ejercen, abriguen sobre esto una conviccion que los deje á cubierto de todo linaje de recelos. La mayor calamidad que sobre un país puede venir es un gobierno mal seguro, que esté en continuo acecho contra los conspiradores reales ó aparentes; en tal caso es imposible que el gobierno no tienda mas ó menos á la tiranía, porque quien se ve atacado, natural es que se defienda. No le bastan las leyes comunes que regularmente hablando están fundadas en el supuesto de que se respeta el principio del gobierno; si algunas

existen que prevengan el caso de atentado contra este principio, están de suyo mal deslindadas, se rozan en diferentes puntos con los demás ramos de legislacion; y el gobierno que ordinariamente pone su atencion principal en cuidar de la conservacion propia, se extralimita, se excede, y comienza á caminar por una pendiente en cuyo fondo se halla un abismo.

Cuando hablamos de los medios necesarios al gobierno para ejercer las funciones que le incumben, no entendemos limitarnos á los puramente materiales, no juzgamos que la fuerza de un poder se halle en proporcion con la fuerza material de que dispone; antes al contrario, la sobrada abundancia de esta suele enflaquecerle conduciéndole á la ruina. Un conquistador que acaba de tomar por asalto una plaza, tiene en su mano la vida y hacienda de los ciudadanos; nada puede resistirle, su ley es su voluntad: los medios materiales le sobran para oprimir y vejar, dado que ha sido bastante fuerte para derribar ó salvar las murallas; sin embargo nadie dirá que el gobierno fundado sobre aquella base tenga verdadera fuerza. Dejad que corra el tiempo; y así como un imperio que estriba en la justicia y las leyes, resiste al embate de largos siglos, el otro no será parte á durar algunos años atravesando los mas insignificantes sacudimientos. Una circunstancia nueva, una combinacion imprevista, una noticia que alarme al vencedor, que aliente al vencido, vereis que rompen cual endeble caña el cetro que creyerais de diamante.

En Turquía el soberano dispone á su voluntad de la vida de sus vasallos; manda, y las cabezas caen como las espigas segadas por la hoz; no obstante allí el poder no es fuerte, la mejor prueba de su debilidad son las catástrofes que experimenta. Luis XIV, jóven é inexperto, hallábase un dia rodeado de sus cortesanos, y llegó á decir que no conocia mejor gobierno que el establecido entre los musulmanes. «Señor, le respondió con hidalga entereza un magnate que se hallaba presente, tampoco conozco yo

país donde los soberanos sean degollados con mas frecuencia.»

Durante el imperio romano, el hombre que ocupaba el solio disponia de innumerables legiones, los pueblos se inclinaban ante él, le ofrecian sus homenajes cual hacerlo pudieran á una divinidad; pero ¿sabeis cuál era la suerte de esos señores del mundo? Perecian casi todos á manos de la soldadesca.

El secreto de la monarquía europea, es decir, cristiana, consiste en que el soberano aun en las monarquías absolutas, tiene limitado el poder por la moral, por las costumbres, por la conciencia pública; distinguiéndose de todas las monarquías de los países donde no ha reinado el cristianismo, en que entre estos la palabra monarca es sinónimo de déspota, y entre nosotros significa un soberano que gobierna con arreglo á las leyes.

Por estas consideraciones se echa de ver cuán lastimosamente se falsea la historia moderna cuando no se quiere reconocer esta importante verdad, obstinándose en no ver el poder limitado sino allí donde existen asambleas que de continuo le vigilan y censuran. Por mas que se exagere el poder ejercido por Felipe II, por Luis XIV y Cárlos III, nadie que no carezca de sentido comun llegará á confundirle con el de los déspotas de Oriente. Poco importa que el freno no se vea si en realidad existe. En este punto menester es confesar que los adversarios del gobierno absoluto le han tratado con mucha injusticia, cuando se han empeñado en apellidarle con negros nombres que en la realidad está muy léjos de merecer. No pretendemos suscitar aquí la cuestion agitada entre los publicistas sobre las ventajas ó desventajas de estas ó aquellas formas; pero opinamos que aun los mas ardientes apologistas de un extremo no pueden dispensarse de hacer al opuesto la justicia que le corresponda. Dígase enhorabuena que en el absolutismo hay peligro de que el poder se extralimite conculcando las leyes, y hasta sosténgase si se quiere que la mejor forma de gobierno es aquella en que se combina en

el mayor grado posible el elemento democrático, y si place, ofrézcase como el bello ideal en esta materia la república donde domine exclusivamente la democracia pura; pero ensalzando un principio no se lleve tan allá la intolerancia con los otros, que se les niegue lo que no puede disputárseles en el tribunal de la filosofía y de la historia.

Si bien se observa, la opresion dimana mas bien del estado de las ideas y de las costumbres, que no de la forma del gobierno. En las repúblicas de América no predominan por cierto ni la monarquía ni la aristocracia; no obstante el mas fiero despotismo devasta con frecuencia aquellos desgraciados países; y en época reciente hemos leido narraciones que nos han hecho estremecer con la increible atrocidad de los hechos. ¿Quién prefiriera vivir en las repúblicas de América, si pudiese disfrutar de un gobierno como él de Austria ó el de Prusia? En la misma Inglaterra la verdadera libertad no data del establecimiento de sus asambleas; existiendo estas la tiranía mas cruel se ha entronizado mas de una vez en la Gran Bretaña, y hasta en nuestros tiempos vemos á la Irlanda sometida á dura esclavitud, no obstante las formas representativas del gobierno que la domina.

La monarquía hereditaria tal como existe en Europa, ni deja al hombre recelos, ni peligros á la institucion, ni á la ambicion estímulo: por esto es tan suave su accion, tan benéfico su influjo, su conservacion tan preciosa para el sosiego y la felicidad de los pueblos. El monarca es un hombre colocado en region superior á la de todos sus súbditos, aun los mas elevados por sus cualidades personales, ó por su nacimiento; nada tiene que esperar ni que temer: su juez no se halla entre los mortales, está en el cielo. Desde que abre los ojos á la luz descubre la carrera de su vida; en vano avivaria sus deseos para encontrarles nuevos objetos: autoridad, honores, riquezas, placeres, todo se halla ya al rededor de su cuna; no se pregunta lo que vale, sino lo que es; su mérito personal, si alguno posee, es no solo estimado, sino encarecido, exagerado; la lison-

ja cuida de hacerle creer que aun no habiendo nacido en el régio alcázar fuera tambien digno de la corona; y los defectos mas evidentes y palpables, se cubren con cien velos para que no ofendan ó entristezcan al mismo que de ellos adolece.

En pura teoría, nada mas absurdo que una institucion semejante: en la práctica nada mas cuerdo: vano es luchar contra los hechos, pues los hechos están ahí. La historia entera, la experiencia de cada dia, deponen de esta verdad; si la razon no la explica cual conviene, el buen sentido la comprende perfectamente. Pero no es exacto tampoco que la razon sea impotente á señalar las causas de este singular fenómeno; si bien quizás no llegara á tanto, entregada á la mera especulacion, amaestrada empero con las lecciones de la práctica, conviene en la prudencia que á esta preside, é indica los motivos del acierto que se patentiza en la felicidad de los resultados.

El problema del poder público envuelve tres partes: primera órden, segunda estabilidad, tercera hacer el mismo poder bondadoso. Estas tres condiciones se hallan satisfechas en la institucion monárquica de una manera admirable. Para el mantenimiento del órden se depositan en manos del rey inmensos recursos; para asegurar la estabilidad se cierra la puerta á la ambicion asegurando el mando no solo al soberano, sino á toda su descendencia. Se quita al poder su malignidad, y se le hace bondadoso, no dejándole expuesto á las pasiones comunes. ¿Qué codiciará quien todo lo posee? ¿cómo tendrá cabida la envidia en el corazon del que es mirado poco menos que como una divinidad? ¿es fácil que conozca la venganza quien de nadie recibe injurias, quien halla siempre á su encuentro la veneracion y el homenaje? ¿con quién alimentará rencorosas rivalidades quien se halla constituido sobre todos, mirando hasta á las clases mas altas de la sociedad, colocadas en grado muy inferior al suyo, á larga distancia de su trono?

Hé aquí la razon por qué la historia y la experiencia de

la Europa moderna en los países donde la monarquía ha estado plena y sólidamente establecida, nos presentan á menudo soberanos débiles, pero pocos malvados. En efecto, la region en que moran, la educacion que reciben, las ideas en que se les imbuye, si algun inconveniente tienen es el de enflaquecer su carácter, el de desarrollar aquellas pasiones que llevan al corazon la molicie, pero no la perversidad.

No ignoramos las excepciones que de esta regla se nos pueden objetar; pero léjos de ser verdaderas excepciones, son mas bien una confirmacion de la regla general. Casi todos los soberanos que se han distinguido por su perversidad, ó han vivido en medio de discordias intestinas, ó han sido conquistadores. En uno y otro caso, el principio se verifica; porque en el primero el monarca se veia mal seguro, hallándose en peligro, ó su persona, ó su dinastía, ó la institucion misma; en el segundo, el soberano se hallaba agitado por una pasion vehemente; al lado del poder que gobernaba habia el poder que invadia; y por tanto faltaba la condicion que hemos indicado: el soberano todavía *deseaba*.

Este carácter benéfico de la monarquía hasta pudiera descubrirse en aquellos países donde reina el despotismo. La crueldad y demás vicios que allí deslustran el poder soberano, no tanto dimanan del exceso de los medios que en su mano tiene, cuanto de las ideas y costumbres de la sociedad que gobierna. Falta en ella el verdadero conocimiento de la dignidad del hombre, de las consideraciones que por solo este título le son debidas, de las verdaderas relaciones de este con sus semejantes, se tienen ideas muy equivocadas sobre el orígen y objeto de toda autoridad. Cuando el soberano maltrata á sus súbditos, cuando abusa de su poder en contra de las vidas y haciendas que debiera ser el primero en proteger y respetar, aplica en la esfera de su accion las mismas reglas que halla establecidas en las demás clases de autoridad. En semejantes países la potestad patria es por lo comun excesiva y tiránica; los

hijos viven bajo el dominio del padre como el esclavo del de su señor; y la mujer misma que nació para ser compañera del hombre, no es mas que una de sus esclavas. Se ignoran los medios de conducir á los hombres por la razon y las persuasiones; solo se conoce como medio eficaz la fuerza: se la emplea en todo, y no se concibe que un gobierno firme pueda ser otra cosa que un mando violento. La obediencia del súbdito, no fundada en motivos superiores, le envilece y degrada: ó se somete temblando como un animal doméstico al oir el chasquido del látigo, ó se levanta como fiera indómita y hace pedazos á su dueño.

Para comprender que no es la monarquía la causa de estos males, supóngase que en uno de estos desgraciados países sometidos á un régimen brutal y envilecido, se introducen por un momento las formas democráticas antes que se haya verificado un cambio en las ideas y costumbres. ¿No veis á la primera ojeada convertirse aquellos hombres en una infinidad de recíprocos tiranos, que se oprimen y se atormentan segun prevalece la fuerza? El órden público, este órden semejante entre ellos al silencio de los sepulcros, pero que tal como sea es muy preferible á los aullidos de una manada de fieras, deja en el momento de existir, faltando el supremo poder que le sirve de centro y apoyo. Los malos tratamientos que reciben la mujer del marido, los hijos de los padres, y los esclavos de su señor, subirán á un punto mas alto de crueldad, no mediando el recuerdo de que hay un poder superior al doméstico, capaz si le place de intervenir en la querella y castigar al desmandado padre de familias. Los jefes inferiores que gobiernan las provincias ó las ciudades, se convertirán en otros tantos déspotas cuya tiranía será tanto mas dura é insoportable, cuanto no reconocerán á un superior, que dada la oportunidad pueda hacerlos responsables de los daños que causen, de las injusticias que irroguen, de las arbitrariedades que cometan. El extravío de las ideas y de las costumbres se ofrecerá á la vista en toda su negrura y desnudez, echándose de ver que no es el poder soberano quien

oprime á la sociedad, que no nacen de la soberanía los males que ella causa; sino que de la sociedad misma corrompida y degradada se levanta el pestilente aliento que contamina el solio, y que cuando la persona que le ocupa se entrega á la crueldad y otros excesos abominables, recibe de la misma sociedad que le rodea sus inspiraciones perversas.

Esta es la causa porque natural y espontáneamente la monarquía europea se ha hecho tan suave y benéfica, hasta en aquellos países donde la falta de todo límite legal parecia deber arrastrarla á los mayores desmanes Las ideas, las costumbres, las reglas de gobierno á que se amoldan los monarcas, las reciben de la misma sociedad gobernada: en ella domina la razon, prevalece la moral, levanta la conciencia pública su voz imperiosa; y si el orgullo y el desvanecimiento se obstinan en guiar al monarca por extraviados senderos, álzase de todos los puntos del reino, de todas las clases de la sociedad, un rumor sordo que atestigua el descontento, que pone de manifiesto el escándalo, que es mas eficaz para enfrenar al poder que las insurrecciones y motines.

Los demagogos se sonreirán quizás de estas doctrinas con la sonrisa del desprecio; como quiera, nosotros les haremos observar, que hasta en los gobiernos fundados sobre las constituciones mas latas y populares, se asienta como principio indisputable la inviolabilidad, la irresponsabilidad del monarca, ó del que ejerce sus veces. «Al rey, dicen acordes todos los publicistas constitucionales, solo es lícito atribuirle el bien, nunca se le puede imputar el mal; constitucionalmente hablando, el monarca es impecable.» ¿Y de dónde creeis que se ha originado semejante teoría? ¿Os imaginais que es el producto de las combinaciones de los publicistas del *equilibrio?* Muy al contrario: todos sus principios, todas sus doctrinas, todas sus tendencias los guiaban en direccion opuesta; pero el buen sentido europeo, los hábitos de largos siglos, las lecciones de la historia, los escarmientos de la experiencia, los han

forzado en este punto á negarse á sí mismos, rechazando las consecuencias de la soberanía popular. Jamás los hombres de la antigua escuela se valieron de tantos circunloquios para nombrar al rey. «Persona sagrada,» «pensamiento irresponsable,» «voluntad superior,» «region elevada sobre la esfera de las pasiones,» y otras frases semejantes se pronuncian de continuo en la tribuna y en la prensa, esquivando el llamar al rey con el nombre propio. Diríase que se trata de una divinidad que los mortales no se atreven á tomar en boca temiendo profanarla. Pues bien, todo esto no es mas que un sacrificio, un doloroso sacrificio que ha hecho la escuela democrática á las ideas antiguas; todo esto no es mas que una proclamacion de la impotencia de sus principios abandonados á sus fuerzas; todo esto es un plagio del antiguo sistema, al mismo tiempo que con tanta serenidad se le desacredita é insulta.

Se proclama como dogma indisputable que el poder supremo es un simple mandatario, un mero delegado del pueblo; y sin embargo se declara desde luego que este poder de nada es responsable á su principal, á su delegante: se recuerda con mofa el *derecho divino de los reyes;* y no obstante, se los apellida inviolables, sagrados, se los compara de continuo á una divinidad, que no puede obrar mal, que solo es capaz de ejercer el bien: se establece como única tabla de salvacion para la sociedad el principio de *eleccion;* y á pesar de esto, es rechazado este principio con respecto al poder supremo, y se inculca sin cesar la necesidad de la monarquía hereditaria: nada se quiere dejar al curso natural de las cosas, todo se ha de arreglar con la discusion, todo se ha de practicar por la *expresa voluntad* del hombre; y esto no embargante, cuando se trata de lo mas importante que ofrecerse pueda en los negocios de la sociedad, se cierran los ojos, se huye de la deliberacíon, el hombre teme la razon y la voluntad propias, se abandona á todos los azares, para evitar la *eleccion*.

Hombres que tan inconsideradamente condenais todo lo

antiguo, que creeis haber iluminado el mundo, que os figurais á la humanidad envuelta en densas tinieblas hasta que vosotros las disipasteis con los vivos resplandores de la filosofía, no reprobamos, no, vuestra conducta, no os echamos en cara vuestra inconsecuencia para que obreis de otro modo; pero sí tenemos derecho á exigiros que mediteis algo mas sobre vuestros principios, que no achaqueis tan livianamente á fanatismo y apocamiento lo que anduviera guiado por profunda sabiduría, que no os imagineis que la humanidad marchaba á la decadencia y envilecimiento si vosotros no hubieseis venido á torcer su carrera. Si demandais tolerancia para vuestras opiniones, dispensadla vosotros á las ajenas; ya que no os avergonzais de tomar de vuestros adversarios doctrinas que repugnan á vuestros principios, al menos sed justos, decid de dónde las habeis recibido. Confesad que entre las ruinas que habeis amontonado, os hallais forzados á conservar un pabellon para guareceros contra las tempestades que braman sobre vuestras cabezas; engalanadle como os pluguiere, pero no negueis que quien lo construyó tan sólido, quien lo recamó con tan preciosas labores, no fuisteis vosotros sino vuestros padres. Este pabellon es la monarquía. — *J. B.*

MEDIOS QUE DEBE EMPLEAR CATALUÑA

PARA EVITAR SU DESGRACIA Y ACRECENTAR SU PROSPERIDAD.

Dijimos en el número anterior que no carecia el principado de Cataluña de medios para precaverse contra los peligros que amenazan su industria, á causa de la rivalidad inglesa, y de la oposicion de intereses que tiene hasta cierto punto con algunas de las otras provincias. Vamos ahora á indicar cuáles son en nuestro concepto esos me-

dios, deseando que las indicaciones que emitamos, sean desenvueltas por hombres que con mayor caudal de conocimientos y de noticias puedan de ellas hacer las debidas aplicaciones.

Para mayor claridad esos medios los dividiremos en tres clases: materiales, morales y políticos.

Medios materiales. Por de pronto paréeenos que la prudencia aconseja, que no se aboquen de tal suerte los capitales á la industria principalmente amenazada, que es la algodonera, que faltas de ellos las demás, ó se debiliten en demasía ó no tomen el desarrollo de que son susceptibles. Así se lograrán dos objetos: primero, el movimiento simultáneo y por decirlo así paralelo de todos los ramos industriales. Esto podrá ser ventajoso á la industria en general, la que estando desenvuelta en muy diferentes sentidos se hallará en contacto con mayor número de necesidades, y se abrirán naturalmente nuevos y mas amplios mercados, siendo mas fácil el cerrar la puerta á la importacion de los géneros extranjeros. Segundo: si un tratado de comercio ó una reforma de aranceles modificase de tal manera el sistema prohibitivo que la industria algodonera sufriese considerable quebranto, no siendo este ramo mas que uno de tantos como florecieran en el país, no seria el golpe tan ruinoso para el Principado; la novedad no produciria un desnivel tan sensible; y afectadas por el daño menos familias así de fabricantes como de operarios, fuera mas fácil atenuar las malas consecuencias y resarcir los perjuicios.

Bajo este aspecto debiera Cataluña portarse con la precaucion de un capitalista avisado, que no suele aventurar toda su fortuna en un solo negocio por mas lucrativo que se le presente; mucho menos si tiene fundados motivos para recelar que un golpe repentino no desbarate en un momento las mejores combinaciones.

Además, tal vez debiera procurarse con algun mayor cuidado, que la industria no fuera en Cataluña una mera importacion del extranjero, y que echase raices pro-

fundas con el competente adelanto de los conocimientos relativos á dicho ramo. ¿La enseñanza de las ciencias mecánicas y químicas está montada cual conviene para la propagacion de las luces necesarias al progreso de las artes que de ellas dependen? Mucho lo dudamos: y admirando como el que mas la destreza y laboriosidad de nuestros paisanos, no podemos olvidar lo que ellos mismos están diciendo á cada paso, cuando se lamentan de que los extranjeros los aventajan en muchos puntos. La gente sencilla está hablando continuamente de *secretos;* pero los hombres que conocen la situacion de Europa, saben que en el sistema de publicidad reinante en todas partes, hay pocos de esos secretos que no puedan descubrirse, ora sea por medio de libros, ora por los viajes, observando é inquiriendo con la debida actividad, y comunicando en seguida el resultado con sinceridad y buena fe.

Los operarios de la Gran Bretaña se distinguen por su habilidad, pero no se crea que esto dependa de la particular disposicion de aquellos naturales, sino que contribuye mucho á ello la buena enseñanza con que se los prepara. A ejemplo del establecimiento para la instruccion de los operarios fundado en Glascow por el doctor Burbek, se han planteado otros en Londres, Edimburgo, Manchester, Birmingham, Newcastle, Liverpool, Lancaster, y otros puntos: en ellos aprenden los artesanos los principios de geometría, de mecánica, de física, de química, que luego les sirven en extremo para adelantar y perfeccionarse en sus respectivas profesiones. ¿Por qué no se procura con mas ahinco que estos ejemplos sean imitados entre nosotros? ¿por qué no se trabaja con mas asiduidad en que las operaciones delicadas cuyo acierto y perfeccion depende de los conocimientos químicos, no necesiten para su direccion operarios extranjeros? ¿por qué nó se proporcionan á un crecido número de individuos, de una manera fácil y acomodada, las luces necesarias para que las construcciones que demandan conocimientos geométricos y mecánicos no queden abandonadas al talento natural, que

es como si dijéramos á la casualidad? Reflexionen sobre estas indicaciones los hombres que conocen la verdadera situacion y las necesidades de Cataluña; y vean si no habria en este punto importantes reformas que emprender y notables mejoras que intentar.

No olvidemos que la industria no puede decirse que esté hondamente arraigada en un país, hasta que los conocimientos de sus habitantes se hallan en el conveniente nivel. No basta que se traigan máquinas, que se planteen establecimientos; es necesario cuidar al mismo tiempo de que se vayan formando operarios aptos, directores capaces, para que dentro breves años, no nos veamos ya precisados á recibir de los extranjeros esa clase de auxilios. Estos deseos no son arranques de orgullo nacional, son la verdadera expresion de las necesidades de la industria.

Tampoco creemos, á pesar del buen estado en que se encuentra la agricultura catalana, que se halle saturada de capitales hasta el punto de no poder invertirse en ella crecidas sumas con señalado provecho. La mayor parte de las aguas que bañan nuestro Principado descienden de las montañas, y corren hasta el mar por el cauce que les trazara la naturaleza. ¿Quién no ve con cuánto beneficio podrian emplearse capitales cuantiosos en la construccion de canales de riego, que trocasen en hermosas y feraces vegas, campos ahora estériles y agostados? Las solas llanuras de Urgel colocadas á breve distancia de poblaciones en extremo florecientes y ricas, donde abundan los capitales y se dirigen á empresas llenas de peligros, son una evidente prueba de que las cosas no han seguido su curso natural, y que nos hemos entregado con excesivo ardor al exclusivo fomento de un ramo, sin curarnos cual conviene de otros, que á mas de ser productivos, estuvieran á cubierto de los tratados comerciales y de las revisiones del arancel.

Hemos recordado el canal de Urgel ciñéndonos únicamente al de riego, no porque sea lo único que hacerse pudiera en este género, sino por su extremada importan-

cia, tan generalmente reconocida como constantemente descuidada. Así por ejemplo, ¿cómo es que el antiguo proyecto de conducir las aguas del Ter por el centro de la llanura de Vich, de manera que fecundando aquella hermosa comarca ofreciese oportunidad de construir establecimientos fabriles cerca las murallas de la ciudad cabeza del partido, se ha quedado tan solo en proyecto, como casi todas las cosas de España? Las demás provincias pueden señalar por excusa de descuidos semejantes la falta de capitales, la natural indolencia de los habitantes del país, quienes no se aprovecharian de los mismos beneficios que se les pondrian en las manos, y otras razones por el mismo tenor mas ó menos sólidas y especiosas; pero en Cataluña no existen por fortuna estas circunstancias desgraciadas; solo puede atribuirse al proverbial desgobierno de España, y á cierto aislamiento mal entendido, que se opone á la formacion de las grandes asociaciones, indispensables para esa clase de empresas.

Se ha importado entre nosotros el espíritu industrial y mercantil, pero no ha prendido como era de esperar el espíritu de asociacion; antes al contrario, se nota que exceptuando la existencia de las corporaciones creadas por la ley, no se ha tenido la idea de formar ni siquiera aquellas asociaciones que hubieran podido servir de dique á las codiciosas exigencias de la Inglaterra. Se han dirigido representaciones al Gobierno, ricas de noticias que aclaraban la situacion industrial de Cataluña y fortalecidas con razones que desconcertaron á los enemigos del sistema prohibitivo; esto es verdad, pero nosotros añadiremos, que si una provincia de Inglaterra se hubiese hallado en situacion semejante á la que aflige á Cataluña, si tan grandes intereses y la subsistencia de tantos millares de familias se hubiesen hallado amenazados por un tratado con una potencia extranjera, no solo se hubiera practicado lo que aquí, sino que por los medios legales se hubiera formado una asociacion colosal; y al mas ligero rumor de que se trataba de proponer el bill de abolicion del sistema



restrictivo se habrian hallado el gobierno y el parlamento con una peticion apoyada por doscientas mil firmas.

El estado de las comunicaciones de lo interior del Principado dista mucho de ser satisfactorio; lo que produce retardo en el movimiento, recargo en los trasportes, y por consiguiente una mayor dificultad de que se aprovechen en ciertos lugares la baratura del jornal de los operarios, el menor precio del terreno y de la construccion de los establecimientos, los saltos de agua y otras ventajas semejantes. De seguro que se nos dirá que estas empresas relativas á facilitar la comunicacion son en buena parte de la incumbencia del Gobierno superior, y que al proponerse una provincia llevarlas á cabo, tropieza con un sinnúmero de inconvenientes y embarazos que acaban por desalentar y fastidiar á cuantos en ellas se comprometen. Pero á esto se puede replicar, que hace ya mucho tiempo que está acostumbrada Cataluña á hacer grandes cosas por sí misma, marchando por el camino de la prosperidad, aumentando y desarrollando su riqueza, sin que le sirva de mucho la direccion del Gobierno: lo propio pudiera hacerse en el caso dado; y si saliesen al encuentro graves dificultades, para las empresas arduas es la constancia.

La mayor perfeccion de los artefactos, sobre todo en el ramo de la industria amenazada, debe procurarse en Cataluña con especial ahinco; pues que median en ello no solo los motivos generales que naturalmente impulsan hácia dicha perfeccion, sino la precaucion prudente aconsejada por las circunstancias. En efecto, es regular que si podemos evitar un golpe de mano, que por mas que se diga no le será tan fácil al actual Gobierno el descargarlo, se respetarán por algun tiempo los intereses de Cataluña, y se le dará el necesario plazo para prepararse á la competencia con las mercancias inglesas. Ora sea que ese plazo se conceda y señale expresamente, ora sea que la fluctuacion de las negociaciones entabladas y por entablar, lo vaya por sí mismo otorgando, fuera muy del caso que los interesados en el asunto dieran por supuesto que ha co-

menzado ya, y se aplicasen á introducir en la fabricacion todas las mejoras de que sea susceptible. Los ingleses se han esforzado en persuadir en España y en el extranjero que su causa era la de una nacion entera contra el monopolio de un reducido número de fabricantes; y es menester, es indispensable, que estos respondan con la evidencia de los resultados, demostrando en tiempo tan breve como posible fuere, que el beneficio reportado del sistema protector lo han recompensado con usura á la nacion; no tan solo ofreciéndole un modelo con el que se amaestrasen las demás provincias, sino tambien surtiéndolas de lo necesario con abundancia, belleza y baratura.

Lo hemos dicho y lo repetimos: la cuestion de los algodones ingleses se reproducirá bajo mil formas si es menester, y atormentará sin cesar la industria catalana, hasta que esta pueda competir con su rival, ó desaparezca. Vano es hacerse ilusiones en sentido opuesto; el tiempo se encargaria de desvanecerlas, y la imprevision y el descuido sufririan duro castigo. Así, aun cuando se ofreciéran las circunstancias mas satisfactorias, y en que se alcanzasen las mayores seguridades, conviène no dormir tranquilos; es necesario, urgente, el prevenirse para nuevas complicaciones que de un modo ú otro no dejarán de presentarse. Que prevalezcan los progresistas ó los moderados, que triunfe el absolutismo ó la república, la Inglaterra no abandonará su puesto; allí estará con su refinada diplomacia, con su astucia proverbial, con su oro seductor, con su paciencia incansable, y sobre todo con su excesiva abundancia de artefactos y por tanto con su imperiosa necesidad de vender.

Otra ilusion no menos dañosa, fuera el imaginar que las provincias ahora inclinadas á un tratado de comercio, se desviarán fácilmente de su propósito. Dos motivos las estimulan: la oportunidad de comprar mas barato, y la esperanza de dar mejor salida á sus frutos. Lo que á esto objetan los catalanes es ciertamente muy sólido; se funda en la necesidad de los sacrificios recíprocos, en lo funesto

que seria para la prosperidad de la nacion el destruir su naciente industria y otras razones semejantes; pero todo esto tiene el inconveniente de no ser tan fácil de comprender como la diferencia que vaya en precio y calidad de una vara de tejido catalan á otra de tejido inglés. En esto se debe fijar la atencion, no apartarla nunca de aquí; combatir hechos con hechos: esta es la mejor lógica.

Medios políticos. En la exasperacion á que han llegado en España los partidos políticos, una de las miras que no debe perder de vista el Principado, es el no constituirse ciego instrumento de ninguno de ellos. La fuerza de una causa, si ha de ser real y verdadera, si ha de extenderse á mas que á circunstancias de momento, debe radicarse en su justicia intrínseca, y apoyarse para la propia defensa en los intereses que con ella están ligados. Cuando se la defiende solo como un medio de oposicion empleado contra el que ó la ataca en realidad ó se presume que intenta atacarla, adolece la defensa de un inconveniente gravísimo, cual es, el no estar hecha de buena fe, y por lo mismo el emplear contra el adversario todo linaje de armas. De esta manera se mezclan las lícitas con las vedadas; y el poco ó mucho efecto que estas últimas pueden producir, se compra bien caro con lo que aquellas pierden de su temple. Pasadas las circunstancias de momento, la causa que indiscretamente se entregara en manos del primero que se presentara á defenderla, se halla de repente abandonada por muchos de los que mas valerosamente pelearon en pro de la misma; y quizás ellos son los primeros en declarar, que los motivos de su anterior conducta no eran otros que la necesidad y conveniencia de echar mano de todo cuanto era á propósito para abrumar y aterrar al comun enemigo. Las razones que expuestas y sostenidas en el terreno legítimo, jamás perdieran de su fuerza y ascendiente, se hallan desvirtuadas con el recuerdo de la indigna compañía con que en otro tiempo se ofrecieran al público; y quizás se llegue á decir, que tambien se emplea entonces con mala fe y

como simple arma de oposicion, lo que en otro tiempo manejaran otras manos de la misma manera y con idéntico objeto.

Sin que reprobemos el que se procure sacar partido de las oportunidades que vayan ofreciendo las vicisitudes políticas, opinamos que no es la causa de Cataluña de tal naturaleza que haya menester identificarse con determinada bandería política; y aun añadiremos, que semejante conducta seria imprudente en extremo, á causa de exponerse con ella la industria catalana á los repentinos azares de pujanza y decadencia á que aquellas se hallan y se hallarán expuestas por largo tiempo.

Tanto dista de convenir á los intereses de Cataluña el aislarnos en ningun sentido, que antes bien es de la mayor importancia quitarles ó disminuirles al menos, ese carácter de provincialismo que llevan en la actualidad: es necesario nacionalizarlos por decirlo así, manifestando á las demás provincias que lo que existe no es un monopolio sino un sistema de compensaciones recíprocas; y que cediendo á las exigencias de la Inglaterra, venderian por una comodidad y alivio pasajeros, la independencia de la Península y el porvenir de su prosperidad y grandeza. Es necesario demostrarles que bajo la solapada pretension de un simple tratado de comercio ó de una modificacion de los aranceles, está oculta la resolucion de un inmenso problema, á saber: si la España á semejanza de Portugal, se ha de convertir en humilde colonia de la orgullosa reina de los mares; si nuestros negocios se han de decidir en el consejo de nuestros reyes ó en el gabinete de San James; si ese Gibraltar que nos está insultando con sus murallas y las escuadras de su puerto, ha de ser mirado como otra nueva capital, residencia de altivos señores, dispuestos á forzarnos á la ejecucion de su soberana voluntad con sus cañones y bayonetas.

Ahora merced á los desastrosos acontecimientos que han pesado sobre esta infortunada ciudad, se ha despertado el orgullo nacional en el resto de la Península, y se ha de-

clarado en nuestro favor expresándose de una manera que alienta las esperanzas del país y honra singularmente el hidalgo corazon de los que sacrifican sus propios intereses en las aras del pundonor nacional y de la independencia de la patria. Pero estas circunstancias irán desapareciendo, como sucede ya en la actualidad; y pasado el calor del momento, las cosas volverán á su curso regular, obedeciendo al impulso de sus motores naturales.

No intentamos mostrar á Cataluña el partido político á que le conviene inclinarse, ni pretendemos indicarle que debe mantenerse ajena á todos ellos; esto fuera poco menos que imposible, y la dañaria en vez de favorecerla. Solo hemos dicho que le importa no constituirse *ciego instrumento* de ninguno; significándole con esta expresion, el peligro que corre de ser explotada en diferentes sentidos, y de servir sin provecho propio á la ambicion de nacionales y extranjeros. Cuando en momentos críticos y de exasperacion oiga hablar de independencia, convénzase desde luego que se trata de engañarla con esperanzas imposibles de realizar; cuando se le insinue la conveniencia de levantar otro pabellon como hiciera allá en los disturbios de 1640, no dude que se la seduce astutamente para hacerle cometer un acto de rebeldía que mancillara su honor y que pagarian con desprecio y desden los dueños de la enseña enarbolada; cuando se le diga que es posible resucitar sus antiguos fueros, convocar sus Córtes y obligar á los monarcas de Castilla á que hagan pronunciar la antigua fórmula *plau al Senyor Rey*, crea firmemente que se la brinda con ilusiones, incompatibles con el espíritu del siglo y con nuestras propias costumbres; y por fin, cuando se intente persuadirla que el mejor modo de alcanzar justicia es la insurreccion y la violencia, rechace con indignacion las pérfidas sugestiones, que quizás inducen al crímen para gozarse en el feroz placer de verle castigado con fuego y sangre.

A los pueblos como á los individuos, no los salvan los furiosos arrebatos de cólera, con que ciegos de venganza

se arrojan á la violencia y al crímen; sino la firmeza en sostener con el correspondiente decoro los intereses de su causa, y aquella inalterable constancia nacida de la profunda conviccion de que la razon les asiste y de que tarde ó temprano llegará el dia de la justicia. O'Connell ha levantado la Irlanda de la abyeccion en que yacia sumida, la ha colocado en imponente actitud, haciendo temblar todos los gobiernos de la Gran Bretaña; y uno de los primeros pasos de su grande obra fué el reprimir las violencias particulares, el evitar los estériles alzamientos, y el presentar la causa nacional con los colores de que era digna. Bastan por hoy estas indicaciones: otro dia continuaremos nuestra tarea, explicando los medios morales que en nuestro concepto debe emplear Cataluña para precaver su desgracia y acrecentar su prosperidad.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

ESCEPTICISMO. (1)

CARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: difícil tarea me ha deparado V. en su última, hablándome del escepticismo: este es el problema de la época, la cuestion capital, dominante, que se levanta sobre todas las demás, cual entre tenues arbustos el encumbrado ciprés. ¿Qué pienso del escepticismo; qué concepto formo de la situacion actual del espíritu humano tan tocado de esta enfermedad? ¿cuáles son los probables

(1) Deseoso el autor de esta *Revista*, de que la *Polémica Religiosa* no adolezca de monotonía ni engendre fastidio, procura presentarla bajo diferentes formas, empleando algunas veces el

resultados que ha de acarrear á la causa de la religion? Todo esto quiere V. que le diga; á todas estas preguntas exige V. una respuesta cabal y satisfactoria; añadiéndome, que «quizás de esta manera se esclarezcan algun tanto las tinieblas de su entendimiento, y se disponga á entrar de nuevo bajo el imperio de la fe.»

Deja V. entrever algunos recelos de que mis respuestas sean sobrado dogmáticas y decisivas; haciéndome la caritativa advertencia de que «es menester despojarse por un momento de las convicciones propias, y procurar que la discusion filosófica se resienta todo lo menos posible de la invariable fijeza de las doctrinas religiosas.» Asomaba á mis labios la sonrisa al leer las palabras que acabo de trascribir, viendo que de tal manera vivia V. equivocado sobre la verdadera situacion de mi espíritu; pues se figuraba hallarme tan dogmático en filosofía como me habia encontrado en religion. Paréceme que á fuerza de declamar contra la esclavitud de entendimiento de los católicos, han logrado en buena parte su dañado objeto los incrédulos y los protestantes, persuadiendo á los incautos de que nuestra sumision á la autoridad de la Iglesia en materias de fe, quebranta de tal suerte el vuelo del espíritu y anonada tan completamente la libertad de examinar, hasta en los ramos no pertenecientes á la religion, que somos incapaces de una filosofía elevada é independiente. Así te-

---

estilo epistolar, que de suyo se brinda á mayor variedad y soltura. Bien penetrado además, de lo grave y espinoso de las materias que ha de ventilar, sobre todo en la indicada *Polémica*; y deseando precaver todo error ó desliz, que tan fáciles son en esta clase de discusiones, avisa á cuantos le favorezcan con su lectura, y muy especialmente á los señores eclesiásticos, que recibirá gustoso y agradecido las advertencias que se le dirijan, encaminadas á rectificar equivocaciones, á esclarecer pasajes oscuros, ó á retractar errores, si alguna vez incurriere en ellos. Los que defiendan la religion católica no deben jamás perder de vista aquella máxima: *errare potero, hæreticus non ero*.

nemos por lo comun la desgracia, de que sin conocernos se nos juzgue, y sin oirnos se nos condene. La autoridad ejercida por la Iglesia católica sobre el entendimiento de los fieles, en nada cercena la libertad justa y razonable que se expresa en aquellas palabras del Sagrado Texto: *entregó el mundo á las disputas de los hombres.*

Todavía me atreveré á añadir, que seguros los católicos de la verdad en los negocios que mas les importan, pueden ocuparse de las cuestiones puramente filosóficas con ánimo mas tranquilo y sosegado, que no los incrédulos y escépticos; mediando entre ellos la diferencia que va de un observador que contempla los fenómenos terrestres y celestes desde un lugar á cubierto de todo peligro, á otro que se halla precisado á verificarlo desde una frágil tabla abandonada á la merced de las olas. ¿Cuándo entenderán los enemigos de la religion, que la sumision á la autoridad legítima nada tiene de servilismo, que el homenaje tributado á los dogmas revelados por Dios, no es torpe esclavitud, sino el mas noble ejercicio que hacer podamos de la libertad? Tambien los católicos examinamos, tambien dudamos, tambien nos engolfamos en el piélago de las investigaciones; pero no dejamos la brújula de la mano, es decir la fe; porque así en la luz del dia como en las tinieblas de la noche, queremos saber donde está el polo para dirigir cual conviene nuestro rumbo.

Habla V. de la flaqueza de nuestro espíritu, de la incertidumbre de los conocimientos humanos, de la necesidad de discutir con aquella modesta reserva inspirada por el sentimiento de la propia debilidad; pues qué! ¿por ventura esas mismas reflexiones no son la mas elocuente apología de nuestra conducta? ¿no es esto mismo lo que estamos continuamente encareciendo, cuando probamos y evidenciamos que es útil, que es prudente, que es cuerdo, que es indispensable el vivir sometido á una regla? Supuesto que se ofrece la oportunidad, y que la buena fe exige que hablemos con toda sinceridad y franqueza, debo manifestarle, mi estimado amigo, que salvo en materias re-

ligiosas, me inclino á creer que no lleva V. tan adelante el escepticismo como este que V. se imaginaba tan dogmático.

Hubo un tiempo en que el prestigio de ciertos nombres, el deslumbramiento producido por la radiante auréola que coronaba sus sienes, la ninguna experiencia del mundo científico, y sobre todo el fuego de la edad ávido de cebarse en algun pábulo noble y seductor, me habian comunicado una viva fe en la ciencia, y me hacian saludar con alborozo el dia afortunado, en que introducirme pudiera en su templo para iniciarme en sus profundos arcanos, siquiera como el último de sus adeptos. ¡Oh! aquella era la mas hermosa ilusion que halagar pudo el alma humana: la vida de los sabios me parecia á mí la de un semi-dios sobre la tierra; y recuerdo que mas de una vez fijaba con infantil envidia mis ojos sobre un albergue que encerraba un hombre mediano, que yo en mi inexperiencia conceptuaba gigante. Penetrar los principios de todas las cosas, levantar el tupido velo que cubre los secretos de la naturaleza, levantarse á regiones superiores descubriendo nuevos mundos que se escapan á los ojos de los profanos, respirar en una atmósfera de purísima luz, donde el espíritu se despegara del cuerpo, adelantándose á gozar de las delicias de un nuevo porvenir; estos creia yo que eran los beneficios que proporcionaba la ciencia, nadando en esta felicidad contemplaba yo á los sabios; viniendo por fin los aplausos y la gloria que á porfía los rodeaban, á solazarlos en los breves momentos en que descendiendo de sus celestiales excursiones se dignaban poner de nuevo sus piés sobre la tierra.

La literatura, me decia yo á mí mismo, sus investigaciones sobre lo bello, lo sublime, sobre el buen gusto, sobre las pasiones, les suministrarán seguras reglas para producir en el ánimo del oyente ó del lector el efecto que se quiera; sus estudios sobre la lógica é ideología les darán un clarísimo conocimiento de las operaciones del espíritu, y de la manera de combinarlas y conducirlas para

alcanzar la verdad en todo linaje de materias; las ciencias matemáticas y físicas, deben de rasgar el velo que cubre los secretos de la naturaleza; y la creacion entera con sus arcanos y maravillas se desplegará á los ojos de los sabios, como se desarrolla un raro y precioso lienzo á la vista de los favorecidos espectadores; la psicología los llevará á formarse una completa idea del alma humana, de su naturaleza, de sus relaciones con el cuerpo, del modo de ejercer sobre este su accion, y de recibir de él las varias impresiones; las ciencias morales, las sociales y políticas, les ofrecerán en vasto cuadro la admirable armonía del mundo moral, las leyes del progreso y perfeccion de la sociedad, las infalibles reglas para bien gobernar; en una palabra, me imaginaba yo, que la ciencia era un talisman que obraba maravillas sin cuento, y que quien llegase á poseerla, se levantaba á inmensa altura sobre el vulgo de la triste humanidad. ¡Vana ilusion que bien pronto comenzó á marchitarse, y que al fin se deshojó como flor secada por los ardores del estío!

Cuanto mas dorados habian sido mis sueños, y mayor por consiguiente mi avidez de conocer lo que tenian de realidad, tanto mas dura fué la leccion que recibí y mas temprana vino la hora de entender mi engaño. Apenas entrado en aquellas asignaturas donde se ventilan algunas cuestiones importantes, principió mi espíritu á sentir una inquietud indefinible, á causa de no hallarme bastante ilustrado por lo que leia ni lo que oia. Ahogaba en el fondo de mi alma aquellos pensamientos que surgian incesantemente sin poderlo yo remediar; y procuraba acallar mi descontento, lisonjeándome con la esperanza de que para mas adelante me estaba reservado el quedarme enteramente satisfecho. «Será menester, me decia yo, ver primero todo el cuerpo de doctrina, de la cual no alcanzas ahora mas que los primeros rudimentos; y entonces á no dudarlo, encontrarás la luz y la certeza que en la actualidad echas menos.»

Difícilmente hubiera podido persuadirme á la sazon, que

hombres cuya vida se habia consumido en ímprobos trabajos, y que con tal seguridad ofrecian al mundo el fruto de sus sudores, hubiesen aprendido sobre las gravísimas materias de que se ocupan, poco mas que el arte de hablar con facilidad en pro ó en contra de una opinion, metiendo mucho ruido con palabras huecas y con discursos pomposos. Todas mis dificultades, todas mis dudas y escrúpulos, todo lo atribuia á mi inexperiencia, á mi torpeza en comprender el sentido de lo que me decian autores tan respetables: por cuyo motivo se apoderó de mí la idea de saber el arte de aprender. No se afanaron tanto los antiguos químicos en pos de la piedra filosofal, ni los modernos publicistas en busca del equilibrio de los poderes, como yo andando en zaga del arte maravilloso: y Aristóteles, con sus infinitos sectarios, y Raimundo Lulio, y Descartes, y Malebranche, y Locke, y Condillac, y no sé cuantos menos notables, cuyos nombres no recuerdo, no bastaban á satisfacer mi ardor. Quien me ocupaba y confundia con las mil reglas sobre los silogismos, quien señalaba mayor importancia á los juicios y proposiciones, quien á la claridad y exactitud de la percepcion, quien me abrumaba con preceptos sobre el método, quien me llevaba de la mano á la investigacion del orígen de las ideas, dejándome mas en oscuras que antes; en breve, no tardé en advertir que cada cual echaba por su camino favorito, y que á quien en seguirlos se empeñase le habian de volver la cabeza.

Estos señores directores del entendimiento humano, dije para mí mismo, no se entienden entre sí: esto es la torre de Babel, en que cada cual habla su lengua; con la diferencia de que allí el orgullo acarreó el castigo de la confusion, y aquí la confusion misma aumenta el orgullo, erigiéndose cada cual en único legítimo maestro, y pretendiendo que todos los demás no ofrecen para el derecho de enseñanza sino títulos apócrifos. Al propio tiempo, iba notando que lo mismo con corta diferencia sucedia en los demás ramos del humano saber; con lo que entendí, que era necesario, urgente, desterrar la hermosa ilusion que

sobre las ciencias me habia formado. Estos desengaños habian preparado mi espíritu á una verdadera revolucion; y aunque vacilando algunos momentos, al fin me decidí á pronunciarme contra los poderes científicos, y alzando en mi entendimiento una bandera, escribí en ella: *abajo la autoridad científica.*

Nada tenia yo para sustituir al poder destruido, porque si esos respetables filósofos sabian poco sobre las altas cuestiones cuya solucion andaba buscando, yo sabia menos que ellos, pues que no sabia nada. Ya puede V. imaginarse que no dejaria de serme doloroso el consumar una revolucion semejante; y que á veces hasta me acusaba de ingrato, cuando llevando la revolucion hasta sus últimas consecuencias, forzaba á emigrar de mi espíritu personas tan respetables como Platon, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Locke y Condillac. La anarquía era el necesario resultado de un paso semejante; pero yo me resignaba gustoso á ella, antes que llamar nuevamente al gobierno de mi entendimiento á estos señores que así me habian engañado. Además, que habiendo probado ya el placer de la libertad, no queria deslustrar el triunfo, pasando por las horcas caudinas.

Apremiado mi espíritu por la sed de la verdad, no podia quedar en un estado de completa inercia; y así es que emprendí buscarla con mayor empeño, no pudiendo creer que estuviera el hombre condenado á ignorarla, mientras vive en este mundo. Sin duda creerá V. que un escepticismo universal fué el inmediato resultado de mi revolucion, y que concentrado dentro de mí mismo, dudé de la existencia del mundo que me rodeaba, dudé de la existencia de mi propio cuerpo, y que temeroso de que no se me escapara toda existencia, y que á manera de encantamiento me hallase reducido á la nada, me apresuré á asirme del raciocinio de Descartes: *yo pienso, luego soy: ego cogito, ergo sum.* Pues nada de eso, mi estimado amigo; que si bien tenia alguna aficion á la filosofía no estaba sin embargo fanatizado por el filósofo; y sin reflexionar mucho me con-

vencí de que dudar de todo es carecer de lo mas precioso de la razon humana, que es el sentido comun. No me faltaba la noticia del axioma ó entimema de Descartes, y de otras semejantes proposiciones ó principios; pero siempre me pareció que tan cierto me estaba de que existia como de que pensaba, como de que tenia cuerpo, como del movimiento, como de las impresiones de los sentidos, como del mundo que me rodeaba; y por consiguiente, reservándome fingir por algunos momentos esa duda para cuando el ocio y el humor lo consintieran, me quedé con todas las convicciones y creencias que antes, salvo las llamadas filosóficas. Para estas fuí, y he sido y seré inexorable: la filosofía proclama sin cesar el exámen, la evidencia, la demostracion; enhorabuena: pero sepa al menos que cuando seamos hombres y no mas, nos arreglaremos en nuestras convicciones cual á nosotros nos cumpla, siguiendo las inspiraciones del buen sentido; pero en los ratos en que seamos filósofos, que para todo hombre son ratos muy breves, reclamaremos sin cesar el derecho de exámen, exigiremos evidencia, pediremos demostracion seca. Quien reina en nombre de un principio, menester es que se resigne á sufrir los desacatos que dimanar puedan de las consecuencias.

Claro es que en este naufragio universal de las convicciones filosóficas, no entraban las religiosas: estas las habia adquirido por otro camino, se presentaban á mi espíritu con otros títulos, y sobre todo se encaminaban de suyo á dirigir la conducta, á hacerme nó sabio sino bueno; de consiguiente contra ellas no se irritó mi susceptibilidad pirrónica. Todavía mas: tan léjos de que sintiera inclinacion á separarme de las creencias que se me habian inspirado en la infancia, me convencí mas y mas de la necesidad, y hasta del interés propio que tenia en no perderlas; pues que comencé á mirarlas como la única tabla de salvacion en este proceloso mar de las cavilaciones humanas. Acrecentóse el deseo de aferrarme en la fe católica, cuando ocupándome algunos ratos, con espíritu de com-

pleta independencia, en el exámen de las trascendentales cuestiones que la filosofía se propone resolver, me ví rodeado por todas partes de espesísimas tinieblas; sin que descubriese mas luz que algunas ráfagas siniestras, que sin alumbrar el camino, solo servian para hacerme visible la profundidad de los abismos á cuyo borde se hallaban mis plantas.

Por esto conservaba en el fondo de mi alma la fe católica como un tesoro de inestimable valor; por esto al encontrarme angustiado en vista de la nada de la ciencia del hombre, y cuando me parecia que la duda se iba apoderando de mi espíritu, haciendo desaparecer de mis ojos el universo entero, como desaparecen de la vista de los espectadores las mentirosas ilusiones con que por algunos momentos los ha entretenido un hábil prestigiador, daba una mirada á la fe, y su solo recuerdo era bastante á confortarme y alentarme.

Recorriendo las cuestiones, que cual insondables piélagos rodean los principios de la moral, examinando los incomprensibles problemas de la ideología y de la metafísica, echando una ojeada á los misterios de la historia y á los escrúpulos de la crítica, contemplando la humanidad entera en su actual existencia y en los sombríos arcanos de su porvenir, deslizábanse á veces por mi entendimiento pensamientos aciagos, cual monstruos desconocidos que asoman su cabeza, asustando al viajero en una playa solitaria; pero yo tenia fe en la Providencia, la Providencia me salvó. Hé aquí como discurria para fortificar mi espíritu, dejando á la gracia que no dejara estériles mis débiles esfuerzos: «Si dejas de ser católico, no serás por cierto ni protestante, ni judío, ni musulman, ni idólatra; estarás pues de golpe en el Deismo. Entonces te hallarás con un Dios, pero no sabiendo nada sobre tu orígen y tu destino, nada sobre los incomprensibles misterios que por experiencia ves y sientes en tí mismo y en la humanidad entera, nada sobre la existencia de premios y penas en otro mundo, sobre la otra vida, sobre la inmortalidad del al-

ma; nada sobre los motivos que haya podido tener la Providencia en condenar á sus criaturas á tantos sufrimientos sobre la tierra, sin darles ninguna noticia que consolarlas pudiera con la esperanza de otros destinos; nada entenderás de las grandes catástrofes que con tanta frecuencia ha padecido, padece y andará padeciendo el humano linaje; es decir que no hallarás la accion de la Providencia en ninguna parte, no hallarás por consiguiente á Dios; por tanto dudarás de su existencia, si es que no abraces decididamente el ateismo. Fuera Dios del universo, el mundo es hijo del acaso, y el acaso es una palabra sin sentido, y la naturaleza un enigma, y el alma humana una ilusion, y las relaciones morales nada, y la moral una mentira. Consecuencia lógica, necesaria, inflexible; término fatal que no puede el hombre contemplar sin estremecerse; negro é insondable abismo al cual no cabe abocarse sin espanto y horror.»

Así medía el camino que me era preciso seguir, una vez apartado de la fe católica, si continuar intentara en el exámen filosófico sacando consecuencias de los principios que yo propio hubiera sentado en el momento de la defeccion. A tanta insensatez no queria yo llegar, no queria suicidarme de tal suerte matando mi existencia intelectual y moral, apagando de un soplo la sola antorcha que alumbrarme podia en el breve trecho de la vida. Así me he quedado con mucha desconfianza en la ciencia del hombre, pero con profunda fe religiosa: llámelo V. pusilanimidad ó como mas le agradare; no creo sin embargo, que me pese de la resolucion cuando me halle al borde de la tumba.

Hay en las regiones de la ciencia como en los senderos de la práctica, ciertas reglas de buen juicio y prudencia de que no debe el hombre desviarse jamás. Todo lo que sea luchar con el grito de nuestro sentido íntimo, con la voz de la naturaleza misma, para entregarse á vanas cavilaciones, es ajeno de la cordura, es contrario á los principios de la sana razon. Por esta causa, debe condenarse

como insensato el sistema de un escepticismo universal hasta en las materias puramente filosóficas; sin que por esto sea menester abrazar ciegamente las opiniones de esta ó aquella escuela. Pero donde conviene particularmente la sobriedad en el uso de la razon es en materias religiosas: porque siendo estas de un órden muy elevado, y rozándose en muchos puntos con las torcidas inclinaciones del corazon, tan presto como la razon empieza á cavilar y sutilizar en demasía, se halla el hombre en un laberinto donde paga muy caro su presuncion y orgullo. Quédase el entendimiento en un cansancio, en un abatimiento, en una postracion indecibles, desde que se ha levantado contra el cielo; como nos cuentan las historias de aquel brazo que en el momento de extenderse á un objeto sagrado se sintió herido de parálisis.

¡Singularidad notable! el escepticismo religioso sirve únicamente en medio de la dicha terrena, solo se alberga tranquilamente en el hombre, cuando rebosando de salud y de vida, mira como eventualidad muy lejana el instante supremo en que le será preciso al espíritu el despegarse del cuerpo mortal y pasar á otra vida. Pero desde el momento en que la existencia está en peligro, cuando vienen las enfermedades, como heraldos de la muerte, á indicarnos que no está léjos el terrible trance, cuando un riesgo imprevisto nos advierte que estamos como colgantes de un hilo sobre el abismo de la eternidad, entonces el escepticismo deja de ser satisfactorio; la mentida seguridad que poco antes nos proporcionara, se trueca en incertidumbre cruel, angustiosa, llena de remordimientos, de sobresalto, de espanto. Entonces el escepticismo deja de ser cómodo, y pasa á ser horroroso; y en su mortal postracion busca el hombre la luz y no la encuentra, llama á la fe, y la fe no le responde; invoca á Dios, y Dios se hace sordo á sus tardías invocaciones.

Y para ser el escepticismo duro, cruel tormento del alma, no es necesario hallarse en esos trances formidables en que el hombre fija azorada su vista en las tinieblas de

un incierto porvenir; en el curso ordinario de la vida, en medio de los acontecimientos mas comunes, siente mil veces el hombre cual cae gota á gota sobre su corazon el veneno de la víbora que en su seno abriga. Momentos hay en que los placeres cansan, el mundo fastidia, la vida se hace pesada, la existencia se arrastra sobre un tiempo que camina con lentitud perezosa. Un tedio profundo se apodera del alma; un indecible malestar la aqueja y atormenta. No son los pesares abrumadores destrozando el corazon, no es la tristeza abatiendo el espíritu, y arrancándole dolorosos suspiros por medio de punzantes recuerdos: es una pasion que nada tiene de vivo, de agudo, es una languidez mortal, es un disgusto de cuanto nos circunda, es un penoso entorpecimiento de todas las facultades, como aquel desasosegado estupor que en ciertas dolencias anuncia crísis peligrosas. ¿A qué estoy yo en el mundo, se dice el hombre á sí mismo? ¿Qué ventajas me trae el haber salido de la nada? ¿Qué pierdo apartándome de la vista de una tierra, para mí agostada, de un sol que para mí no brilla? El dia de hoy es insípido como el dia de ayer, y el dia de mañana lo será como el de hoy; mi alma está sedienta de gozar y no goza; ávida de dicha y no la alcanza; consumiéndose como una antorcha que por falta de pábulo desfallece. ¿No ha sentido V. repetidas veces, mi estimado amigo, este tormento de los afortunados del mundo, ese gusano roedor de los espíritus que se pretenden superiores? ¿no asoma jamás en su pecho ese movimiento de desesperacion que se ofrece al hombre como el único remedio á un mal tan insoportable? Pues sepa V. que uno de sus mas funestos manantiales es el escepticismo, ese vacío del alma que la desasosiega y atormenta, esa ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza, esa incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, orígen y destino del hombre. Vacío tanto mas sensible, cuanto recae en almas ejercitadas en el discurso por el estudio de las ciencias, excitadas en todas sus facultades mentales por una literatura loca que sólo se propone producir efecto, aunque sean los

sacudimientos de la electricidad ó las convulsiones del galvanismo; almas que sienten avivadas y aguzadas todas las pasiones por un mundo sagaz que les habla en todos los idiomas y las conmueve de tan varias maneras, echando mano de infinidad de recursos.

Hé aquí, mi estimado amigo, lo que pienso del escepticismo, lo que opino de sus efectos sobre el espíritu humano. Le considero como una de las plagas características de la época, y uno de los mas terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

¿Cómo se puede remediar un mal tamaño? no lo sé; pero sí que me atreveré á decir que se pueden atajar algun tanto sus progresos; y me inclino á esperar que así se hará, siquiera por el interés de la sociedad, por el buen órden y bienestar de la familia, por el reposo y sosiego del individuo. El escepticismo no ha caido de repente sobre los pueblos civilizados; es una gangrena que ha cundido con lentitud; lentamente se ha de remediar tambien; y seria uno de los mas estupendos prodigios de la diestra del Omnipotente si para su curacion no fuera menester el trascurso de muchas generaciones.

Así entenderá V., mi estimado amigo, que no me hago ilusiones sobre la verdadera situacion de las cosas; y que flotando yo en medio de las olas sobre la tabla que me conducirá á salvamento, no pierdo de vista el destrozo que en mis alrededores existe, no olvido la funesta catástrofe que han sufrido los espíritus por un fatal concurso de circunstancias durante los tres últimos siglos.

¿Cómo permite Dios, me dice V., que ande fluctuando la humanidad en medio de tantos errores, y que de tal suerte se extravie sobre los puntos que mas interesan? Esta dificultad no se limita á la permision divina con respecto á las sectas separadas, sino que se extiende á las demás religiones; y como estas han sido muchas y extravagantes desde que el humano linaje se apartó de la pureza de las tradiciones primitivas, la objecion abarca la historia entera, y el pedir su solucion es nada menos que demandar la

clave para explicar los arcanos que en tanta abundancia se ofrecen en la historia de los hijos de Adan.

No es este asunto que se preste á ser aclarado en pocas palabras, si aclaracion llamarse puede lo que sobre tan profundo misterio alcanza el débil hombre; como quiera, procuraré hacerlo en otra carta, dado que la presente va tomando mas ensanche del que fuera menester.

Manifestada tiene V. mi opinion sobre el escepticismo religioso, y declarado tambien cuál se aviene la fe católica con una prudente desconfianza de los sistemas de los filósofos. Muchos quizás no se avengan con esta manera de mirar las cosas; sin embargo la experiencia demuestra que el espíritu se halla muy bien en este estado; y que cierto grado de escepticismo científico, hace mas fácil y llevadera la fe religiosa. Si en ella no me mantuviese la autoridad de una Iglesia que lleva mas de 18 siglos de duracion, que tiene en confirmacion de su divinidad su misma conservacion al través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de la doctrina, la elevacion de sus dogmas, la pureza de su moral, su admirable armonía con todo cuanto existe de bello, de grande, de sublime, los inefables beneficios que ha dispensado á la familia y á la sociedad, el cambio fundamental que en pro de la humanidad ha realizado en todos los países donde se ha establecido, y la degradacion, el envilecimiento que sin excepcion veo reinando allí donde ella no domina; si no tuviera, digo, todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto á la fe, haria un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razon, por no perder la tranquilidad de espíritu.

Dé V. una ojeada en torno, mi estimado amigo: no verá mas por do quiera que horribles escollos, regiones desiertas, playas inhospitalarias. Este es el único asilo para la triste humanidad; arrójese quien quiera al furor de las olas, yo no dejaré esta tierra bendita donde me colocó la Providencia. Si algun dia fatigado y rendido de luchar con

las tempestades se aproxima V. á las venturosas orillas, se tendrá por feliz si en algo puede favorecerle tendiéndole una mano auxiliadora este S. S. S. Q. B. S. M. —*J. B.*

LA RELIGION EN BARCELONA.

Allá en tiempo de nuestros antepasados, cuando la fe reinaba en los entendimientos, y la esperanza en los corazones, cuando la sociedad entera se regia por la enseñanza de la Iglesia católica, cuando el poder y el pueblo, el rico y el pobre, y la ciencia y las artes demandaban á la Religion sus inspiraciones sublimes, sus ilustradores consejos, y sobre todo su proteccion poderosa, cuando los sucesos prósperos eran mirados como una gracia del cielo, y los adversos como un justo castigo, cuando se veia presente á Dios en todas partes, desde la cúpula del regio alcázar hasta lo mas recóndito del humilde hogar doméstico, apenas se encontraban un reino, una provincia, una ciudad en peligro de grave daño, ó sufrian alguna de tantas calamidades como sin cesar afligen á la desgraciada prole de Adan, todas las miradas se levantaban al cielo, todas las almas se encumbraban sobre la region material y terrena, para implorar clemencia y alcanzar socorro. Los templos se llenaban de fieles que suplicaban con oracion fervorosa; en los altares de los santos resplandecian en abundancia cirios y blandones, las imágenes se adornaban con preciosas dádivas, el sacerdote recibia cuantiosas ofrendas, celebrábase el augusto sacrificio con solemne pompa y majestad, los oradores sagrados predicaban con piadoso fuego la divina palabra, arrancando del numeroso auditorio el grito de compuncion y de humil-

dad, que lanzara en otro tiempo el Rey culpable en presencia del profeta Nathan: *pequé!*.....

La religion, la piedad, la fe, la esperanza, no cabiendo en la casa del Señor, inundaban las calles, las plazas, los paseos; la sonorosa campana convocaba á los fieles al templo, la misma les daba la señal de desparramarse fuera de él, para que en graves y dilatadas hileras recorriesen los lugares públicos, invocando la misericordia del Señor del Universo, en ese inmenso templo que anuncia de dia y de noche la gloria de su Criador, que tiene por antorcha la lumbrera mayor, el Sol, y por bóveda el firmamento. ¡Qué bello, qué sublime espectáculo, ofrecia entonces una ciudad populosa! Allí se veia el niño llevando en su tierna mano el cirio misterioso, y pronunciando con labio balbuciente la plegaria de perdon; plegaria de inestimable valor, que tomada de la boca de la inocencia por la mano de un ángel, era presentada ante el trono del Altísimo como el mas agradable incienso que remontarse pudiera de la mansion del mortal. Allí se veian las clases con sus distintivos, las corporaciones, los gremios con sus enseñas; las autoridades con sus insignias; allí alternaban el artesano con el letrado, el rico con el jornalero, el noble con el plebeyo; allí se veian las órdenes religiosas con sus variados hábitos, su paso grave, su cantar solemne; el jóven religioso, de los ojos modestos, de semblante humilde, de las mejillas sonrosadas con pudor virginal; el anciano venerable, de la frente calva, de la barba de nieve, del rostro surcado con largos años de austeridad y de penitencia, del cuerpo extenuado con dilatadas fatigas en misiones, en estudios, en peregrinaciones por lejanos países para ganar almas á Jesucristo; allí se veia el clero con sus majestuosos ornamentos, su blanquísimo y bordado lienzo, su seda recamada; allí por fin el augusto tabernáculo, á cuya presencia todas las frentes se inclinaban, se hincaban las rodillas, se herian los pechos con fervorosa compuncion.

¿Qué se ha hecho de aquella fe, que de tal suerte nos

conservaba en presencia de Dios, que así nos detenia con el temor del castigo, ó nos alentaba con la esperanza del perdon? ¿Dónde están las piadosas costumbres de nuestros mayores? ¿Quién clama misericordia en la adversidad? ¿quién rinde gracias al Altísimo en la próspera suerte? ¿Se ha hecho atea nuestra sociedad? ¿hemos desterrado á Dios de nuestros corazones? ¿le consideramos relegado á los templos, como aquellos ídolos que tienen ojos y no ven, que tienen oidos y no oyen? Estas son las reflexiones que ocurren al dar en torno de nosotros una mirada; estos son los pensamientos que afligen el ánimo, inundándole de un desconsuelo, de una amargura inexplicables. A primera vista, contemplando tan solo en la superficie la sociedad que nos rodea, solo ocupada de sus adelantos fabriles, de su movimiento mercantil, de su hambre de oro, de su sed de placeres, de su ostentoso lujo, de su disipacion, de su vanidad científica y literaria, de su delirio político, de su refinado egoismo, parece que la Religion ha desaparecido de la faz de la tierra, parece que empieza á cumplirse la terrible profecía sobre el enfriamiento de la caridad y la falta de fe, y que se acercan aquellos dias que por demasiado formidables serán abreviados. Pero recobrado el espíritu de su primera sorpresa, calando mas hondo en el corazon de la sociedad, siguiendo cuidadosamente los pasos de los que evangelizan la paz, observando la conducta de los que no doblaron la rodilla ante Baal, se reanima la confianza, se disipan los excesivos temores, se calma el desazon y el desconsuelo, porque se encuentra que todavía hay Dios sobre la tierra

Pensamiento dulce, consolador, que mitiga en el ánimo fiel y piadoso el dolor causado por la vista de los estragos de la impiedad; pero que desgraciadamente es necesario buscar en las sombras del santuario, ó en lo mas retirado del hogar doméstico, donde se oculta la virtud orando al Padre Celestial, en el *aposento á puerta cerrada*, segun la enseñanza del Divino Maestro. Solo de vez en cuando se

complace el Señor en hacer mas visible el crecido número de escogidos que se mantienen libres del contagio de la incredulidad y de las abominaciones del mundo; y entonces léjos de continuar el espíritu en la postracion y el abatimiento, se siente reanimado con la agradable sorpresa que experimenta al ver que todavía puede decir: mayor es el número de los que están de nuestra parte que de la contraria; entonces adora humildemente la omnipotencia del Señor que tan admirablemente preserva del naufragio la combatida navecilla, y le rinde humilde accion de gracias, porque su misericordia nos ha librado de ser consumidos.

Barcelona, donde en tiempos de infausta memoria se presenciaron excesos que la pluma se resiste á trazar, donde el incendio de los templos y el degüello de los ministros del santuario se verificaron en presencia de las autoridades y del pueblo, donde en la apariencia debia la Religion haber llegado á ser para el mayor número, cosa de poco valer cuando no odiada; Barcelona, repetimos, se ha vindicado últimamente de tan negro cargo, manifestando á la faz de España y del mundo entero, que muchos de sus moradores no habian desterrado á Dios de su corazon, que conservan fe en la Providencia; manifestando que las augustas creencias de los antepasados se mantenian aun en el fondo de esa populosa ciudad, en cuya superficie no se descubriera tal vez mas que incredulidad ó indiferencia; revelándose de esta suerte la misteriosa llama que se habia creido extinguida, porque sus resplandores no alumbraban con tan hermoso brillo como en otros tiempos.

El infortunio, el infortunio que levanta el espíritu del hombre á meditaciones sublimes, que eleva el corazon á Dios como se alzan involuntariamente los ojos y las manos, el infortunio que recuerda á los individuos como á los pueblos, la vanidad de toda esperanza que no se funda en Dios, el infortunio que demuestra lo que debemos prometernos del afecto y de la gratitud de los hombres, el infor-

tunio ha sido quien ha venido á dispertar el sentimiento religioso, á recordar la fe de nuestros padres, y á patentizar la necesidad de la Religion en todas las situaciones de la vida, y particularmente entre los rigores de adversa suerte.

Dudaríamos todavía de la realidad de lo que hemos presenciado, recelaríamos que nuestro buen deseo no abultase algun tanto los objetos, temeríamos que la viveza de la impresion no nos la hiciera parecer como mas repetida de lo que haya sido en la realidad, si no tuviéramos á la vista un documento que no consiente réplica: la relacion de las funciones religiosas que se han celebrado en esta ciudad, en accion de gracias por haberse dignado el Señor libertar á muchos de sus habitantes de los males que en las pasadas catástrofes amenazaban á sus bienes y personas. Si estas funciones se hubiesen celebrado en otras épocas, si viéramos aquí las insinuaciones y excitaciones de los poderosos, si se descubriera el mas remoto indicio de espíritu de partido, no diéramos á estos datos tanta importancia; pero cuando vemos que son la espontánea expresion de la fe, cuando vemos en ellos la cándida efusion de un religioso agradecimiento á las bondades del Señor, cuando vemos que ni siquiera es posible señalar como circunstancia que disminuya su valor el apremiador agobio de los momentos de peligro, sino que se han celebrado pasado este, en la mayor seguridad, en la expansion de los ánimos que acababan de salir de un terrible conflicto, y hasta largo tiempo despues, cuando han podido ya debilitarse las impresiones que produjeran las catástrofes, las miramos como una especie de barómetro que nos hace sensible la disposicion de los espíritus.

Consideramos este hecho como de mucha importancia para apreciar debidamente cuánto es todavía el poder de la Religion, hasta en aquellos puntos donde circunstancias calamitosas debian al parecer haberla debilitado de tal manera, que quedase reducida á la nada; por cuyo motivo, creemos hacer un bien á la santa causa de la verdad,

y complacer al propio tiempo á nuestros lectores, ofreciéndoles la siguiente relacion, que dice mas por sí sola que todos los discursos y encarecimientos.

SOLEMNES Y PIADOSOS CULTOS

celebrados en accion de gracias á Su Divina Majestad, Nuestra Señora la Vírgen María y á varios Santos, en las diferentes iglesias de la presente ciudad, por haberse librado los fieles de las próximas pasadas calamidades (1).

PARROQUIAS.

SANTA MARÍA DEL MAR.

Misas solemnes con *Te-Deum* ó *salve* al fin en los mas de ellos.	42
Id. con exposicion del SS. Sacramento y con toda iluminacion.	2
Novenarios con música.	2
Rosario con id. y sermon..	1
Exposicion del SS. Sacramento por espacio de trece horas.	1
Cirios, los mas de media libra, y los otros de una y de dos.	1230
Octavario al SS. Sacramento con exposicion y sermon todos los dias. Esta funcion continúa hoy dia 5 de marzo y durará por tiempo indefinido. . . .	1
Triduos á id. con id. é id. todos por tres dias. . . .	1

(1) Esta relacion solo llega hasta el dia 5 de marzo. Debémosla á la piadosa diligencia del Rdo. D. Jaime Ros, Pbro., religioso que fué del convento de Padres Dominicos de la presente ciudad, quien se ha tomado la pena de recoger estas noticias y arreglarlas de la manera conveniente. Aprovechamos esta ocasion para manifestarle nuestro agradecimiento por su cristiana laboriosidad.

En muchas de las capillas de dicha iglesia, alumbran de contínuo cirios en abundancia, principalmente al Beato Oriol, Ntra. Sra. de los Dolores, S. Antonio, Vírgen del Rosario, Concepcion y Santa Filomena. Y se están aun preparando algunas novenas para igual objeto.

SANTA MARÍA DEL PINO.

En el dia 8 de enero, misa solemne con exposicion del SS. Sacramento. Por la tarde ejercicios espirituales, procesion, *Te-Deum*, bendicion y reserva de S. D. M. 1
Cirios que quemaron durante dicha funcion. . . . 264
Misas solemnes al Beato José Oriol con 30 cirios.. . 3
A Santa Filomena con sermon por la mañana, rosario y sermon por la tarde, quemando 60 cirios. . 1
A Ntra. Sra. de los Desamparados con 40 cirios en cada uno. 8

SANTOS JUSTO Y PASTOR.

Desde la primera dominica de Adviento á la antevigilia de Navidad, rogativas con exposicion del SS. Sacramento por la tarde, quemando cirios.. . 16
Dia 1.° de enero. Trece horas con exposicion del Santísimo Sacramento, misa solemne con sermon. Por la tarde ejercicios espirituales, sermon y *Te-Deum*, alumbrando cirios. 124
En seguida el octavario con exposicion de S. D. M., quemando cirios. 40
Dias de accion de gracias con sermon por la tarde, iluminando en dos de ellos 22 cirios. 11
Luego despues un septenario á Ntra. Sra. de los Dolores con el *Stabat* cantado, sermon y corona cantada tambien en uno de los siete dias, quemando cirios.. 10

Concluido el septenario, se hará una novena á S. Antonio y otra á S. Vicente Ferrer con cirios. . . . 20

SAN PEDRO DE LAS PUELLAS.

Misas solemnes en varios altares con regular iluminacion. 13
Dia 8 de enero. Trece horas con exposicion del Santísimo Sacramento, misa solemne con música y *Te-Deum*. Por la tarde, trisagio con música, quemando durante dicha funcion, cirios. 40
Dia 22 de enero. Trece horas con exposicion del Santísimo, misa solemne y *Te-Deum* por la mañana, y sermon por la tarde, quemando cirios. 70
Dia 19 de febrero. Trece horas con exposicion del Santísimo, misa solemne y sermon por la tarde, quemando cirios. 70

SAN MIGUEL EN LA IGLESIA DE LA MERCED.

Oficios matutinales. 31
Misas solemnes, una de ellas con exposicion y dos con sermon.. 22
Quemaron en dichos oficios matutinales, cirios. . . 40
En los solemnes. 105
De contínuo á la Vírgen de la Merced. 20
Dia 15 de enero. Trece horas con exposicion del Santísimo Sacramento, misa solemne con música y sermon por la mañana; trisagio, oracion y sermon por la tarde, quemando de contínuo durante el dia, cirios. 70
Y en la misa y funcion de la tarde. 304
Reservado el SS. Sacramento, los monacillos entonaron la salve.
Otra misa solemne con sermon y cirios.. 80
Funciones por la tarde con exposicion de S. D. M.,

sermon en cada dia, entre novena y triduos seguidos, dias.. 20
Quemando en todos ellos, cirios. 70

SAN JAIME.

Dia 7 de diciembre. Misa solemne á S. Rafael con cirios. 18
Dia 8. Misa solemne á la Vírgen del Pilar con *salve* al fin; cirios.. 20
Dia 10, otra id. á la Vírgen del Remedio con *salve*, y cirios.. 12
Dia 11, otra id. á la Vírgen del Pilar con *salve*, y cirios. 30
Dia 12, otra id. á S. Antonio, con cirios. 14
Dia 14, otra id. á la Vírgen del Remedio con *salve*, y cirios.. 14
Dia 15, otra id. á la Vírgen de los Dolores con *salve*, y cirios. 30
Dia 16, otra id. á la Vírgen del Pilar con *salve* y *Te-Deum*, quemando todo el dia cirios.. 50
Dia 19, otra id. á la misma con *salve*, y cirios. . . 12
Dia 20, otra id. á la Vírgen del Remedio con *salve*, y cirios.. 12
Dia 21, otra id. á la Vírgen del Pilar con *salve* y *Te-Deum*; cirios. 20
Dia 21, otra id. á la Vírgen del Remedio con *salve*, y cirios.. 30
Dia 26, otra id. á id. con *salve* y *Te-Deum*, quemando todo el dia cirios.. 60
Dia 27, otra id. á la Divina Pastora con *salve*, y cirios. 20
Dia 29, otra id. á Jesus Nazareno; cirios. 16
Dia 31. Novenario á la SS. Trinidad con exposicion, misa solemne y sermon por la mañana, y por la tarde ejercicios espirituales, y trisagio cantado, concluyendo con las letanías de los Santos.

Dia 8 de enero. *Te-Deum* con sermon un dia por otro.
En el mismo dia hubo exposicion de S. D. M. por trece horas, velando en todas ellas cuatro sacerdotes que iban entonando los himnos del Santísimo, y además misa solemne con sermon por la mañana, y *Te-Deum* por la tarde, con cirios. 250

Rasgo de devocion.

Es de advertir que algunas buenas almas estuvieron perennes todas las trece horas sin comer ni beber.
Dia 9. Misa solemne á la Divina Pastora con *salve*, y cirios. 20
Dia 10. Otra id. á la Vírgen del Pilar con *salve*, y cirios. 45
Dia 12. Otra id. á San Antonio con cirios. 14
Dia 24 y 25. Misa solemne cada dia con cirios. . . . 20
Se han cantado además muchas otras misas solemnes hasta el 5 de marzo.

SAN CUCUFATE.

Misas solemnes á varios santos de dicha iglesia. . . 6
Con cirios. 20
Dia 5 de marzo. Trece horas con exposicion, misa solemne, y sermon mañana y tarde con cirios. . 56

SANTA ANA.

Misa solemne con exposicion, y cirios. 30

SAN PABLO.

Misa solemne con exposicion, y otra sin exposicion á Ntra. Sra. del Cármen, con cirios. 20

SAN AGUSTIN.

Misa solemne con exposicion, sermon mañana y tarde, y procesion, con cirios. 200

Un octavario al SS. Sacramento con exposicion, misa solemne, y sermon todas las tardes, con cirios. 60

BELEN.

Dia 15, misa solemne con música, sermon mañana y tarde, con cirios. 350
Misas solemnes á varios santos. 3

SAN FRANCISCO DE PAULA.

Dia 11 de diciembre. Misa solemne á S. Francisco de Paula, con cirios. 24
Dia 19, otra id. á S. Antonio, con cirios. 10
Dia 21, otra id. á S. Francisco de Paula, con cirios. . 24
Dia 26, otra id. con exposicion y *Te-Deum*, y cirios. 68
Dia 27, otra id. con id., y cirios. 68
Dia 28, otra id. con exposicion hasta las 6 de la tarde, tres dias seguidos, con cirios. 68
Dia 30, otra id. id., con cirios. 28
Dia 31, otra id. con exposicion, y cirios.. 28
Dia 1 y 2 de enero. Misa solemne con cirios. . . . 68
Dia 6. Trece horas con exposicion, misa solemne y completas, con cirios. 340
Y en el resto del dia, cirios.. 32
Además 3 misas solemnes con exposicion, y cirios. . 20
Oficios matutinales con regular iluminacion. . . . 3
Dia 22. Misa solemne con cirios. 70
Dia 23. Misa solemne con cirios. 70

SAN JOSÉ.

Cuatro misas solemnes á Ntra. Sra. del Cármen, con cirios. 16
Otra con cirios. 30
Dia 19 de febrero. Trece horas con exposicion, misa solemne y sermon con cirios. 80

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

Dia 25 de diciembre. Dos misas solemnes y ejercicios por la tarde con exposicion, y cirios. . . . 60
Dia 26. Misa solemne y ejercicios por la tarde con exposicion, y cirios. 60
Dia 1 y 2 de enero. Otra id. con id., y cirios. . . . 60

IGLESIA DE SAN ANTONIO.

Dia 18 de diciembre. Misa solemne con cirios. . . 40

. . . .

CASA DE CARIDAD.

A expensas de las *hermanas*. Misa solemne con música, y sermon por la tarde, y cirios. 100
A expensas de los *hermanos*, otra id., id., id. y cirios. 200

HOSPITAL.

Misa solemne á Santa Elena á expensas de los hermanos; cirios. 50
Otra id. á Ntra. Sra. de la Merced á expensas de las hermanas, con cirios. 50
Otra id. con exposicion y sermon por la tarde; cirios. 60

CASA DE LA MISERICORDIA.

Otra id. con música y exposicion, y por la tarde rosario con música; cirios. 180
Otra id. por tres dias consecutivos, con sermon, trisagio y gozos cantados por las niñas de dicha casa; á cuyas expensas y de las de las religiosas sus directoras se hizo la funcion, con cirios. 180

. . . .

HOSPITAL DE PEREGRINOS EN SANTA MARTA.

Otra id. á la Vírgen del Rosario, con cirios.. 26
Dia 19 de febrero. Trece horas con exposicion, mi-

sa solemne, y ejercicios espirituales, sermon y *Te-Deum* por la tarde, con cirios. 39

BEATERIO DE DOMINICAS.

Dia 8 de diciembre. Misa solemne con exposicion, *Te-Deum* y *salve* por la mañana; y ejercicios espirituales con exposicion y trisagio cantado por la tarde, con cirios. 27
Dia 18. Otra id. con menos el *Te-Deum;* cirios. . . 25
Dia 26. Otra id. id. con cirios. 26
Dia 27. Otra id. id. con cirios. 31
Dia 1 de enero. Otra id. con exposicion, y trisagio cantado por la tarde, con cirios.. 25
Dia 6. Otra id. id. con cirios. 25
Dia 8. Otra id. id. con cirios. 25
Dia 15. Trece horas con exposicion, misa solemne, rosario y trisagio cantado, sermon y letanías, con cirios.. 31
Dia 22. Misa solemne á la Vírgen del Rosario, con cirios.. 22
Dia 29 de enero. Misa solemne con cirios. 18

NUESTRA SEÑORA DE LA AYUDA.

Novenario á María Santísima con exposicion de Su D. M., y cirios.. 20
Misas solemnes á Sto. Tomás con sermon y *Te-Deum*, y á Ntra. Sra. de la Merced; cirios.. 32
Cuatro misas solemnes á S. Antonio, con cirios. . . 20
Otra id. á Santa Filomena, con cirios.. 20
Otra id. á S. Rafael, con cirios. 24
Otra id. á Ntra. Sra. de la Guia, con cirios.. . . . 26
Dia 22. Trece horas con exposicion y misa solemne, y por la tarde rosario cantado, trisagio, completas y letanías, con cirios. 37
Habiendo algunas personas estado todas las trece horas velando y sin tomar alimento.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES.

Quince misas solemnes, algunas con *Te-Deum*, con cirios. 40
Dia 29 de enero. Solemne y devoto septenario á la Virgen, con mucha iluminacion, mayormente el último dia en que hubo exposicion de S. D. M., y sermon cada dia, con cirios. 160

SAN JUAN DE JERUSALEN.

Despues de una larga série de dias de rogativas al SS. Sacramento con exposicion de S. D. M. y misa solemne cada dia por la mañana y completas por la tarde con 20 cirios; ha seguido la misma funcion por espacio de otros siete dias.
Dia 3 de febrero. Trece horas con exposicion, misa solemne, ejercicios espirituales, *Te-Deum* y completas al órgano, con cirios. 46

Nota.

El dia 8 de enero quemaban en el Santuario de Nuestra Sra. de la Bona Nova, pueblo de San Gervasio, cirios. 213
Y el dia 22. 290

CATEDRAL.

En el trecenario acostumbrado de Santa Eulalia trece señoras pagaron el aceite necesario para alumbrar durante el mismo 13 lámparas, además de las 5 que hay al rededor del sepulcro de dicha Santa, aumentando considerablemente la cera que los devotos en accion de gracias iban ofreciendo todos los dias.
Dia 24 de febrero. Misa solemne á Santa Eulalia, rosario con música, y cirios. 196
Dia 26. Otra id., con cirios. 70

Creemos que la simple lectura del estado que antecede, basta para convencer con cuánta verdad hemos afirmado, que la Religion conserva todavía profundas raices en esta populosa capital, y que estaban muy léjos de haber alcanzado á extirparla los esfuerzos de la impiedad y los desastres de la revolucion. Hemos querido ser hasta minuciosos en la *relacion*, porque deseamos que no se nos pueda tachar de exagerados; y el mejor modo de disipar semejante cargo, es presentar á la vista los datos que prueban victoriosamente la verdad y exactitud de las aserciones, y no dejan efugio ni consienten réplica.

Los antiguos cronistas, al escribir la narracion de algun suceso notable, solian esmerarse en detallar particularidades, que para los hombres de su tiempo debian de pasar desapercibidas, y que sin embargo la historia ha cuidado de aprovechar, echando menos con dolor, que circunstancias al parecer pequeñas no fuesen explicadas todavía con mayor detenimiento. De aquí á algunos siglos, las generaciones venideras leerán con asombro y espanto los trastornos, las catástrofes, los crímenes de que ha sido teatro esta capital. Se hallará escrito el incendio de los templos, el degüello de los religiosos, las profanaciones de la casa del Señor, se encontrarán algunos libros impíos donde se ataca lo mas santo y augusto que hay en la tierra y en el cielo; entonces se levantará contra la generacion presente un grito de reprobacion, se dirá que la incredulidad y la indiferencia debian de reinar sin rivales, cuando tan horrendos atentados se perpetraban. Quizás se hallará entre nuestros acusadores, alguna persona amiga de revolver curiosidades antiguas, que habrá tropezado en algun polvoriento estante con un fragmento del presente número y satisfecha con el descubrimiento inclinará los ánimos á ideas menos tristes, y atenuará los cargos que se nos hagan, diciendo: «Me parece que se exagera un tanto la perversidad de ideas y costumbres de aquella época: yo tengo entre mis papeles un trozo de un escrito que se publicó en Barcelona en 1843 por el cual se ve, que ha-

biendo sido víctima esta ciudad de alguna terrible catástrofe, que yo calculo que seria el bombardeo que sufrió en el reinado de Isabel II durante la Regencia que en su menor edad ejerció un general llamado Espartero, que tenia además el título de Duque de la Victoria, se celebraron muchísimas funciones religiosas en las diferentes iglesías; de lo que infiero que no debia de estar tan perdida la fe como se quiere ponderar.» Y los curiosos leerán con gusto la parte que se haya conservado de la relacion, y sentirán un pesar al ver que la injuria de los tiempos haya destruido una parte de ella, y que no les sea dable el enterarse de todos los pormenores con la misma minuciosidad con que aquí se hallan consignados.—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente á 15 de abril de 1843.)

SITUACION DEL CLERO ESPAÑOL

Y URGENTE NECESIDAD DE UN CONCORDATO.

Artículo 1.°

Vamos á ventilar una cuestion tan grave como espinosa, y que no es posible resolver á gusto de todos los partidos, ni en armonía con encontrados intereses; tal es sin embargo la importancia de la materia, que nos obliga á prescindir de todo linaje de consideraciones, abordando la dificultad sin rodeos, de frente, y exponiendo nuestro parecer con claridad y lisura.

Además, que la ocasion se brinda á esta clase de escritos, supuesto que la prensa periódica comienza á manifestarse inclinada á encararse con las graves cuestiones que envuelven un interés nacional; y que por consiguiente dominan por su trascendencia y magnitud aquellas otras, que no se elevan sobre la estrecha esfera donde se agitan los bandos. Sin que pretendamos juzgar la reciente coalicion de la prensa de Madrid, ni la famosa declaracion que fué su resultado, observaremos que sea cual fuere la opinion que se forme sobre este negocio, ora se

vitupere la conducta de los asociados, ora se la encomie, no puede negarse que tamaño suceso es de mucha gravedad, y que en su fondo se trasluce un vivo sentimiento de la alta importancia de ciertos problemas, que en plazo no muy distante deben resolverse en nuestro país. Así, cuando los escritores de opiniones tan diferentes se aunan para manifestar su sentir sobre puntos muy vitales en el terreno de la política, no será inoportuno arrojar en el campo de la discusion el negocio del concordato, supuesto que difícilmente cabe encontrar otro que afecte mas profundamente los intereses del país, en lo interior y en lo exterior. Las cosas han llegado á tal extremo, que se ha hecho necesaria la union de todos los hombres de bien para sacarlas del mal estado en que se hallan; deponiendo en obsequio del bien público, todo espíritu de parcialidad, y hasta los sentimientos de antipatía, que por una ú otra causa se abriguen, con respecto á un amistoso arreglo de los asuntos religiosos.

Cual sea la situacion del culto y clero en España, nadie lo desconoce: todos los partidos lo confiesan; y acordes en el hecho, solo discuerdan en el señalamiento de sus causas. No se trata aquí de examinar cuáles sean estas, ni á cuál de los partidos contendientes le quepa mayor ó menor parte de culpa; esto nos empeñaria en otras discusiones ajenas de nuestro objeto, forzándonos además á inculpaciones y cargos, que por justos, no dejan de ser desagradables. En la actualidad, no tanto conviene investigar las causas del mal, como andar en busca de su remedio: dado que no estarian en su lugar las discusiones analíticas sobre la conducta de los partidos, cuando el mal se ha hecho tan grave, que no consiente perder un tiempo precioso que tanto se ha menester para excogitar medios de atajar pronto su progreso. No son estos vanos temores, no son declamaciones infundadas, nó exageraciones de un celo asustadizo; son hechos reales, públicos, notorios, lamentados por los hombres de todas opiniones, que se interesan en el porvenir de su patria.

Los obispos van faltando en casi todas las diócesis; unos comen el pan de la emigracion en tierra extranjera, otros sucumben bajo el peso de sus años y achaques; y si los negocios van siguiendo el mismo camino que ahora, no está léjos el plazo en que habrán desaparecido todos. No es necesario entrar en pormenores para confirmar lo que se acaba de decir: basta recordar los muchos años que lleva ya la interrupcion de las relaciones con la Santa Sede, y la edad que suelen tener los nombrados cuando se los eleva á tan alto puesto, y calcúlese con estos datos, cuál debe ser la situacion del cuerpo episcopal en España.

En las diócesis, donde por una ú otra causa se han suscitado dudas sobre la legitimidad de los gobernadores eclesiásticos, se ha introducido la turbacion de las conciencias, de una manera lastimosa; y con mas ó menos estrépito ha comenzado el cisma. Y como quiera que las sérias polémicas que sobre esta gravísima materia se han trabado en la prensa, no han permitido que nadie quedase ignorante de la cuestion que se agitaba, y de las consecuencias que envolvia, se ha creado una situacion en extremo penosa, cuya terminacion urge sobre manera, cuando no fuese por otra causa, que por evitar á un gran número de personas la inquietud y las angustias de espíritu. En aquellos países donde falta la libertad de discusion, donde nadie se atreve á censurar por escrito las providencias del gobierno, puede este arrojarse con menos miramiento, á medidas que no estén en armonía con las ideas dominantes en el país, y empeñarse con menos inconvenientes, en prolongar la situacion violenta que de ahí resultare: porque ahogada la discusion pública, y no dejando al pensamiento otra expresion que la de palabra, puede siempre contar con el engaño y el adormecimiento de un considerable número de conciencias; pero ¿cómo lograr esto, allí donde la prensa recuerda la misma idea, á todas horas, bajo todas las formas, en todos los tonos y estilos; ora asiéndose de una providencia del gobierno supremo, ora de alguna medida de una autoridad

subalterna, ora de la instruccion de un proceso, ora del fallo de una causa; y todo esto vivamente pintado con los colores que encontrar sabe el verdadero celo religioso, y cuya fiel imitacion no se oculta á la destreza de los partidos políticos, interesados en aprovechar las armas de oposicion que les vienen á la mano?

En aquellos obispados, donde por afortunadas circunstancias no se ha podido suscitar ninguna duda sobre la legitimidad de la jurisdiccion, no se verifica un mal tamaño; pero viudas las iglesias de su pastor, ó desterrado ó difunto, están muy léjos de hallarse en situacion á propósito para que la religion pueda progresar, ni aun conservarse cual conviene, atendidas las dificultades que tiene que superar, y los enemigos con quienes se ve forzada á combatir. La autoridad eclesiástica como todas las otras, nunca puede ser ni tan respetada ni tan eficaz, en manos del que la ejerce interinamente, como del que la posee en propiedad; y además, el carácter episcopal imprime á los actos del gobierno de las iglesias, un sello tan superior, que no bastan á suplir esta falta, todo el celo y la ciencia de los gobernadores eclesiásticos. Honor y prez á los hombres que penetrados de la altura de su mision, y de lo crítico de las circunstancias, han sabido conducirse con la debida prudencia, sin cejar un paso de la línea del deber, consolando de esta suerte con su atinado gobierno, una iglesia viuda, y en peligro de verse desolada; pero á su testimonio apelamos para que nos digan, si no han sentido mil y mil veces pesada en demasía la carga que sobre sus hombros sustentaban, y si no han ansiado otras tantas, la venida de un legítimo pastor, de aquellos á quienes *puso el Espíritu Santo por obispos para regir la Iglesia de Dios.*

Resulta de ahí que la instruccion eclesiástica está descuidada, que la disciplina se relaja, que muchos males quedan sin remediar, que las pérdidas no se reparan, que solo se atiende á salir de los apuros de momento, y que aquel admirable sistema contenido en los sagrados cánones para el gobierno de las iglesias, se deja en su mayor

parte sin aplicacion, marchando las providencias sin el debido plan y concierto, sin la precisa unidad, á merced de las circunstancias; y si á esto se añade la prohibicion de conferir órdenes que lleva ya mas de ocho años de duracion, espanto causa el considerar cuál podrá ser el estado de la Iglesia española en un tiempo no muy lejano.

En vista de cuadro semejante, y que nadie por cierto podrá tildar de exageracion, pregúntase uno naturalmente, ¿cómo es posible salir de situacion tan penosa, y al propio tiempo tan funesta? Porque, bien se echa de ver que no se trata aquí de la subsistencia del clero, ni del mayor ó menor esplendor del culto; sino de la existencia de la religion misma, supuesto que no habrá religion sin Iglesia; y la Iglesia española se endereza rápidamente, nó á la ruina, sino al anonadamiento. Sean cuales fueren los males que sobre una Iglesia graviten, son empero mucho menos temibles, si esta no carece de medios para ir reparando sus pérdidas; mas, cuando estos faltan, cuando la muerte va acabando con los obispos y demás ministros inferiores, sin que se llene de ninguna manera el vacío, fácil es prever que ha de venir un dia en que desaparezca todo.

Ya que acabamos de tocar este punto de la prohibicion de ordenar, no será fuera del caso decir dos palabras sobre un negocio que repetidas veces ha dado lugar á medidas ruidosas. El gobierno se ha quejado de que sus disposiciones para impedir la ordenacion de españoles en Roma, no son obedecidas; y ha mandado en consecuencia que se tratase con rigor á los contraventores. Si nos hubiésemos hallado en posicion á propósito para aconsejar al gobierno, le hubiéramos recordado una regla que nunca debe perder de vista la autoridad, á saber, que en viendo el que manda muy tenazmente desobedecido alguno de sus mandatos, su deber le prescribe examinar si en las disposiciones desobedecidas se encerraria algo, que estuviese en contradiccion con necesidades muy apremiadoras, públicas ó privadas. Este exámen suele conducir al descu-

brimiento de las causas que motivan la desobediencia, é inclina al legislador á echar mano de modificaciones, que devolviendo á las cosas su curso ordinario, eviten á las personas situaciones violentas. Y dígannos de buena fe los hombres imparciales y juiciosos, si no es una tentacion bien difícil de resistir, la de marcharse á recibir órdenes en otra parte, hallándose un jóven con la carrera terminada, en edad competente, y teniendo en su presencia vacíos los puestos que el nuevo ordenado pudiera ocupar. Los hombres de gobierno deben mirar las cosas, no al través de la calurosa niebla de las pasiones, sino con razon fria, con espíritu sosegado, con imparcialidad completa, colocándose en cuanto cabe en el lugar de aquellos que deben obedecer, y pesando en fiel balanza los motivos que los impulsan á cumplir la ley, ó los incitan á eludirla. Dicta la prudencia que se abstenga la autoridad de ponerse en abierta lucha con inclinaciones muy fuertes, que no le es dado destruir ni sofocar; mayormente, cuando aquel que manda puede conducirse con esta mesura, sin ofensa de la justicia, ni menoscabo de los intereses públicos. Pero volvamos á nuestro intento.

Se hace tanto mas difícil el salir de la situacion que estamos lamentando cuanto existe una íntima relacion entre la cuestion religiosa y la política; y antes que se resuelva esta, es poco menos que imposible el terminar completamente aquella. No puede negarse la existencia de esta íntima relacion, y está muy léjos de nuestro propósito el combatir una verdad, que por desgracia salta á los ojos con demasiada evidencia; permítasenos sin embargo indicar, que quizás no esté léjos la época en que sea preciso meditar sériamente, si seria posible excogitar algun medio para separar estas dos cuestiones; pues que continuando el empeño de considerarlas como del todo inseparables, podríase conducir á la nacion á tal estado, que conviene sobre manera evitar. Hasta aquí se ha mirado la cuestion religiosa como una especie de apéndice de la política; dando por supuesto que no se debe pensar siquiera

en la posibilidad de un arreglo de los negocios eclesiásticos, hasta que se haya dado completa cima á las dificultades que impiden la cabal solucion de las cuestiones interiores, y el restablecimiento de las relaciones internacionales. Menester es confesar, que en este modo de mirar las cosas hay un gran fondo de verdad y de prudencia; pero conviene tener presente, que se encuentran á veces los pueblos en situaciones tan anómalas, que quien se proponga sacarlos de algun atolladero donde los hayan sumido largos años de revolucion y de disturbios, se halla forzado á discurrir medios extraordinarios, desviándose de aquellas reglas que servir pueden en casos diferentes.

A quien se empeñe en sostener, que será en adelante indispensable de todo punto el considerar unidas las cuestiones indicadas, y que es en vano pensar en el arreglo de la eclesiástica hasta que se haya llevado la política á solucion cabal y definitiva, le haremos observar, que esta opinion por mas razonable que á primera vista se presente, adolece de un inconveniente gravísimo, cual es, el que deja en riesgo á la Iglesia española de continuar larguísimo espacio en los males que la afligen; aplazando para un tiempo quizás muy remoto el cumplimiento de la única esperanza, que en su infortunio la alienta y conforta. En efecto, ¿quién es capaz de decir cuando se resolverá completamente en España la cuestion política? ¿quién sabe cuando saldremos de esa incertidumbre, que tiene en ansiedad á los hombres y en zozobra las instituciones? ¿quién puede pronosticar cuando entraremos en ese órden regular, fijo, en que veamos definitivamente señalada nuestra suerte sin oir á cada paso los clamores de los partidos, achacándose mutuamente tramas y conspiraciones que tiendan á cambios fundamentales en la ley política del Estado? ¿cuándo será admitida la España en el congreso de las naciones europeas, saliendo de esa situacion de frialdad con unas, y de antipatía y completo aislamiento con respecto á otras? Sean cuales fueren las vicisitudes que estemos condenados á sufrir, ¿será conveniente, ni ne-

cesario, que todos los hombres que en el mando se vayan sucediendo, lleven como idea dominante la inseparabilidad de las cuestiones religiosa y política?

Tal debe ser en nuestro juicio, la opinion de muchos; nosotros empero, confesando los sólidos fundamentos en que pueden apoyarla, nos reservamos el derecho de dudar sobre el acierto y conveniencia de la misma. Y tales son las consecuencias á que en nuestro entender puede ser por ello conducida la religion en nuestra patria, que el corazon se nos apesadumbra al considerar que siendo muchas las circunstancias favorables á la indicada opinion, es temible no se conforme á ella la conducta de los hombres que se irán sucediendo en el gobierno. Como quiera, y por mas infructuosas que recelemos hayan de ser nuestras palabras, las arrojamos en el campo de la discusion, asemejándonos al labrador que esparce la simiente en un terreno agostado y estéril, levantando los ojos al cielo, y encomendando el resultado á la bondad de la Providencia. Que en la mayor parte de los humanos negocios cábele al hombre mas escasa influencia de la que él se imagina; Dios va conduciéndolos por senderos ocultos á término donde no alcanza nuestra menguada prevision; y sobre todo en tratándose de salvar la Iglesia católica, ó alguna parte considerable de su vasto patrimonio, sabe el Divino Fundador echar mano de medios extraordinarios é imprevistos, diciéndonos en seguida: «*hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* Modicæ fidei, quare dubitasti?»

Pero volviendo al punto capital de la cuestion, y mirando las cosas bajo un aspecto puramente humano, estremece el porvenir de la Iglesia española, si en efecto no puede esperar remedio á sus males, hasta el definitivo arreglo de los muchos y complicadísimos negocios pendientes en el terreno de la política. Y á la verdad, aun cuando sea muy posible que con algunos acontecimientos imprevistos, ó quizás por el natural curso de las cosas, se dé cumplida solucion á las muchas dificultades que actualmente nos abruman, y á otras no menores, que se colum-

bran en lontananza, no obstante, fuerza es convenir, que la situacion de los negocios se halla tan enmarañada, que es muy de temer no queden frustradas esperanzas tan halagüeñas.

Aun suponiendo que todo se realizará tan prósperamente como esperan algunos, faltan todavía dos años hasta que llegue el ansiado plazo de la mayoría de la Reina, esto es, que durante cerca de dos años continuará la Iglesia de España en el fatal estado de miseria é incertidumbre, de postracion y decaecimiento en que ahora se encuentra. Hasta cumplir el indicado término es poco menos que imposible que se añuden las relaciones con la corte de Roma. ¿Y se ha reflexionado bastante lo que representa este tiempo por mas breve que parezca, cuando viene á reunirse á la série de calamitosos años trascurridos desde 1834? ¿Ignórase que en casos semejantes se cumple en cierto modo la ley del descenso de los cuerpos graves que bajan con tanta mayor rapidez, cuanto mas distantes se hallan del punto de partida y mas cercanos al suelo?

El sentimiento religioso se ha desplegado y avivado en estos últimos tiempos de una manera consoladora, el espíritu de irreligion ha perdido mucho de su fuerza, la antipatía contra el clero ha menguado tan notablemente que el año 43 dista medio siglo del 35; pero esto no hace que la miseria en que se le tiene sumido no continue progresando, que el número de los ministros de la religion no se reduzca cada dia mas y mas, que los obispos no vayan faltando, que la instruccion eclesiástica no esté desatendida, que la disciplina no sufra lamentables quebrantos; en una palabra, que la Iglesia de España no experimente sin cesar nuevas pérdidas, cuya reparacion sea tal vez mas difícil de lo que generalmente se piensa.

Sucede en estos asuntos que el mal acarreado por una funesta combinacion de circunstancias no se conoce en toda su extension y gravedad, hasta que se trata seriamente de remediarlo, hasta que se descubre, por decirlo así, la llaga, y se la ve en toda su profundidad é irritacion. Dia

vendrá en que la Providencia se apiade de nosotros; y entonces, cuando el celo y la inteligencia de los obispos examinen la situacion de las respectivas diócesis, cuando acometan la empresa de curar radicalmente los males causados á las iglesias respectivas por tantos años de guerra, de revolucion, y por ese estado de ansiedad y de incertidumbre poco menos fatal que las mismas persecuciones, y sobre todo por la dilatada viudez en que muchas de ellas se encuentran privadas de sus legítimos prelados; entonces se oirán en las pastorales dolorosos lamentos que nos harán estremecer, entonces se comprenderán los incalculables daños acarreados por la indefinida continuacion de situacion tan funesta.

Lo repetimos, aun dando por supuesto que existiese la seguridad de que en llegando á la mayoría la reina Isabel, el arreglo de todos los negocios así políticos como religiosos se habia de presentar muy llano y expedito, fuera un deber de los hombres amantes de su patria el andar preparando la opinion pública y disponer el terreno de una manera conveniente, para que en ofreciéndose la oportunidad saliese la Iglesia española del fatal estado en que se halla. Es necesario no perder de vista, que el arreglo de los asuntos eclesiásticos, aun en el caso mas favorable, pudiera diferirse tres ó cuatro años; porque bien claro es, que llegada la Reina á mayor edad, será regular que trascurra un tiempo muy considerable desde el comienzo de las negociaciones hasta su terminacion; y mas todavía, hasta que sea dable reducir á la práctica las medidas que en ellas se acordaren. Esto se verificaria, aun suponiendo que las negociaciones se entablarán al momento, seguirán sin obstáculo y acabarán con felicidad, y que en la ejecucion no se encontrarán tropiezos de ninguna clase. Si á tales resultados nos conducen las suposiciones mas felices, vean los juiciosos si no hay graves motivos para alarmarse al considerar la presente situacion y el porvenir de la Iglesia de España.

Pero ¿se cumplirán suposiciones tan halagüeñas? Cuan-

do la guerra civil estaba tocando á su término, no eran en escaso número los que opinaban que con ella habian de acabar todos los males de la nacion. Los evidentes síntomas de un próximo trastorno, los clarísimos anuncios precursores de gravísimos acontecimientos, nada era bastante á sacarlos de su ilusion, nada les abria los ojos; no veian otro mal que la guerra, no acertaban á temer otro peligro que las contingencias de que ella se prolongase; todo lo demás eran pequeñas dificultades que muy fácilmente debian allanarse, melancólicos recelos de hombres sombríos y suspicaces que la próxima bonanza se encargaba de disipar bien pronto. Los acontecimientos sin embargo se verificaron de otra manera: la guerra terminó, y sin mediar siquiera breve espacio que permitiese á los ánimos algunos momentos de quietud y reposo, sobrevinieron las ocurrencias y mudanzas mas trascendentales que de muchos años á esta parte presenciara la nacion: tan poco valen las previsiones del hombre!

Con nadie disputaremos sobre lo mas ó menos fundado de gratas esperanzas; dejaremos á los partidos que continuen meciéndose en ellas, prometiendo á la nacion el siglo de oro, el dia que les sea dado poner en planta su respectivo sistema, y desenvolver sus medios de gobierno: por nuestra parte, seguiremos en las convicciones que nos inclinan algun tanto á la desconfianza; y sin perder la fe en el porvenir de la España, nos reservaremos el juzgar á los hombres por sus obras, y á los sistemas por sus resultados. Por lo demás, creemos que la época que estamos atravesando lo es de transicion, y por consiguiente de malestar é incertidumbre, y los hombres que en ella viven, mucho harán si atenuan en cuanto posible sea los males en lo presente, preparando á la generacion venidera un tiempo mas venturoso. Decimos esto para combatir la idea bastante generalizada, de reservar siempre para el dia de mañana el hacer el bien, y de perder de esta suerte un tiempo precioso. Cuando duraba la guerra, el arreglo de la hacienda, de la administracion, de todo, se guardaba

para cuando viniese la paz: vino la paz y nada se ha hecho. Ahora los mas graves negocios se aplazan tambien para tiempos mas tranquilos, en que hayamos salido de interinidades; sin reflexionar que atendida la situacion social y política de España y de Europa, estas interinidades, ora bajo una forma, ora bajo otra, podrán prolongarse medio siglo. Cuando se alcanzan tiempos tan agitados, es una ilusion el prometerse completa bonanza y seguridad; y menester es resignarse á trabajar en medio de esa misma agitacion y de las vicisitudes; como el navegante prosigue en sus tareas, en medio de las alternativas de la mar.

Inferiremos de esto, que siendo muy dudosa la completa solucion de las cuestiones políticas para de aquí á dos años; si las eclesiásticas han de andar siempre identificadas con ellas, es bien posible que su término se aplace para mucho mas adelante. Porque aun cuando se suponga que los acontecimientos caminen por un cauce sosegado y ordinario, no vemos tampoco, cómo las vicisitudes, ó al menos la incertidumbre política, hayan de encontrar su fin en la mayoría ni en el casamiento de la Reina. Verdad es, segun ya llevamos indicado, que entonces se ofrecerá una nueva oportunidad, donde se combinarán muchas circunstancias para crear una situacion enteramente nueva, y abrir una era que no se parezca á las anteriores; pero desgraciadamente estamos ya tan acostumbrados á ver esas oportunidades desaprovechadas, que si lo pasado hubiese de servirnos de luz para pronosticar lo venidero, escasas esperanzas deberíamos tener de alcanzar mejor ventura. Cuando uno recuerda los años de **1810**, **1814**, **1833**, **1840**, difícil es conservar ilusiones que luego crudos escarmientos se apresuran á desvanecer. ¿Quién nos asegura que los consejeros de la Reina dominarán las circunstancias, comprendiendo plenamente la situacion, y dándole un desenlace tranquilo y afortunado? Pero, habrá el marido de la Reina, se nos dirá; y nosotros responderemos que este marido sea cual fuere, será un mozo de pocos años, quizá

extranjero, y que por consiguiente, en lo que de sus prendas personales dependa, alcanzará á poco mas que su Real Esposa que será una niña de 14 años.

Imaginándose enteramente desenlazada la situacion política, y suponiendo que por uno ú otro medio se hubiese apoderado del poder un partido que se muestre favorable á un arreglo de los negocios eclesiásticos, todavía no estamos seguros de que el concordato con Roma fuera el inmediato resultado de la nueva situacion. Lo que está aconteciendo en Portugal es un anuncio de lo que podria suceder en España; pues que nuestros vecinos á pesar de haber vencido la revolucion en el campo de la política, dan no obstante tantas largas al suspirado arreglo, que hasta podrian haberse concebido algunas sospechas sobre la sinceridad de los deseos de aquel gobierno. No se nos oculta lo que se ha dicho de que el Papa era muy exigente; no sabemos hasta donde llegan sus exigencias, porque no existen documentos oficiales que las manifiesten; pero ciertamente que será difícil que el Nuncio exceda en este punto á cierto empleado de aquel gobierno, cuyo voto tuvimos por casualidad algunos momentos á la vista. El lenguaje y las obras de los partidos son muy diferentes, segun se hallan en la oposicion ó en el gobierno: en el primer caso, halagan cuanto puede auxiliarlos para subir al poder; en el segundo no recuerdan sus doctrinas, y siguen mas ó menos abiertamente sus instintos. Es necesario no perder de vista esta observacion si se quieren apreciar en su justo valor las palabras y las protestas.

Impide no pocas veces el que lleguen á buen término las negociaciones de esta clase, nó precisamente la mala voluntad de los hombres políticos que en ellas intervienen, sino la preocupacion ó la mala fe de aquellos á quienes consultan como inteligentes. Los hombres mas eminentes en política pueden ser muy medianos en historia eclesiástica y en legislacion canónica; y tienen no pocas veces la mala ventura de dirigirse cándidamente á personas que ellos juzgan imparciales é ilustradas, entregándose

en sus manos quizá con buena fe, pero que no deja por esto de ser altamente funesta á la religion y al Estado. ¿Hubiera Napoleon firmado el concordato, si hubiese escuchado los consejos de hombres preocupados de lo que se llamaban las libertades de la Iglesia galicana, y que celaban con mas cuidado contra las pretensiones de la Curia, que contra las doctrinas de Lutero, ó la filosofía de Voltaire? es bien cierto que nó. Lo propio sucederá á nuestros gobernantes, sea cual fuere el color político á que pertenezcan: mientras intervengan en el negocio hombres que sepan de memoria para recitarlos á cada paso todos los motivos de queja que han tenido contra Roma los reyes de España, desde Pelayo hasta Isabel II; mientras los encargados de negociar reciban sus inspiraciones de teólogos cavilosos, de canonistas tercos, que quizás al discutirse los grandes intereses de la nacion saquen á plaza sus pequeños rencores, queriendo tambien poner en balanza los agravios que se imaginen haber recibido; mientras esto se verifique, los negocios con Roma no se arreglarán jamás; á unas desavenencias seguirán otras, y no se alcanzará otro resultado que enconar los ánimos y aplazar indefinidamente un arreglo decisivo. Es menester grabar profundamente en el ánimo, que en semejantes circunstancias no se trata de disputar sino de negociar, que no se trata de salir airoso en los escaños de una academia, sino de sacar una nacion de un estado sumamente peligroso, restituyendo á las conciencias la calma perdida, extirpando un vivo gérmen de discordias civiles.

En vista de lo que está sucediendo en Portugal, y teniendo en cuenta otras consideraciones que no es oportuno exponer aquí, abrigamos algun recelo de que aun cuando se suponga resuelta la cuestion política en un sentido favorable á lo que desean las altas potencias de Europa, no fuera tan seguro como algunos se figuran el feliz desenlace de la cuestion eclesiástica. Mucho nos engañamos si los manejos de la Inglaterra y las susceptibilidades de un monarca del Norte, heridas por la reciente alocucion

del Sumo Pontífice, no se hacen sentir algun tanto en este negocio; y hacemos de antemano esta observacion para que no se extrañen las nuevas complicaciones que impensadamente se podrian ofrecer. ¿Quién sabe cuál es la mano oculta que impide la definitiva reconciliacion de Portugal con la Sede Apostólica? Esta misma mano, ¿no podria tambien dañarnos á nosotros? ¿Seria imposible que existiese un plan de arrancar la Península entera á la influencia de Roma, ora introduciendo abiertamente el cisma, ora procurando el establecimiento de diferentes religiones, que aun cuando no encontrasen ningun eco en la generalidad de la nacion, sirviesen á lo menos para quebrantar esa inestimable unidad que es tan precioso tesoro, hasta limitándonos al órden puramente social y político?

Lo hemos dicho y lo repetimos, consideramos como poco menos que imposible el restablecimiento de las buenas relaciones con Roma, hasta llegada la mayor edad de la Reina; pero opinamos que es muy prudente y hasta necesario el preparar con tiempo los ánimos para que entonces se verifique el ansiado acuerdo con la mayor prontitud posible. En otro artículo desenvolveremos mas extensamente nuestras ideas sobre tan grave é importante materia. —*J. B.*

MEDIOS MORALES QUE DEBE EMPLEAR CATALUÑA

PARA EVITAR SU DESGRACIA Y PROMOVER SU FELICIDAD.

Explicando en otro lugar la verdadera inteligencia de la palabra *civilizacion*, y señalando un tipo al que debiera encaminarse la sociedad para perfeccionarse mas y mas cada dia, dijimos que esta perfeccion consiste: *en la mayor inteligencia posible, para el mayor número posible; en la*

mayor moralidad posible, para el mayor número posible; en el mayor bienestar posible, para el mayor número posible. La sociedad que descuida uno cualquiera de estos extremos falta á su instituto y labra su propia ruina. La inteligencia no está reñida con la moralidad, y ambas pueden enlazarse con el bienestar; en desapareciendo uno de ellos la sociedad está enferma, y para mas ó menos tarde, su sosiego está en peligro.

Sin la inteligencia falta la luz, y por consiguiente el acierto en la direccion; sin la moralidad, falta la ley, es decir la regla; sin bienestar, hay descontento, desazon, inquietud, gérmenes de injusticia, violencias y trastornos.

Recorriendo la historia á la luz de estos principios echaríase de ver, que no pocos de los males que han afligido la humanidad, han tenido su orígen en el descuido del simultáneo fomento de cada uno de estos bienes, y de que se promovia el uno, sin dar al otro el conveniente impulso. No es menester un profundo conocimiento de las ciencias sociales y políticas para convencerse de la verdad y exactitud de estas observaciones; basta el simple sentido comun, y una mediana atencion á lo que nos está enseñando la experiencia. Tomad un individuo cualquiera, y suponed que en él se haya desarrollado mucho la inteligencia, sin que al propio tiempo se haya arreglado y fortalecido su espíritu con las creencias religiosas y las máximas morales; ¿qué sucederá? es muy obvio: cuanto mayor sea su inteligencia, mayores serán los recursos que sabrá excogitar para satisfacer sus pasiones; y por consiguiente, á igualdad de circunstancias, será mas perverso que otro que no posea en tanto grado la inteligencia. Imaginaos ahora un individuo en quien la moralidad se halle muy arraigada, pero que esté falto de las luces necesarias para el desempeño de las funciones de su profesion ó estado: este individuo podrá ser tan apreciable, tan respetable como se quiera, por las buenas calidades de su corazon; pero adolecerá del inconveniente de no servir para el objeto á que

está destinado: no obrará mal, pero tampoco producirá bien, á no ser en la esfera de su persona, y con relacion á aquellos actos para los cuales bastan la rectitud de intencion y los buenos deseos. Dad á un individuo la inteligencia ó la moralidad, pero de manera que le falte el bienestar y que se halle acosado por imperiosas necesidades; si posee la inteligencia sola, estad seguros que echará mano de cualquier medio para procurarse lo que necesita; y si tiene la dicha de hallar un freno en la moralidad, no dejará por esto de sentirse vivamente tentado de desviarse de sus reglas, y corre no poco peligro de sucumbir tarde ó temprano. Si al contrario suponeis en un hombre el bienestar, faltándole empero la inteligencia y la moralidad, entonces vereis la brutal estupidez que se entrega sin tasa á todo linaje de placeres, que no levanta su vista mas alto de lo que le señalan sus goces, y que considera limitado el mundo entero al estrecho ámbito en que se revuelve su miserable egoismo. Aun cuando el bienestar se considere unido con la inteligencia, es un gérmen de vicios y de maldades, si está separado de la moralidad. Disfraces astutos cubren entonces la corrupcion mas asquerosa; pero el mal nada pierde de su repugnante realidad, por mas que se le apellide con hermosos nombres, y se le oculte con velos brillantes.

Fácil es inferir que los resultados que dan para un individuo las combinaciones arriba indicadas, deben producirlos igualmente con respecto á la sociedad; y que una vez conocida la direccion que á esta se comunica en uno y otro sentido, puédese conjeturar el término á que será conducida.

Aplicando estos principios á Cataluña, claro es que no debe satisfacerse con el empleo de los medios materiales, ni limitarse á una prudente conducta en el órden político; pues que ni uno ni otro de ambos extremos llenan las condiciones requeridas para la perfeccion de su estado social. El fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, si bien no dejará de contribuir al desarrollo intelec-

tual de los moradores del Principado, considerándole empero aisladamente, quedará circunscrito á determinada esfera, servirá á lo mas para aumentar algun tanto el bienestar material; mas no conducirá por sí solo á la mejora de las costumbres, ni á extender y afirmar la moralidad entre los pueblos. El mismo adelanto creará nuevas necesidades, ofrecerá complicaciones difíciles, presentará problemas de escabrosa resolucion relativos á la organizacion del trabajo, y á la justa y equitativa distribucion de sus productos; sin que por esto suministre por sí solo ninguna precaucion contra los peligros, ni remedio ó alivio en los males que de él se habrán originado.

Conviene pues sobre manera no limitar la vista al órden puramente material, es preciso extender mas allá la mirada, y ver si mientras es tiempo, nos seria dable preservarnos de las calamidades que por semejantes causas están sufriendo otras naciones. La experiencia que nos ofrece la Europa en aquellos paises donde mas se han desarrollado los intereses materiales, puede servirnos de mucho, recibiendo escarmiento en cabeza ajena.

Generalmente hablando, puede decirse que las sociedades modernas se ocupan con demasiado ahinco del desarrollo de la inteligencia y del bienestar material, sin atender cual conviene al fomento de la moralidad. Y aun no es exacto el decir que se afanan por adquirir ese bienestar, entendiéndolo con relacion al mayor número; pues si bien se observa, lo que procuran es *producir*, y miran como objeto secundario la saludable y equitativa distribucion de los productos. No desconocemos los muchos trabajos que han visto la luz pública en estos últimos tiempos para remediar un mal de tanta gravedad y trascendencia; pero es preciso confesar que el movimiento está por ahora limitado en demasía á la region de las ideas, que no ha descendido bastante á la práctica, y que las sociedades obedeciendo al funesto impulso que se les ha comunicado, prosiguen en su peligrosa carrera.

La Inglaterra y tambien la Francia nos dicen lo que se-

rá de nosotros, si continuando empeñados en promover exclusivamente la industria y el comercio, nos olvidamos de comunicar al pueblo una ilustracion sana, fundada en principios religiosos y morales; si no atendemos como es menester á la preparacion de combinaciones justas y oportunas, que sin atacar la propiedad, sin herir ningun derecho, sin menoscabar intereses legítimos, no permitan que la clase pobre se sumerja en aquel estado de abatimiento, postracion y miseria, en que la contemplamos sumida en las naciones que se jactan de marchar á la cabeza de la civilizacion, y particularmente en aquella que se aventaja á las demás en adelantos industriales.

Aun prescindiendo de los inconvenientes y peligros que semejante situacion acarrea, es doloroso por cierto que los adelantos y prosperidad de la industria hayan de comprarse con la miseria de infinidad de familias. Desgraciado progreso de la sociedad el que produce la desdicha de tan crecido número de individuos; triste aumento de la poblacion si se aumenta proporcionalmente el número de los infelices. A pesar de toda la brillantez, de todo el oropel que en los países muy adelantados oculta el infortunio del mayor número, á pesar de la prosperidad y poderío que ostentan esas naciones, nosotros no concebimos la humanidad sin los hombres, no vemos verdadera prosperidad y ventura en aquella, cuando estos viven sumidos en la postracion y abatimiento de la miseria.

Afortunadamente no existe todavía entre nosotros el pauperismo propiamente dicho: el país no está saturado de poblacion, y los abundantes veneros de riqueza que nos restan aun por explotar, serán bastantes á preservarnos de este mal durante largos años. Si nos referimos á la generalidad de las provincias del reino, dedicadas casi exclusivamente á la agricultura, claro es que no encontraremos ni aun la posibilidad del pauperismo moderno, hasta que comiencen á tomar movimiento y á dar alguna mayor importancia al desarrollo y aumento de la riqueza. No sucede empero así con respecto á Cataluña; y si bien es cierto

que el Principado participa todavía de ese desahogo en que vive la clase popular en España, es evidente tambien que andando los años se presentarán entre nosotros los mismos problemas sociales que agobian á otros países y amenazan comprometer su porvenir.

Ni será parte á librarnos de esta calamidad la situacion excepcional en que nos encontramos con respecto á las otras provincias de la monarquía; antes bien esta circunstancia podria agravar el mal y dificultar su remedio. En Inglaterra notamos que en ciertos distritos manufactureros se experimentan á menudo la mayor carestía y miseria, cuando otras comarcas distan mucho de hallarse con necesidades tan apremiadoras; y hasta en Francia se echa de ver, que en los departamentos del Norte donde ha progresado la industria, sufre la clase pobre privaciones mucho mas duras que la del Mediodía, ocupada principalmente en el cultivo de los campos. De la propia suerte fuera muy posible, que mientras las provincias del centro y norte de España, y las de Andalucía, Valencia y Aragon se encontrasen á corta diferencia con los mismos medios que disfrutan ahora, hubiesen sobrevenido en Cataluña complicaciones graves ó infaustas que le acarreasen la miseria que tan lastimosamente aflige á otros países.

La España se ha quedado muy rezagada en todo lo relativo al fomento de los intereses materiales y particularmente de la industria; y si bien es verdad que semejante atraso es bajo ciertos aspectos un mal, podríase fácilmente trocar en un bien; pues que de esta manera tendremos la oportunidad de observar lo que ha sucedido á los que iban delante, y tomar, con tiempo, las debidas precauciones. No cabe duda en que la necesidad estimula y precisa á resolver los mas difíciles problemas, y que no siempre es ventajoso para ocuparse cual conviene de ellos, el mirar todavía muy lejanos los peligros; pero tambien es cierto que los apuros y agobios extravian no pocas veces el juicio, y hacen cometer las mayores imprudencias. Además que el ser tan lejanos los males indicados solo tiene

lugar por lo que toca al resto de España, pero nó por lo relativo á Cataluña, pues aquí van ya tomando las cosas el mismo sesgo que en los demás países. Por lo que está sucediendo ahora, no es difícil calcular lo que sucederá en lo venidero cuando la gravedad del daño venga á exasperar los ánimos, agriando las querellas presentes y suscitando otras nuevas.

Los hombres que se interesan por el bienestar y prosperidad de la industriosa Cataluña, aquellos que sin olvidar su título de españoles, recuerdan con orgullo y placer el de catalanes, es necesario que atiendan con particular cuidado á los indicados riesgos; mayormente siendo muy probable que en España no se verificará lo que en otras naciones, á saber, que de la capital salen los proyectos, los planes, los medios de ejecucion para remediar ó atenuar esta clase de males; sino que es muy regular y poco menos que cierto, que los catalanes seremos entregados á nuestra propia suerte, sin que haya siquiera quien nos aconseje y dirija. Conviene no perder de vista que Cataluña es la única provincia que participa propiamente hablando del movimiento industrial europeo: y así solo en ella se presentarán los nuevos problemas sociales; nó en las demás, que á excepcion de cierto movimiento febril y somero que se observa en la estrecha esfera de la política, continuan en todo lo demás como allá en el reinado de Cárlos II. Cuando se pasa de Cataluña al extranjero, nada se observa que no sea una especie de continuacion de lo que aquí se ha visto. Diríase que el viaje se hace dentro una misma nacion, de una á otra provincia; pero al salir del Principado para lo interior de España, entonces parece que en realidad se ha dejado la patria y se entra en países extraños.

Desgraciadamente se ha introducido en Cataluña el gérmen de funesta discordia, y se ha presentado de esta suerte bajo aspecto muy difícil y en extremo desagradable, el problema de la organizacion del trabajo, aun antes que lo apremiador de las necesidades nos pusiese en apuros se-

mejantes á los que están sufriendo otros países. A pesar de esta observacion no desconocemos la gravedad del mal, y conceptuamos que quizás no siempre le han comprendido en toda su extension, aun los mismos que mas han declamado contra él. Por de pronto se echa de ver, si se reflexiona sobre el negocio con ánimo sosegado, con sinceridad y buena fe, que han andado muy errados los que han pretendido encerrar en la esfera política la cuestion que aquí se agitaba. Verdad es que las circunstancias en que se ha encontrado y se encuentra todavía la nacion, y la posicion excepcional de Cataluña, hacen excusable la equivocacion indicada; pues que han dado márgen á que se confundiesen las ideas y no pudieran deslindarse cual conviene dos órdenes de hechos, que á pesar de haber estado y estar todavía contiguos, son no obstante del todo diferentes.

Las revoluciones son para los pueblos una escuela de durísimos escarmientos, y así no pocas veces aprenden en ellas lo que de otra suerte hubiera sido difícil enseñarles. Por desgracia es muy raro que la generacion que las atraviesa pueda aprovecharse de la costosa leccion; porque envuelta en la polvareda de los disturbios y aturdida con la gritería de los combatientes, se le hace muy difícil el ver las cosas como son en sí, y mucho mas el poner en planta los consejos de la prudencia. Los hechos desfilan á sus ojos en tan confuso tropel, tan desfigurados por la exaltacion de las pasiones y de los intereses de los partidos, que llega á serle tarea extremadamente penosa el empeño de formar juicio verdadero y cabal sobre lo mismo que está presenciando.

Es muy dañoso al tratarse de aplicar un remedio, el no conocer debidamente el carácter y la extension del mal, y sobre este particular llamamos muy especialmente la atencion de todos los interesados en este asunto, amonestándolos de la necesidad en que se encuentran de examinar á fondo la situacion y relaciones de las dos clases: ricos y pobres, amos y jornaleros. El error arriba insinuado ha hecho que

en ciertas ocasiones las miradas de unos y otros se fijasen quizás demasiado en la arena política, esperando que de la derrota ó victoria en este palenque habia de resultar por precision la resolucion adversa ó favorable en todo lo demás que se disputaba. No altercaremos sobre las ventajas ó desventajas que á estos ó á aquellos traer pudiera este ó aquel sistema político; no nos detendremos en señalar los yerros que en esta materia se hayan cometido, ni tampoco queremos entrometernos en dar consejos á ninguno de los contendientes, sobre la línea de conducta que les importa seguir; pero sí que nos permitiremos observar á unos y á otros, que no deben alimentar esperanzas de encontrar en el terreno de la política la resolucion del problema, y que es menester buscarla en otra parte.

Se nos dirá que en vano nos empeñaríamos en separar estas dos cuestiones, puesto que es mas claro que la luz del dia haber corrido parejas repetidas veces, sirviendo ora de lazo de fraternidad para unirse y formar alianzas mas ó menos duraderas, ora de palanca para conmover y de ariete para derribar. Por andar juntas dos cosas, no se infiere que sean una misma, ni que la existencia de la una tenga con la otra necesario enlace. Las turbulencias y revoluciones políticas no siempre crean los hechos que en ellas se presentan; sucede á menudo que no hacen mas que revelarlos, aumentarlos, irritarlos tal vez; pero tanto distan de ser aquellas las causas de estos, que antes al contrario estos son las causas de aquellas. Así por ejemplo, nos lamentamos del despilfarro de la administracion, del sinnúmero de empleados, de la infinidad de cesantes, achacando á la revolucion el habernos traido tan funesta plaga; pero no advertimos que si bien esto es verdad hasta cierto punto, no lo es menos que ese desgobierno, ese desórden administrativo, esa muchedumbre de empleados han originado en buena parte las revoluciones mismas, y son en la actualidad su pábulo principal, cuando no el único. Quien confundiese el sistema administrativo con el sistema político por haberlos visto siempre juntos durante

nuestras discordias, se equivocaria lastimosamente cuando buscase el remedio de nuestra administracion en el terreno de la política. De la propia suerte acontece en lo demás; siendo de advertir que en tiempo de discordias, se emplea para herir al enemigo lo que primero viene á la mano; y es necesario distinguir siempre lo que hay de verdad en el fondo de las cosas, y lo mas ó menos que se las exagera cuando se las hace servir como arma de oposicion. Ni conviene dar excesiva importancia á la hiperbólica ponderacion de los partidos ó facciones, ni es justo ni prudente despreciar lo que sus quejas y reconvenciones encierren de fundado y verdadero.

No basta hacerse ilusiones achacando á hombres turbulentos las conmociones populares, ni tampoco el atribuir á interesados designios de nacionales y extranjeros la discordia funestamente introducida; todo esto podrá ser tanta verdad como se quiera, pero quejas semejantes adolecen del inconveniente de no ser mas que palabras, de no conducir á nada.

Si se examinan á fondo todas las revoluciones, todas las turbulencias que nos presenta la historia, notarémos que siempre se ha verificado que algunas cabezas volcánicas y ambiciosas les daban el primer impulso y les comunicaban movimiento y brio; que las naciones rivales ó enemigas, interesadas en dividir para debilitar, se aprovechaban de las coyunturas y procuraban atizar el fuego de la discordia. Pero ¿cuál es el deber, cuál el interés, cuál la necesidad de los que sufriendo el daño tratan de evitarle ó atenuarle? este deber, este interés, esta necesidad, son el buscar con la detencion debida las causas interiores del mal, aplicarle el conveniente remedio, que si radicalmente no lo cura y extirpa, al menos lo alivie y disminuya. Así, y solo así, se neutralizan, se desbaratan las intrigas interiores y exteriores; así, y solo así, se remedian los males presentes y se precaven los futuros.

La clase rica de Cataluña y particularmente la de Barcelona, debe elevarse á la altura indicada en las observacio-

nes que preceden, considerando que su situacion es mas crítica de lo que á primera vista pudiera parecer. Si la industria catalana recibe el temido golpe; si un tratado de comercio ó una imprudente modificacion del arancel, destruyen en un dia el fruto de tantos sudores, y disipan el objeto de tan halagüeñas esperanzas; si en consecuencia se halla Cataluña en apremiadora estrechez, en agobiador apuro, no sabiendo en qué ocupar á millares de brazos, ni cómo acudir al socorro de innumerables familias condenadas á perecer de hambre, atravesaremos necesariamente una crísis formidable que no nos dejará siquiera el consuelo de su brevedad. Los capitales que no naufraguen se verán precisados á tomar nueva direccion ó á esconderse volviendo otra vez á las arcas; pero el desgraciado jornalero que no cuenta con otro recurso que el trabajo de sus manos, que para sustentar su numerosa familia no tiene otro auxilio que sus brazos, este infeliz no podrá aguardar en calma el fruto que resulte de las especulaciones que en adelante se excogiten, no podrá suportar largo tiempo la incertidumbre, las dilaciones, los sacrificios que exigirá la creacion de nuevas industrias; al dia siguiente de faltarle el trabajo se hallará sin pan: y entonces volviéndose á las clases ricas les dirá: «mis hijos tienen hambre y yo tambien: ni yo ni ellos debemos perecer.»

Si al contrario la industria catalana se salva, si atraviesa sin notable daño la crísis que sufre y el riesgo que corre, si alcanzando los capitales alguna mayor seguridad, afianzándose algun tanto el órden público, y presentando la generalidad de la nacion un aspecto lisonjero ó siquiera menos repugnante, llegamos á tener un gobierno sabio y previsor, firme sin obstinacion, fuerte sin violencia, prudente sin debilidad, si á favor de tal conjunto de circunstancias la industria catalana es protegida y fomentada cual conviene, y se desarrolla y progresa en el alto grado de que todas las apariencias la muestran susceptible, entonces la clase rica de Cataluña y especialmente la de Barcelona, podrá encontrarse en nuevos compromisos que le

importa precaver á tiempo. Entonces conjeturando lo que sucederá aquí por lo que en otros países ha acontecido, con el aumento de la industria crecerá la poblacion, será mayor el número de los pobres, y mas dura su pobreza. No es este el lugar, ni cumple tampoco á nuestro propósito, de señalar las causas de tan doloroso fenómeno; bástanos consignarle aquí para llamar la atencion de los interesados y convencerlos de la importancia de tomar las precauciones convenientes evitándose males de la mayor trascendencia.

¿Cuáles son, se nos preguntará, esas precauciones? ¿cuáles son los medios de que puede echarse mano para lograr el deseado objeto? ¿cuál es la conducta que deben observar los ricos con respecto á los pobres? Reservándonos para otro artículo el desenvolver mas nuestras ideas, las formularemos por hoy en breves palabras: *hacerlos buenos, y hacerles bien*. — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

SEGUNDA CARTA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

MULTITUD DE RELIGIONES.

Voy á pagar, mi querido amigo, la deuda que en mi anterior contraje de responder á la dificultad que V. me proponia, relativa á la permision de Dios, sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religion, y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo, como si él solo bastara á echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mi-

rarla cara á cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la encubran y disfracen; muy al contrario, opino que el mejor modo de desatarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré además, que no niego que haya en esto un misterio profundo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objecion indicada; pues estoy íntimamente convencido de que este es uno de los incomprensibles arcanos de la Providencia, que al hombre no le es dado penetrar. Me parece no obstante que les hace á muchos mas mella de la que hacerles debiera; y tan distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilite la verdad de la Religion católica, que antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay mas que una religion verdadera, que la fe en Jesucristo es necesaria para la eterna salvacion, que es un absurdo el decir que todas las religiones puedan ser igualmente agradables á Dios, y por fin los que tal importancia damos á la unidad de la enseñanza religiosa que consideramos como una inmensa calamidad la alteracion de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en que estriba; y que á mis ojos es mayor este daño que no á los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala á los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje; porque sus creencias los precisan á mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable á Dios y alcanzar la eterna salud, los que profesando una religion que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distincion de razas, pue-

den contemplar con menos dolor esas aberraciones de la humanidad; pero esto no es dado á los católicos, para quienes no hay verdad ni salvacion fuera de la Iglesia, y que además están obligados á mirar á todos los hombres como hermanos, y desearles de lo íntimo del corazon que abran los ojos á la luz de la fe, y que entren en el camino de la salud eterna. Bien se echa de ver que no trato como suele decirse de huir el cuerpo á la dificultad, y que antes procuro pintarla con vivos colores. Ahora voy á examinar su valor, presentándola bajo un punto de vista en que por desgracia no se la considera comunmente.

Tienen los dialécticos un principio que dice, *quot nimis probat nihil probat; lo que prueba demasiado no prueba nada;* lo que significa, que cuando un argumento cualquiera no solo concluye lo que nosotros nos proponemos, sino tambien lo que á las claras es falso, de nada sirve para probar ni aun lo que nosotros intentamos. La razon en que este principio se funda es muy clara: lo que conduce á un resultado falso, ha de ser falso tambien; luego por mas especioso que sea un argumento, por mas apariencias que tenga de solidez, por el mismo hecho de llevarnos á una consecuencia falsa, nos da una infalible señal de que, ó entraña alguna falsedad en las proposiciones de que se compone, ó algun vicio de razonamiento en el enlace de las mismas, y por tanto en la deduccion á que nos lleva. Si por ejemplo, me propongo demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que un recto, y con mi demostracion pruebo que dicha suma es mayor que dos rectos, esta demostracion de nada servirá, porque con ella pruebo demasiado, es decir, que es mayor que dos rectos, lo que no puede ser; y este resultado será para mí una infalible señal de que hay un vacío en la demostracion, y que no puedo aprovecharme de ella para probar nada.

Otros ejemplos: si examinando un antiguo manuscrito, pretendo desecharle como apócrifo, y señalo para ello una razon crítica, de la que resulten condenados tambien, códices cuya autenticidad no admita duda, claro es que de-

bo apartarme de mi razonamiento, seguro de que está mal concebido; prueba demasiado y por lo mismo no prueba nada. Si examinando la veracidad de la narracion de un viajero me empeño en que se ha de dar fe á sus palabras alegando razones de las que se infiriese que es menester dar crédito á otras relaciones conocidamente falsas; mi manera de discurrir seria mala tambien, porque probaria demasiado.

Perdone V., mi querido amigo, si me he detenido algun tanto en desenvolver este principio que en muchísimos casos sirve, y de que pienso hacer uso en la cuestion que nos ocupa: y con esto entenderá V. que no juzgo del todo inútiles las reglas para bien discurrir, y que mi desconfianza en los filósofos no se extiende á todo lo que se halla en la filosofía.

Apliquemos estos principios. Se nos objeta á los católicos la multiplicidad de religiones, como si á nosotros únicamente embarazara la dificultad, como si todos los que profesan un culto, sea el que fuere, no debiesen sobrellevar *in solidum* todos los inconvenientes que de ahí puedan resultar. En efecto: si la multiplicidad de religiones algo prueba contra la verdad de la católica, lo mismo prueba contra la de todas; tenemos pues que no solo viene al suelo la nuestra, sino cuantas existen y han existido. Además: si la dificultad que se levanta contra la permision de este mal significa algo, es nada menos que una completa negacion de toda providencia, es decir la negacion de Dios, el ateismo. La razon es obvia: el mal de la multiplicidad de religiones es innegable; está á nuestra vista en la actualidad, y la historia entera es un irrefragable testimonio de que lo mismo ha sucedido desde tiempos muy remotos: si se pretende pues que la Providencia no puede permitirlo, se pretende tambien que la Providencia no existe, es decir que no hay Dios.

Inflérese de aquí que la permision de la muchedumbre de religiones es una dificultad que embaraza al católico al protestante, al idólatra y al musulman, al hombre

que admite una religion cualquiera, como al que no profesa ninguna, con tal que no niegue la existencia de Dios. Por ejemplo: si se me presenta un mahometano con su Alcoran y su Profeta, pretendiendo que su religion es verdadera, y que ha sido revelada por el mismo Dios, le podré objetar el argumento y decirle: «si tu creencia es verdadera, ¿cómo es que Dios permite tantas otras? si se engañan miserablemente los que viven en religion diferente de la tuya, ¿por qué permite Dios que todos los demás pueblos del mundo permanezcan privados de la luz?» A quien no niegue la existencia de Dios, imposible le ha de ser el no admitir su bondad y providencia; un Dios malo, un Dios que no cuida de la obra que él mismo ha criado, es un absurdo que no tiene lugar en una cabeza bien organizada; y hasta me atreveré á decir, que menos imposible se hace el concebir el ateismo en todo su horror y negrura, que no la opinion que admite un Dios ciego, negligente y malo. Suponiendo pues la existencia de un Dios con bondad y providencia, queda en pié la misma dificultad arriba propuesta: ¿cómo es que permite que el humano linaje yerre tan lastimosamente en el negocio mas grave é importante que es la religion? Si se nos dijera que Dios se da por satisfecho de los homenajes de la criatura, sean cuales fueren las creencias que profese, y el culto que le tribute la expresion de su gratitud y acatamiento, entonces preguntaremos, ¿cómo es posible que á los ojos de un ser de infinita verdad sean indiferentes la verdad y el error? ¿cómo es dable concebir que á los ojos de la santidad infinita sean indiferentes la santidad y la abominacion? ¿cómo es posible que un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente próvido, no haya cuidado de proporcionar á sus criaturas algunos medios para alcanzar la verdad, para saber cuál era el modo que le era agradable de recibir los obsequios y las súplicas de los mortales? Si las religiones solo tuviesen entre sí diferencias muy ligeras, el absurdo de darlas todas por buenas fuera menos repugnante; pero recuérdese que casi todas

ellas están diametralmente opuestas en puntos importantísimos; que las unas admiten un solo Dios, y otras los adoran en crecido número; que unas reconocen el libre albedrío del hombre, y otras lo desechan; que unas asientan por uno de los principios fundamentales la creacion, y otras se avienen con la eternidad de la materia; recórrase la enorme variedad de sus respectivos dogmas, de su moral, de su culto, y dígase si no es el mayor de los absurdos el suponer que Dios pueda darse por satisfecho con adoraciones tan contradictorias.

Vea V., mi estimado amigo, cuán bien se aplica á esta cuestion el principio dialéctico que mas arriba he recordado; y como una dificultad que algunos se empeñan en dirigir exclusivamente contra los católicos, no les toca á ellos únicamente, sino á todos los hombres que profesan una religion, y aun á los puros deistas. ¿Qué debe hacerse en semejantes casos? ¿Cómo se pueden obviar tamañas dificultades? Hé aquí el camino que en mi concepto debe seguir un hombre juicioso y prudente: hé aquí la manera de discurrir mas conforme á razon: «El mal existe, es cierto; pero la Providencia existe tambien, no es menos cierto; en apariencia son dos cosas que no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradiccion no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer pues es buscar el modo con que pueda desaparecer esa contradiccion; y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances.»

Si bien se observa, en los negocios mas comunes de la vida, hacemos á cada paso un raciocinio semejante. Nos encontramos con dos hechos, cuya coexistencia nos parece imposible; á nuestro juicio se excluyen, se repugnan: pero ¿nos obstinamos por esto en negar que los hechos existan, cuando tenemos bastantes motivos para darnos la competente certeza? De seguro que no. «Esto es para mí un misterio, decimos, no lo entiendo; me parece imposible que así sea, pero veo que así es.» En seguida, si la

cosa vale la pena, buscamos la razon secreta que nos explique el misterio; pero si no damos con ella, no por esto nos creemos con derecho de desechar aquellos extremos de cuya existencia no podemos dudar, por mas que nos parezcan contradictorios.

Por donde verá V., mi estimado amigo, que una inconcebible ceguera nos impide á menudo el emplear en el exámen de las verdades mas importantes, que son las religiosas, aquellas reglas de prudencia de que nos valemos en los negocios mas comunes; y rechazamos como ofensiva de nuestra independencia y de la dignidad de nuestra razon, aquella conducta que no vacilamos en seguir á cada paso en la direccion y arreglo de nuestros mas pequeños asuntos.

Tan grabados tengo en mi ánimo estos principios enseñados por la buena lógica y por la mas sana prudencia, que me sirven sobre manera en muchas otras dificultades pertenecientes á la religion, y no dejan que se perturbe mi espíritu á la vista de la oscuridad que en ellas descubro, y que en mi debilidad no soy bastante á desvanecer. ¿Qué consideraciones mas espantosas que las sugeridas por la terrible dificultad de conciliar la libertad humana con los dogmas de la presciencia y la predestinacion? Si el hombre no atiende á mas que á la certeza é infalibilidad de la presciencia divina, quédase sobrecogido de horror, erízansele los cabellos á la sola consideracion de la fijeza del destino, la sangre se le hiela en las venas al pensar que antes de nacer él ya sabia Dios cuál habia de ser su paradero; pero, tan luego como reflexiona un instante, sobreponiéndose al terror y á la desesperacion que se apoderaban de su alma, encuentra abundantes motivos para sosegarse; halla aquí un misterio pavoroso, es verdad, pero que no le abate ni desalienta.

«¿Eres libre, se dice á sí mismo, para obrar el bien y el mal? sí, dudarlo no puedes, te lo enseña la fe, te lo dicta la razon; lo experimentas por un sentido íntimo, y con experiencia tan clara, tan infalible, que no quedas

mas cierto de tu existencia que de tu libre albedrío. Luego nada importa que no comprendas cómo esta libertad se concilia con la presciencia de Dios.»

«Este misterio que yo no comprendo, ¿debe alterar en algo mi conducta, volviéndome flojo para el bien, y poco cuidadoso de evitar el mal? ¿es prudente, es lógico el pensar que haga yo lo que quiera, siempre se verificará lo que Dios tiene previsto, y que por consiguiente son vanos todos mis esfuerzos en seguir el camino de la virtud? No. ¿Y por qué? porque lo que prueba demasiado no prueba nada; y si este raciocinio valiera, se seguiria que tampoco he de cuidar de mis negocios temporales, porque al fin no será de ellos mas de lo que Dios tiene previsto; que por la misma razon, no he de comer para sustentarme, ni guarecerme de la intemperie, ni andar con tiento al pasar por la orilla de un precipicio, ni medicarme cuando me halle indispuesto, ni retirarme cuando se me viene encima un caballo desbocado, ni salir de una casa que se está desplomando, y cien y cien otras locuras por este jaez; es decir, que el atenerme á tal regla me privaria de sentido comun, hasta de juicio, haria de mí un loco rematado. Luego la tal regla es falsa, luego de nada debe servirme, luego lo que he de hacer es dejarle á Dios sus incomprensibles arcanos, y portarme yo como hombre recto, juicioso y prudente.»

A esto vienen á parar muchas de las dificultades que contra la religion se proponen: miradas superficialmente ofrecen una balumba abrumadora; examinadas de cerca, al tocarlas con la vara de la razon y del buen sentido, desaparecen cual vanas fantasmas.

Veamos ahora si se puede encontrar la razon de que Dios permita tal muchedumbre de religiones, tal masa de informes errores en el punto que mas interesa al humano linaje. La explicacion de este misterio, yo no alcanzo que pueda encontrarse sino en otro misterio, en el dogma de la Religion católica sobre la prevaricacion y consiguiente degeneracion de la descendencia de Adan. *El pecado,* y co-

mo su consiguiente castigo, *las tinieblas en el entendimiento, la corrupcion en la voluntad;* hé aquí la fórmula para resolver el problema; revolved la historia, consultad la filosofía; nada os dirán que pueda ilustraros, si no se atienen á este hecho misterioso, oscuro, pero que como ha dicho Pascal, es menos incomprensible al hombre que no lo es el hombre sin él.

Esta es la única clave para descifrar el enigma; solo por ella alcanzamos á explicar esas lamentables aberraciones de la mayor parte de la humanidad: no hay otro medio de dar una explicacion plausible á esta calamidad inmensa, como ni á tantas otras que afligen la infortunada prole de los primeros prevaricadores. El dogma es incomprensible, es verdad; pero atreveos á desecharle, y el mundo se os convierte en un caos, y la historia de la humanidad no es mas que una serie de catástrofes sin razon ni objeto, y la vida del individuo es una cadena de miserias; y no encontrais por do quiera sino el mal, y el mal sin contrapeso, sin compensacion; todas las ideas de órden, de justicia, se confunden en vuestra mente, y renegando de la creacion, acabais por negar á Dios.

Sentad al contrario este dogma como piedra fundamental: el edificio se levanta por sí mismo, vivísima luz esclarece la historia del género humano, divisais razones profundas, adorables designios, allí donde no vierais sino injusticia, ó acaso; y la serie de los acontecimientos desde la creacion hasta nuestros dias se desarrolla á vuestros ojos, como un magnífico lienzo donde encontrais las obras de una justicia inflexible y de una misericordia inagotable, combinadas y hermanadas bajo el inefable plan trazado por la sabiduría infinita.

Si entonces me preguntais ¿por qué tan considerable porcion de la humanidad está sentada en las tinieblas y sombras de la muerte? os diré que el primer padre quiso ser como un Dios sabiendo el bien y el mal, que su pecado se ha trasmitido á toda su descendencia, y que en justo castigo de tanto orgullo está el género humano tocado

de ceguera. Esta calamidad grande como es, no necesita que se le señale otro manantial que á todas las otras que nos afligen. Las terribles palabras que siguieron al llamamiento de Adan cuando le dijo Dios: «¿Adan, dónde estás?» resuenan dolorosamente todavía despues de tantos siglos; y en todos los acontecimientos de la historia, en todo el curso de la vida, siempre se trasluce el terrible fulgor de la espada de fuego, colocada á la entrada del Paraíso. El *sudor del rostro, la muerte,* se os ofrecerán por do quiera; en ninguna parte notareis que las cosas sigan el camino ordinario; siempre herirá vuestros ojos la formidable enseña del castigo y la expiacion.

Cuanto mas se medita sobre estas verdades, mas profundas se las encuentra: *in sudore vultus tui vesceris pane,* comerás el pan con el sudor de tu rostro, dijo Dios al primer padre; y con este sudor lo come toda su descendencia. Recordad esa pena, haced las aplicaciones á cuantos objetos os plazca, y no hallareis nada que de ella se exceptúe. *No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios;* no se verifica pues la terrible pena solo con respecto al pedazo de pan que nos sustenta, sino en todo cuanto concierne á nuestra perfeccion. En nada adelanta el hombre sin penosos trabajos; no llega jamás al punto que desea, sin muchos extravíos que le fatigan; en todo se realiza que la tierra en vez de frutos le da *espinas y abrojos.* ¿Ha de descubrir una verdad? no la alcanza sino despues de haber andado largo tiempo tras extravagantes errores; ¿ha de perfeccionar un arte? cien y cien inútiles tentativas fatigan á los que en ello se ocupan, y á buena dicha puede tenerse si recogen los nietos el fruto de lo que sembraron los abuelos. ¿Ha de mejorarse la organizacion social y política? sangrientas revoluciones preceden la deseada regeneracion; y á menudo, despues de prolongados padecimientos, se hallan los infelices pueblos en un estado peor del en que antes gemian. ¿Se ha de comunicar á un pueblo la civilizacion ó cultura de otro? la inoculacion se hace con hierro y fuego: generaciones en-

teras se sacrifican para alcanzar un resultado que no verán sino generaciones muy distantes. No vereis al genio sin grandes infortunios; nó la gloria de un pueblo sin torrentes de sangre y de lágrimas; nó el ejercicio de la virtud sin penosos sinsabores; nó el heroismo sin la persecucion; todo lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores, ni se conserva sin fatigosos trabajos; la ley del castigo, de la expiacion, se muestra por todas partes de una manera terrible. Esta es la historia del hombre y de la humanidad: historia dolorosa ciertamente, pero incontestable, auténtica, escrita con letras fatales donde quiera que los hijos de Adan hayan fijado su planta.

Yo no sé, mi estimado amigo, por qué no ha llamado mas la atencion este punto de vista, y por qué han debido escandalizarse tanto los filósofos, de los dogmas de la religion que tan en armonía se encuentran con lo que nos están diciendo los fastos de todos los tiempos y la experiencia de cada dia. La prevaricacion y degeneracion del humano linaje es el secreto para descifrar los enigmas sobre la vida y los destinos del hombre; y si á esto se añade el adorable misterio de la reparacion, comprada con la sangre del Hijo de Dios, forma el mas admirable conjunto que imaginarse pueda; un tan sublime sistema, que á la primera ojeada manifiesta su orígen divino. Nó, no pudo nacer de cabeza humana combinacion tan asombrosa; no pudo el espíritu finito idear un plan tan vasto, tan estupendo, donde se trabaran de tal suerte unos arcanos con otros arcanos, que del fondo de su oscuridad pavorosa arrojan rayos de vivísima luz para esclarecer y resolver todas las cuestiones que sobre el orígen y destinos del hombre andaba hacinando la filosofía.

Esto es lo principal que tenia que decirle sobre las dificultades propuestas: ignoro si V. quedará enteramente satisfecho; sea como fuere, lo que puedo asegurarle con toda la sinceridad y conviccion de que soy capaz, es que, en las obras de todos los filósofos desde Platon hasta Cousin, no hallará V. sobre este particular nada con que un espí-

ritu sólido pueda contentarse, si no está tomado de la religion. Ellos lo saben, y ellos propios lo confiesan. Una vez han llegado á dudar de la divinidad del cristianismo, no saben de qué asirse: acumulan sistemas sobre sistemas, palabras sobre palabras; si su espíritu no es de alto temple, abandonan la tarea de investigar, fastidiados de no divisar en ningun confin del horizonte un rayo de luz; y se abandonan al *positivismo*, ó en otros términos, procuran sacar partido de la vida disfrutando de las comodidades y placeres. Si su alma es nacida para la ciencia, si sedienta de verdad no quiere abandonar la tarea de buscarla, por grandes que sean las fatigas, y patente la inutilidad de los esfuerzos, sufren durante toda su vida, y acaban sus dias con la duda en el entendimiento y la tristeza en el corazon.

En la actualidad, entusiasta como es V. de la filosofía, y admirador de ciertos nombres, no comprenderá fácilmente toda la verdad y exactitud de mis palabras; pero dia vendrá en que recuerde mis avisos aun mucho antes de que blanqueen su cabeza las canas. Nó, no necesitará V. que la tardía vejez cargada de escarmientos y desengaños, venga á abrirle los ojos: no sé si los abrirá V. para ver y abrazar la verdadera religion, pero sí al menos para conocer la futilidad de todos los sistemas filosóficos en lo tocante al orígen, vida y destino del hombre. ¿Qué mas? ni siquiera necesitará V. estudiarlos á fondo para quedarse profundamente convencido de la impotencia del espíritu humano, abandonado á sus propios recursos: en el vestíbulo del mismo templo de la filosofía encontrará la duda y el escepticismo; y penetrando en su santuario oirá el orgullo disputando sobre objetos de poca entidad, ocupándose en juegos de palabras simbólicas é ininteligibles, y procurando en cuanto le es posible ocultar su ignorancia, eludiendo con una afectada pretericion las cuestiones que mas de cerca nos interesan, cuales son las relativas á Dios y al hombre. No se deje V. deslumbrar con los vanos títulos con que se adornan los diferentes sistemas, ni se abandone á

supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome V. por profundidad de ciencia la oscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es el carácter de la verdad; y que poco fia de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del dia. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿por qué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro dia, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusion; entre tanto disponga de su afectísimo. — *J. B.*

EL DOCTOR NEWMAN,

EL PUSEISMO,

Y UNA RETRACTACION EXTRAORDINARIA.

Repetidas veces hemos llamado la atencion de nuestros lectores sobre la revolucion religiosa que se está verificando en Inglaterra, cayendo mas y mas en descrédito la iglesia establecida, y aumentándose las tendencias hácia el catolicismo. Sabido es que el célebre doctor Pusey, teólogo de Oxford, y sabio distinguido, ha dado el nombre á una escuela, que sin condenar decididamente el anglicanismo le abre sin cesar profundas heridas; así como de otra parte va haciendo en cierto modo la apología de la Iglesia católica, sin que se resuelva á entrar en su seno. Al lado de Pusey figura un escritor que se ha señalado sobre manera en promover el desarrollo de esas doctrinas que tanto se aproximan al catolicismo; teólogo de la misma uni-

versidad, y ejerciendo con sus escritos poderosa influencia sobre el clero anglicano, se encuentra en excelente posicion para servir de instrumento á la Providencia, el dia que la infinita bondad de Dios se digne conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas.

Este doctor se llama Newman, y acaba de ofrecer á la Inglaterra y á la Europa, un espectáculo tan singular, que nos atreveríamos á decir que carece de ejemplo. En un trabajo que tiene por título ***Lyra Apostólica*** habia llamado á la Iglesia romana ***iglesia perdida;*** en una obra sobre los Arrianos habia hablado de la ***apostasía papal;*** en otra titulada ***Tracts for the Times*** declaraba que Roma era ***hereje***, que habia apostatado en la época del Concilio de Trento, que la ***comunion romana se habia ligado para siempre con la causa del Anti-cristo, que habia sustituido la mentira á la verdad de Dios y que era menester huir de ella como de una peste.*** Las expresiones que se acaban de leer no las habia soltado el autor en sus mas recientes publicaciones, dadas á luz con mas conocimiento de causa y con mas espíritu de justicia en favor de la verdad. Sin embargo lo que habia dicho en los últimos años en favor del catolicismo, no ha sido bastante para apaciguar su conciencia con respecto á lo que se habia permitido en las anteriores; y así ha creido de su deber borrarlas de sus obras en cuanto le es posible, destruyendo de esta suerte el mal efecto que pudieron causar en el ánimo de los lectores. Para esto ha apelado al medio mas sencillo y expedito, y al mismo tiempo muy honroso á la rectitud de sus intenciones, publicando en los periódicos una solemne retractacion de cuanto habia dicho.

Conócese que el doctor Newman sentia no leves escrúpulos al permitirse tan destempladas expresiones contra la Iglesia romana; y es curioso el oirle cuando nos explica con cándida sencillez lo que á la sazon pasaba en su espíritu. «Si me preguntais cómo puede permitirse un simple individuo pensar y mucho menos publicar semejantes cosas, sobre una comunion tan antigua, tan extendida, y

que ha producido tantos santos, responderé con el mismo lenguaje de que me valia entonces para mí mismo, cuando me decia: «las palabras que yo publico no son mias, »yo no hago mas que seguir las opiniones de los teólogos »de mi iglesia, quienes sin exceptuar ni aun los mas dis»tinguidos y mas sabios, han hablado siempre contra Ro»ma en términos extremadamente violentos; yo deseo »adoptar su sistema; cuando repito lo que ellos han dicho »estoy en toda seguridad, pues que en nuestra posicion »el abrazar sus miras es cosa poco menos que necesaria.»

«Tengo tambien, continua el doctor Newman, razones para temer que este lenguaje pueda ser atribuido en gran parte á un carácter ardiente, y á la esperanza de ver mi conducta aprobada por personas que respeto. Además, queria al mismo tiempo ponerme á cubierto de la nota de *romanismo.*»

Las palabras que preceden no necesitan comentarios, mayormente cuando se sabe que este hombre no se ha convertido todavía al catolicismo; mientras hace estas confesiones tan consoladoras, oímosle que dice, que no entiende por esto retractar lo que ha escrito en defensa de la iglesia anglicana. Tal vez nos engañamos, pero nos parece columbrar aquí algunos indicios de vastos designios de la Providencia. Los enemigos del catolicismo siguiendo su acostumbrado sistema de difamacion y calumnia, se empeñan en presentar los triunfos de la religion verdadera como resultado de sórdidas intrigas, ó efectos de un fanatismo desatentado. Si la Inglaterra se hubiese convertido repentinamente, hubiérase dicho á no dudarlo, que no mediaba el dedo de Dios, que no debia atribuirse á la gracia el prodigioso acontecimiento, sino que era necesario buscar su orígen en miras y combinaciones políticas, que con mas ó menos especiosidad se hubieran indicado desde luego, dejando al porvenir la aclaracion de lo demás que se habria supuesto oculto entre las sombras. La Providencia ha querido que las cosas marchasen por otro sendero: se hubieran atribuido las conversiones á la

influencia política, y Dios ha mantenido tan separados estos extremos, que léjos de aliarse han vivido enemistados. Se hubiera dicho que el cambio se habia verificado por medio de sorpresa, que los ánimos no habian podido prepararse, que el tiempo no habia madurado las cosas, y que por tanto las nuevas convicciones se resentirian de la precipitacion con que habian sido concebidas; y Dios ha querido que el tiempo demandado trascurriese en abundancia, que despues de siglos de error y de fanática exaltacion, comenzase la saludable mudanza, primero calmándose los ánimos, cediendo de su primitiva irritacion, examinando con menos parcialidad é injusticia la causa de los católicos, y llamando al tribunal de una razon ilustrada las calumnias de que se los agobiaba; que en seguida se pasase á investigar los motivos que se habian tenido para separarse de la Iglesia romana, y que se palpase la sinrazon de un cisma que solo han podido sostener las imposturas de los interesados en prolongarle; y que en fin ora por abiertas conversiones, ora por confesiones mas ó menos explícitas, se anduviese propagando la doctrina católica, preparándose el afortunado dia en que, segun la expresion de un grande escritor, la Inglaterra se hará católica, y deshecho tambien el cisma de Oriente, la Europa asistirá al Te-Deum que se cantará en Santa Sofía.

Ved lo que está indicando la célebre universidad de Oxford, lo que nos está diciendo la escuela de Pusey, lo que nos está revelando la notable retractacion del doctor Newman. Las palabras, las ingenuas confesiones del distinguido escritor, nos hacen asistir á una conversion sosegada, lenta, en que la Providencia se complace en manifestar la trasformacion que se va realizando en los espíritus con el auxilio de las luces y de la gracia. En efecto: notamos en primer lugar, que el doctor Newman al escribir sus invectivas contra la Iglesia católica, al llamarla iglesia perdida, apóstata, y de la cual era necesario huir como de la peste, siente ya en el fondo de su alma una voz que está clamando contra tanta injusticia; puede apenas

sosegar su espíritu agitado por un vivo remordimiento, viéndose precisado á apoyarle en la autoridad de los hombres mas *distinguidos de la iglesia anglicana, quienes al hablar de la Iglesia católica se han expresado con la mayor violencia.* Es decir que el doctor no se sentia ya con bastantes fuerzas para atacar por sí solo la Iglesia romana, ya no estaba seguro de lo mismo que decia, sus convicciones eran tan débiles que habian menester el sosten de la autoridad ajena. Además, ya no procedian de lo íntimo del alma, ya no eran la expresion del pensamiento, eran un medio para congraciarse con las *personas á quienes respetaba, y para precaver la tacha de romanismo.* Malo como era semejante proceder, anunciaba no obstante que la obstinacion no tenia asiento en el ánimo del escritor, que sus ojos comenzaban á abrirse, que la luz de la verdad descendia del cielo sobre su cabeza; y que Dios al permitir su extravío, no queria sin embargo dejarle en aquella horrible tranquilidad, que disfrutada en medio del mal, es señal funesta de que el nombre del culpable está borrado del libro de la vida.

La retractacion que acaba de hacer el doctor Newman, de las proposiciones vertidas contra la Iglesia católica, tiene mas peso en la actualidad, que si lo hubiese verificado despues de su conversion que con tan fundados motivos esperamos. Si un paso semejante lo hubiese dado despues de abrazada decididamente la fe de la Iglesia romana, seria una consecuencia muy legítima de su cambio de religion, y quizás no ofreceria tan abundante pábulo de sérias reflexiones á los que están observando la marcha de los espíritus. Un hombre que se acabe de hacer católico, natural es que manifieste profundo respeto á la verdadera Iglesia, y que repruebe lo que antes habia aprobado. Pero un protestante, que permaneciendo todavía en su falsa secta, retracta lo que ha dicho contra la Iglesia católica, y lo retracta de una manera pública y solemne, es el espectáculo mas raro que en este género pueda ofrecerse, es una clarísima señal de que la verdad se va abriendo

paso al través de todos los obstáculos, y que la Providencia va adelantando su admirable obra por caminos incomprensibles al hombre.

Y esta resolucion del doctor Newman es de tanta mas importancia, cuanto que atendida la situacion de los espíritus en Inglaterra, no podrá menos de acarrearle un diluvio de insultos y sarcasmos por parte de los protestantes, que vivamente alarmados del progreso del catolicismo en aquel país, y de las buenas tendencias que se manifiestan en la escuela puseista, claman con la mayor violencia contra los males que están amenazando á la iglesia anglicana. Se ha trabado ya una ardiente lucha sobre este punto; y los escritos contra los católicos y los puseistas se derraman con gran profusion para atajar la corriente de las sanas ideas, que de tal modo perturba el reposo de los discípulos del error. Entre los muchos folletos publicados últimamente, se nota uno que merece ser copiado por lo que dice y por lo que deja entender. Lo insertamos tal como lo hemos visto en periódicos extranjeros: «Miembros de la Iglesia: llamamos seriamente vuestra atencion sobre una confesion hecha recientemente con respecto al verdadero objeto que se propone el partido cismático, que de algun tiempo á esta parte ha perturbado y dividido de una manera tan lamentable la iglesia nacional. Este manifiesto se encuentra en el British Critic. número 59, p. 45. Hélo aquí:

«Nosotros debemos separarnos mas y mas de los principios, si tal nombre merecen, de la Reforma inglesa.»

«El que lee, entienda; en vano se para la red á la vista de las aves.»

Continúa el celo protestante recomendando la circulacion de dicho folleto, el que se halla de venta en todas las librerías de Lóndres, á razon de un schelling cada cien ejemplares, para hacer frente de esta manera y á favor de la baratura, á las tentativas de *los agitadores eclesiásticos, que no se avergüenzan de comer el pan de la iglesia protestante mientras trabajan para arruinarlo.* Manifestando finalmente en cuánto apuro se halla la causa del error, exclama el

autor del folleto: «Dios, en su misericordia, conserve entre nosotros la verdadera religion protestante.»

Échase de ver la indignacion con que se levantarán contra el doctor Newman los sostenedores del anglicanismo, y que agotarán el diccionario de injurias de la rencorosa Reforma, para presentarle á los ojos del público con los mas negros colores. Pero Dios, cuya gracia le ha dado fuerza bastante para dar en el camino de la verdad un paso tan costoso, se la otorgará tambien para sufrir con resignacion los insultos que se le prodiguen, preparando poco á poco su espíritu para que se decida de una vez á abrazar la fe de esta Santa Iglesia, á cuyo seno el Señor le está llamando con tan patentes señales. Entre los que participan de las ideas puseistas, la resolucion del doctor Newman ha encontrado muy lisonjera acogida, y hasta se añade que ese acto tan recomendable hallará bien pronto imitadores. Ya que la infinita misericordia sufre tan benignamente las dilaciones y la indecision de esas ovejas extraviadas, sufrámoslo tambien nosotros; aguardemos con paciencia el dia de bendicion en que brillará con toda claridad á sus ojos la luz divina, y entre tanto oremos por ellos, como están orando los católicos de aquel país, y de otras partes, para que el Señor se digne consolar su Iglesia con la conversion de tantos desgraciados, tanto mas dignos de compasion, cuanto han nacido en un reino envuelto en las tinieblas del error, y donde las preocupaciones contra la fe católica habian echado mas profundas raices. No preguntemos por qué tarda tanto el cumplimiento de nuestros deseos y esperanzas: ¿qué es el hombre para pedir cuenta á Dios?

La retractacion del doctor Newman nos ofrece un modelo que debieran imitar todos los católicos que, habiéndose deslizado en algun error ó permitido expresiones mal sonantes, han podido escandalizar á los sencillos, poniendo quizás en peligro su fe, ó disminuyendo el respeto que deben profesar á la Iglesia. Si Newman, todavía protestante, que declara expresamente no ser su ánimo el cam-

biar de comunion, reprueba de una manera pública y solemne las expresiones vertidas contra la Iglesia romana, no porque esté ya adherido á ella, sino por conceptuar injustos los cargos que le habia hecho, y calumniosas las calificaciones con que la habia ofendido; ¿con cuánta mas razon deberán los verdaderos católicos proceder con mucho cuidado en desfigurar la historia eclesiástica, desencadenándose contra los sumos Pontífices y contra la Sede Romana ó contra el cuerpo del Episcopado en general? Por desgracia no siempre se anda en estas materias con el tiento debido, y libros existen de autores que se apellidan católicos, y á quienes nosotros no negaremos tampoco este título hasta que la Iglesia se lo haya tambien negado, que se expresan con tanta desenvoltura en estas materias, que difícilmente pudiera creerse que fuera autor católico quien no ha reparado en consignar semejantes palabras en sus escritos. Y no pretendemos por esto que al examinar la historia de la Iglesia, se proceda con parcialidad, ni se dispensen elogios á quien no los merezca, ó se trate con excesiva indulgencia al que de ella se haya hecho indigno por su conducta; pero si es bien claro, que al tratarse ciertos puntos delicados, no asienta bien á un hombre que se apellida hijo de la Iglesia, el desatarse en invectivas contra este ó aquel Pontífice, esta ó aquella clase. Conviene recordar que sin faltar en nada á la verdad histórica, sin torcer la rectitud del juicio, y hasta sin escasear el correspondiente vituperio de las malas acciones, cabe emplear cierto lenguaje en que se trasluzcan á un mismo tiempo el amor de la verdad y el celo de la justicia, hermanados con el cuidado de conservar el decoro y buen nombre de la Iglesia; cabe emplear cierto lenguaje en que se conozca que al narrar los excesos, al exponerlos á la reprobacion pública, se cumple con un deber doloroso, como el hijo que se ve precisado á confesar la ignominia de su padre. Los que conocen estas materias juzgarán si es oportuno lo que ácabamos de indicar. El curso de los acontecimientos ha puesto demasiado en claro los resultados de

semejante conducta para que sea excusable nadie que en adelante la siga. Hubo un tiempo en que algunos católicos poco avisados, ó seducidos quizás por el prurito de hablar con entera libertad manifestando un espíritu superior á las preocupaciones vulgares é inaccesible á la lisonja, pudieron creer que no era mucho el daño que ocasionaban, dando á luz escritos que sin reparo habrian podido adoptar como suyos los protestantes y los incrédulos. Pero en la actualidad la situacion se ha aclarado de tal manera, se ha manifestado con tanta evidencia cuál era el blanco de los que aplaudian estrepitosamente estas publicaciones, que la falta de circunspeccion es un verdadero delito á los ojos de Dios.

Es ya muy consolador para un ánimo fiel y piadoso, el observar que se van convenciendo de estas verdades todos los hombres de intenciones leales y sinceras. Fíjese la atencion sobre el lenguaje de los escritores católicos, y se notará que se van desviando del errado camino de insistir demasiado sobre ciertos puntos en los que les parecia desahogar inocentemente su celo, cuando en realidad contribuian al descrédito de las instituciones mas augustas, y por tanto dañaban gravísimamente los intereses de la fe católica. Antes de los horrorosos acontecimientos presenciados en revoluciones recientes, habian llegado las cosas á un punto escandaloso; siendo difícil de concebir cómo se habia apoderado de los ánimos tan funesto prurito de exageracion y maledicencia.

Es menester desengañarse; si se declama mucho contra los Papas, al fin se vendrán á suscitar dudas sobre la legitimidad del Vicariato que ejercen; si se habla incesantemente contra sus pretendidas usurpaciones temporales y espirituales, al fin se llegará á poner en cuestion su primado de jurisdiccion y de honor. No ignoramos lo que á esto suele responderse, no desconocemos que los vicios y las faltas de un Papa nada tienen que ver con el pontificado; pero tampoco se nos oculta que cuando las cosas se llevan hasta cierto punto, hay distinciones que es mas fá-

cil hacerlas de palabra que de corazon, y que cuando nos hayamos acostumbrado á mirar á una serie de hombres con aversion y desprecio, no se nos hará difícil el atacarlos como Vicarios de Jesucristo.

Cuando ocurra calificar los procedimientos de este ó aquel Papa, cuando sea menester designar y condenar un abuso que en este ó aquel tiempo se hubiere introducido, quien sienta que su pluma destila amarga hiel, quien llevado por el celo indiscreto se exalte en demasía, y se deje arrastrar á expresiones exageradas, recuerde que un protestante nos ha dado el ejemplo del respeto con que debe hablarse de la Iglesia, y que no solo no ha tenido reparo en desaprobar su anterior conducta, sino que antes bien ha llegado á exponernos con la mayor sencillez los motivos que le hacian obrar de aquella suerte, sin callar ni aun aquellos en cuya ocultacion se interesaba vivamente su amor propio. Al reflexionar sobre la elocuente y saludable leccion que resulta de hecho tan singular como el que hemos consignado, ocúrrenos naturalmente aquella profunda sentencia de S. Agustin, á saber: que Dios es tan bueno, que no permitiria el mal, si del mismo mal no pudiera sacar un bien.

EL HUERTO DE GETHSEMANÍ.

I.

Estaba la noche en la mitad de su carrera: la luna despidiendo sus lúgubres resplandores, parecia en la inmensidad de los cielos la pálida antorcha de vasto panteon, donde reposan los restos de un poderoso monarca. Divisábanse acá y acullá en la azulada bóveda algunas estrellas cuya vibrante luz se eclipsaba de vez en cuando con el bri-

llo del astro nocturno; la ciudad de David, sus baluartes, sus encumbradas torres, sus alcázares, su templo, presentábanse confundidos en tenebroso grupo, cual fúnebres espectros que en las sombras desplegaran sus miembros de gigante. Los metales heridos por los rayos de la luna, relumbraban tal vez con algun reflejo, como feble llamarada que se exhala de la lobreguez de las tumbas, ó siniestro fulgor de acero blandido en las tinieblas. Las aguas del Cedron murmullaban sordamente, y los ecos del valle respondian al ruido: hubiérase dicho que los reyes enterrados allí despedian algun lamento desde la hondura de sus sepulcros.

II.

Con ala medrosa, leve airecillo osa sacudir apenas las ramas de los árboles; divísanse tres hombres en un grupo, que medio tendidos en el suelo, manifiestan dificultad de mantenerse velando. ¿Qué hacen allí? ¿son viajeros extraviados á quienes sorprendiera la noche en medio de su camino? ¿abrigaban quizás malvada intencion, acechando el momento oportuno de satisfacer una venganza, ó de acometer al desprevenido viandante?.... Mas allá, no muy léjos, cuanto alcanza el breve trecho de una piedra arrojada, descúbrese una sombra inmóvil..... Acercaos; veréisle en humilde compostura, hincado de rodillas, orando con fervorosa plegaria; pintado en su semblante el raudal de tristura y de dolor que inunda su angustiado pecho: su alma está triste hasta la muerte. Tiene á su vista el cáliz do rebosa la terrible justicia de un Dios indignado: el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Levanta al cielo sus ojos, y dirigiéndose al Padre celestial, con inefable ternura le dice: «Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya;» así dijo, y sumido otra vez en el silencio de la meditacion, apuraba ya en espíritu las acerbas heces del cáliz mas terrible.

III.

Entre tanto no olvida su amor á sus predilectos discípulos: se levanta, se les acerca, y reconviniéndolos con dulce cariño, les exhorta á que velen con él siquiera un momento: «¿Una sola hora no pudisteis vigilar conmigo?» Indulgente, se aparta el mansísimo Cordero, los deja que disfruten de reposo, mientras él para salvarlos tiene destrozado el corazon. Enderézase de nuevo al punto escogido, y comenzando otra vez la sentida plegaria, invoca á su Padre celestial para que aparte si es posible el formidable cáliz. Y otra vez se les acerca, y los encuentra tambien dormidos; y dejándolos, torna de nuevo á orar, para que pase de él, si es posible, el amargo cáliz; pero de tal manera, que no se haga su voluntad, sino la de su Eterno Padre.

IV.

¡Qué pensares tan dolorosos ocupan su mente! ¡qué agobio tan angustioso oprime su pecho! ¡qué congojas de mortal agonía despedazan su alma, pues copioso sudor de sangre baña el sacro rostro y corre en arroyo hasta el suelo! ¡Ay! que está viendo del Gólgota la horrorosa cumbre, y la afrentosa muerte del madero, y la burla del soldado, y el escarnio y feroz insulto del desapiadado fariseo! ¡Ay dolor! y está viendo tambien las angustias de una Madre amorosa, que sin alivio, sin consuelo, sin amparo, andará confundida entre las oleadas del numeroso pueblo, oyendo los furiosos alaridos de una plebe sedienta de sangre! De una Madre que está oyendo el ruido de las armas y el sonar de las trompetas, y sufriendo el brutal empujon del fiero satélite que con desprecio y altivez le veda acercarse al Ajusticiado! Marcha á morir, á padecer el último tormento; pero ya conserva apenas la figura de hombre; no tiene parte sana, desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza. Le desnudan, dislocan sus huesos de

manera que pudieran contarse; echan la suerte sobre sus vestidos, le retan á que descienda de la cruz y se salve.....

V.

Pero ¡ah! que no son únicamente los dolores que va á sufrir su cuerpo lo que llena hasta rebosar el terrible cáliz de amargura. El porvenir preñado de infaustos sucesos, negro como nube tempestuosa, prometiendo todavía triunfos al infierno, merced á la ceguera y perversidad del hombre, se despliega con toda claridad á los ojos de Jesus; y la luz divina que penetra hasta lo mas hondo de aquella oscuridad, sirve á presentar en toda su viveza la ingratitud y los crímenes que desperdiciarán para tantos y tantos el infinito precio del rescate pagado con la sangre de un Dios.

VI.

¿Veis cual destrozan la túnica inconsútil las sacrílegas manos de un soberbio, que con vano cavilar atenta contra el cielo, blasfemando de aquella *Generacion* que la lengua del mortal no *puede narrar*, de aquel Verbo que era ya en un principio, y estaba ante Dios, y era Dios, por quien se han hecho todas las cosas? ¿no veis como en la astuta maraña se encuentra enredado el mundo entero, y asombrado del error en que ha caido, se apesara y gime? ¿no veis como beben el mortífero veneno numerosos pueblos llamados á la luz de la verdad, preparando larga serie de desastres á la Esposa del Cordero? De entre los escombros de escuelas pulverizadas renacen como pestíferos insectos los febriles delirios que en su fiera altivez apellidara el hombre prodigios de concepcion vasta y elevada: el Hijo de Dios padece y muere para iluminar y salvar el mundo; y la vanidad, y el orgullo, y la ambicion se conjuran para hacer inútiles tanta dignacion y misericordia!.....

VII.

Allá en la ilustre Bizancio, inmortalizada por Constantino, está mirando al hombre de perdicion que vano de su saber ostenta los dones que le otorgara el cielo. En la cátedra de almo templo, revestido con pomposa magnificencia, enarbóla el estandarte del cisma, arrastrando gran tropel de pueblos que, extraviados por la señal pérfida y deslumbradora, desoyen las amonestaciones y consejos que les dirige la Cátedra de la ciudad eterna. ¡Oh! ¡quién fuera capaz de concebir el profundo y agudísimo dolor que atormentaria el corazon del Salvador del mundo, al contemplar tal cúmulo de males, al sentir en un momento toda la fuerza del daño causado en el trascurso de largos siglos! ¡quién mirara con él, tanto orgullo, tanta blasfemia, tanto error é insensatez, tanta ilusion y seduccion, tantos medios, tantos afanes y fatigas para perder millones de almas! ¡quién considerara la vanidad, la disipacion, la corrupcion, el fraude, la violencia, la injusticia, los odios, las venganzas, reinantes todavía entre los cristianos; ellos que se glorian de no haberse apartado de los muros de la Jerusalen militante para abrazar las profanaciones de las gentes!

VIII.

¡Ay! aparta tu vista, que bastante sufriera ya tu pecho; no los mires; del Occidente desvia tus ojos; no contemples cual rompen con desprecio tus leyes mas sagradas, cual despedazan de tu Esposa el seno, cual ¡ingratos! olvidan hasta el ternísimo recuerdo de amor que á los humanos dejaste en la víspera de tus tormentos y de tu muerte. No contemples cual dispersan tu rebaño lobos rapaces; cual en nombre tuyo siembran entre hermanos discordia horrible; cual á cien pueblos incautos el mortal veneno propinan, preparando dias de luto y llanto.

IX.

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo, sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? nó: que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portento un hermoso grupo que semeja la peana del celeste mensajero. Debilísimos reflejos despide la vision maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la mision tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo, cuando hincada la rodilla, se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios; ya le habla; ¿qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retírate, mantente léjos..... no oses escuchar las palabras que articula el mensajero divino, al proponerse confortar al que criara al mensajero y el mundo.....—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente á 1.° de mayo de 1843.)

SITUACION DEL CLERO ESPAÑOL

Y URGENTE NECESIDAD DE UN CONCORDATO.

ARTÍCULO 2.° Y ÚLTIMO.

Dijimos en el número anterior, que era conveniente separar en cuanto posible fuese, las cuestiones eclesiásticas de las políticas; y que era muy arriesgado el asentar por inmutable base, la necesidad de aplazar la resolucion de las primeras, hasta que las segundas estuviesen decididas en todas sus partes. Las razones que á esto nos inclinan están ya expuestas; y reasumiéndolas en dos palabras pueden reducirse á que no existe una necesaria dependencia entre estas dos cuestiones: que las políticas podrian prolongarse indefinidamente, y llevan visos de no tocar todavía á su fin; que la misma resolucion de las políticas no fuera una segura garantía de la satisfactoria resolucion de las eclesiásticas; que en esto podríamos tener adversarios en lo interior, y recibir dañosas influencias de lo exterior.

Ha llegado el abatimiento del culto y clero á un punto tan alarmante, es tal la complicacion que se ha formado

en los negocios eclesiásticos, son tantos y tan varios y tan difíciles los asuntos que se han de arreglar, que ya se ha hecho imposible salir de situacion tan apurada, sin mediar la autoridad pontificia, sin preceder un amistoso acuerdo con la Santa Sede. Mírese la cosa bajo el aspecto que se quiera, dése rienda suelta á la imaginacion, entregándose á las suposiciones mas caprichosas, prescíndase, si place, de los intereses de la religion misma, atendiendo tan solo á las miras de conveniencia pública; no hay tranquilidad posible para las conciencias, ni seguras garantías de una paz sólida y duradera, sin el restablecimiento de las relaciones con la corte de Roma. Esto no es simplemente la expresion de los deseos de un espíritu católico; es, además, un pensamiento social y político, cuya realizacion reclaman de consuno las necesidades mas apremiadoras y urgentes que afligen nuestra desgraciada patria; pensamiento que ha servido de guia á las naciones católicas cuando han tratado de repararse de dilatadas catástrofes; pensamiento que concebido y ejecutado por Napoleon á pesar de los murmullos de los volterianos y de otros enemigos de la Santa Sede, sirvióle admirablemente para restablecer y asegurar el órden en Francia, para calmar la irritacion de los ánimos é inclinarlos á la concordia, levantando de esta manera el robusto pedestal desde el que sojuzgó la revolucion é impuso respeto á todas las potencias de Europa. Tan pronto como se desvió de esta línea de conducta, empezó su decadencia. Si esto se verificó en Francia, ¿qué no sucederia en España, donde la religion católica se conserva todavía con tanta fuerza, donde la inmensa mayoría no ha participado aun de las ideas impías?

Es por consiguiente de la mayor importancia que todos los hombres amantes de su patria aunen sus esfuerzos para que se calme la irritacion que en este punto se habia introducido; haciendo de manera que los gobiernos, sean cuales fueren sus ideas en política, vayan participando del mismo espíritu que se observa en la sociedad; el cual con-

siste en que la inmensa mayoría de la nacion desea vivamente la reconciliacion con la Silla de Roma, y el resto, aunque poco ocupado de los intereses religiosos, lo desea tambien, para asegurar la tranquilidad de las conciencias, afianzar el órden público, y acabar de una vez con esa série de altercados, que solo sirven á nutrir la discordia, y á perpetuar el predominio de pasiones y rencores que debieran haberse olvidado para siempre.

A los que juzguen que lo que estamos escribiendo son meras utopias, que solo tienen posible su realizacion en los deseos del escritor y en su anhelo para que la religion salga de la penosa situacion en que se encuentra, les recordaremos el ejemplo de América, donde las cuestiones políticas se han separado de las eclesiásticas, donde á pesar de la anarquía de las guerras civiles y hasta de las pretensiones de los monarcas de Europa, se halla afianzada la unidad católica, y en buen pié las relaciones de los gobiernos con la cátedra de San Pedro. ¿Qué seria de la religion en América, si los asuntos eclesiásticos se hubiesen vinculado con las cuestiones interiores y exteriores, de manera que no se hubiesen restablecido las relaciones con la Sede Apostólica hasta haberse decidido cuál habia de ser la forma de gobierno que en definitiva debia prevalecer, cuál el partido que debia dominar, cuál el resultado de las negociaciones con los gobiernos de Europa al efecto de alcanzar el reconocimiento de la independencia? Estas cuestiones no se han resuelto todavía completamente; y si á este paso hubiera debido caminar la cuestion eclesiástica, no estarian ahora las repúblicas de América enviando á Roma sus embajadores para alcanzar del Padre Santo colonias de misioneros, con la mira de fecundar de nuevo aquella tierra que tiene sed de verdad, y que no se la puede proporcionar cual desea, por falta de operarios que le suministren la divina palabra.

No desconocemos que la situacion social y política de España, por lo tocante á lo interior y exterior, es muy diferente de la de las repúblicas de América; pero no por

esto deja de ser verdad, que es tal la complicacion de nuestros negocios, que bien posible seria que al fin se haga necesario prescindir aquí, como se hizo allí, de las cuestiones políticas en el arreglo de las eclesiásticas.

Preciso es no perder de vista que la religion católica tiene en España bastante vigor para sostenerse por sí misma, sin que haya menester como auxiliares indispensables, las ideas y los intereses políticos de ningun partido. La Providencia se ha dignado manifestarlo de una manera admirable; Dios se ha complacido en hacernos palpar, que para conservar su obra no necesitaba de nuestro débil concurso, que le bastaba su omnipotencia. Véase lo que nos enseñan los acontecimientos que hemos presenciado, y dígase si no ofrecen un cúmulo de graves reflexiones á un espíritu que contemple las cosas bajo un punto de vista religioso. ¿Dónde están los auxilios materiales con que haya podido contar la Iglesia de España de muchos años á esta parte? ¿dónde el escudo humano que la haya cubierto contra los formidables golpes que ha tenido que sufrir? ¿dónde el valimiento de los partidos que le prometieron apoyo? Perdidos sus bienes, destruida su influencia política, contrariado su ascendiente sobre el pueblo, blanco de innumerables ataques, se ha encontrado sola, abandonada á todo el rigor de su suerte, sin mas esperanza que la misericordia del Dios, cuya fe proclamaba y cuya causa defendia. Y sin embargo, á pesar de tanto desamparo, á pesar de tantos enemigos, no ha perecido; consérvase todavía en medio de la sociedad; y sus mismos adversarios se llenan de asombro al contemplar cual sale radiante y pura de en medio de tan amargas tribulaciones.

Infiérese de lo dicho, que la fuerza de la religion católica en España es muy superior á la de todos los partidos políticos; y que ninguno de ellos puede gloriarse de que sin su apoyo y auxilio esté necesariamente condenada á perecer. Con lo que se manifiesta mas claro, que no es tan extraña la idea que hemos emitido, de la separacion de las cuestiones eclesiásticas y políticas, y de que las cosas pue-

den llegar á tal extremo, que bajo una ú otra forma se haga preciso resignarse á adoptarla.

Quizás sea mas hacedera esta separacion, de lo que algunos se figuran; pues que es evidente que se va realizando por sí misma, antes de que en ella hayan pensado los hombres. Al principio de la revolucion, las cuestiones eclesiásticas eran el caballo de batalla de los partidos; en todo entraba el clero, en todo figuraban sus rentas, en todo se mezclaban las desavenencias con Roma; en la actualidad sucede muy de otra manera; y si bien los mismos objetos se ofrecen á la vista todos los dias cuando se abraza el conjunto de la situacion, se conoce inmediatamente que no figuran como principales, y que no pocas veces, no tienen mas que un valor aparente y facticio, que les dan el interés y las miras de los partidos. Este fenómeno es muy natural: la revolucion destructora por esencia se ensañó contra todo lo que presentaba cuerpo y ofrecia algun cebo á las pasiones que ella representaba. En este caso se encontraba el clero: y así es que fué la primera víctima del empuje revolucionario. Pero las circunstancias han variado completamente; las comunidades religiosas han desaparecido, sus bienes se hallan en buena parte en manos de nuevos poseedores, y sus individuos andan dispersos, ó peregrinando en país extranjero, ó viviendo en su patria en la oscuridad y en la miseria. El clero secular ha sufrido tambien dolorosos quebrantos, no tan solo con la supresion del diezmo y con la incorporacion de sus propiedades al erario, sino tambien por el abatimiento á que le llevara el ascendiente de las nuevas ideas, el cambio del sistema político, la falta de sus pastores, el decremento del número de sus individuos, la falta de medios para procurarse la instruccion correspondiente, la imposibilidad de repararse con nuevos ordenados, y los cien y cien contratiempos y humillaciones que ha tenido que sufrir durante los calamitosos y turbulentos años que hemos atravesado. Ha resultado de aquí, que la revolucion no ha visto ya en el clero, ni un enemigo que abatir, ni un opu-

lento que despojar; y por lo mismo enderezando sus miras á otros puntos, á ellos ha dirigido sus golpes cuando le ha sido posible, y sus dicterios y amenazas cuando para mas no se ha sentido con fuerza.

Es digno de notarse el curso que en este particular han seguido las ideas y los acontecimientos. Luego de la muerte del Rey, al comenzar la guerra civil, cuando se temia que la generalidad del clero no se abalanzase á la causa de D. Cárlos, y estaba muy reciente el antiguo órden de cosas, mostraron cierta antipatía contra el clero todos los matices mas ó menos subidos del partido liberal; creemos que nadie lo habrá olvidado; pero si álguien llevase á mal nuestro aserto, le remitiremos á los periódicos de la época y á los hechos del gobierno y de sus subalternos. Arreciando la revolucion, enardeciéndose la guerra, y presentándose la situacion de una manera muy distinta de lo que se habia esperado, comenzó á cejar una parte considerable del partido liberal, y á manifestar simpatías que antes no se le habian conocido. Anduvieron en aumento estas simpatías, á medida que la division entre los liberales se hacia mas fecunda; siguiendo en progresion ascendente con notable rapidez, segun en sentido opuesto se desenvolvia con mas fuerza el elemento revolucionario. No sabemos si se ha parado bastante la atencion en este movimiento, que mas ó menos se verifica y debe verificarse en todos los países colocados en situaciones semejantes; pero á quien no recordare cuáles han sido las sucesivas trasformaciones que en esta parte se han presenciado, le aconsejamos que recorra las sesiones de Córtes del año 35, 38 y 40. Tres épocas en que dominó el mismo partido, y en que por los mismos ó por distintos órganos, pudo manifestar sus ideas, sus instintos, sus medios de gobierno. En el año 35 era poca la distancia que separaba los dos partidos; atrevíanse apenas á confesar diferencia en las doctrinas, ni divergencia en el objeto; solo disputaban sobre los medios, la cuestion era únicamente de oportunidad; en el año 38 se habian alejado ya mucho mas; y en el año 40

difícilmente se hubiera podido señalarles algunos puntos en que estuvieran de acuerdo. De donde ha resultado, que el partido conservador ha ido apartándose de la escuela en que mas ó menos se habian formado sus principales individuos; hallándose por fin en tal situacion, que léjos de mostrar contra el clero ninguna antipatía, se ha declarado su ardiente defensor, dejando entrever que no se desdeñaria de contraer con él una verdadera alianza.

Por lo que toca al partido opuesto, abrazando en él todos los matices mas subidos del partido liberal, tambien son notables las variaciones que ha ofrecido con respecto al clero. En el año 35, colocado á la cabeza del arranque revolucionario, dirigia sus esfuerzos contra la existencia del clero regular, y contra las propiedades y el poderío del secular; como que en esto veia un recuerdo de lo pasado y un obstáculo á las innovaciones en el porvenir. En el año 37 cuando destruidas ya las comunidades religiosas, y quebrantada la influencia del clero secular, la revolucion triunfante no veia delante de sí un adversario temible, contentábase con apoderarse de sus propiedades, sin valerse ya de aquel sañudo lenguaje que poco antes empleara. Ya en las Córtes constituyentes se pronunció por uno de los principales prohombres de este partido, un notable discurso en favor de la unidad religiosa, que indicaba el nuevo curso que iban tomando las ideas. Posteriormente, y dejando aparte la cuestion de las propiedades en que la naturaleza del asunto debia ofrecer un carácter especial, por mas esfuerzos que se hayan hecho no se ha podido recabar que la revolucion propiamente dicha, escogiese al clero por blanco de sus ataques. Todo cuanto se ha visto en esta parte ha sido facticio, no ha sido popular, no ha participado de aquel calor que en un círculo mas ó menos extenso se veia en el año 35; no parece sino que la revolucion ha dicho: «los que quieren atizarme contra el clero, tratan de distraerme; yo me complazco en derribar al poderoso, y el clero ya no lo es.»

A este propósito es sumamente digno de observarse lo

que sucedió con el proyecto del señor Alonso. Prescindamos de cuál seria la mira del señor ministro en arrojar en medio de la nacion esa tea incendiaria; dejemos aparte, si efectivamente abrigaba la idea de captarse popularidad, halagando las ideas revolucionarias, y mostrando que el gobierno se proponia marchar á la cabeza del movimiento arrojándose de golpe á los últimos extremos en las materias mas delicadas; pero de cierto que si tal fué su intencion, halló un amargo desengaño, así en la prensa como en la tribuna. Donde no encontró oposicion el malhadado proyecto, fué recibido con frialdad, con indiferencia; y la mas suave leccion que alcanzó el desacuerdo del ministro, fué el silencio. Este fenómeno es grave, gravísimo, sumamente significativo, pues que indica la situacion de las ideas, y que toda tentativa de cisma no encontraria el apoyo que algunos creen, ni en el mismo elemento revolucionario. Desde los acontecimientos del año 40, se han presentado desembozadamente en la arena política los partidarios de una libertad mas lata, llegando hasta el punto de proponer la abolicion de la monarquía y el establecimiento de la república; pues bien, esos nuevos campeones, á quienes de seguro no se puede aplicar el título de retrógrados, tampoco se han dirigido contra el clero, tampoco han mostrado particular tendencia á envenenar las cuestiones religiosas.

Esto demuestra la exactitud de lo que hemos observado, de que naturalmente, por el mismo peso de las cosas, va separándose la cuestion religiosa de la política; y que los partidos y las personas contendientes se inclinan á mirar aquella, como ajena á sus altercados y enconos. Y de esto nos alegramos sobremanera, porque así se logrará que ningun partido explote la influencia del clero en provecho de intereses mezquinos, y los ministros de la religion podrán quedar en una posicion alta é independiente de que nunca deben descender. El clero en España no ha de perder nunca de vista esta verdad; y sus deberes y hasta su interés exigen, que sordo á los halagos como á las

amenazas no se prostituya jamás á las exigencias de ningun partido, que no se presente como instrumento de ambiciones de ninguna clase. Porque conviene no olvidar, que la influencia del clero, aun caido como está, es mucha, muy poderosa; y los partidos, que no carecen de sagacidad y prevision, no ponen en olvido este elemento con la idea de aprovecharle cuando les sea útil ó necesario.

Importa tanto mas que el clero siga esta conducta, cuando disueltos en la guerra y revolucion todos los partidos, han venido á parar en buena parte en facciones y pandillas, sin que se descubra ninguna que pueda gloriarse de poseer un pensamiento verdaderamente nacional y que cuente con los medios para realizarle. Pero con la disolucion de los partidos no ha muerto la nacion; conserva todavía en su seno un fondo de vitalidad y energía; y observando atentamente el curso de las ideas y de los acontecimientos, se nota que se va rejuveneciendo aun en medio de los desastres y de ese marasmo en que actualmente se halla, presentando no escasas esperanzas de que volverá á recobrar un dia el puesto que le corresponde en el congreso de las naciones.

Las grandes ideas, que para su triunfo no han menester sórdidos manejos, ni mezquinos apoyos, deben reservarse puras, intactas, sin descender al inmundo fango de las pasiones, seguras de que la Providencia les tiene señalado en el porvenir la hora en que hayan de brillar de nuevo con todo su esplendor y hermosura. Y entre tanto no quedan estériles, obran todavía en el corazon de la generalidad de los españoles, y su influencia es tanto mas eficaz, cuanto se ve con toda claridad que sacan de sí mismas toda la fuerza, que no la mendigan á los gobiernos, que no la obtienen de los recursos materiales, pues que se ven obligadas á ejercer su accion en medio de la pobreza y del abandono de la clase que las representa.

Tan profundamente convencidos estamos de estas verdades, y de que las ideas religiosas no deberán su triunfo á combinaciones políticas, que antes bien esperamos, que

si la lenta reaccion que decididamente se ha manifestado en su favor, fuese secundada por una medida que tranquilizando las conciencias, hiciese desaparecer de una vez todos los temores del cisma, proveyese á las iglesias de pastores, fijase definitivamente la suerte del clero, y restableciese en todos los puntos la buena armonía con la corte de Roma, podria esta reaccion aprovechar sobremanera para calmar la irritacion política, conciliar los ánimos, y preparar un desenlace pacífico al gran drama que estamos presenciando. Porque, no se curan los males de una nacion con golpes de Estado, no se cierra la sima de las revoluciones con reacciones violentas, no se cambia la situacion social de un pueblo con una intriga diplomática ó con un meditado protocolo, no se allanan como por encanto todos los obstáculos, ni se salvan todos los inconvenientes, ni se sueltan todas las dificultades con la mayoría de un monarca, ó con su casamiento; el mal que tiene causas profundas, necesita duraderos y eficaces remedios; lo que trae su origen del estado social de un pueblo no se muda por un simple cambio de personas.

Encarados unos con otros los partidos, librándose reñida batalla en el campo de la discusion, no sin riesgo una que otra vez de llegar á las manos, no suelen expresar con toda franqueza sus principios y sus proyectos, porque están recelosos de que los adversarios no tomen acta de las palabras, sacando de ellas consecuencias que pudieran perjudicar la causa que respectivamente defienden. Pero si fuera posible oir á los prohombres de todos ellos, formulando cada cual su sistema de gobierno, y manifestando cándidamente la mayor ó menor confianza que del buen éxito alimentan, á buen seguro que no se encontraria ese tono decisivo que parece indicar una inalterable certeza de los principios y una firme seguridad de alcanzar felices resultados. Todos andarian perplejos, vacilantes, todos participarian de esa incertidumbre, de esa ansiedad sobre el porvenir, que todo el mundo siente, aun cuando sean muchos que no acierten á darse razon de sus causas.

No es la política la que ha de salvar la religion, antes bien la religion ha de salvar la política; y bajo este supuesto deben caminar todos los hombres leales y concienzudos que de una ú otra manera pueden influir en los destinos de la nacion. Cuando los pueblos han llegado á la triste situacion en que se encuentra el nuestro, es necesario obrar sobre ellos por medios mas eficaces que los suministrados por la política. Véase como es esta la senda que sigue la parte mas escogida, la menos preocupada, la menos corrompida, la juventud; véase como en su aficion al estudio, en su alejamiento del bullicio político, en su templanza precoz, está dando una leccion severa á los hombres que en edad mas provecta la están escandalizando con sus doctrinas disolventes, con sus máximas de desgobierno, con sus odios, rencores y venganzas; véase como esta juventud se está preparando en silencio para una nueva era que mas bien presiente, que prevé; y como apartada de todos los partidos, ó mas bien despreciándolos, les deja que se la apropien, reservándose desmentirlos solemnemente el dia que se encuentre llamada á hablar y obrar.

Que los hombres sedientos de oro y de mando continúen disputándose el poder cubriéndose con este ó aquel distintivo, que las pasiones políticas prosigan revolviéndose en la arena que les es propia, tan manchada ya con lodo y con sangre; pero al menos que se extienda, que se generalice por la nacion la idea de que conviene, de que urge pensar seriamente en separar la cuestion religiosa de la política, de que es altamente dañoso el mirar aquella como un apéndice de esta, y de que tan léjos está la primera de ser dominada por la segunda, que antes bien ella prepondera sobre todas las demás, y su resolucion podria quizás conducir á un desenlace suave y venturoso.

Lo repetimos, alimentamos pocas esperanzas de que por ahora nuestras palabras produzcan ningun fruto; y tal es la situacion de las cosas que estamos bien seguros de que es poco menos que imposible que los negocios sigan un

curso diferente. Pero en el arrebatado torbellino que lleva revueltos los acontecimientos, son tantas las situaciones que pueden presentarse, que quizás en alguna de ellas podria aprovecharse alguna de nuestras indicaciones. Por lo mismo que ofrecen algo de singular, tememos que con el tiempo no sea menester apelar á algun medio mas ó menos análogo á los aquí apuntados; pues que tan anómala consideramos la situacion, tan negro el porvenir, que dudamos mucho que se desenvuelva sin sucesos extraordinarios; y nos quedaríamos agradablemente sorprendidos, si como esperan cándidamente algunos, todos nuestros males se hubiesen de remediar con el simple advenimiento de una época no muy lejana. No podemos participar de opinion semejante, pero envidiamos la dicha de los que se deleitaren con ese hermoso sueño.

No concluiremos este discurso sin insistir en lo que de suyo está indicando su título; á saber, que para remediar los males de la Iglesia de España no hay otro remedio, que el restablecimiento de las buenas relaciones con la Santa Sede, que un *Concordato*. Tal es la complicacion de los negocios, tales son las novedades ocurridas, que el concordato es absolutamente necesario: si álguien ha podido imaginarse que hay otro camino para salir del mal estado en que nos encontramos, se engaña lastimosamente; y todo proyecto basado sobre persuasion tan funesta conduciria la nacion á un abismo. No ignoramos del todo lo mucho que se ha disputado sobre las modificaciones sufridas por la disciplina eclesiástica en el negocio de la confirmacion de los obispos, no nos son enteramente desconocidas las cuestiones que sobre este particular se han ventilado entre los canonistas; pero sea de esto lo que fuere, no concederemos jamás, que pueda sobrevenir una extrema necesidad que legitime el proceder á dicha confirmacion sin la autoridad pontificia. Esto lo consideramos ilegal, injusto, subversivo de la disciplina general de la Iglesia, atentatorio á los derechos de la supremacia de la Sede Apostólica, y un medio seguro para dar principio al

cisma y hacer de la Iglesia española una Iglesia semejante á la anglicana. Y en efecto, cuando todas las naciones católicas del mundo reconocen en el Soberano Pontífice este derecho de confirmacion, cuando se ejerce aun en los países donde mandan gobiernos de otras sectas, cuando sean cuales fueren las discusiones que sobre gravísimos puntos han mediado entre los soberanos y los Papas, al fin siempre se ha venido á parar en reconocer este derecho, dejándole libre y expedito; ¿qué papel representaria una iglesia particular, que contra la disciplina de la Iglesia universal se propasase á darse obispos, haciéndolos confirmar por el metropolitano ó por otro, so pretexto de extrema necesidad? Desde entonces, ¿qué vínculo le quedaria que la enlazase con la Santa Sede? ¿dónde estaria la unidad? Una medida semejante, léjos de tranquilizar las conciencias, léjos de curar los males de la Iglesia, perturbaria mas y mas las primeras, y agravaria é irritaria los segundos, arrojándonos de golpe á una sima de la que no saldríamos sin un milagro de la Providencia. Estaríamos abiertamente en el cisma; sí, en el cisma; y no bastarian á variar la naturaleza del hecho, ni en sí ni á los ojos de la generalidad de los españoles, todos los recuerdos de antigua disciplina, todo el aparato doctrinal que tan fácil es ostentar en este linaje de materias.

Al tratarse del arreglo de los negocios eclesiásticos, y de las desavenencias con la corte de Roma, han hablado algunos de *necesidades extremas*, de *restablecimientos de la antigua disciplina*, de *confirmacion de los obispos por el metropolitano*, recordando hechos intempestivos, y permitiéndose indicaciones altamente dañosas. Lo hemos dicho y lo repetimos, no se trata de investigar cuáles son las modificaciones que sobre puntos semejantes haya podido sufrir la disciplina de la Iglesia, sino de saber cuál es la actual de la que no es lícito desviarse: no se trata de disputar sino de negociar; no se trata de traer á colacion particulares rencores ó resentimientos en los que nada tiene que ver el público, sino de buscar los medios á propósito para

tranquilizar las conciencias y asegurar sobre bases sólidas la paz de la nacion. Que no lo olviden los hombres que en adelante hayan de mediar en este gravísimo negocio; mientras no se eleven sobre esa esfera, que lo menos malo que tiene es ser mezquina, nada se conseguirá, no será posible dar un paso en el camino de la reconciliacion deseada.

Aun prescindiendo de los principios de dogma y de disciplina, aun dejando aparte el cisma, el evidente cisma en que se precipitaria la Iglesia española si consintiese la alteracion de la disciplina universal sobre el negocio de la confirmacion de los obispos; aun olvidando por un momento la afliccion que acongoja á todo espíritu católico á la sola idea de que pudiera intentarse un paso tan criminal; parécenos imposible que semejante medida ocurra como realizable á nadie que conozca medianamente la situacion de España. En efecto, suponed que se acomete la desatentada empresa, que se procede á la confirmacion de los obispos por medio de los metropolitanos. En primer lugar, ¿cuáles serán los metropolitanos que á tanto lleven su atrevimiento, que hasta tal punto prostituyan su conciencia, que de tal suerte arrostren la fea responsabilidad en que incurren á los ojos de Dios, de la Iglesia y de la nacion? ¿conoceis muchos metropolitanos, ni lo que se llama *obispos antiquiores*, que á esto se prestasen? Difícil es penetrar en el corazon de los hombres; solo Dios sabe lo que alcanzarian á recabar las promesas ó las amenazas; pero nosotros tenemos la firme conviccion de que fueran muy contados; y abrigamos la esperanza de que no se hallaria ni uno solo. Sí, ni uno solo; porque sean cuales fueren las doctrinas particulares que profese esta ó aquella persona, cuando se llegaria al caso de aplicarlas, cuando se alzaria la voz del Vicario de Jesucristo condenando el atentado y á los que de él se hiciesen cómplices, cuando de todos los ángulos de la nacion eminentemente católica se levantaria un grito de reprobacion y de horror, cuando la totalidad del clero, fiel á sus deberes, se resignaria al destierro an-

tes que hacer traicion á su conciencia, entonces, no lo dudamos, tambien se sentiria detenida la mano preparada para consumar el sacrilegio, tambien el hombre extraviado cejaria del camino de perdicion, y se reuniria de nuevo al redil de la Iglesia, si es que por algunos momentos en su corazon se hubiese apartado de ella.

Pero, demos por supuesto que no se verificase de esta suerte, y que además hubiese algunos hombres bastante obcecados para recibir la confirmacion de una mano cismática; ¿qué sucederia? Cuando se presentarian á las diócesis para regir una grey que no les fuera encomendada por el Espíritu Santo ¿cómo los mirarian los pueblos? ¿cómo se acatarian sus disposiciones? Ni los sacerdotes ni los fieles consentirian en rendir obediencia á un intruso, que sin mas mérito que su ambicion, ni mas títulos que los librados por potestades incompetentes, se sentaria en la cátedra episcopal, siendo de continuo una manzana de discordia y una piedra de escándalo. Y acaeciendo lo mismo no tan solamente en esta ó aquella diócesis, sino en casi todas las de España, pues son ya muy pocas las que no cuentan ó difunto ó ausente su legítimo pastor, ¿quién no concibe el desórden, la confusion, el caos que se introduciria por todas partes? ¡Cuánta turbacion de conciencias! ¡cuántos y cuán violentos esfuerzos para sostener la desatentada medida! ¡cuántas delaciones, cuántos procesos, cuántas persecuciones, cuántos desastres! Vano fuera hablar de *necesidades extremas*, vano recordar la antigua disciplina, vanos todos los preámbulos de los decretos en que se prescribiese la sumision á los intrusos, vanas todas las pláticas y pastorales y discursos de estos para convencer de su legitimidad; mil y mil plumas demostrarian la infraccion de los sagrados cánones, la subversion de la disciplina, el quebrantamiento de la unidad; mil y mil lenguas se emplearian pública ú ocultamente en combatir el funesto error; y el pueblo español, católico por ideas, por costumbres, por hábitos; este pueblo dotado por la Providencia de un admirable tino para discernir al lobo

aun cuando se cubra con la piel de oveja; el pueblo, repetimos, dirigiéndose á los falsos pastores les diria: «nosotros no sabemos de estas cosas tanto como vosotros; pero lo que no podemos ignorar es, que no os hemos visto entrar por la puerta; y quien por ella no entra, es un ladron, segun la enseñanza del Divino Maestro.»

Hé aqui los resultados que sin duda alguna acarrearia el arrojarse á resolver las cuestiones eclesiásticas sin la intervencion de la Santa Sede: hé aqui una perturbacion universal, profunda, duradera, á la que no seria dable ponerle término sino volviendo las cosas á su estado primitivo. Porque en vano esperan algunos que se pudiese consolidar entre nosotros el establecimiento cismático, formándose una iglesia separada á manera de la de Inglaterra; los tiempos han cambiado, el violentar las conciencias se ha hecho mas difícil, las circunstancias en que se encuentra la España en nada se parecen á las del reinado de Enrique VIII. Además, para mudanzas de esta naturaleza es preciso contar con la prevaricacion de una parte considerable del clero; solo de esta manera se consigue arrastrar numerosos partidarios del pueblo incauto, que extraviado traidoramente por sus guias, abraza la destruccion bajo el nombre de la reforma, y se entrega á la licencia apellidando libertad. Gracias á la infinita bondad del Todopoderoso, esto no se verificaria en España; y cuando lo decimos, no hablamos con ánimo de lisonjear al clero, ni con la mira de alentarle para las crísis que puedan sobrevenir; consignamos un hecho generalmente reconocido, y que la desgracia de los tiempos ha evidenciado hasta el mas alto punto, cubriendo de gloria á la Iglesia de San Leandro y de San Isidoro, consolando el corazon de todos los fieles del orbe católico, é infundiendo las mas legítimas esperanzas de que todos los sufrimientos que ha padecido esta escogida porcion de la sagrada grey, servirán para sacarla triunfante de todos sus enemigos, y prepararla mas y mas para cumplir la divina mision que le está encomendada.

Convénzanse de estas verdades todos los hombres públicos que fueren en adelante llamados al gobierno de la nacion, sean cuales fueren sus opiniones políticas, y hasta sus ideas religiosas, penetrándose de que este complicadísimo problema que aqueja y abruma á la nacion española no tiene otra solucion posible que un concordato. Y ya que desde luego se echa de ver el punto á que es necesario enderezarse, conviene caminar hácia él con sinceridad y buena fe, cuando se trate sériamente de poner término á los males de nuestro infortunado país.

Por de pronto, fuera de la mayor importancia, que todos los órganos de la opinion pública, sean cuales fueren sus diferencias políticas, se pusiesen francamente de acuerdo sobre este punto, asentando el concordato como una de las bases primordiales de los programas que vayan formulando. Han llegado ya las cosas á tal extremo, son tantos los desengaños y escarmientos que se han recogido, es tanto el cansancio que produce en los espíritus una situacion tan penosa, es tan profunda la conviccion que se han formado todos los hombres pensadores de que los asuntos eclesiásticos no pueden continuar en esta lamentable interinidad, sin resultar daños de gravísima trascendencia, es tan decidida la reaccion que del modo mas natural y espontáneo se está verificando en los ánimos hácia las ideas religiosas, que seria muy agradable á la inmensa mayoría, mejor diremos á la totalidad de la nacion, el que por medio de declaraciones francas, explícitas, terminantes, se manifestase la decidida voluntad de una reconciliacion con la Santa Sede, cerrando de esta manera la puerta á toda tentativa cismática. ¿Quién puede tener interés en oponerse á esa reconciliacion? solo cabe suponer tan maligna voluntad en quien se complazca en tiranizar las conciencias, en oprimir á un clero abatido y despojado, en ver como se desmoronan los magníficos templos que nos legara la piedad de nuestros mayores, en detener el torrente de las ideas de la generalidad de la nacion, en falsear la libertad, en violentar el curso de los acontecimientos,

en envenenar todas las cuestiones esparciendo abundante semilla de agitacion estéril, de discordia funesta.

Nuestras palabras indican bastante que no hablamos con designios interesados, ni con intento de secundar las miras de ninguna bandería política: el amor á la religion católica, el vivo deseo de que se conserve y prospere entre nosotros, el anhelo de que se restablezcan la paz y la concordia entre los españoles, afianzándose sobre bases sólidas y duraderas, hé aquí los motivos que nos han impulsado á dar á luz estos artículos, hé aquí el norte que ha guiado nuestra pluma. Si de algo pudiese servir alguna de las indicaciones emitidas, rogamos á los aventajados escritores que se distinguen en nuestra prensa, que procuren desenvolverlas y aclararlas con mayor felicidad de la que á nosotros nos fuera dado; entre tanto los invitamos á que secunden nuestras miras de reconciliacion, y que no se avergüencen, viviendo en la patria de Recaredo, de proclamar altamente que la nacion española no ha olvidado todavía la sublime escena del Pontificado de San Gregorio, y que desea presenciar otra semejante en el de Gregorio XVI. — *J. B.*

CATALUÑA.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CONDUCTA QUE DEBEN OBSERVAR LAS CLASES RICAS CON RESPECTO Á LAS POBRES.

En el mundo social como en el físico, todo está ordenado admirablemente por la mano de la Providencia; solo que, así como en este reina una absoluta necesidad, por estar compuesto de seres que faltos de razon y por consiguiente de eleccion, obedecen ciegamente al impulso de

las leyes á que están sometidos; en aquel, estando de por medio el libre albedrío del hombre, se ha dejado al ejercicio de esta facultad una anchurosa esfera, donde pudiese obrar con entero desembarazo, escogiendo el bien ó el mal, la vida ó la muerte. No marchando el mundo á merced del acaso, sino bajo la direccion de aquella mano todopoderosa que se extiende de *uno á otro extremo, y lo dispone todo con suavidad*, claro es que la sociedad ha de estar regida por ciertas leyes, que establecidas por el mismo Criador, sean independientes de la razon y de la voluntad del hombre. Estas leyes pueden ser quebrantadas; pues que Dios imponiéndolas no quiso despojarnos de la libertad, y nos ha dejado lugar para tomar el camino que mas nos agradare; pero tambien se ha reservado el restablecer el equilibrio perdido por la infraccion de la ley, castigando severamente al culpable, ora fuese el individuo, ora una clase, ora la sociedad entera.

Así vemos, que de la propia suerte que el individuo comienza en esta misma vida á experimentar las funestas consecuencias de su mala conducta, ya echándose á perder su salud, ya mancillándose su honor, ya disipándose su fortuna, ya con los padecimientos del corazon, que vive atormentado de agudos remordimientos y angustiosa pesadumbre; así tambien la sociedad tan pronto como se aparta del camino que le señalaran la infinita sabiduría y la inagotable bondad del Criador, sufre desde luego la pena merecida; comenzando primero á sentir la inquietud, la desazon, los disturbios pasajeros; hasta que al fin si se empeña en no volver de su extravío, en no tornar al buen sendero, se llena la medida de la indignacion del Altísimo, y la terrible copa de la justicia divina se derrama sobre las generaciones culpables como torrentes de encendida lava.

Entre estas leyes impuestas por el Criador á la sociedad, figura una cierta, clara, evidente, indeclinable, y es la obligacion de las clases poderosas de emplear en bien de las necesitadas, los medios de que disponen. Ley inspira-

da por la misma naturaleza, dictada por la razon, enseñada por el cristianismo, purificada, sancionada, elevada á un órden superior por esa religion divina en la que *toda la ley y los profetas penden del amor de Dios sobre todas las cosas, y del amor profesado al prójimo como á nosotros mismos.* Ley formulada en una palabra sublime, que un mundo orgulloso y ciego se desdeña de emplear; en una palabra cuyo alto significado en vano se intenta suplir con los nombres de humanidad y filantropía; en una palabra que abarca lo terreno y lo celeste, que no cabe en los límites de la vida, que se extiende hasta las regiones de la eternidad, que es dulce en rededor de la cuna, consoladora en las angustias del lecho de muerte, que atraviesa como brillante centella la lobreguez de las tumbas, que une á los vivientes con los finados, que enlaza la presente Jerusalen con la Jerusalen de la gloria, que une á las generaciones presentes con las pasadas y las venideras, que intenta dar á todo el linaje humano un solo corazon, una sola alma, sumergiéndole en un piélago de luz y de amor en el seno del mismo Dios; esta palabra es la *caridad.*

Recórrase la historia, consúltese la experiencia, y se echará de ver, que todas las clases que han alcanzado riqueza, comodidades, honores, influencia y predominio en los negocios de la sociedad, han recibido estas ventaas y prerogativas, como una especie de compensacion de los beneficios á ella dispensados; y tan pronto como olvidaron las causas de su elevacion y el objeto á que esta debia servir, comenzaron á enflaquecerse y al fin perecieron.

Aquí, como en muchos otros puntos del mundo civilizado, el ascendiente y la pujanza del elemento popular han ido abatiendo todas las eminencias, echando sobre todos los rangos sociales un verdadero nivel; por cuyo motivo, consérvanse á duras penas leves vestigios de la antigua aristocracia, como trozos de vieja armadura que mas bien sirven de objeto á la curiosidad de un arqueólogo que á los usos del guerrero. Esto no embargante, existe todavía una verdadera aristocracia, que cuenta poco

tiempo de duracion y funda las razones de su superioridad en otros títulos que su antecesora. Bien se deja entender que hablamos de la industrial y mercantil, de la aristocracia del oro; cuyos blasones se consideran tanto mas ilustres cuanto mayores son los capitales de que dispone, cuyos pergaminos son los billetes de banco; y que en vez de presentar como los antiguos nobles un salon cubierto de armas y otras insignias que recordaran los hechos y hazañas de sus ascendientes como medida de la nobleza de la alcurnia, muestran cual decisivo título de hidalguía, las grandes dimensiones de la caja de hierro donde guardan el numerario.

Por la misma naturaleza de las cosas, y especialmente por la organizacion de la sociedad actual, la existencia de dicha clase es una verdadera necesidad, un hecho que no fueran parte á destruir los trastornos de cualquiera clase, cuanto menos las vanas declamaciones. Aplicad los principios mas injustos, valeos de las teorías mas absurdas, ensayad los sistemas mas insensatos, nivelad en consecuencia todas las fortunas repartiendo entre los pobres los bienes de los ricos, estableciendo la mas completa igualdad; cuando esta se lograse, que lograrla no es posible ni por un solo momento, cuando se realizase este delirio criminal, al dia siguiente, mejor diremos, á pocas horas de la reparticion, la igualdad hubiera desaparecido, existiera de nuevo un monstruoso desnivel, la prodigalidad y la codicia, la necesidad y la prudencia, el juego y otros vicios se encargaran de destruir bien presto la insensata igualdad; las riquezas habrian cambiado de manos, algunos de los antiguos ricos quedaran tal vez pobres para siempre, así como otros alcanzaran quizás en poco tiempo el restablecimiento de su primera fortuna; pero hecha abstraccion de las personas, la situacion de las cosas quedara en realidad la misma; entonces como ahora, habria pobres y ricos.

Resulta de estas observaciones, que no se ha de buscar el remedio de los males de la sociedad en descabelladas

doctrinas que atacándola en sus fundamentos tienden á destruirla y hacerla imposible. Sean cuales fueren las teorías con que las diferentes escuelas pretendan explicar el derecho de propiedad, y dejando aparte las modificaciones que en su aplicacion hayan sufrido ó puedan sufrir; lo cierto es que este derecho existe, que es inviolable, sagrado, reconocido en todos tiempos y países, fundado en la ley natural, sancionado por la divina, consignado en todas las humanas, y reclamado por los mas caros intereses del individuo y de la sociedad. Así es que en tratándose de mudanzas, de reformas, de innovaciones de cualquier clase, es importante y muy necesario el tener siempre los ojos fijos en este precioso derecho, no atacarle nunca, guardarse hasta de herirle en lo mas mínimo; que una vez pisado el delicado linde, se encuentra una pendiente rapidísima en la que es muy difícil sostenerse.

Pero la misma importancia del derecho de propiedad, es decir la misma altura del trono en que se encumbra la justicia, hace mas patente la necesidad de que al lado de esa diosa inflexible, tome su asiento otra mas dulce, mas amable, mas benéfica, la *caridad*. Dios no ha criado el humano linaje, no ha cubierto esa tierra que habitamos de tantos objetos indispensables á nuestra conservacion, y útiles á nuestras comodidades y regalos, para que un reducido número se aproveche de estas ventajas, sin ni aun pensar en el socorro de los infortunados á quienes adversa suerte colocara en posicion diferente. Los que poseen tienen un derecho de justicia á conservar su propiedad; pero tambien pesa sobre ellos la rigurosa obligacion de cumplir aquellos deberes que les impone el amor de sus semejantes.

La religion cristiana se ha adelantado de muchos siglos á la filosofía en la proclamacion de la fraternidad universal; y al paso que se declaró siempre, y se declara todavía, y se declarará hasta la consumacion de los siglos, contra todo atentado en que se violen los santos derechos de la justicia, así tambien inculca incesantemente la obli-

gacion en que están los ricos de hacer participantes de sus bienes á los pobres, por medio de la caridad. Al infeliz y necesitado le dice: «Sufre con paciencia;» al rico le dice: «Da con largueza:» si este se niega, la religion no irrita á aquel, no le excita á la usurpacion y á la venganza; pero volviéndose al hombre de entrañas duras, le recuerda que su Señor y su Juez está en los cielos, que hay un Dios vengador que escucha hasta los *deseos de los pobres*, que el clamor del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y espira en el desamparo y la miseria, sube hasta las gradas del trono del Altísimo; y que el Altísimo presta atento y bondadoso oido á los lamentos del infortunio, y se reserva castigar en la otra vida los corazones desapiadados; si es que ya en esta no hace sentir los efectos de su terrible cólera permitiendo espantosas catástrofes.

La rivalidad entre las clases pobres y las ricas, no es un hecho peculiar de nuestra época, sino general á todos los tiempos y países; solo que en la actualidad la discordia es mas ruidosa, á causa de la mayor libertad que se disfruta para levantar el grito, exponiendo cada cual las sinrazones é injusticias que en realidad sufre ó se imagina sufrir. Media además otra causa nacida de los mismos principios difundidos en la presente época, en los que se inculca continuamente la igualdad, no consintiéndose que asome siquiera nada que pueda presentar alguna semejanza con las antiguas clases. Es de aquí, que los pobres no ven en los ricos, ni títulos de nacimiento, ni prerogativas originadas de privilegios, ni un tenor de vida que ofrezca la idea de un apartamiento premeditado que impida la mezcla de lo noble con lo plebeyo. El pobre no descubre entre él y el rico otra diferencia que la del oro; extendiendo su vista por los distintos órdenes que forman la jerarquía social, salta á sus ojos que las gradaciones que en ella existen dependen únicamente del oro: y está seguro, que si mañana un golpe de próspera fortuna le proporcionase en abundancia ese precioso metal, pasaria de repente, sin

preparacion, sin títulos de ninguna especie, de la clase mas inferior á la mas encumbrada. Esto engendra por necesidad en el ánimo de las clases menesterosas un deseo ardiente de mejorar de fortuna, cierta envidia hácia las acomodadas; y faltando los motivos que en otro tiempo inspiraban respeto y veneracion, se originan fácilmente el desprecio, el rencor y el odio.

Cuando las clases superiores se hallan sostenidas en su respectiva posicion por el ascendiente de las ideas de una época, por la organizacion social, ó por el sistema político, pueden por algun tiempo descuidar sus deberes con respecto á los inferiores, sin verse amenazadas de inmediata ruina. El reparo que las cubre suple, por espacio mas ó menos dilatado, el vacío que deja su negligencia; pero no mediando estas circunstancias, cuando las clases se hallan unas en presencia de otras sin mediador, sin valla que las separe, sin mas vínculo que el formado por los respectivos intereses, es indispensable que procuren estrechar estos lazos, combinando y aliando sus intereses, y promoviendo el espíritu de fraternidad á fuerza de beneficios.

Claro es que este impulso debe partir principalmente de las ricas, puesto que ellas tienen á la mano los medios de darle; cuando las otras, faltas de recursos, y atareadas en procurarse el sustento de cada dia, no tienen lugar comunmente de pensar en proyectos de mejora, y mucho menos el poder de ejecutarlos. Fuera de desear que los hombres inteligentes y honrados que abriga esta capital se ocupasen detenidamente en examinar la verdadera situacion de las cosas, reflexionando si tal vez no habria varios medios justos y suaves para hacer el bien á las clases pobres, previniendo desavenencias desagradables que dañan así á estas como á las ricas.

No es poco el interés que en este punto tiene todo gobierno que en algo estime la felicidad, ó cuando menos la tranquilidad pública. Las lamentables escisiones que se han visto en esta capital, hubiéranse podido quizás evitar,

saliendo al paso á las causas que las motivaban; siendo esto tanto mas hacedero, cuanto que afortunadamente las clases pobres, si bien sufrian algunas privaciones, inseparable patrimonio de su posicion desgraciada, estaban empero muy léjos de encontrarse sumidas en aquella espantosa miseria que aflige á las de otros países, no dejándoles mas que dos extremos: ó un estúpido embrutecimiento ó el furor de la desesperacion. Hasta ahora la Providencia nos ha librado de esta horrible plaga; y por lo mismo conviene sobremanera aprovechar el tiempo en que viviéndose con menos escasez y ahogo, se hallarán mas dispuestos los ánimos á escuchar los consejos de la prudencia. Un gobierno cuerdo y previsor debiera tomar la iniciativa en este negocio, planteando por sí mismo los establecimientos é instituciones conducentes al deseado fin, y fomentando y protegiendo los proyectos y tentativas que á este saludable objeto se encaminasen. Porque no basta sojuzgar con la fuerza de las armas; es necesario ejercer ascendiente sobre los espíritus, convenciendo el entendimiento, cautivando el corazon, y obligándole á reconocer los beneficios, á fuerza de dispensarlos grandes y en crecido número.

Pero si seria muy lisonjero que nuestros gobernantes fijasen sobre este particular la consideracion, dándole toda la importancia que merece, fuéralo todavía mucho mas, el ver que las clases interesadas en este asunto se adelantasen al mismo gobierno, comenzando de propio movimiento la obra de su salvacion. Cuanto dimana del gobierno, adolece del inconveniente de ser cosa mandada; y portanto corre inminente riesgo, que su ejecucion ande descuidada y floja, si es que no se olvida y abandona del todo. En España el desgobierno se ha hecho ya tan habitual, y se ha mostrado tan de bulto á los ojos de los pueblos, que apenas se presentan una ley, un decreto, órden, circular ó un mandato en la forma que se quiera, cuando ya se trata de arrumbarlos ó se excogitan artificios para eludirlos. Las palabras, *reformas*, *mejoras* y otras de esta

naturaleza, han llegado ya á ser miradas como fórmulas de estilo que en los documentos públicos solo se emplean á manera de expresiones de cortesía y de buen parecer. Es ya tan sabido el curso que entre nosotros siguen los negocios relativos á promover alguna mejora, que ya nadie se deja deslumbrar con vanas palabras y pomposas promesas. Salido el decreto que habla de la mejora, adivínase desde luego que uno de sus artículos ha de ser el nombramiento de una comision compuesta de *personas ilustradas, juiciosas y amantes del bien público*; que en otro artículo se encarga á las mismas que se dediquen con *actividad y celo* al desempeño de su cometido; que en efecto la comision se reunirá, que comenzará á recoger noticias, á recibir informaciones, instruyendo el oportuno expediente: que hasta se llegará tal vez á extender una memoria que dé conocimiento al gobierno de las diligencias practicadas; pero sábese con no menos certeza, que al fin se atravesará de por medio alguna dificultad, que por ligera que sea, será obstáculo bastante á volver ilusorios los mejores proyectos, á desbaratar los planes mas bien concertados, á inutilizar trabajos que quizás costaran largo estudio, dilatada observacion y penosas fatigas.

Por esta causa fuera de desear que la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, no esperase nada de nadie, y acometiese por sí misma la generosa empresa de adoptar aquellas medidas que su deber le dicta y su situacion le aconseja. Que no olvide la verdad que otro dia le dijimos, y que todavía le repetiremos mas de una vez: su deber y su interés le prescriben de consuno la conducta que con respecto á los pobres debe observar: *hacerlos buenos y hacerles bien*. Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad; y cuando de esta hablamos, entendemos una moralidad sólida, duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza mis-

ma nos inspira con la compasion excitada en nuestros pechos á la sola vista del infortunio. Ved que el pobre al pensar en vosotros recuerde el socorro que le dispensasteis en la enfermedad, los auxilios que le proporcionasteis para la educacion y colocacion de sus hijos, que palpe el interés que os tomais por el trabajador imposibilitado, por el huérfano desvalido, por el anciano á quien se quebrantan las fuerzas, y tarde ó temprano recogereis el fruto. En el mundo hay ingratos, pero la ingratitud no es la ley de la humanidad. — *J. B.*

UN CRISTIANISMO EXTRAÑO.

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo á fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas, y disiparle y anonadarle con radicales trasformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores. defensor de la dignidad humana, y fundador de un nuevo órden de doctrinas y hechos que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo; y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesion y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenaje al Hombre Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados á la humanidad por el cristianismo, y convendrá en que son indecibles, inmensos; que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos, es un tributo de justicia que no podian negarle: hasta si quereis se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia católica, re-

firiéndoos empero á determinadas épocas; y ya que no se os escuche con placer, á lo menos se os dispensará el favor de la tolerancia. Proseguid ponderando los destinos del cristianismo en los siglos venideros, y de la influencia que le está reservada en la suerte de la humanidad: tampoco se rechazarán vuestras esperanzas; antes las vereis acogidas con ardor, y oireis saludados los nuevos tiempos con fervientes cánticos de alborozadas albricias. Vendrá un dia, un afortunado dia, en que reinarán señoras en el mundo, la fraternidad y la caridad predicadas por el Hijo del hombre, ese bello pensamiento importado en el mundo por Jesucristo, inoculado por los apóstoles á la sociedad, propagado y arraigado con los sublimes ejemplos de los primeros cristianos, y esterilizado despues, notadlo bien, esterilizado despues por la supersticion y el fanatismo, y explotado en provecho de la ambicion, de la corrupcion y de la holgazanería. ¿Comprendeis toda la fuerza de estas palabras? ¿sabeis lo que con ellas indican esos filósofos, que á su manera se pretenden cristianos? hélo aquí.

Segun esa escuela, la humanidad progresa siempre marchando sin desviarse hácia la perfeccion, que allá en lontananza está envuelta en misteriosos destinos; destinos ignorados de todo el mundo, excepto de algunos genios privilegiados á quienes concediera el cielo, en momentos de sublime inspiracion, asistir al inefable espectáculo que ha de ofrecer la humanidad, llegado el venturoso siglo en que pluguiere á la Providencia trocar en encantado paraíso esa tierra de infortunio y de miseria. ¿No alcanzais todavía qué parte pueda caber al cristianismo en el simbólico sistema, y no atinais qué lugar le está reservado allá cuando se descifre el misterioso enigma del porvenir de la humanidad? escuchad y aprended.

El linaje humano que se dirige á su destino por senderos incomprensibles, posee un cierto caudal de civilizacion que se trasmiten fielmente unas á otras las generaciones que pasan y desaparecen. Esa civilizacion, ese precioso

depósito encierra una idea que lo anima y vivifica, cual es la perfectibilidad, el progreso indefinido, el presentimiento de sus destinos. Si no concebís esas fatídicas palabras dignas de los antiguos oráculos, contentaos con haberlas oido, con haber visto al filósofo semejante á la antigua sibila que con el cabello desordenado, y los ojos desencajados, os clamaba señalando azorada las sombras del pavoroso santuario: *Dios hé aqui el Dios; Deus ecce Deus.*

Antes de la venida de Jesucristo se agitaba el humano linaje en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiase lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. Cosa singular! extraordinaria coincidencia! Moïsés y Homero, Salomon y Sócrates, todos se afanaban en pos del indicado pensamiento, rebullia en sus cabezas como un mal formado embrion; tenia ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente, porque el género humano no se lo consentia. Las ideas eran tan groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivian en tanto aislamiento, era tal la imperfeccion de las diferentes organizaciones sociales, tan extrañas é injustas las condiciones del poder público, tan mal reconocidas y deslindadas las atribuciones del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilizacion, que lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada, verificándose lo de las preciosas perlas arrojadas á los piés de animales inmundos.

La antigua filosofía, á pesar de sus errores, de sus extravagancias, de sus absurdos, y, lo que es todavía mas doloroso, de sus infames doctrinas repugnantes á la sana moral, trabajaba, si hemos de creer á la indicada escuela, en la promocion y fomento de los grandes intereses de la humanidad, en la vindicacion de los derechos del hombre; preparando así la era venturosa en que la verdad oculta entre las sombras, solo conocida en tenebrosos conciliábulos, y presentada al pueblo con indescifrables enigmas,

podria salir á la luz del sol, apellidarse con su propio nombre, y pasear triunfante por la faz de la tierra.

Necesitábase empero para la grande obra un hombre extraordinario, que concibiese con viveza y fuerza la idea, que la formulase, que se mostrase él propio como una personificacion de la misma, y que antes de descender al sepulcro acertase á cubrirla con misterioso velo que dejando entrever su hermoso resplandor la salvase de la profanacion de manos impuras. Hé aquí el mote del enigma, hé aquí el secreto de esa funesta escuela. Segun ella, la religion no es mas que la filosofía, Jesucristo no es mas que un hombre, los dogmas por él establecidos no son mas que mudables formas en que se envuelve la verdad, hasta el dia en que habiendo progresado bastante el humano linaje sea capaz de contemplarla cara á cara como la vista del águila los rayos del sol.

Desde el momento que en medio del cristianismo se levanta una autoridad, esa autoridad evidentemente instituida por el Divino Fundador, se comete la mayor de las usurpaciones; las herejías que en diferentes sentidos y bajo distintos nombres surgen y se rebelan contra las pretensiones de la Iglesia, son una protesta de la razon contra la fe, de la filosofía contra la religion, de la legitimidad contra la usurpacion, de la libertad contra el despotismo. Cuando al cabo de quince siglos alza su voz un fraile apóstata en el corazon de Alemania, y con labio profanado con escandaloso sacrilegio, se llama apóstol del Señor, enviado para convertir á las gentes, para destruir á la *Prostituta de Babilonia*, para echar por el suelo una autoridad reconocida durante quince siglos, ese apóstata, ese seductor, es á los ojos de la funesta escuela un grande hombre, á pesar de todos sus vergonzosos extravíos. Los arrebatos de su cólera no son mas que el noble acento de una indignacion justa, generosa y santa; sus esfuerzos para derrocar el poder temporal y espiritual del Romano Pontífice corresponden á los vivos y ansiosos deseos que abriga la Europa entera; la adulteracion de los dogmas, la destruccion de toda dis-

ciplina, la relajacion de costumbres predicada en sus palabras y en sus ejemplos, el vértigo fatal que introduce en Europa en todo lo perteneciente á las mas elevadas cuestiones religiosas, sociales y políticas, todo se ensalza con los mayores encomios, todo se pondera como un inmenso beneficio dispensado á la humanidad.

¿Qué importan los dogmas, qué la disciplina, qué la jerarquía? Esto eran formas gastadas en que se hallaba envuelta la idea antigua, primitiva, que servir pudieran quizás allá en otros tiempos, pero que á la sazon era indispensable rasgar con mano osada, dejando que se entretuvieran con los despreciables fragmentos el fanatismo y la ignorancia. Pasan dos siglos, los funestos principios se desenvuelven, se llevan hasta el extremo sus fatales consecuencias, la impiedad se erige en dogma, y arrojada la hipócrita máscara con que se cubriera, niega abiertamente la divinidad de la religion cristiana, declara absurdas sus augustas doctrinas, ridiculiza sus venerables prácticas, y se esfuerza en hacer objeto de befa y escarnio la santidad del sacerdocio. Nada importa todo esto, á los ojos de la escuela que nos está ocupando; la filosofía del siglo XVIII con sus errores, con sus blasfemias, con su olvido de la historia, con su odio á todo lo antiguo, con su encarnizamiento contra lo existente, bañada de la sangre que hiciera verter á torrentes en todos los puntos de Europa, goteando todavía sus manos la inocente que derramara con sus puñales y sus cadalsos, esa filosofía que se presentara como reparadora de todos los males de la humanidad, mientras se hallaba reducida á la modesta mansion de un gabinete, que se convirtió en feroz Medea tan pronto como pudo escalar la cumbre del mando, esa filosofía es tambien un inmenso beneficio dispensado á la sociedad y al individuo. Ella quebrantó las cadenas que aprisionaban el humano pensamiento, ella derribó las barreras que separaban unas clases de otras clases, que defendian la usurpacion de las poderosas, que servian para la opresion de los pobres, que monopolizaban en manos de pocos el fruto

del trabajo de todos, que explotaban en beneficio de los goces del fuerte los sudores y las penalidades del débil. Los mayores extravíos, los mas grandes excesos, los mas horrendos crímenes, todo se excusa, todo se disculpa, con inconcebible indulgencia, en obsequio de la utilidad y grandor de los resultados. Si los filósofos del siglo XVIII desconocieron no solo la verdad, sino el mérito mismo del cristianismo, si negaron que hubiese acarreado ningun género de beneficios á la sociedad, á la familia, al individuo, si le calumniaron de la manera mas atroz, si le convirtieron en objeto de mofa con la mas indecente impudencia, esto no quita que la escuela filosófico-cristiana los reconozca como sus ilustres progenitores, que les tribute rendidos homenajes, que les obsequie con aquellas muestras de reverencia, de respeto y gratitud, con que los buenos hijos honran á sus padres.

Hemos trazado con rápidas plumadas los rasgos característicos de esa engañosa y funesta escuela, de esa escuela que se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las herejías, de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el cristianismo por espacio de diez y ocho siglos. ¿Quereis conocerla á fondo? ¿quereis una evidente señal de cuáles son sus intenciones? ¿quereis saber el blanco de sus tiros? esa misma escuela que todo lo excusa, todo lo tolera, solo en un punto se muestra intolerante, en lo relativo á la Iglesia católica. A esta Iglesia no se le concede treguas ni descanso; fortuna si se otorga que á pesar de su supersticion, su fanatismo, su corrupcion, produjo quizás algunos bienes allá en los siglos bárbaros; pero en llegando á los modernos, en tratando del actual, en hablando del venidero, no menteis ni catolicismo, ni Iglesia católica tales como los entienden los verdaderos fieles; son nombres gastados que nada expresan, nada significan; sino es algo de repugnante á la causa de la civilizacion, á los intereses de la humanidad. El cristianismo, el único cristianismo que podrá servir para labrar el siglo

de oro á que se encamina el humano linaje, es ese cristianismo indefinible, fluctuante, aéreo, del modo que le han dejado el exámen protestante y el análisis filosófico: ese cristianismo, esa religion inconcebible, que carece de dogma, es decir de doctrinas, que no admite formas exteriores, es decir que no consiente culto, que no necesita ministros que enseñen y practiquen, dado que ella abdica toda enseñanza y no prescribe ninguna práctica.

Ocúltase bajo ese indigesto fárrago, bajo ese tejido de absurdos é incoherencias, la mas profunda hipocresía: es la impiedad, el indiferentismo, que llevados de un sentimiento egoista encubren con mentidos velos sus asquerosas formas, y procuran seducir con vanas palabras á los pueblos incautos. Las creencias cristianas están todavía en el corazon de las naciones europeas y de cuantas han participado de su espléndida civilizacion; hasta los pueblos arrastrados por el cisma y la herejía, y arrojados despues en un piélago de errores, de dudas é incertidumbre, conservan en el fondo de su alma el sentimiento cristiano, echan menos la verdad que perdieron en aciago dia, y con la Biblia en la mano recorren afanosos y sedientos aquellas páginas divinas, ininteligibles á sus ojos velados con las tinieblas del error. Eso lo ha comprendido la escuela que estamos combatiendo, y ha dicho para sí: «no hostilicemos cara á cara el cristianismo, manifestémonos sus ardientes defensores, no desaprovechemos la dura experiencia que nos ofrece la filosofía del pasado siglo, que por su frenesí anti-cristiano, manifestado de una manera prematura é imprudente, si bien logró deslumbrar por algunos momentos, se atrajo y se está atrayendo cada dia mas la execracion universal; digamos que en el fondo del cristianismo hay verdad, distingamos entre ella y las formas que la cubren, afectemos tanto respeto por aquella como desprecio manifestamos por estas, inculquemos la necesidad de mudarlas segun las circunstancias y los tiempos, hablemos sin cesar de símbolos, de emblemas, de enigmas, de trasformaciones, hagamos que en todo interven-

gan los arcanos del porvenir; así confundido y mezclado en inextricable laberinto lo pasado, lo presente y lo futuro, engañaremos á nuestro sabor á los pueblos; y cuando esperen el nuevo cristianismo que cual otro fénix ha de renacer de las cenizas de la pira que nosotros levantamos, se hallarán bastante preparados para recibir sin rodeo, sin disfraz, nuestra enseñanza, que consiste en absoluta abdicacion de todo linaje de creencias, en completo escepticismo sobre el orígen y los destinos del hombre, en un culto de los intereses materiales, en la divinizacion del goce, en el entronizamiento del principio de utilidad privada; mas breve, en la ruina de toda religion y de toda moral.»

No es menester mucha penetracion para conocer lo que se abriga bajo el trasparente velo; y descubierta la falsedad hipócrita, deja de ser tan peligrosa para los que aman de veras la sinceridad. Una vez desenmascarada la escuela á que nos referimos, queda evidente su error y su mala fe; y por consiguiente, está juzgada en el tribunal de la sana filosofía. Sin embargo y á pesar de que estas consideraciones podrian dispensarnos de impugnarla, lo haremos á continuacion atacando sus dos ideas capitales: primera, la trasformacion sucesiva que segun ella ha experimentado el cristianismo: segunda, la necesidad de que el catolicismo desaparezca por motivo de su supuesta impotencia de satisfacer las necesidades de la generacion presente y de las venideras.

Para trasformarse una cosa es menester que exista: los aristotélicos admitiendo las formas sustanciales suponian una materia prima que las perdia ó adquiria, experimentando de esta suerte las correspondientes mudanzas. Si pues hay en el cristianismo algo que dura al través de los siglos, pero que se trasforma, es decir que muda de formas, les preguntaremos á los pretendidos filósofos exigiéndoles que nos respondan categóricamente á la pregunta: ¿en qué consiste eso que permanece y sufre la mudanza de las formas? ¿qué se entiende por estas formas? Conse-

cuentes á sus principios que están en oposicion con los dogmas admitidos por la Iglesia católica, nos dirán que esos mismos dogmas no son mas que puras formas, que lo son ahora como lo fueron siempre, y que las pretendidas tradiciones no fueron mas que la trasmision de los enigmáticos emblemas con que se disfrazara la verdad. Entonces nos han de confesar, que los cristianos de todos los tiempos que no miraron esos dogmas como formas enigmáticas, sino como positivas expresiones de la realidad, fueron ó engañados ó engañadores. Si lo primero, los cristianos no conocieron jamás el cristianismo; si lo segundo, fueron una turba de miserables impostores, á quienes en mala hora dispensais no merecidos encomios. Léanse todos los documentos modernos y antiguos donde se declara la fe de los cristianos, consúltense los anales de aquellas épocas que tan afectadamente se califican de posesoras de la verdad primitiva; á cada paso se conocerá, se palpará, que los hombres que hablan, que escriben sobre los dogmas, que las generaciones que los profesan, los héroes que por ellos sufren y mueren, todos á una entienden que esos dogmas expresan la verdad, todos miran como horrendo pecado la negacion ó la duda, todos se estremecerian al oir que sus creencias versan sobre cosas sujetas á reformas y mudanzas.

Además, ¿qué son los dogmas de una religion? son sus doctrinas; la que los tiene falsos tiene su enseñanza falsa; y tanto dista de merecer el nombre de religion, que con dificultad podrá vindicar el de escuela. Al menos una escuela se apoya en raciocinios, no finge revelaciones, apellídase hija del entendimiento, nó del cielo; si yerra, se equivoca y no engaña: pero una religion falsa es un tejido no solo de errores sino de imposturas; es un insulto dirigido á un tiempo contra Dios y los hombres, pues que á estos los engaña abusando sacrílegamente del nombre de la eterna verdad. Ni vale para excusar esa impostura el decir que allí hay alegoría, y que esta significa, mas no engaña; ¿qué será una alegoría que nadie entiende, de la

cual nadie sospecha que no sea la sencilla exposicion de la realidad de las cosas? ¿podrá merecer el título de tal la alegoría que no comprenden ni los ignorantes ni los sabios, ni los enseñados ni los que comunican la enseñanza? Si versa sobre objetos de escasa importancia, si el error de maestros y discípulos se limitase á proposiciones de poca entidad, de ninguna consecuencia, entonces seria menos absurda la suposicion que estamos impugnando; pero se trata nada menos que del mismo Dios, de los augustos misterios que, en cuanto al mísero mortal le es dado entender, explican la Divina Naturaleza, las Personas, las relaciones de estas entre sí; se trata nada menos que del hombre, de su naturaleza, de su orígen, de su destino, de sus relaciones con Dios, de los medios que le han sido concedidos para alcanzar su fin; se trata de saber si existe una prevaricacion primitiva, si de ella ha participado todo el humano linaje, si en efecto sufrimos ó nó la pena de un primer pecado, si hay ó nó una degeneracion del estado en que Dios nos criara, si la Redencion es una verdad, si el Hijo de Dios se dignó descender por nosotros á la tierra para lavar nuestras manchas, rescatarnos con su sangre y abrirnos las puertas del Paraíso: se trata de saber si existen algunos conductos por los cuales se nos comuniquen los tesoros de la gracia de la redencion; en una palabra, en los dogmas se encierra lo mas grande y mas importante que el hombre puede imaginar, lo que mas de cerca le interesa, lo que está íntimamente enlazado con su suerte, aquello de que esta depende, aquello que no nos es dado ignorar, sin ignorar al propio tiempo lo que somos, de dónde venimos, á dónde vamos. Si en esto caben alegorías, si cuanto se propone en las creencias que á tales puntos se refieren puede calificarse de emblemático y simbólico, si nos es dado sospechar que aquí no se encierran mas que sublimes mentiras para indicarnos una verdad terrena que el mundo hasta ahora no conoce y que solo columbran ciertos filósofos; dígase que por espacio de diez y ocho siglos una considerable porcion de la humanidad ha sido

víctima del mas grosero engaño, añádase que todavía lo es; y no se dispensen hipócritas elogios al cristianismo, que en tal caso no fuera mas que un conjunto de extravagancias sin objeto, de palabras sin sentido, de enigmas indescifrables, estériles, completamente estériles para producir la verdad. Al error no se añada el amaño, á la falsedad la astucia seductora. Si no creeis en el cristianismo, si os empeñais en combatirle continuando la impía tarea de la escuela de Voltaire, no digais por lo menos que os proponeis explicar lo que tan abiertamente negais, que intentais perfeccionar lo que deseais destruir. Entonces si conquistais alumnos, sabrán al menos á qué atenerse; y desde el momento en que abracen vuestras doctrinas no podrán ignorar que abandonan su fe.

«La moral cristiana, dirán esos filósofos, es lo único que se encuentra verdadero en las doctrinas de la religion; esa moral pura, santa, sublime, es lo único que conviene salvar; no debe á la humanidad pesarle de haber vivido en piadosos errores, si con estos ha podido adquirir tan inestimable tesoro. Esa moral se aviene con todas las creencias, con todas las organizaciones sociales, con todas las formas políticas; es elevada, ilustrada, tolerante, grande como el mundo, digna de señorearle, digna de reinar sobre la familia, sobre la sociedad, digna de presidir á la resolucion de los actuales problemas y de marchar al frente de las generaciones venideras, conduciéndolas al destino que les señalara la Providencia.» Óyense á cada paso estos encomios tributados á la moral cristiana, hasta por los mas declarados enemigos del cristianismo; pero ¿son sinceras esas alabanzas? ¿salen del fondo del corazon? ¿No podrian á veces envolver un amaño, procurando adormecer con lisonjas la víctima que se intenta sacrificar? ¿Es verdad que vuestro entusiasmo por la moral del Evangelio sea tanto como afectais? Si es así, ¿cómo no andan mas conformes con ella vuestras doctrinas? vosotros divinizais la materia, el Evangelio la anonada; vosotros predicais incesantemente el goce, el Evangelio el sufrimiento y la absti-

nencia; vosotros excusais todos los extravíos del corazon, el Evangelio ordena circuncidarle con mano severa; vosotros ensalzais y excitais el orgullo, el Evangelio prescribe la humildad; vosotros inculcais como base de la moral èl amor propio, el egoismo, el principio de la utilidad privada, el Evangelio prescribe la abnegacion, el desasimiento de los intereses terrenos, el amor de Dios, el del prójimo, el sacrificio por el bien de sus semejantes; vosotros ridiculizais, ó al menos tachais de extremado rigor, la virtud sublime que nos hace vivir la vida de ángel, el Evangelio la aconseja como una de las ofrendas mas agradables al Señor, como el incienso mas puro que alzarse pueda del humano corazon hácia las gradas del trono del Eterno.

¿Qué hay de semejante entre vuestra moral y la del Evangelio? la de este formaba anacoretas, la vuestra forma sibaritas; la de este corrigió las costumbres del mundo pagano, la vuestra corrompe las del mundo actual; la de este desterró el egoismo para entronizar la caridad, la vuestra protestando una fraternidad estéril, produce en los hombres un horrible aislamiento, levantando en los corazones el mezquino ídolo del interés propio; la de este organizó la familia, santificó el matrimonio, la vuestra desordena la familia, y relaja ó quebranta el lazo conyugal; donde quiera que ha prevalecido la moral evangélica, se ha verificado un cambio prodigioso, desterrándose la corrupcion de entre los fieles; donde se ha introducido vuestra filosofía, han degenerado las costumbres de una manera lastimosa, distinguiéndose en la perversidad, á proporcion de lo difundidas que estaban vuestras doctrinas. Ved, contemplad vuestra obra; no os señalaremos un punto oscuro, donde alegar pudierais que no ha penetrado en toda su plenitud el caudal de vuestras luces; no os indicaremos un pueblo bárbaro del que os sea dado decir que en su torpe grosería no comprende el sentido de vuestra enseñanza; queremos que fijeis vuestras miradas sobre la ciudad rica, populosa y floreciente, emporio de las artes y de las cien-

cias, orgullo de una gran nacion, capital del mundo civilizado. Hace poco menos de un siglo que vuestra filosofía reina allí con ilimitado imperio, allí vivieron y murieron, allí viven todavía vuestros grandes hombres, allí ha resonado y resuena todavía vuestra voz con mas elocuencia, con mas seductor acento, que en ningun punto del globo; allí habeis hecho en grande vuestros ensayos, allí lo que no alcanzarais con la persuasion lo conseguisteis con la fuerza de las armas, allí vinieron las guillotinas en apoyo de los argumentos y el estruendo del cañon en sosten del clamoreo de vuestra prensa, allí triunfasteis, y sin embargo, dolor causa decirlo, ¿qué habeis hecho de aquella sociedad? ¿en qué habeis convertido aquel gran pueblo? ¿quereis que levantemos el velo que encubre la ignominia de vuestra obra? nó, no lo haremos; contentarémonos con recordar un hecho que no podreis contestarnos, que es público, que depone del modo mas concluyente contra vuestros sistemas: en París la tercera parte de los niños que nacen no son de legítimo matrimonio.

Id ahora y predicad la excelencia de vuestra moral, decíd si os place que está conforme con la del Evangelio; ¿creeis por ventura que las máximas de la moral se formulan en bandos de policía? ¿que la saludable vigilancia sobre las costumbres se ejerce bastante con los tribunales de correccion? ¿creeis que la civilizacion es la cultura, que la perfeccion de las leyes es el adelanto de las artes, que la sensatez y el buen juicio son lo mismo que el progreso de las ciencias, que la pureza de la conducta consiste en la finura de los modales? ¿Creeis que desaparece la corrupcion por solo cubrirla con velos resplandecientes?

No es esto lo que dicta la razon, no es esto lo que enseña la religion cristiana; una y otra nos dicen en alta voz que para reformar el corazon del hombre y conservar en él las mejoras, no bastan reglamentos, no bastan libros, no bastan declamaciones; sino que son necesarios medios vivos y eficaces que penetren en lo interior, que ejerzan directamente su influencia sobre el entendimiento y la vo-

luntad, que enflaquezcan el ascendiente de las pasiones, que quebranten su ímpetu y abatan su vuelo! Para conseguir esos efectos son indispensables motivos superiores á los que se encuentran en la esfera terrena, son insuficientes los que se fundan en combinaciones del interés privado, pues desde el momento que este se entroniza, se concede á las pasiones rienda suelta. La razon y la religion están acordes en que la sana moral y la práctica de la virtud no se oponen al interés propio bien entendido; pero sostienen al mismo tiempo que el ejercicio de la virtud demanda, exige una y mil veces el sacrificio del placer de momento, de la utilidad presente, y tal vez de la utilidad de toda la vida; sostienen que la moral para ser firme, sólida, duradera, á la prueba de los ataques de las pasiones y de la inconstancia de la humana flaqueza, debe arrancar del cielo y dirigirse al cielo; debe fijar sus miradas mas allá del sepulcro, debe salir del tiempo y extenderse á la eternidad; no debe limitarse á la estrecha esfera de la criatura, sino levantarse hasta las regiones infinitas donde mora el Criador. Ved si es esta la enseñanza de vuestros libros, si algo tiene de semejante la tendencia de vuestras doctrinas; descended al exámen de vuestros principios, pesad sus consecuencias, dad una mirada á las aplicaciones que de ellas haceis; jamás hablais sino de la tierra, jamás hablais de los destinos del hombre, sino ciñéndoos á esa vivienda pasajera; hablais siempre del género humano, nunca del Dios que lo crió y que lo llama á sí; y cuando una que otra vez mentais el nombre del Ser Supremo, si una que otra vez pronunciais ó escribís Providencia, bien se conoce que tributais un estéril homenaje á una divinidad que no ve ni oye, que se pasea por las alturas del cielo sin considerar las cosas de la tierra. Si una que otra vez recordais los destinos del hombre mas allá del sepulcro, y la inmortalidad que nos espera en regiones desconocidas, lo haceis de paso, solo para hermosear vuestras páginas, para dar realce á vuestra palabra, porque no ignorais que la tumba, la inmortalidad, la eternidad,

encierran una sublime poesía y esmaltan y realzan cuanto tocan.

La filosofía anti-cristiana divaga perdida por las vanas regiones de la duda y del escepticismo, abrazada con mentidas sombras, brillantes de léjos, negras y repugnantes de cerca; desásese á cada instante de los brazos de una para correr en pos de otra que la deslumbra, y á su turno la engaña. Varia sin cesar, continuamente se trasforma, y por lo mismo pretende que todo se trasforme y varie como ella: por esto no conociendo su propia flaqueza, su impotencia para alcanzar la verdad, se levanta desvanecida y orgullosa, se erige en juez de todas las religiones, las prescribe el camino que deben seguir, les indica los escollos que deben evitar, pesa los grados que les quedan de fuerza y de vida, pronostica magistralmente el término de su duracion, decide que esta ha muerto ya, que aquella está en agonía, que la una ha menester cierta trasformacion, que la otra es del todo inútil, que es necesario arrumbarla para que no entorpezca la rápida marcha de los pueblos. Nada hay nuevo debajo del sol, ha dicho con profunda sabiduría el sagrado texto; y no es nueva tampoco esa loca vanidad, ese insoportable orgullo del espíritu humano. Tambien en otro tiempo condenó el cristianismo como absurdo, como criminal, como contrario á las leyes del imperio, como incompatible con el órden público y la existencia de la sociedad, como religion despreciable, envilecedora, propia únicamente de miserables y esclavos; y sin embargo el cristianismo vió disiparse á su presencia las escuelas filosóficas como ligera niebla tocada de los rayos del sol; y se arraigó, y se propagó, y se apoderó del solio de los Césares, y resplandeció en el lábaro de los señores del mundo, y sojuzgó y civilizó á los bárbaros, y triunfó de los árabes y creó la Europa moderna. Tambien en otro tiempo el mismo orgullo con la Biblia en la mano pretendia marcar la caida de la Ciudad eterna, el fin de la Cátedra de San Pedro, con la misma precision y exactitud con que señalan los astrónomos el momento de un eclipse; y

no obstante esa Cátedra permanece y vive, acatada por numerosos pueblos, y la palabra del Divino Salvador no se encuentra fallida. Tambien en el siglo anterior, en la época de la pujanza filosófica del hombre de Ferney, se pronosticaba con tono de seguridad y de certeza, que estaba por sonar la hora extrema para la *supersticion y el fanatismo:* sonó sí una hora terrible, pero no fué mas que la hora de persecucion, semejante á la que saliera de la urna del Eterno en los tiempos de los Nerones, de los Decios, de los Dioclecianos. Sonó la hora en que Dios quiso probar á la Iglesia como el oro en el crisol, para presentarla mas resplandeciente á los ojos de las naciones y sacarla victoriosa y triunfante de las manos de sus enemigos: cubierta de tanta mayor gloria é inspirando interés tanto mas vivo, cuanto eran mas anchas y profundas las cicatrices recibidas en el terrible combate.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

SOLUCION DE LA DIFICULTAD QUE SE OBJETA AL CATOLICISMO SOBRE LA DOCTRINA QUE NO CONCEDE SALVACION SINO Á LOS QUE PROFESAN LA RELIGION VERDADERA.

Combatido ya en los números anteriores el escepticismo religioso, y deshecha la dificultad que se objeta á la religion verdadera fundándose en la pretendida imposibilidad de que Dios permita la existencia de tantas otras, vamos ahora á examinar la fuerza de otro argumento que es el Aquiles de todos los incrédulos y escépticos. Sin fe, decimos los católicos, no hay salvacion; en no perteneciendo á la Iglesia, nadie puede entrar en el reino de los cielos. Contra estas verdades levantan nuestros adversarios un sentido grito de reprobacion, achacándonos que presenta-

mos á Dios como un tirano que erige la ignorancia en crímen, y que se complace en castigar la inocencia con eternos tormentos. En verdad que si semejante cargo no careciese de fundamento, bastaria él solo para derribar y anonadar nuestra religion convenciéndola de falsa; dado que no seria posible que fuese verdadera la que adorase un Dios cruel é injusto. La bondad y la justicia son atributos tan esenciales á la divinidad, van de tal modo embebidos en la idea que de ella nos tenemos formada, que quien intente separarlos destruye la idea misma de Dios. Hasta los discípulos de Manes admitiendo dos principios, uno bueno, otro malo, han tributado en cierto modo un homenaje á la verdad arriba indicada, cuando al parecer la contrariaban con su errónea doctrina. Admiten un principio causa de todo mal; pero ¿sabeis por qué? porque no conciben cómo el principio bueno, es decir Dios, puede causar el mal, sea del género que fuere; porque confunden y adulteran las antiguas tradiciones del ángel caido, obstinado en su perversidad, en hacer daño por todos los medios posibles, en oposicion, en insensata lucha con un Dios de infinita bondad é inefable amor. Así, cuando los incrédulos llegasen á probarnos que nuestro Dios es injusto y cruel, quedaríamos convictos de no tener ninguno; la religion católica seria falsa por absurda; y como las demás religiones que tributan homenaje á dioses imposibles, seria imposible tambien por ser atea.

Veamos pues en qué estriba el cargo con que se intenta abrumarnos, examinándolo por partes y sujetándolo á riguroso análisis.

En primer lugar, se nos dice que Dios no puede castigar al inocente, que muchos hombres se encuentran en imposibilidad de conocer la verdad católica, y que por tanto no deben ser condenados por esta falta de conocimiento. Esa dificultad que tan fuerte parece á primera vista, es sin embargo de ningun valor; pues que toda ella estriba en un falso supuesto, atribuyendo á los católicos una doctrina que no profesan, y que antes al contrario les está pro-

hibido el profesarla. En efecto, no solo reconocen los católicos que seria injusto condenar á un inocente, sino que además tienen por cierto que la infidelidad puramente negativa, no es pecado; esto es, que aquellos que carecen de fe, porque no tienen conocimiento de la verdadera religion, no son por esta falta culpables á los ojos de Dios. Échase de ver que con esta sola observacion viene al suelo toda la dificultad que se nos objeta: se nos dice que Dios es justo, que no puede condenar al inocente; y nosotros convenimos que fuera una blasfemia afirmar lo contrario: se nos opone, que quien ignora invenciblemente la religion no puede ser castigado por esta ignorancia; y nosotros estamos de acuerdo en esta verdad, y condenamos á los que se atreven á decir que la infidelidad negativa es un pecado. Se nos calumnia pues achacándonos errores que somos los primeros en reprobar.

Para mayor inteligencia de lo arriba dicho, conviene distinguir la ignorancia de una cosa, en vencible é invencible: nombres por los cuales se expresa lo que ellos ya de suyo están indicando, á saber: la ignorancia vencible es aquella que el hombre puede desterrar de su entendimiento empleando la correspondiente diligencia; y la invencible es aquella que no está en mano del hombre el evitarla. Cuando se falta al cumplimiento de un deber ignorado con ignorancia vencible, esta no excusa de la culpa; de otra suerte fuera muy fácil eludir todas las obligaciones, privándose con plena voluntad del conocimiento de ellas. Este es un principio fundado en el derecho natural y reconocido por todas las leyes divinas y humanas; en ningun tiempo, en ningun país, en ninguna sociedad, se ha creido nunca que la ignorancia voluntaria de un deber eximiese de su cumplimiento, ni excusase de la culpa al trasgresor.

Al contrario, cuando la trasgresion es de un precepto que involuntaria é invenciblemente se ignora, no es ni puede ser culpable á los ojos de Dios. La razon de esto es muy sencilla: el pecado, segun enseña san Agustin, *ha de*

ser voluntario, de suerte que si no es voluntario ya no es pecado; y esta voluntad no existe, ni aun puede concebirse, donde hay absoluta falta de conocimiento, donde la adquisicion de este no estuvo en la facultad del trasgresor, donde por consiguiente no hay ningun acto ni omision en que pueda suponerse contenida la voluntad expresa ó tácitamente, ni como suele decirse en términos teológicos, formal ó virtualmente.

Aplicando esta doctrina á la cuestion que nos ocupa, diremos que es enteramente cierto que el infiel que ignora la religion cristiana con ignorancia invencible, no será castigado de Dios por no haberla abrazado. Con esta asercion se desvanece en primer lugar la dificultad que con tal aire de triunfo proponen los incrédulos. Nó, el Dios de los cristianos no castiga al inocente. Nosotros creèmos que nuestra religion es la única verdadera, creemos que solo en ella hay salvacion; pero como al mismo tiempo nuestra fe nos enseña que Dios es infinitamente justo, miramos como horrenda blasfemia el decir que pueda imponer penas al que no es culpable, aun cuando se trate del caso en que no se profese la verdadera religion.

«Pero entonces, se nos dirá, ¿qué destino señalais á tantos desgraciados, que por no profesar la religion verdadera, no pueden segun vosotros mismos entrar en el reino de los cielos?» Esta es una nueva fase que presenta la objecion; la juzgamos de tan alta importancia que nos esforzaremos en presentar las ideas con la mayor claridad y precision que alcanzar pudiéremos. En primer lugar, nos dice expresamente el sagrado texto que no se ha dado á los hombres otro nombre en que puedan salvarse sino el de Jesucristo; de lo que se infiere, que no es posible entrar en el reino de los cielos sino por la fe en el Mediador, y que por tanto todos los que de ella carecen no tendrán parte en la heredad celestial. Asentada esta verdad, de la que á ningun católico es lícito dudar, pasemos ahora al exámen de lo que sucede á los que se hallan fuera del redil de la Iglesia. Para mayor claridad los distinguiremos

en dos grandes clases: 1.ª, los que han llegado al uso de la razon, desarrollada lo bastante para hacerlos capaces de la deliberacion y consentimiento, necesarios para cometer pecado grave, es decir digno de eterna condenacion; 2.ª, los que no llegan á dicho estado. Por lo que toca á los primeros, decimos, que no se condenarán por no haber profesado la fe; se hallarán en el mismo caso de los niños que fallecen sin bautismo; los cuales si bien no disfrutan de la gloria del cielo, tampoco sufren las penas del infierno. Cuál es el estado de estas almas en la otra vida, cuál será la suerte de esa inmensa muchedumbre despues de la resurreccion de los cuerpos, dónde vivirán, cómo correrá su existencia, esto Dios no lo ha revelado; espesas sombras encubren tales misterios solo conocidos del Altísimo; por ellos nada puede objetarse contra la fe católica; pues que la fe nada nos dice sobre los mismos, manteniéndose en una prudente reserva. Establece sí, que no gozarán de la vision beatífica, esto es, que no verán á Dios cara á cara, que no gozarán de aquella inefable dicha de conocer intuitivamente la esencia divina; pero como este conocimiento, esta vision, son de todo punto sobrenaturales al hombre, perteneciendo á un órden á que solo podemos elevarnos porque el Señor se ha dignado otorgárnoslo con inestimable dignacion, se sigue que el hombre que no alcance tanto beneficio por hallarse falto de las condiciones señaladas por Dios como indispensables, nada puede objetar á la justicia divina; porque no es injusto quien deja de satisfacer lo que no debe; no cabe tampoco la queja de que haya mediado acepcion de personas, pues que esta supone que se hallan algunas injustamente postergadas, y atendidas otras por sola la consideracion á títulos ilegítimos ó inconducentes; tampoco el hombre tiene derecho á lamentarse de que se le haya aplicado una pena sin haberla merecido, porque dejando aparte el castigo general que sufre el linaje humano por la prevaricacion del primer padre, de la que son aplicaciones y consecuencias estos daños, no hay aquí una pena especial

impuesta por actos personales; hay el cumplimiento de una condicion que el Eterno ha tenido á bien establecer, y de la cual nadie será bastante temerario para pedirle cuenta.

Infiérese de lo dicho últimamente que una inmensa muchedumbre de individuos que mueren sin haber profesado la religion católica, no quedan condenados á las penas del infierno. Échase de ver que se comprenden en este número no solo todos los niños que fallecen entre los cristianos antes de haber recibido el bautismo, sino tambien los del universo entero.

Además, surge aquí otra cuestion importante, que segun se resuelva con mas ó menos latitud, puede ofrecer pábulo á reflexiones muy consoladoras. Pueblos hay en muchas regiones del globo donde la inteligencia tiene un desarrollo escasísimo, donde aun atendiendo á la edad en que aquella se encuentra en el grado de mayor actividad y desenvolvimiento, es tan poco el brillo que despide esa hermosa centella que nos asemeja á la divinidad, que de ahí han tomado orígen erradas teorías que suponen á aquellos hombres de especie diferente é inferior, colocándolos en un grado intermedio entre nosotros y los brutos. Claro es que no puede admitirse esta suposicion sin destruir la verdad de la narracion del Génesis, y por tanto sin minar por su misma base todo el edificio de la religion católica. En otro lugar, y cuando el órden de esta *Polémica religiosa* lo exija, demostraremos á la luz de la filosofía y de la historia de la naturaleza, lo falso é infundado de dicha doctrina; mas no por esto nos es dable poner en duda el hecho en que pretende apoyarse, á saber: el escasísimo desarrollo que en aquellos desgraciados pueblos tiene la inteligencia, y la inmensa distancia en que se halla el estado de su espíritu comparado al del nuestro. Cuando toda la industria de algunos de ellos para proporcionarse habitacion consiste en guarecerse debajo los árboles, doblando sus ramas y fijándolas en el suelo; cuando para procurarse alimento no alcanzan á mas que á coger los frutos

que espontáneamente les ofrece la naturaleza, ó á tender emboscadas á los rinocerontes y elefantes, matándolos y haciendo secar su carne al sol, á perseguir los avestruces, á recoger los enjambres de langostas arrojados por el viento y á buscar los inmundos restos de los cocodrilos y caballos marinos; ¿cuál será el estado de su entendimiento con respecto al órden intelectual y moral?

Entre nosotros, un niño no se considera que haya llegado á este punto, aun cuando se vea chispear su inteligencia en muchos de los actos que ejerce, y se trasluzca cierta especie de deliberacion que sus padres y maestros juzgan á veces necesario reprender y corregir con severidad. Compárese un niño de cuatro ó cinco años que comienza á leer con bastante perfeccion, que sabe ya los rudimentos de la doctrina cristiana, que responde atinadamente á las preguntas que se le hacen sobre sus obligaciones con respecto á Dios, á sus padres, á sus superiores de todas clases, á sus iguales, á los dependientes de su familia, sobre los premios y los castigos reservados al hombre despues de esta vida segun haya sido buena ó mala su conducta; compáresele, repetimos, con uno de esos salvajes á que poco antes estábamos aludiendo, y véase si fuera una paradoja el decir, que atendido el estado de embrutecimiento en que viven, para muchos de ellos llega muy tarde el uso de la razon necesario para hacerse reos de culpa grave á los ojos de Dios; que el número de los que nosotros apellidamos imbéciles y fatuos, sea quizás entre ellos mucho mayor de lo que pudiéramos imaginar; y que por consiguiente es muy aventurado el determinar con alguna precision, ni el número de los que entre ellos se condenan por la infidelidad, ni cuando comienza para gran parte de los mismos el uso completo de la razon, ni si son muchos los que viven en tal estupidez que no llegan jamás á disfrutarlo. Estas consideraciones son aplicables no solo por lo tocante á la falta del conocimiento de la verdadera religion, sino tambien por lo perteneciente á otras clases de pecados; porque es cierto que no puede come-

terlo grave quien no tiene el correspondiente uso de las facultades necesarias para deliberar y consentir.

Ciñéndonos empero al punto principal que consiste en la pena que pueda provenir de no profesar la religion verdadera, claro es que tienen mas aplicacion las observaciones que se acaban de hacer; dado que es mas difícil que el hombre distinga cuál es la verdadera religion, que no el conocer que es malo el robar, el matar, y el cometer otros actos semejantes. De lo que inferiremos, que siendo tan escaso el desarrollo de la inteligencia en los hombres de quienes estamos tratando, la infidelidad puramente negativa y por consiguiente sin culpa, tendrá lugar para gran número de ellos; y así no hay motivo de achacarnos que los condenamos siendo inocentes; pues que al contrario, somos los primeros en afirmar que por este solo motivo, ni se condenan ni pueden condenarse.

Si se pregunta qué destino señalamos á aquellos hombres, la respuesta es muy sencilla. O llegaron al uso de la razon ó nó; si no llegaron, están en el caso de los niños que mueren sin bautismo, de los cuales afirmamos que no entrarán en el reino de los cielos; pero guardándonos de establecer que por la simple culpa original, única de que están infectos, hayan de ser entregados á eterno suplicio. Estarán privados de un gran bien, es decir de la vision de Dios; pero hasta qué punto les afligirá esta privacion, hasta qué punto se les hará sensible, cuál es la clase de vida que les está reservada á aquellas almas inmortales, de qué manera existirán con sus cuerpos por toda la eternidad, son cuestiones que no resuelve el dogma católico, sobre las cuales guarda la Iglesia un prudente silencio, dejando libre campo á las opiniones y conjeturas. Si estos hombres han alcanzado el uso de la razon, tal como se necesita para que sean capaces de hacerse reos de pecado grave á los ojos de Dios; entonces, ó lo han cometido ó nó; si lo primero, y continuan en la impenitencia hasta la muerte, por esto se condenarán, y nó por haber dejado de profesar la religion verdadera, en el supuesto que no les

haya sido dable el conocerla; si no lo han cometido, volvemos á un caso semejante al anterior, solo que en este último supuesto, por lo mismo de no obrar el mal, se deja entender que de un modo ú otro el individuo de que se trata practicará el bien, no omitiendo el cumplimiento de aquellos deberes cuya omision basta para constituir el mal. ¿Qué hará Dios con ese hombre? no lo sabemos á punto fijo. Es conocido el célebre dicho de santo Tomás quien afirma que de un modo ú otro no dejaria Dios de iluminarle, aun cuando fuera enviándole un ángel. Si esta iluminacion extraordinaria que expresa en general el Santo Doctor por la mision de un ángel, se ha verificado pocas ó muchas veces, no es dado al mortal conocerlo; pero fuera tambien presuncion temeraria el decir que esto no se realiza nunca, ó que solo tiene lugar muy contadas veces. ¿Quiénes somos nosotros para señalar límites á la omnipotencia de Dios, ni á su inagotable misericordia? ¿qué sabemos nosotros de la profundidad de sus insondables arcanos, y sobre los infinitos medios, que ocultos á nuestra vista, están patentes á sus ojos, para alcanzar objetos que en nuestra pequeñez consideramos inasequibles? Todos los teólogos están de acuerdo que un hombre que desee sinceramente recibir el bautismo, puede salvarse y se salva en efecto, si mediando imposibilidad de obtener el objeto de su ardiente deseo, ofrece á Dios un corazon humillado y contrito. Ahora bien, ¿qué derecho tenemos para negar que la infinita misericordia de Dios haya otorgado este beneficio tal vez á mayor número del que nosotros pensamos? Estos son secretos acerca de los cuales debemos nosotros mantenernos en sobria y prudente reserva, sin arrojarnos á decidir temerariamente en ningun sentido, ya que el Señor no se ha dignado aclarárnoslos satisfaciendo nuestra curiosidad. Como quiera, bastante terribles son de suyo estos misterios; no procuremos aumentar el pavoroso horror que los circuye; reconozcamos nuestra ignorancia y flaqueza, y adoremos con humildad los designios del Altísimo.

Volviendo á la dificultad que á los católicos se objeta, y reasumiendo en pocas palabras lo dicho hasta aquí, estableceremos algunos puntos de doctrina, que rogamos al lector no pierda nunca de vista, siempre que se trate de esta grave é importante materia.

1.º Es falso que el dogma católico condene á ningun inocente, por ningun título, por ningun motivo, bajo ningun pretexto. Rechazamos como una calumnia lo que nos achacan nuestros enemigos, de que adoramos á un Dios injusto y cruel. La justicia y la misericordia son atributos que reconocemos como inseparables de la idea de Dios; y que están manifestados de una manera sublime en el augusto misterio de nuestra redencion, donde un Dios con infinita *misericordia* muere para salvarnos, satisfaciendo con su muerte á la infinita *justicia*.

2.º Los infieles que no han tenido conocimiento de la religion católica, no se condenarán por el mero hecho de no haberla profesado. Si cometen pecados graves, por esto sufrirán el infierno, no por la falta de una fe cuya existencia no hayan conocido.

3.º La infidelidad voluntaria es un pecado gravísimo; pero está sujeto á las mismas condiciones generales de todos los demás, es decir que no existe sin conocimiento, deliberacion y consentimiento.

4.º La fe católica no determina á punto fijo, ni cuándo llega para este ó aquel individuo el uso de la razon necesario para cometer el pecado de infidelidad, ni señala con precision cuáles son las circunstancias en que el individuo ha de encontrarse para que pueda decirse que ha llegado el caso de hacerse reo del mismo. Estas son cuestiones de moral práctica, ajenas al dogma y susceptibles de varias modificaciones, por la misma variedad de las cosas.

5.º De lo dicho se infiere, que el dogma católico bien mirado, enseña una doctrina que ningun hombre razonable puede desechar. No condena la infidelidad, sino cuando es voluntaria, y por consiguiente culpable; es decir que

no aplica á este punto otro principio que el que tiene establecido en general, á saber, la responsabilidad que el hombre por sus actos *libres* tiene á los ojos de Dios.

6.° Cuando no exista culpa en la infidelidad, por ser involuntaria, cuando por otra parte el infiel no se haya hecho reo de pecado grave á los ojos de Dios, entonces la fe católica no dice que el infiel será entregado á las penas del infierno. De qué manera obrará Dios en semejante caso, permite que los teólogos lo conjeturen; pero ella se abstiene de decirlo.

Meditad sobre esta doctrina, y ved si algo se encuentra en ella que no pueda sufrir el exámen de la sana razon. — *J. B.*

(Número de la Revista correspondiente á 15 de mayo de 1843.)

ALIANZAS DE ESPAÑA.

ARTÍCULO 1.°

ALIANZA CON LA INGLATERRA.

Se ha difundido bastante en España la dañosa persuasion de que estamos precisados á tener alianza con la Francia ó con la Inglaterra. De los dos partidos que actualmente se disputan la arena, ninguno está exento de haber contribuido á la propagacion y arraigo de tan funesto error; dado que por mas protestas que hayan hecho, es claro como la luz del dia que uno de ellos se ha inclinado excesivamente á la Gran Bretaña, mientras el otro ha manifestado demasiado sus simpatías en favor de la política francesa. Los términos que empleamos son por cierto los mas comedidos que usarse pueden; y hacémoslo de propósito, porque deseando esclarecer la cuestion y no ensañar las pasiones, no queremos, sea cual fuere nuestra opinion sobre este asunto, echar en cara á ninguno de los contendientes la dependencia, el servilismo, el absoluto abandono del honor nacional, de que recíprocamente se acusan. Y cuando esta conducta observamos, no lo hacemos ciertamente para blasonar de una imparcialidad que tenga

por objeto conciliarse la benevolencia de ninguno de los adversarios; nuestras convicciones son conocidas; cuando se trata de decir la verdad sabemos expresarnos sin rodeos, y decirla toda entera. Pero como en la materia que nos ocupa, de la propia suerte que en tantas otras, nos parezca que ambos anduvieron desacertados, necesario se nos hace no ponernos del lado de ninguno de ellos.

La alianza con la Inglaterra está ya desacreditada hasta tal punto, y tiene en contra de sí tan fuerte antipatía en la inmensa mayoría de la nacion, que no es necesario esforzar mucho el discurso para convencer y persuadir, que á mas de inútil, nos es en extremo perjudicial y peligrosa. A excepcion de un número muy reducido de hombres, que por sus principios, antecedentes, ó particulares designios, muéstranse decididos sostenedores de la influencia inglesa, la generalidad de España sin excepcion de ningun partido, se manifiesta abiertamente contraria de toda alianza con Inglaterra, y propende visiblemente á desconfiar de aquella potencia, aun cuando no se mantengan con ella mas que las indispensables relaciones de buena armonía. Y no es difícil descubrir la causa de semejante aversion, puesto que no es menester un profundo conocimiento de la política y de la diplomacia, para ver desde luego lo que puede prometerse la Península de su intimidad con la Gran Bretaña.

Examinando la respectiva posicion de las dos naciones, échase de ver que no existe ningun vínculo que pueda mantenerlas unidas, y que todo cuanto en esta materia se intentase, ha de ser por necesidad facticio, y por consiguiente poco duradero. Porque conviene no perder de vista, que la solidez y estabilidad de las alianzas no depende de la voluntad de los gobiernos aliados; entran para mucho los pueblos, y no es posible de ellos desentenderse, si se ha de conseguir algo que ofrezca garantía de buenos resultados.

Aplicando este principio á la alianza de la España con la Inglaterra, notaremos que no existe ninguna de las con-

diciones que en semejantes casos conducen á estrechar y fortificar los lazos que pudieran formar los gobiernos.

En primer lugar, los dos pueblos no solo hablan idioma muy diferente, sino que tambien ha faltado entre ellos la comunicacion precisa para difundir algun tanto la inteligencia de la lengua respectiva. Esto es no leve obstáculo para la buena amistad de pueblo á pueblo; obstáculo que no existe con la Francia por la propagacion de su idioma entre nosotros, originada de la menor dificultad que de suyo presenta, de la mayor frecuencia de relaciones de unos naturales con otros, y muy especialmente del predominio alcanzado en España por la literatura francesa desde que ocupara el trono la descendencia de Luis XIV.

La religion profesada por los españoles es diferente de la que en Inglaterra domina; mediando además la particular circunstancia de las tradiciones poco favorables á la amistad que todavía conservan ambas naciones: no se han olvidado aun los reinados de Felipe II, defensor acérrimo del catolicismo así en España como en el resto de Europa; y el de Isabel, encarnizada perseguidora de la religion católica en sus dominios, que afirmó además la iglesia anglicana, y apoyó el protestantismo en los demás países, cuanto le fué posible.

Las costumbres de las dos naciones no tienen ningun punto de semejanza: al pisar el suelo de la Inglaterra, se conoce, se siente instintivamente esta diferencia profunda. Como quiera que los dos pueblos han vivido en completo apartamiento el uno respecto del otro, no se encuentra ningun punto de contacto ni aproximacion; las leyes de los dos países, el sistema de gobierno á que durante largo tiempo vivieron sometidos, la ninguna analogía de su administracion, vienen á sancionar esta diferencia que otras causas de suyo harto poderosas tienen establecida, resultando que así se parecen en lo intelectual y en lo moral, ingleses y españoles, como las nebulosas orillas del Támesis á las risueñas márgenes del Guadalquivir y del Tajo.

A pesar de tamaños inconvenientes, no se podria lla-

mar temeraria la tentativa de acercar á las dos naciones, fomentando la amistad y fraternidad entre los dos pueblos, y preparando de esta suerte alianzas sólidas y duraderas entre los dos gabinetes, á no mediar otras circunstancias que las hacen de todo punto imposibles.

Nunca, durante la situacion actual de las dos naciones, podria ser la alianza de la España con la Inglaterra otra cosa que la sumision del gabinete de Madrid al gabinete de San James, que el sacrificio de nuestros intereses á los intereses de la Gran Bretaña. Las compensaciones recíprocas no serán otra cosa que velos mas ó menos trasparentes para cubrir este sacrificio de nuestro bienestar y prosperidad á los intereses de la pretendida amiga.

La razon de lo que se acaba de decir no es difícil de adivinar: existe una verdadera oposicion de intereses entre las dos naciones; el progreso de los unos será por necesidad en menoscabo de los otros. No ignoramos las hermosas utopias de la comunidad é identidad de intereses de todas las naciones; nosotros sin negar que hay ciertos puntos generales en que efectivamente esta utilidad se enlaza y hermana, opinamos que hay muchísimos otros en que se hallan necesariamente encontrados; y por tanto siendo indispensable la rivalidad, cada cual debe procurar sacar de su posicion el mejor partido posible, promoviendo su conveniencia sin apartarse de la justicia. Tan sencilla es la razon en que se funda la verdad de las observaciones que preceden, como lo es que están en oposicion los intereses del vendedor y del comprador, los de dos vendedores que concurren á un mismo mercado, los de dos aspirantes á un mismo empleo, los de dos ambiciones que tienen fija su mirada en un destino en que ambas no pueden tener cabida á un mismo tiempo.

La Inglaterra bajo el aspecto político y mercantil, está en oposicion con la España; el aumento y desarrollo de los verdaderos intereses de la una, dañará por indeclinable necesidad los de la otra. Dejemos aparte por un momento los mercantiles, por no repetir lo que mil y mil veces se

ha dicho ya, y miremos la cuestion bajo un punto de vista de mayor extension y altura, y en que no sea dable sospechar interesadas miras de provincialismo. ¿Conviénele á la Gran Bretaña que la nacion española se levante de la postracion en que yace, que tome aliento y brio para ocupar de nuevo el rango que le corresponde entre las naciones europeas? ¿no es cierto, ciertísimo, que nó? Quien lo contrario pretenda, si quiere dar á su opinion tan solo un débil viso de probabilidad, necesario es que borre del mapa de la Península el importantísimo punto de Gibraltar, en cuyas fortalezas ondea el pabellon británico; necesario es que haga desaparecer del mismo mapa el vecino reino de Portugal, casi reducido á una simple colonia de Inglaterra; menester le será probar, que nada le importan á la Inglaterra tan preciosas joyas, ó que sus hombres de Estado serán tan imbéciles que no prevean el peligro que las amenazaria, desde que la España recobrase su antigua pujanza; menester le será probar que aun dado caso que no se hallara en la misma situacion topográfica del país una razon poderosísima para formar de toda la Península una sola nacion, no es al menos la influencia española la que por todos títulos debiera prevalecer en Portugal; menester le será probar que un reino que se sintiese con fuerzas bastantes para arrostrar grandes compromisos, no excogitaria todos los medios, no tantearia mil y mil combinaciones, no emplearia cuantos recursos tuviese á la mano, no andaria á caza de favorables coyunturas para apoderarse nuevamente de Gibraltar, echando de la propia casa ese centinela de vista.

Aun cuando no mediaran otras causas que engendrasen oposicion de intereses entre ingleses y españoles, las indicadas fueran por cierto poderosas en demasía para producirla fuerte, viva, intransigible. La historia y la experiencia enseñan de consuno, que motivos de muchísimo menos valer ocasionan rivalidades inextinguibles, acarreando á menudo guerras sangrientas. La posesion de una pequeña isla en lugares al parecer insignificantes, la de-

marcacion mas ó menos escrupulosa de una frontera, una fortaleza colocada en un punto de suyo poco influyente en las operaciones militares, un pedazo de tierra junto á una remotísima ensenada, el mayor ó menor ascendiente en los negocios del gobierno de un país situado á larguísima distancia, cien y cien otras causas menos poderosas, motivan los mayores esfuerzos de la diplomacia, y provocan estrepitosos rompimientos; ¿qué será pues tratándose de la influencia sobre un reino situado en posicion ventajosísima para todas las operaciones políticas, militares y mercantiles que se intenten sobre el occidente de Europa, Mediterráneo y costas de África? de un reino, que entre los restos de su pasada grandeza, conserva todavía grupos de preciosas islas, muy bien situados para servir de escala en el tránsito de Europa á América, al África y al Asia? ¿qué será tratándose de un punto como Gibraltar, llave del Mediterráneo, punto de apoyo para operar sobre la Península, el África y el Atlántico? No; la astuta, la previsora Inglaterra no es tan torpe, tan ciega, que no vea lo que es mas claro que la luz del dia; á saber, que desde el instante que la España volviese á su antiguo esplendor y poderío, desde el instante que el leon de Castilla pudiese medir sus fuerzas con el leopardo britano, comenzaria la rivalidad, siguiendo despues las hostilidades hasta haber reconquistado lo que la naturaleza misma le está indicando como de su pertenencia. Cuando lord Clarendon y sir Roberto Peel nos están halagando con sus sentidas promesas del deseo que abrigan de nuestra prosperidad, de nuestra dicha, de nuestra libertad é independencia; reflexionemos que los que hablan no son escritores entusiastas, no son poetas de quienes pueda suponerse que se mecen en doradas ilusiones, en sueños cándidos y puros, en galanas utopias por el bien de la humanidad: reflexionemos que son hombres de Estado de la Gran Bretaña, encargados de la defensa y fomento de los intereses de su país, colocados á manera de atalayas para acechar cuanto puede favorecerle ó dañarle: reflexionemos que son hombres que

consagran su vida entera á combinar, á negociar, á intrigar, á maniobrar en pro de la prosperidad, de la grandeza, de la influencia y poderío de su patria; fijemos entonces nuestras miradas sobre Portugal y Gibraltar, y de seguro que sin necesidad de otra consideracion, se disiparán en un momento las impresiones agradables que causarnos pudieran las mas graves protestas, las mas ardientes expresiones de buen afecto y desinteresada amistad.

Si lo dicho hasta aquí basta y sobra para convencer de que la Inglaterra tiene un interés poderoso en que la España no se levante del abatimiento en que yace, existen todavía otras razones que llevan la expresada verdad á una evidencia que no consiente réplicas de ningun género. Hasta ahora nos hemos ceñido á considerar los intereses británicos y españoles con relacion á Europa; pero extendiendo nuestras miradas á la América y al Asia, encontraremos no menos graves motivos de incesante rivalidad.

¿Quién podrá persuadirse que sea conveniente á la Inglaterra que la isla de Cuba esté bajo el dominio del gobierno español? ¿Quién no ve que debe de encontrar en esto un obstáculo, un estorbo, que de todos modos le importa remover? Si no le es posible adquirir aquella preciosa colonia por medio de negociaciones ó de un golpe de mano, ¿no seria para ella muy ventajosa la emancipacion, que produciendo primero larga serie de desastres y turbulencias, viniese á parar al fin á una independencia precaria, forzada á demandar humildemente el acogerse á la sombra de un alto protectorado? ¿no abriria de esta suerte la Inglaterra un nuevo desahogo para sus sobreabundantes productos? ¿no mejoraria la situacion de sus colonias destruyendo la prosperidad de un rival temible? Las tentativas que se están haciendo para arrebatarnos aquel inestimable tesoro, los tenebrosos manejos que se emplean para provocar una insurreccion, cubriéndolos con el hermoso velo del amor de la humanidad, y aparentando un entusiasmo por el bien de sus semejantes que

raya en la demencia, como hemos visto recientemente en el ex-cónsul Turnbull, son la respuesta mas decisiva que darse pueda á las indicadas cuestiones; esto revela bien á las claras, cuáles son en las Antillas los intereses de España y cuáles los de Inglaterra.

Volviendo al Oriente nuestros ojos, nos encontramos con el pabellon de la Gran Bretaña flotando victorioso en los puertos de la China, y descubrimos vivo movimiento de sus diplomáticos y de sus emisarios para aprovechar lo que tan felizmente ha comenzado la suerte de las armas, y explotar las riquezas de aquellos inmensos países, cerrados hasta el presente á la ambicion y codicia de los europeos. Un ancho porvenir extendiéndose en vasto horizonte cuyos límites no alcanza la vista, se abre de par en par á la actividad, al febril ardor de esa gran nacion que no cabe en el mundo. Las puertas de hierro que mantuvieran á los innumerables habitantes del Imperio celeste separados del resto del mundo durante treinta siglos, cayeron bajo los cañonazos de la armada inglesa; y los mandarines que creyeran inexpugnables sus baluartes, viéronse obligados á pedir de rodillas la paz, y á pasar á bordo de las vencedoras naves para firmar los tratados que con altivo ademan les prescribiera el almirante.

El interés de la Gran Bretaña despues de tan señalado triunfo, consiste en asegurar por todos los medios posibles esa nueva conquista, continuando las negociaciones, y empleando de nuevo si menester fuere las armas para ir recabando cada dia concesiones mas ventajosas. Conviénele no dejar encomendado á la buena fe de los chinos el cumplimiento de los tratados; y así es probable que discurrirá todos los medios imaginables para estar pronta á todo linaje de complicaciones que puedan ocurrir. Si bien para granjearse el renombre de filantrópica, y adquirir el título que ambiciona de protectora de la causa de la civilizacion y de la humanidad, aparenta procurar que las ventajas que reporte se extiendan tambien á los demás pueblos civilizados, esforzándose en acallar de esta suerte

las quejas y murmullos que de todas partes se levantan contra su ambicion y codicia; no dejará de cuidar que le quede la mayor parte del pingüe botin, y de vigilar cautelosamente los pasos de cuantas naciones se presenten en la nueva arena. El mismo movimiento europeo que allá en Oriente se promoviere, no se olvidará de explotarlo en provecho de los intereses propios, y mucho será si su diplomacia apoyada en las colosales posesiones de la India y en los ventajosos tratados de la China, no tiende á sus adversarios y rivales nuevas é inextricables redes.

En vista de esta posicion de la Gran Bretaña en los países y mares de Oriente, ¿hállanse por ventura sus intereses hermanados con los nuestros? Aun cuando se suponga que no le conviene la posesion de las islas Filipinas, y que prefiere dejarlas en nuestro poder á cargarse con los compromisos de otra colonia, siempre es cierto que no puede serle agradable que la nacion que las posee levante demasiado el vuelo convirtiéndose en rival temible.

De la reseña que acabamos de presentar, se deduce con toda evidencia, que la Inglaterra tiene en todas partes sus intereses en oposicion con los nuestros; resulta que es un absurdo el suponerle sinceros deseos de nuestra prosperidad, y que por tanto es preciso escuchar con la mayor desconfianza sus protestas de amistad afectuosa, no hacer ningun caso de sus ardientes votos por el fomento y desarrollo de nuestra riqueza, por el aumento de nuestro bienestar, por el restablecimiento de nuestra independencia y poderío. En todas las alianzas que con ella hagamos, llevaremos por necesidad la peor parte; ella poderosa se aprovechará de nuestra debilidad; ella rica se aprovechará de nuestra pobreza; ella codiciosa explotará nuestro suelo todavía vírgen; ella previsora y astuta se aprovechará de nuestra imprevision; ella activa se aprovechará de nuestra negligencia; ella interesada en nuestro abatimiento y postracion, procurará envolvernos mas y mas en la red que nos tiene tendida, y en la que están ya nuestros piés; ella sagaz conocedora de nuestro orgu-

llo nacional, disfrazará con brillantes y seductores velos los progresos de su usurpacion, como el reptil que con mirada fascinadora va atrayendo á su inflamada boca la cándida avecilla.

Cuando sostenemos los daños que nos traeria toda alianza con la Inglaterra, y los peligros que consigo lleva su amistad demasiado íntima, no es nuestro ánimo inducir á que se ponga España en desacuerdo con aquella nacion, provocando su enemistad y su odio. Muy al contrario, creemos que semejante conducta seria imprudente en extremo; y hasta nos atrevemos á indicar, que entre las faltas cometidas por el partido moderado en España, haya sido quizás una y no despreciable, el no observar con respecto á Inglaterra una conducta mas atinada y previsora. En efecto: si la amistad de aquella gran nacion no nos es provechosa, tampoco nos es favorable su enemistad, y así fuera una imprudencia en los hombres que dirigiesen los negocios del país, el darle, por causas livianas, motivos de queja y descontento, y el herir su susceptibilidad, inclinándose á favor de otra nacion, que ella ha mirado siempre y mira todavía, cuando nó como enemiga, al menos como rival.

Al débil no le es regularmente muy provechosa la alianza con el fuerte, porque acontece casi siempre lo que se significa en la famosa fábula que anda en boca de todo el mundo. Los escasos recursos de que el débil puede disponer, se aprovechan para el logro del objeto; pero cuando se trata del repartimiento de los beneficios obtenidos, cábele al fuerte la parte principal cuando nó la totalidad, por la sencilla y convincente razon de que es fuerte. Por mas que esto sea de una verdad incontestable, no se sigue que al débil le sea provechoso el excitar contra sí la animadversion del fuerte; la prudencia aconseja la línea de conducta que debe observarse cifrada en dos palabras: ni alianza ni enemistad.

Basta tener una idea del inmenso poderío de la Gran Bretaña para convencerse de cuán imprudente fuera, ni

provocar abiertamente su cólera con atrevidos desmanes, ni irritar su orgullo otorgando á otra potencia cualquiera, no diremos decisiva preponderancia, pero ni aun una predileccion demasiado marcada. La Inglaterra tiene á la mano muchos medios de dañarnos; y si bien estamos convencidos que en todo evento los empleará porque así cumple á sus intereses, opinamos no obstante que no es poco lo que pueden contribuir la sagacidad y cordura del gobierno español, en que ni se empleen en tanta abundancia esos medios, ni se active con tanto ahinco su eficacia. Desde el momento que el gabinete de San James se convenza que el de las Tullerías predomina en el de Madrid, y que la política de Luis XIV se ha restablecido abatiendo de nuevo los Pirineos, desde entonces será no solo nuestro rival, sino nuestro enemigo, tenaz, irreconciliable: pues que su interés y hasta su honor no le permitirán contemplar sin indignacion profunda un estado de cosas que tan mal parados los dejara. En tal caso echaria mano de todos los medios imaginables para perturbar nuestra tranquilidad en lo interior, para insurreccionar nuestras colonias, para destruir nuestra industria y comercio, apelando quizás á recursos que en las carteras ministeriales deben de tener apuntados sus hombres de Estado para sacarlos á plaza en último extremo.

¿Qué interés podemos tener nosotros en prestarnos á servir de arena en la lucha de dos poderosos rivales, en entregarnos como un cordero á quien dos fieras que se disputaban la presa matan y descuartizan? Si no nos conviene la alianza de la Inglaterra, ¿podrá sernos útil la de la Francia? ¿será verdad que restableciendo la política de Luis XIV, trabajemos por nuestra dicha, por nuestra prosperidad é independencia? ¿será verdad que ni en el estado normal ni en situaciones extraordinarias, pueda sernos útil el constituirnos en satélites de la política francesa? Mucho lo dudamos; ó mejor diremos, opinamos en sentido muy diverso. Creemos que por muchas razones le importa á la España el no vivir en amistad demasiado íntima

y exclusiva con la Francia; creemos que léjos de sernos provechosa esta línea de conducta podria acarrearnos perjuicios de mucha cuenta; y que fuera lo mas á propósito para empeñarnos en una nueva série de calamitosas consecuencias. Hemos manifestado nuestro pensamiento sobre la alianza inglesa, y por cierto que no la hemos favorecido; pero debemos añadir, que poco falta si con igual aversion no miramos la francesa. Tambien de esta opinamos, que bienes no puede traérnoslos; males sí, y de mucha gravedad. El exámen de la respectiva situacion de las dos naciones, y los escarmientos de la historia y de la experiencia vendrán en confirmacion de lo que acabamos de decir.

La demasiada extension que va tomando este artículo nos impide desenvolver estas indicaciones en el presente número; harémoslo en uno de los inmediatos, con la extension y detenimiento que reclama la importancia de la materia.—*J. B.*

LA PRENSA.

La prensa comenzó dando á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música, la poesía, la pintura nacieron en los templos, y han bajado hasta los burdeles y tabernas. Pero de la propia suerte que los poetas ramplones no desacreditan á Homero, Virgilio y Tasso, que las sonatas de un mal instrumento nada quitan á los acentos de Rossini y de Mozart, y los prodigios de Miguel Angelo y de Rafael nada pierden de su mérito sublime por existir mamarrachos en patios y esquinas; tampoco debe caer en desprecio la prensa porque algunos la hayan desacreditado por sus desmanes y excesos. El

abuso y el uso son cosas que no deben confundirse jamás; si para destruir aquel se debiera prohibir este, apenas existiera nada sobre la tierra. ¿De qué no abusa el hombre? abusa de su entendimiento, de su voluntad, de todas sus potencias y facultades, de sus sentidos, de su cuerpo, de su fortuna, de su reputacion, de sus relaciones, de todo cuanto le rodea: porque no hay mal que no se consume abusando del bien: hasta el blandir aleve acero que desgarra un pecho inocente, es un abuso de la mano y de un metal; instrumentos preciosos que nos ha concedido el Criador para labrar nuestra dicha.

Si bien se observa, la prensa no es mas que una manera de hablar: es una especie de lengua que solo se diferencia de la comun, en que suena mas alto, se hace oir con mas rapidez y universalidad, y deja consignado é indeleble para mucho tiempo todo lo que dice. Es una perfeccion del órgano que nos ha dado la naturaleza; es un suplemento á su debilidad, á su poco alcance, á la breve duracion de sus sonidos; como lo es tambien la escritura, como lo son todos los signos de que el hombre se ha valido para extender y conservar su palabra; no siendo otra cosa que el mas perfecto entre estos signos, una manera mas perfecta de escribir y por tanto de hablar. La imprenta es á la escritura lo que son al dibujo el arte daguerreotípico, y todos los demás que tienen por objeto trasladar de un golpe al lienzo, al papel ú otra tabla cualquiera, lo que la mano del dibujante no podria hacer sino con mucha lentitud y procediendo por partes.

Con estas observaciones se deja en claro el mérito que encierran las declamaciones que en pro y en contra de la prensa se están oyendo todos los dias: es un hecho como los demás que existen en el mundo; es un bien cuyo abuso constituye un mal; si por esta razon se intenta condenarla, condénense la pintura, la escultura, la poesía, la música; condénense todas las ciencias, todas las artes; condénense el cuerpo del hombre, sus sentidos, su voluntad, su entendimiento, su espíritu inmortal; condénese

todo cuanto hay mas respetable, mas santo, mas augusto sobre la tierra; pues que desgraciadamente el hombre de todo abusa. Se habla de inconvenientes; ¿y dónde no existen? se lamentan los males; ¿cuántas cosas hay que no los acarreen directa ó indirectamente, cuando no sea por otra causa, por la manera con que de ellas nos valemos? El lenguaje cuyo auxiliar es la prensa, á la par de sus buenos efectos ¿no los produce tambien malos, y de trascendencia incalculable? ¿han podido olvidarse los proverbios en que la sabiduría de la experiencia ha compendiado el bien y el mal que hace la lengua, segun el modo con que la empleamos?

Se habla mucho de esta *lepra de las sociedades modernas*, de ese *elemento disolvente*, usándose á cada paso expresiones semejantes. Reconocemos como el que mas, los daños acarreados á las sociedades modernas por ese instrumento terrible, por ese formidable agente, órgano del entendimiento, é imágen de su inmensa actividad, de su fuerza expansiva, de su increible rapidez; pero tampoco podemos echar en olvido los bienes de que le son deudoras las ciencias, las artes, la sociedad, la religion misma. Así miramos como un singular favor del cielo la sublime inspiracion que tantos beneficios nos trajera; estando de acuerdo sobre este particular con el gran papa Leon X en el concilio de Letran celebrado en 1515, cuando proponiéndose remediar y precaver los males acarreados por la prensa ya en aquella sazon, tributaba no obstante los mayores elogios al sublime descubrimiento, mirándole como un favor particular del cielo: *ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa, seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda*, etc. Es notable que ya en aquella época, aun antes de la aparicion del protestantismo, y cuando el arte de imprimir estaba todavía tan próximo á su cuna, se cometian notables y numerosos excesos, que la autoridad apostólica se ve precisada á reprimir. En diversas partes se publicaban *libros en idioma latino y vulgar; ya originales, ya traducidos del griego,*

del hebreo, del arábigo, del caldeo, en los que se propagaban errores y perniciosos dogmas, contrarios á la religion cristiana; y lo que es todavía mas particular, *se dirigian ataques contra las personas aun las mas condecoradas por su elevada dignidad; resultando de esto grandes errores en la fe, y en la vida y costumbres, originándose repetidos escándalos, cuya gravedad enseñaba ya la experiencia, y temiéndose para en adelante otros mayores.* Ya entonces se recelaba que *una invencion saludable, destinada á la gloria de Dios, al robustecimiento de la fe, y á la propagacion de las buenas artes, no sirviese para todo lo contrario, dañando á la salud de los fieles, haciendo crecer espinas junto con las semillas buenas, y mezclando el veneno con la medicina.* No cabe apreciar con mas pulso, con mas prudencia, los efectos buenos y malos de la prensa; no cabe mas moderacion en distinguir el abuso del uso, y en reconocer en el descubrimiento un gran beneficio de la Providencia, á pesar de la manera dañosa con que de él se servia la malicia de algunos hombres.

Recordamos con mucho placer las graves sentencias de aquel Sumo Pontífice, para que se vea que la cuestion de la prensa es ya muy antigua, para hacer notar que lo que han dicho posteriormente de mas grave y juicioso los publicistas y legisladores, lo habia compendiado en pocas palabras mucho antes que ellos un Papa, y al mismo tiempo para evidenciar cuánta prudencia, cuánta prevision manifestaron en este negocio los Romanos Pontífices. Es por cierto muy curioso é interesante el ver ahora cómo luchan con la agobiadora dificultad los mismos que mirarán tal vez *como horrendos atentados contra la libertad humana,* las providencias de los Papas en que se procuraba contener el abuso de esta arma terrible, poniéndole algunas limitaciones para que no atacase la fe, no corrompiese las costumbres, y respetase *el decoro de las personas constituidas en dignidad.* Ya en aquellos tiempos el mal era mucho y el peligro mayor; ya desde entonces la Cátedra de San Pedro, depositaria de la verdad, y vigilante atalaya de los mas sagrados intereses de las naciones, las amonestaba

de los riesgos que consigo traeria esta invencion en los siglos futuros (1).

---

(1) Hemos presentado ya las sentencias del citado Papa; pero deseosos que los lectores se formen clara idea de la prudencia, moderacion y prevision que encierra el indicado documento, trasscribiremos original su preámbulo.

LEO X. IN CONCILIO LATERANENSI.

Inter sollicitudines nostris humeris incumbentes, perpeti cura revolvimus, ut errantes in viam veritatis reducere, ipsosque lucri facere Deo (sua nobis cooperante gratia) valeamus; hoc est quod profecto desideranter exquirimus, ad id nostræ mentis sedulo destinamus affectum, ac circa illud studiosa diligentia vigilamus. Sanè licet litterarum peritia per librorum lectionem possit faciliter obtineri, *ac ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, cum parva impensa copia librorum maxima habeatur, quibus ingenia ad litterarum studia percommode exerceri, et viri eruditi in omni linguarum genere, præsertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facilè evadere possunt, qui etiam infideles sciant et valeant sacris institutis instruere, fideliumque collegio, per doctrinam christianæ fidei salubriter aggregare:* quia tamen multorum querela nostrum et sedis apostolicæ pulsavit auditum, quod nonnulli hujus artis imprimendi magistri, in diversis mundi partibus, libros, tam Græcæ, Hebraicæ, Arabicæ et Caldeæ, linguarum in latinum translatos, quam alios latino, ac vulgari sermone editos, errores etiam in fide, ac perniciosa dogmata, etiam Religioni Christianæ contraria, *aut contra formam personarum, etiam dignitate fulgentium* continentes, imprimere, ac publice vendere præsumunt, ex quorum lectura non solum legentes non ædificantur, sed in maximos potius tam in fide, *quam in vita et moribus prolabuntur errores, unde varia sæpe scandala* (prout experientia rerum magistra docuit) *exorta fuerunt et majora in dies exoriri formidantur*. Nos itaque, ne id, quod ad Dei gloriam et fidei argumentum, ac bonarum artium propagationem, salubriter est inventum, in contrarium convertatur, ac Christi fidelium saluti detrimentum pariat, super librorum impressione curam nostram habendam fore duximus, ne de cætero cum bonis seminibus spinæ coalescant vel medicinis venena intermisceantur.

La accion de la imprenta se ha extendido á todos los órdenes, ha obrado en los sentidos mas diferentes, no siendo posible señalar ninguna institucion sobre la cual no haya ejercido notable influencia. La religion, la sociedad, la política, las ciencias, la literatura, las bellas artes, todo se ha resentido de la portentosa invencion; todo tiene mucho que agradecerle, y no poco de que acusarla. Mas por lo mismo que la accion del nuevo agente era tan universal y eficaz, que necesario es resignarse á encontrar el bien al lado del mal: el mismo sol que alumbra, fecunda y embellece la tierra, agosta con sus ardores las campiñas, corrompe las lagunas, y levantando exhalaciones pestilentes, siembra la desolacion y la muerte por extendidas comarcas.

Mucho tiene que lamentarse la religion, pero en cambio, no poco de que alegrarse; pues si bien es verdad que la imprenta ha servido para difundir los errores, y preparar esa era de incredulidad y escepticismo que nosotros alcanzamos; tambien lo es, que la ciencia religiosa se ha levantado á un punto á que de otra manera le fuera difícil llegar; y que la misma contradiccion que ha sufrido la fe católica, ha hecho que se demostrase la solidez de sus fundamentos con una evidencia, con un caudal de erudicion y de saber, que sin el poderoso vehículo de la imprenta quizás no se hubiera logrado. Sin este auxiliar, ¿cómo seria posible que disfrutásemos de esa muchedumbre de ediciones de la Biblia, hebreas, caldaicas, siríacas, griegas, y en tantos otros idiomas? ¿cómo seria dable que los sabios tuviesen á la mano aquellos riquísimos depósitos, que todos contribuyen á manifestar la verdad de nuestra santa religion, su augusta antigüedad, y los demás títulos que la acreditan de divina? ¿y las innumerables paráfrasis, y las interpretaciones, y los comentarios, y tantos trabajos como se han hecho sobre el sagrado texto por los Santos Padres y Doctores eclesiásticos? ¿cómo se hubieran podido generalizar, y muchos de ellos, ni tal vez conservar, sin el socorro de la imprenta? ¿y qué diremos de las ediciones

de los concilios, de las obras de los Santos Padres, de las decisiones pontificias, de los escritos de los teólogos y canonistas, de los apologistas de la religion que la han defendido á la luz de las tradiciones, de la crítica, de la historia, de la cronología, de la filosofía, de las ciencias naturales y exactas, que han interrogado la inmensidad del cielo, han preguntado á las entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la metafísica, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos, con sus legisladores, sus sabios, sus sacerdotes, y ora recogiendo la preciosa verdad, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para defender la augusta religion del Crucificado, y desbaratar á sus obstinados enemigos? Reflexionemos que si la imprenta ha sido arma terrible cuando la ha manejado el genio del mal, tambien ha sido un beneficio inestimable en manos de la Providencia. ¿Quién es capaz de calcular el daño acarreado por la propagacion de los malos libros? pero ¿quién calculará tampoco el bien producido por los buenos? Extendiéronse las obras de Lutero, de Calvino, de Melancton, de Beza, de Ecolampadio, de Jurieu; pero á su vez se difundieron de la propia suerte las de los antiguos padres, las de Santo Tomás de Aquino, de Melchor Cano, de Belarmino, de Suarez, de Petavio, de Natal Alejandro, de Bossuet, y otros innumerables con cuyos nombres se honra la causa de la verdad. En tiempos mas cercanos se han hecho numerosas ediciones de las obras de Voltaire y de los filósofos de su escuela; pero ¿son pocas acaso las que se han publicado tambien de los apologistas católicos? Voltaire se propuso mostrar el cristianismo como cosa despreciable, ridícula, enemiga de la ciencia, de las bellas artes, é inconciliable con todo adelanto social; Chateaubriand acometió la noble empresa de manifestar todo lo contrario, demostrando que la religion de Jesucristo está en inefable armonía con todo cuanto hay de grande, de sublime, de bello, de tierno; y preguntaremos nosotros: ¿qué obras se han difundido mas; las del filósofo de Fer-

ney, ó las del Cantor de los Mártires? ¿cuáles se han traducido á mayor número de lenguas? en igual tiempo, ¿de cuáles se han tirado y expendido mayor número de ejemplares? esto lo saben los versados en la bibliografía; pero hasta cierto punto no puede ignorarlo quien alcance siquiera á leer. Entrad en un gabinete, ora pertenezca á un sabio, ora á una persona medianamente instruida; recorred los estantes de sus libros; pocas veces encontrareis á Voltaire, casi siempre á Chateaubriand.

Los que han dicho que la imprenta habia sido un golpe de muerte para la causa de la ***supersticion y del fanatismo***, es decir, segun ellos, para la causa de la religion católica, se han mostrado bien poco conocedores de la historia científica y literaria de Europa desde la invencion de Guttemberg. Sucédeles á no pocos de los adversarios de la religion, que habiéndose formado en un pequeño círculo de hombres y de libros, se imaginan que no existe otro mundo que aquel donde han vivido; manifestando á menudo tan crasa ignorancia de lo que ha pasado y está pasando todavía fuera de los estrechos límites de la region en que se han encerrado, que bien han menester la tolerancia de otros que han alcanzado mayor extension de noticias y mas elevacion de ideas. No les hableis á esos hombres de tal ó cual ilustre apologista de la religion, no les menteis los trabajos que se están haciendo en este ó aquel sentido; nada saben de cuanto les decís; paréceles bien extraño que haya todavía necios que se ocupen en defender una causa que creian ***fallada sin apelacion***. Saben el nombre de Bossuet, pero quizás nunca abrieron sus obras; conócenle porque han visto acá y acullá que se habla del ilustre obispo de Meaux, porque han oido apellidar su escuela, ó porque en las obras de literatura le han hallado en el catálogo de los oradores eminentes. ¿Pronunciais el nombre de Belarmino? quizás ignoran hasta la existencia del insigne cardenal; ó si á tanto no llega su falta de noticias, tal vez no tienen de él otro conocimiento que el haber oido hablar de no sé qué doctrinas sobre la potestad temporal de

los Papas. Si recordais el nombre de Santo Tomás de Aquino, notareis desde luego que no lo reputan por bueno para otra cosa que para alimentar la curiosidad de los escolásticos; y si citais algun Santo Padre, conocereis que sin haber visto nunca sus obras, las miran como antiguallas, solo respetables por el tiempo que sobre las mismas ha trascurrido. Así, imaginándose que los católicos viven en estrechísima esfera donde no se respira otro aire que el de los seminarios conciliares ó de los claustros, paréceles inconcebible que haya todavía hombres *ilustrados*, que sostengan ó *aparenten* sostener doctrinas que caducaron para no rejuvenecer jamás.

A los ojos de estos hombres, verdaderamente preocupados por la impiedad, y dignos de lástima por su ceguera, la imprenta fué la muerte de la religion católica, y es en la actualidad y será en adelante la mas segura garantía de que no podrá resucitar. Léjos de participar de semejantes temores, abrigamos la firme conviccion de que la misma imprenta será uno de los medios de que Dios se servirá para hacer triunfar la religion verdadera, haciéndola reconquistar el terreno perdido; esperamos, que así como la Providencia ha hecho ya que por este vehículo se esclareciesen admirablemente las mas profundas cuestiones, y se diese solucion cabal á las dificultades con que los enemigos de la religion se proponian abrumarla, así tambien hará en adelante, que en la profusion con que se derraman los libros de todas clases, prevalezcan en número y en atractivo, los útiles y los saludables; y pues que atendido el curso ordinario de las cosas, no es dable impedir la circulacion del veneno, al menos se propinará en abundante cantidad el preservativo, con las sanas doctrinas que forman el verdadero alimento de los espíritus. No nos asusta ese prodigioso movimiento que en las sociedades modernas se despliega, y que se hace sentir particularmente en las producciones de la prensa; no nos asusta el ver sustituido á la fuerza del hombre el vapor dando impulso al admirable mecanismo que con rapidez instantá-

nea lanza y fija sobre el papel las concepciones del humano entendimiento, multiplicándolas en escasísimo tiempo de una manera asombrosa; aquellas máquinas que estampan del mismo modo las revelaciones hechas por Dios al hombre, conservan las augustas tradiciones de los tiempos primitivos, consignan los descubrimientos que la historia y la filosofía están haciendo en pro de la causa de la verdad, reproducen en abundancia los libros de educacion donde encuentra la niñez sanos principios que le enseñan la verdadera ley, la purísima moral de Jesucristo, y cien y cien otros escritos que bajo diferentes formas, en distintos aspectos, en variados estilos, en todas las lenguas, cuentan como los cielos la gloria del Señor, y anuncian como el firmamento las obras de sus manos.

Es indigno de espíritus católicos el asustarse á la vista de semejante movimiento, y el abrigar desmedidos temores con respecto á las consecuencias de tan sorprendente desarrollo: ya sabemos que la Iglesia católica ha de durar hasta la consumacion de los siglos, que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, que así lo tenemos prometido por Aquel cuya palabra no pasa sin cumplimiento, y que los hechos han de venir á confirmar y demostrar verdadera; no podemos dudar ni un momento de que tiene preparados los remedios oportunos para curar el mal que originarse pueda en circunstancias nuevas, ni debemos desfallecer á la vista de los peligros, por mas insuperables que se ofrezcan á nuestra pequeñez y debilidad.

Cuando el Divino Fundador de nuestra religion envió á los apóstoles á predicar el Evangelio por todo el universo, no ignoraba las revoluciones y mudanzas de que el mundo habia de ser teatro. Patente estaba á sus ojos cuanto habia de suceder en los siglos venideros; y veia ya el momento en que surgiera de la cabeza de Guttemberg la sublime invencion, y veia el profundo cambio que esto habia de producir, el irresistible impulso que con esto habian de adquirir las ideas, y los abusos á que se habian de arrojar

la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veia los peligros que la fe estaba destinada á correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriria, y las pérdidas que esto debia acarrear á su religion sacrosanta; veia todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiremos pues con humilde reconocimiento su inefable dignacion en salvàr la combatida nave, hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante á los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecia los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus límites al mar, cuando extendia el cielo como un magnífico pabellon, y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religion católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamás ha esquivado la discusion, antes al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado á su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta se habian escrito ya innumerables volúmenes sobre todos los puntos de la religion, y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos la asombrosa propagacion que obtienen ahora, ni habria sido dable tampoco multiplicar de la manera que se ha hecho en los tiempos modernos, las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y exactas, formando ese admirable conjunto de erudicion y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante á convencer á todo hombre sensato de que la religion católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente despues de la inven-

cion de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religion de Jesucristo, de las demás que han existido y existen todavía. En estas, la discusion religiosa no ha tenido jamás un desarrollo considerable. Oscuras en su orígen, enigmáticas en sus expresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable humanidad, condenándola á vivir en el ilotismo, ó cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta á las pasiones mas vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal*; y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones, y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religion: sin admitir el desatentado y funesto principio de exámen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse á sí misma faltando á la institucion del Divino Fundador, ha procurado no obstante que no cesase nunca la discusion sobre las materias mas graves, fomentando ella misma la fundacion y progresos de aquellos establecimientos, cuyo objeto era la conservacion y el lustre de los estudios religiosos.

Léjos pues de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el catolicismo un golpe de muerte por haber promovido con mayor extension las controversias sobre las cuestiones mas importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos, que ese nuevo medio de propagacion secundaba los designios de la Iglesia católica; sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se expresaba sobre este asunto el papa Leon X, al propio tiempo que se proponia reprimir los que ya en aquella época se introducian. Examínense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la Cátedra de san Pedro no forceja como le achacan sus calumniadores para detener el curso de la ci-

vilizacion, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atrás, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, sí, refrenar los excesos, precaver los grandes males que amenazan á la religion y á la sociedad si no se acude á tiempo; pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar este sin destruir aquel, y reconoce de la manera mas clara y terminante que la invencion de la imprenta ha sido un favor particular del cielo, *divino favente numine;* que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sabios católicos de los cuales abunda la Iglesia romana, *et viri eruditi in omni linguarum genere, præsertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facilè evadere possunt;* que este descubrimiento habia sido para la gloria de Dios, apoyo de la fe y propagacion de las buenas artes, *quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum.* De esta suerte se habla cuando se procede de buena fe, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor á la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, ó ignoraron su historia, ó la calumniaron á sabiendas.

Uno de los mas notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta, es el haber dado al pensamiento una fuerza é influjo, mucho mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una accion muy poderosa, tambien es cierto que habia menester vincularse con algunos intereses é instituciones para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica tambien ahora, pues que tambien ahora como antes las ideas necesitan hacerse por decirlo así palpables, y personificarse de suerte que la sociedad vea en ellas alguna cosa mas que

la mera enseñanza de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de expresion, por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones é intereses que tengan con ellas alguna simpatía, y por tanto llegan con mucha mas facilidad á formar un cuerpo que las adopta como propias, que se constituye su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad saliendo de los límites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y extender instituciones á propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan á aquel número, que faltas de principios de vida están destinadas á pasar como ligera exhalacion que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demás, y que obra mas ó menos á las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos países donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta, deje esta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su accion será oculta, lenta, indirecta: habrá menester mas tiempo para consumar sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se extravie de su legítimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleve en su ejercicio, lo compensará con los engañosos velos de que sabrá cubrirse, atrayéndose mas partidarios por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como víctima de la persecucion, por haberse constituido defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo XVIII, estuvo la imprenta sujeta á la censura; y sin embargo difícil fuera señalar una época en que su accion hubiese sido mas terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si por lo mismo que eran prohibidas se propagaban con mas abundancia y se leian con mayor avidez? Al estallar la revolucion de 1789, se proclamó la libertad de la

prensa; pero los miembros de la Asamblea constituyente no habian por cierto necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas, é inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida tambien á vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas á los acentos de la verdad, y preparasen las trabajosas agitaciones de que es víctima la generacion actual. En tiempo de lo que se llama la *ominosa década*, tambien es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba, por medio de la lectura pública ó clandestina de libros nacionales y extranjeros. En confirmacion de este aserto véase lo que sucedió á la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes ó habian fallecido, ó comian el pan de la emigracion en países extraños; esto no embargante, se hallaron imbuidos en los nuevos sistemas una muchedumbre de jóvenes que no habian podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas, y que por tanto debieron de haberlas bebido en libros, que leerian con tanto mayor placer y con mas viva curiosidad, por lo mismo que veian su contenido en oposicion con todo cuanto les rodeaba.

Léjos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos en atajar los excesos de la prensa, en impedirla que no acarree daño á las sanas ideas y á la buena moral; solo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce, y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

La opinion pública es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinion de unos pocos que por engaño, pasiones ó intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposicion con el

pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinion pública, y que no impidiéndoselo la violencia, se da á conocer tan á las claras, que tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinion pública la de la mayoría de los hombres juiciosos, y que además sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinion, tambien se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es, de manera que alcancen á encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fe.

De aquí ha resultado que la intervencion de la sociedad en los negocios que la interesan se ha hecho mas continua y eficaz; porque teniendo á la mano un órgano tan expedito para expresarse, le ha sido mas fácil ejercer su accion directa ó indirectamente, segun las circunstancias del país y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos en los cuales se manifiesta cuál es la opinion pública sobre los mas graves negocios; y ora se publiquen con permision del gobierno, ora salgan á luz á pesar de sus prohibiciones, ponen en discusion el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos, y fuerzan el poder á dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí, y prescindiendo de la latitud que se le concede en los países regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo á la intervencion popular que las formas políticas mas liberales.

Estas llenan tanto mas cumplidamente el objeto de garantizar lo que se apellida *libertades públicas*, cuanto mas expedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados ó las opiniones contrariadas.

Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo como no depende su existencia de las combinaciones de esta ó aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institucion política, y por lo mismo no está sujeta á las mudanzas de todo cuanto á este órden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboracion de unos productos que siempre encontrarán salida; y por tanto es un hecho social que los hombres pueden modificar, pero no destruir.

Los efectos que esta invencion ha producido en la ciencia son incalculables, y es uno de los trascendentales el que ha vulgarizado el saber, extendiendo las luces verdaderas ó falsas, á un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio ó daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linaje de conocimientos; pero en lo tocante á la difusion, no puede negarse que la ha aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos, por medio de los simples manuscritos; de suerte que cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastaríanos recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos, y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera es indudable que estos debian limitarse á un número inmensamente menor; y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobreabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, léjos de admirarse de que los aventajemos en este ó aquel punto, se asombrarian de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que, extendiéndonos á mucho, profundizamos poco; y no sin razon se nos achaca un superficialismo que nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esta, como en todas aquellas pro-

posiciones generales que expresan el resultado de la induccion de una infinidad de hechos difíciles de reunir y mas todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa: y la razon y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva, para no encarecer con demasiado entusiasmo, ni vituperar con excesiva acritud. Por mas que se diga, la inteligencia se ha elevado en los siglos modernos á una altura á que no llegó jamás ni en los dias mas nombrados de Grecia y Roma. La admiracion que naturalmente se profesa á todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos á considerar á los escritores de aquellos tiempos como hombres de otra raza superior, á quienes es difícil y casi imposible igualar. Respetamos como el que mas el mérito de los antîguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan exagerados elogios; pero á decir verdad, al revolverlos una que otra vez, no hemos acertado á descubrir en ellos una sabiduría mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos: y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho mas grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos, fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platon, en Aristóteles, en Ciceron, en Séneca, en Tácito, y no exceptuamos la poesía, ni otro género de literatura; opinando que si bien bajo este ó aquel aspecto, pudieron aventajar á los modernos, estos en cambio los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensacion es sobreabundante, y el parangon no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden, que se deba principalmente á la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual dando ideas grandiosas, verdaderas y exactas, sobre Dios, sobre el hombre, y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad

del pensamiento, que distingue á los pueblos que le profesan. Así es de notar, que la superioridad de los modernos sobre los antiguos, se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado por decirlo así á familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades no podemos negar la parte que á la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagacion de las ideas: lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber, tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, á saber: que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversion el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero, se nos dirá, ¿cómo será dable impedir este abuso? ¿qué medios hay para sujetar á ese Proteo que toma todas las formas, que elude todos los golpes? problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman á las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro dia nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad é independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podria parecer severa nuestra opinion, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento, y de enemigos de la causa de la civilizacion, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento, cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo á todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano. — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA TERCERA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi querido amigo: cuando, segun me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una séria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V., de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios: esto allana sobremanera el camino á la discusion, pues que no ês posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V.; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponia en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebia tal como es menester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusion era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda: «me parece que podemos pasar adelante; porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza ó si es la misma naturaleza.» ¡A tanto llega la confusion de ideas trastornadas por la impiedad! y este hombre por otra parte era de mas que mediana instruccion, y de ingenio muy despejado!

Desde luego le doy á V. mil satisfacciones por haberme atrevido á indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque

cuando menos ha producido un gran bien, cual es, el que V. se explica sobre este particular de tal modo, que revelando mucho buen sentido, me hace concebir grandes esperanzas de que no serán estériles mis esfuerzos. Una y mil veces he leido aquellas juiciosas palabras de su apreciada, en las que expone el punto de vista bajo el cual considera esta importante verdad. Permítame V. que se las reproduzca en la mia, y que le recomiende encarecidamente que no las olvide jamás. «Nunca me he devanado »mucho los sesos en buscar pruebas de la existencia de »Dios: la historia, la física, la metafísica servirán para »esta demostracion todo lo que se quiera, pero yo confie»so ingenuamente que para mi conviccion no he menester »tanto aparato científico. Saco la muestra de mi faltrique»ra, y al contemplar su curioso mecanismo y su ordena»do movimiento, nadie seria capaz de persuadirme que »todo aquello se ha hecho por casualidad, sin la inteligen»cia y el trabajo de un artífice: el universo vale, á no du»darlo, algo mas que mi muestra, álguien pues debe de »haber que lo haya fabricado. Los ateos me hablan de ca»sualidad, de combinaciones de átomos, de naturaleza, y »de qué sé yo cuantas cosas; pero sea dicho con perdon »de estos señores, todas estas palabras carecen de senti»do.» Nada tengo que advertir á quien con tanto pulso aprecia el valor de los dos sistemas; estas palabras tan sencillas como profundas, las estimo yo en mas que un tomo lleno de razones.

Pasando al punto de que me habla V. en su apreciada, comenzaré por decirle que me ha hecho gracia el que V. abra la discusion religiosa, atacando el dogma de la eternidad de las penas. No esperaba yo que acometiera V. tan pronto por este flanco; y vaya dicho entre los dos, esta anomalía me ha dado á entender que V. le ha cobrado al infierno un poquito de miedo. La cosa no es para menos; y el negocio es grave, urgente; de aquí á pocos años hemos de saber por experiencia propia lo que hay sobre este particular, y dice V. muy bien, que «para los que se en-

gañan en esta materia, el chasco debe de ser pesado en demasía.»

No tengo dificultad en abordar por este lado las cuestiones religiosas; pero no puedo menos de observar que no es este el mejor método para dejarlas aclaradas cual conviene. Las doctrinas católicas forman un conjunto tan trabado, y en que se nota tan recíproca dependencia, que no se puede desechar una sin desecharlas todas; y al contrario, admitidos ciertos puntos capitales, es imposible resistirse á la admision de los demás. Sucede muy á menudo, que los impugnadores de esas doctrinas escogen por blanco una de ellas, tomándola en completo aislamiento, y amontonando las dificultades que de suyo presenta, atendida la flaqueza del entendimiento del hombre. «Esto es inconcebible, exclaman, la religion que lo enseña no puede ser verdadera;» como si los católicos dijésemos que los misterios de nuestra religion están al alcance del hombre; como si no estuviéramos asegurando continuamente que son muchas las verdades á cuya altura no puede elevarse nuestra limitada comprension.

Al leer ú oir la relacion de un fenómeno ó suceso cualquiera, nos informamos ante todo de la inteligencia y veracidad del narrador; y en estando bien asegurados por este lado, por mas extraña que la cosa contada nos parezca, no nos tomamos la libertad de desecharla. Antes que se hubiese dado la vuelta al mundo, pocos eran los que comprendian cómo era posible que volviese por oriente la nave que habia dado la vela para occidente; pero ¿bastaba esto para resistirse á dar crédito á la narracion de Sebastian de Elcano, cuando acababa de dar cima á la atrevida empresa del infortunado Magallanes? Si levantándose del sepulcro uno de nuestros mayores, oyera contar las maravillas de la industria en los países civilizados ¿deberia por ventura andar mirando detalladamente la relacion que se le hace de las funciones de esta ó aquella máquina, de los agentes que la impulsan, de los artefactos que produce, y desechar en seguida lo que á él le parecie-

se incomprensible? Por cierto que nó: y procediendo conforme á razon y á sana prudencia, lo que debiera hacer fuera asegurarse de la veracidad de los testigos, examinar si era posible que ellos hubiesen sido engañados, ó si podrian tener algun interés en engañar, y cuando estuviese bien cierto que no mediaba ninguna de estas circunstancias, no podria sin temeridad rehusar el asenso á lo que se le refiriera, por mas que á él le fuera inconcebible, y le pareciese que pasaba los límites de la posibilidad.

De una manera semejante conviene proceder cuando se trata de materias religiosas: lo que se debe examinar es, si existe ó nó la revelacion, y si la Iglesia es ó nó depositaria de las verdades reveladas: en teniendo asentadas estas dos bases, ¿qué importa que este ó aquel dogma se muestren mas ó menos plausibles; que la razon se halle mas ó menos humillada, por no llegar á comprenderlos? ¿Existe la revelacion? ¿Esta verdad es revelada? ¿Hay algun juez competente para decidirlo? ¿Qué dice sobre el dogma en cuestion el indicado juez? Hé aquí el órden lógico de las ideas, hé aquí el órden lógico de las cuestiones, hé aquí la manera de ilustrarse sobre estas materias: lo demás es divagar, es exponerse á perder tiempo en disputas que á nada conducen.

Léjos de mí el intento de huir por medio de estas observaciones, el cuerpo á la dificultad; pero nunca habrá sido fuera del caso el emitirlas para que se tengan presentes cuando sea menester. Voy al punto de la dificultad. Dice V. que «se le hace muy cuesta arriba el dar crédito á lo »que nos están diciendo los predicadores sobre las penas »del infierno, y que repetidas veces ha oido cosas que de »puro horribles rayaban en ridículas.» Resérvome para mas allá el decirle á V. cosas curiosas sobre esos horrores; por ahora, y no sabiendo á punto fijo cuáles son los motivos de queja que tiene V. sobre el particular, me contentaré con advertir que nada tiene que ver el dogma católico con esta ó aquella ocurrencia que haya podido venirle á un orador. Lo que enseña la Iglesia es, que *los que mueren*

en mal estado de conciencia, es decir en pecado grave, sufren un castigo que no tendrá fin. Hé aquí el dogma; lo demás que puede decirse sobre el lugar de este castigo, sobre el grado y la calidad de las penas, no es de fe: pertenece á aquellos puntos sobre los que es lícito opinar en diferentes sentidos, sin apartarse de la fe católica. Lo que sí sabemos, pues que la Escritura lo dice expresamente, es, que estas penas serán horrorosas: y bien, ¿para qué necesitamos saber lo demás? ¡penas terribles y sin fin!... ¿no basta esta sola idea para dejarnos con escasa curiosidad sobre el resto de las cuestiones que aquí se puedan ofrecer?

«¿Cómo es posible, dice V., que un Dios infinitamente misericordioso castigue con tanto rigor?» ¿Cómo es posible, contestaré yo, que un Dios infinitamente justo, no castigue con tanto rigor, despues de haber procurado llamarnos al camino de la salvacion por los muchos medios que nos proporciona durante el curso de nuestra vida? Cuando el hombre ofende á Dios, la criatura ultraja al Criador, el ser finito al ser infinito; esto reclama pues un castigo en cierto modo infinito. En el órden de la justicia humana es mas ó menos criminal el atentado, segun es la clase y la categoría de la persona ofendida: ¿con qué horror no es mirado el hijo que maltrata á sus padres? ¿qué circunstancia mas agravante que la de ofender á una persona en el acto mismo en que nos está dispensando un beneficio? Pues bien, aplíquense estas ideas; adviértase que en la ofensa del hombre á Dios, hay la rebelion de la nada contra un ser infinito, hay la ingratitud del hijo con el padre, hay el desacato del súbdito contra su supremo Señor, de una débil criatura contra el Soberano del cielo y tierra: ¡cuántos motivos para afear la culpa! ¡cuántos títulos para aumentar la severidad de la pena! Por un simple acto contra la vida ó la propiedad de un individuo castiga la ley humana al reo con la pena de muerte; es decir, con la mayor de las penas que sobre la tierra existen, esforzándose en cierto modo en aplicar un castigo infinito,

pues que priva al ajusticiado de todos los bienes de la sociedad para siempre; ¿por qué pues el Juez Supremo no podrá castigar tambien al culpable con penas que duren para siempre? Y nótese bien, que la justicia humana no se satisface con el arrepentimiento; consumado el crímen le sigue la pena, y no basta que el criminal haya mudado de vida; Dios pide un corazon contrito y humillado; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y no descarga sobre el delincuente el golpe fatal, sin haberle puesto á la vista la vida y la muerte, sin haberle dejado la eleccion, sin haberle ofrecido la mano con cuya ayuda pudiera apartarse del borde del precipicio. ¿A quién pues podrá culpar el hombre sino á sí mismo? ¿Qué tienen de repugnante, ni de cruel esas ideas? Fácil es alucinar á los incautos, pronunciando enfáticamente los nombres de *eternidad de penas*, y de *misericordia infinita*; pero examínese á fondo la materia; atiéndase á todas las circunstancias que la rodean, y se verán desaparecer como el humo las dificultades que á primera vista se habian ofrecido. El secreto de los sofismas mas engañosos consiste en el artificio de presentar los objetos no mas que por un lado; de aproximar de golpe dos ideas, que si parecen contradictorias, es porque no se atiende á las intermedias que las enlazan y hermanan. Es fácil observar, que los autores mas célebres entre los enemigos de la religion resuelven á menudo las cuestiones mas graves y complicadas, con una salida ingeniosa, ó una reflexion sentimental. Ya se ve, como todas las cosas presentan tan diferentes aspectos, no es difícil á un ingenio perspicaz coger dos puntos cuyo contraste hiera vivamente el ánimo de los lectores; y si á esto se añade algo que pueda interesar el corazon, no cuesta mucho trabajo dar al traste en el ánimo de los incautos, con el sistema de doctrinas mas bien cimentado.

Ya que acabo de mentar el sentimentalismo, no puedo pasar por alto el abuso que se hace de este linaje de argumentos, dirigiéndose al corazon en muchos casos en que solo se debe hablar al entendimiento. Así en el asunto que

nos está ocupando, ¿cómo resiste un corazon sensible al horrendo espectáculo de un infeliz condenado á padecer para siempre? Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazon; y en esto, como en todas las proposiciones demasiado generales, hay una parte de verdad y otra de falsedad; porque si bien es cierto que en muchas cosas es el sentimiento un excelente auxiliar para comprender á fondo ciertas verdades, tambien lo es que no debe nunca tomársele por principal guia, y que no se le ha de permitir jamás que llegue á dominar los eternos principios de la razon. Los derechos y deberes de padres é hijos, de marido y mujer, y todas las relaciones de familia, no se comprenderán quizás tan perfectamente si analizados á la sola luz de una filosofía disecante, no se escuchan al propio tiempo las inspiraciones del corazon; pero en cambio, tambien se trastornarán los sanos principios de la moral, y se introducirá el desórden en las familias, si prescindiendo de los severos dictámenes de la razon, solo nos empeñamos en regirnos por lo que nos sugiere la volubilidad de nuestros afectos.

Mucho me engaño, si no se encuentra aquí uno de los mas fecundos manantiales de los errores de nuestra época. Si bien se observa, el espíritu humano está atravesando un período, que tiene por carácter distintivo el desarrollo simultáneo de todas las facultades. Estas pierden quizá bajo ciertos aspectos, absorbiendo la una gran porcion de las fuerzas y energía que en otra situacion corresponderian á las otras; pero la que gana indudablemente es el sentimiento; nó en la parte que tiene de desprendimiento y elevacion, sino en cuanto es un placer, un goce del alma. Así notamos que no prevalece en la literatura la imaginacion, ni tampoco el discurso, sino el sentimiento en sus mas raros y extravagantes matices, llamando en su auxilio la razon y la fantasía, nó como amigos, sino como dependientes. De donde resulta que la filosofía se resiente tambien del mismo defecto; y que de su tribunal rara vez salen bien librados los austeros principios de la moral

eterna. Este sentimiento muelle se esfuerza en divinizar el goce, busca una excusa á todas las acciones perversas, califica de deslices los delitos, de faltas las caidas mas ignominiosas, de extravíos los crímenes, procura desterrar del mundo toda idea severa, ahoga los remordimientos, y ofrece al corazon humano un solo ídolo, el placer; una sola regla, el egoismo.

Ya ve V., mi querido amigo, que la existencia del infierno no se aviene con tanta indulgencia; pero el error de los hombres no destruye la realidad de las cosas; si el infierno existia en tiempo de nuestros padres, existe todavía en el nuestro; y en nada inmutan el hecho, ni la austeridad de los pensamientos de los antepasados, ni la indulgencia y molicie de los nuestros. Cuando el hombre se separe de esta carne mortal se encontrará en presencia del Supremo Juez, y allí no llevará por defensor el mundo. Estará solo, con su conciencia desplegada, patente á los ojos de Aquel, á cuya vista nada hay invisible, nada que pueda ocultarse.

Estas reflexiones sobre la relacion entre el carácter del desarrollo del espíritu humano en este siglo, y las ideas que han cundido en contra de la eternidad de las penas, son susceptibles de muchas aplicaciones á otras materias análogas. El hombre ha creido poder cambiar y modificar las leyes divinas, del modo que lo hace con la legislacion humana; y como que se ha propuesto introducir en los fallos del Soberano Juez la misma suavidad que ha dado á los de los jueces terrenos. Todo el sistema de legislacion criminal tiende claramente á disminuir las penas, haciéndolas menos aflictivas, despojándolas de todo lo que tienen de horroroso, y economizando al hombre los padecimientos tanto como es posible. Mas ó menos, todos cuantos en esta época vivimos, estamos afectados de esta suavidad: la pena de muerte, los azotes, todo cuanto trae consigo una idea horrorosa ó aflictiva, es para nosotros insuportable, y se necesitan todos los esfuerzos de la filosofía, y todos los consejos de la prudencia, para que se conserven en los

códigos criminales algunas penas rigurosas. Léjos de mí el oponerme á esta corriente: y ojalá fuera este el dia en que la sociedad no hubiese menester para su buen órden y gobierno el hacer derramar sangre ni lágrimas; pero quisiera tambien que no se abusase de este exagerado sentimentalismo, que se notase que no es todo filantropía lo que bajo este velo se oculta, y que no se perdiese de vista que la humanidad bien entendida, es algo mas noble y elevado que aquel sentimiento débil y egoista, que no nos permite ver sufrir á los otros, porque nuestra flaca organizacion nos hace partícipes de los sufrimientos ajenos. Tal persona se desmaya á la vista de un desvalido, y tiene las entrañas bastante duras para no alargarle una pequeña limosna. ¿Qué son en tal caso la sensibilidad y la humanidad? la primera, un efecto de la organizacion; la segunda, puro egoismo.

Pero no mira Dios las cosas con los ojos del hombre, ni están sometidos sus inmutables decretos á los caprichos de nuestra enfermiza razon: y no cabe mayor olvido de la idea que debemos formarnos de un Ser eterno é infinito, que el empeñarnos en que su voluntad se haya de acomodar á nuestros insensatos deseos. Tan acostumbrado está el presente siglo á excusar el crímen, á interesarse por el criminal, que se olvida de la compasion que con título, sin duda mas justo, es debida á la víctima; y de buena gana dejaria á esta sin reparacion de ninguna clase, con el solo objeto de ahorrar á aquel los sufrimientos que tiene merecidos. Táchese cuanto se quiera de duro y cruel el dogma sobre la eternidad de penas, dígase que no puede conciliarse con la misericordia divina tan tremendo castigo; nosotros responderemos, que tampoco puede componerse con la divina Justicia ni con el buen órden del universo, la falta de este castigo; diremos que el mundo estaria encomendado al acaso, que en gran parte de sus acontecimientos se descubriera la mas repugnante injusticia, si no hubiese un Dios terriblemente vengador, que está esperando al culpable mas allá del sepulcro, para pe-

dirle cuenta de su perversidad durante su peregrinacion sobre la tierra.

Y qué! ¿no vemos á cada paso ufana y triunfante la injusticia, burlándose del huérfano abandonado, del desvalido enfermo, del pobre andrajoso y hambriento, de la desamparada viuda, é insultando con su lujo y disipacion la miseria y demás calamidades de esas infelices víctimas de sus tropelías y despojos? ¿No contemplamos con horror padres sin entrañas, que con su conducta disipada, llenan de angustia la família de que Dios les ha hecho cabezas, llevando al sepulcro á una consorte virtuosa, dejando á sus hijos en la miseria, y no trasmitiéndoles otra herencia que el funesto recuerdo y los dañosos resultados de una vida escandalosa? ¿No se encuentran á veces hijos desnaturalizados, que insultan cruelmente las canas de quien les diera el ser, que le abandonan en el infortunio, que no le dirigen jamás una palabra de consuelo, y que con su desarreglo y su insolente petulancia abrevian los dias de una afligida ancianidad? ¿No se hallan infames seductores que despues de haber sorprendido el candor y mancillado la inocencia, abandonan cruelmente á su víctima, entregándola á todos los horrores de la ignominia y de la desesperacion? La ambicion, la perfidia, la traicion, el fraude, el adulterio, la maledicencia, la calumnia y otros vicios que tanta impunidad disfrutan en este mundo, donde tan poco alcanza la accion de la justicia, donde son tantos los medios de eludirla y sobornarla, ¿no han de encontrar un Dios vengador que les haga sentir todo el peso de su indignacion? ¿no ha de haber en el cielo quien escuche los gemidos de la inocencia cuando demanda venganza?

Que no es verdad, nó, que el culpable experimente ya en esta vida todo lo bastante para el castigo de sus faltas; atorméntanle, sí, los remordimientos roedores, agréganse las enfermedades que sus desarreglos le han acarreado, abrúmanle las desastrosas consecuencias de su perversa conducta; pero tampoco le faltan medios para embotar al-

gun tanto el punzante estímulo de su conciencia, tampoco carece de artificios para neutralizar los malos efectos de sus bacanales, tampoco escasea de recursos para salir airoso de los malos pasos á que sus extravíos le conducen. Y además, ¿qué son estos padecimientos del malvado en comparacion de los que sufre tambien el justo? Las enfermedades le abruman, la pobreza le acosa, la maledicencia y la calumnia le denigran, la injusticia le atropella, la persecucion no le deja sosiego; las tribulaciones de espíritu se agregan tambien, y semejante al divino Maestro sufre en esta vida los tormentos, las angustias, el oprobio de la cruz. Si su paciencia es mucha, si acierta á resignarse como verdadero cristiano, hace algun tanto mas llevaderos sus padecimientos; pero no deja por esto de sentirlos, y á menudo mas duros de los que han caido sobre el hombre manchado con cien crímenes. Sin las penas y los premios de la otra vida ¿dónde está la justicia? ¿dónde la Providencia? ¿dónde el estímulo para la virtud, y el freno para el vicio?

Pregúntame V., mi estimado amigo, si comprendo perfectamente, cuál es el objeto que Dios se pueda proponer en prolongar por toda la eternidad las penas de los condenados; y adelántase á contestar á la razon que podria señalarse de que así se satisface la divina Justicia, y se aparta á los hombres del camino del vicio, con el temor de tan horrendo castigo. Dice V. por lo tocante al primer punto, «que jamás ha podido concebir la razon de tanto rigor; y que aun cuando no deja de columbrar la relacion que existe entre la eternidad de la pena, y la especie de infinidad de la ofensa por la cual se impone, sin embargo le queda todavía alguna oscuridad que no acierta á disipar.» Muy errado anda V., mi apreciado amigo, si se imagina que á todos los demás no les sucede lo mismo; pues que sabido es, que el entendimiento humano se anubla, tan luego como toca en los umbrales de lo infinito. De mí sabré decir, que tampoco concibo estas verdades con entera claridad; y que por mas firme certeza que de ellas abrigue, no pue-

do lisonjearme que se presenten á mi espíritu con aquella evidencia que las pertenecientes á un órden finito y puramente humano; pero léjos de que me desanime esta niebla, que procede al propio tiempo de la debilidad de nuestros alcances, y de la sublime naturaleza de los objetos, he considerado repetidas veces, que si por este motivo debiera negar mi asenso no podria prestarle tampoco á muchas otras verdades de las que me seria imposible dudar, aunque á ello me esforzara. Estoy seguro de la creacion, no solo por lo que me enseña la religion revelada, sino tambien por lo que me dicta la razon natural: y no obstante, cuando medito sobre ella, cuando quiero formarme una idea clara y distinta de aquel acto sublime en que Dios dijo: *hágase la luz, y la luz fué hecha*, siéntese mi entendimiento con cierta flaqueza, que no le permite comprender con toda perfeccion el tránsito del no ser al ser. Estoy cierto, y V. conmigo, de la existencia de Dios, de su infinidad, eternidad, inmensidad, y demás atributos; pero ¿nos es dado acaso formarnos ideas bien claras de lo que por estos nombres se expresa? Es bien seguro que nó; y lea V. todo cuanto han escrito sobre ello los mas esclarecidos teólogos y filósofos, y echará de ver que, mas ó menos, adolecian del mismo achaque que nosotros.

Si quisiera dar mas amplitud á estas reflexiones, fácil me seria encontrar mil y mil ejemplos de esta debilidad de nuestro entendimiento, hasta en las cosas físicas y naturales; pero esto me empeñaria en largas discusiones sobre las ciencias humanas, alejándome del principal objeto. Además, que no dudo bastará lo dicho para dejar sentado que no debe hacer mella en un espíritu sólido esa oscuridad de que están rodeados á nuestra vista algunos objetos; y que mientras sobre ellos podamos adquirir por conducto seguro la competente certeza, no conviene abstenerse de prestar asenso por el solo asomo de algunas dificultades mas ó menos graves, mas ó menos embarazosas.

No son muchas las materias en que puedan señalarse, en apoyo de la verdad, razones mas satisfactorias que las ar-

riba indicadas en pro de la justicia de la eternidad de las penas; sea cual fuere el concepto que V. forme de mis reflexiones, al menos no podrá negarme que no son para despreciadas por el simple obstáculo de una dificultad, que mas bien se funda en un sentimentalismo exagerado que en un raciocinio sólido y convincente. Por tanto, solo me resta recordarle, que no se trata de saber si nuestro entendimiento comprende ó nó con toda claridad el dogma del infierno, sino de averiguar si en realidad este dogma es verdadero, y si los fundamentos en que le apoyamos sus sostenedores tienen las señales características que puedan convencer de que realmente ha sido revelado por Dios. ¿De qué nos serviria el comprenderlo mas ó menos claramente, si tuviésemos el tremendo infortunio de haberle de sufrir?

Por lo que toca al segundo punto que V. indica en su apreciada, no estoy de acuerdo en que una pena de duracion limitada pudiese ejercer sobre el ánimo de los hombres una impresion equivalente y de idénticos resultados en cuanto al arreglo de la conducta. Pretende V. que en estando acompañada la pena de mucha duracion, ó de un tormento muy terrible, bastaria para enfrenar las pasiones, poniéndose un límite á los malos deseos; con cuya observacion se da por el pié á la razon que señalamos los cristianos de que la existencia del infierno es una salvaguardia de la moral. Pero á mí me parece que V. no ha sondeado lo suficiente este asunto; y no ha reparado en que si bien es verdad que la idea del tormento nos espanta y aterra cuando se ha de sufrir en esta vida, nos causa muy ligera impresion si se ha de reservar para la otra. Dos pruebas daré de esto, una experimental, otra científica.

El dogma del purgatorio lleva ciertamente una idea terrible; y así los libros de devocion, como los predicadores, están pintando continuamente aquel lugar de expiacion con los colores mas espantosos. Los fieles lo creen así, lo están oyendo sin cesar, oran por los parientes y amigos difuntos, que puedan estar detenidos en él; pero hablando

ingenuamente ¿es mucho el miedo que se tiene al purgatorio? por sí solo ¿fuera un dique bastante robusto para oponerse al ímpetu de las pasiones? Dígalo cada cual por experiencia propia; díganlo tambien por la ajena, cuantos han tenido ocasion de observarlo. Las penas que para aquel lugar se nos anuncian son terribles, es verdad; su duracion puede ser mucha, es cierto; el alma no saldrá de allí hasta haber pagado el último cuadrante, no tiene duda; pero aquella tendrá fin, estamos seguros de que no puede durar para siempre, y colocados en medio del riesgo de largos padecimientos en la otra vida, y de la necesidad de suportar leves molestias en la presente, repetidas veces preferimos aventurarnos á lo primero para preservarnos de lo segundo.

De esto, que la experiencia nos está mostrando á cada paso, nos señala la razon las causas; bastando para conocerlas una sencilla consideracion de la naturaleza humana. Mientras vivimos en esta tierra, se halla nuestro espíritu unido al cuerpo que nos trasmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea. Posee á la verdad nuestra alma algunas facultades que elevadas por naturaleza sobre todo lo corpóreo y sensible, se rigen por otros principios, versan sobre mas altos objetos, y habitan por decirlo así en una region que de suyo nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer empero la dignidad de estas facultades, ni la altura de la region en que moran, menester es confesar que es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras de un órden inferior, que á menudo las hacen descender de su elevacion, y en vez de obedecerlas como á señoras, las reducen á la clase de esclavas. Cuando las cosas no lleguen á este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia, que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento columbra apenas como en oscura lontananza las verdades que forman su mas noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo, sino con el mayor descuido y flojedad.

Hay un infierno que temer, un cielo que esperar; pero todo esto es en la otra vida, se reserva para una época mas distante; son cosas que pertenecen á un órden enteramente distinto, á un mundo nuevo, en el cual creemos firmemente, pero del que no recibimos impresiones directas, de momento; y asi es que necesitamos hacer un esfuerzo de concentracion y reflexion para penetrarnos del inmenso interés que para nosotros tienen, y de que en su comparacion es nada todo cuanto nos rodea. Viene entretanto á herir nuestra imaginacion, á excitar nuestros sentimientos algun objeto de la tierra, ora inspirándonos algun temor, ora halagándonos con algun placer; el otro mundo desaparece á nuestros ojos, como objetos que perdiéramos de vista en un remoto confin, el entendimiento vuelve á entrar en su entorpecimiento, la voluntad en su languidez; y si uno y otro se excitan de nuevo es para contribuir al mayor desenvolvimiento de las otras facultades.

El hombre se guia casi siempre por las impresiones de momento; sacrifica lo venidero á lo presente; y cuando pesa en la balanza de su juicio las ventajas y los inconvenientes que una accion le puede acarrear, la distancia ó la proximidad de la realizacion de estos inconvenientes y ventajas es una de las circunstancias mas influyentes en su eleccion. ¿Cómo no ha de suceder esto en lo tocante á los negocios de la otra vida, si se verifica lo mismo con respecto á los de la presente? ¿No es infinito el número de los que sacrifican las riquezas, el honor, la salud, la vida, á un placer de momento? y esto ¿por qué? porque el objeto que halaga está presente, y los males distantes; y el hombre se hace la ilusion de evitarlos, ó bien se resigna á sufrirlos, como quien se arroja á un precipicio con los ojos vendados.

De esto se infiere no ser verdad lo que V. afirma, que bastase el temor de una pena muy duradera para que produjese un mismo ó semejante efecto que la eternidad del infierno. No es verdad; antes al contrario, puede asegu-

rarse que desde el momento que se separase de la idea de las penas la de eternidad, perderian la mayor parte de su horror, y quedarian reducidas á la misma línea que las del purgatorio. Si los castigos de la otra vida han de producir un temor bastante á contenernos en nuestras depravadas inclinaciones, han de tener un carácter formidable, espantoso, que su mero recuerdo ofreciéndose de vez en cuando á nuestro espíritu, le produzca un saludable estremecimiento que dure aun en medio de la disipacion y distracciones de la vida, como el pavoroso sonido de sonoro metal que retiembla largo rato despues de recibido el golpe.

No pondré fin á esta carta sin contestar á la objecion insinuada por V., y de que en apariencia se halla muy satisfecho, porque segun dice, «si bien no es mas que una conjetura, no puede negársele que es muy especiosa, muy »filosófica, y quizás no destituida de fundamento.» Explica V. en seguida el sistema que tan en gracia le ha caido, y que consiste en considerar el dogma del infierno como una fórmula en que se expresa el pensamiento de intolerancia que preside á las doctrinas y conducta de la Iglesia católica. Permítame V. que trascriba sus propias palabras, que de esta suerte no mediará el peligro de una mala inteligencia: «Ya se ve: se queria sujetar el entendimiento »y el corazon del hombre ciñéndolos con un aro de hier»ro: faltaban en lo humano los medios de realizarlo, y ha »sido preciso hacer intervenir la justicia de Dios. ¿No se »podria sospechar que los ministros de la religion católi»ca, quizás mas engañados que engañadores, han apelado »al recurso comun entre los poetas, de desenlazar una si»tuacion complicada llamando en su auxilio algun Dios; ó »hablando en términos literarios, empleando la máquina? »Mucho me engaño, si en la pretendida justicia de un Dios »inexorable, no se trasluce el sacerdote católico con su »terquedad inflexible.» Algo duro se muestra V., mi estimado amigo, en el pasaje que acabo de insertar, y por mas sorpresa que le hayan de causar mis palabras, me atrevo

á decirle que léjos de encontrarle filosófico como acostumbra, le hallo aquí, primero muy inexacto, y despues en demasía ligero. Inexacto, porque supone que el dogma de la eternidad de las penas pertenece exclusivamente á los católicos, cuando le profesan tambien los protestantes; ligero, porque ha pretendido convertir en expresion del pensamiento dominante en el cristianismo un hecho generalmente creido por el humano linaje.

El prurito, tan comun en nuestra época hasta entre los escritores de primera nota, de señalar una razon filosófica fundada en una observacion nueva y picante, le ha extraviado á V. de una manera lastimosa, haciéndole perder de vista por un momento lo que no ignoran cuantos saben medianamente la historia. En resúmen, queria V. significar que esto era una invencion de los sacerdotes cristianos, bien que salvando su buena fe, con suponerlos víctimas de una ilusion; pero ¿cómo ha podido olvidar que siglos antes de aparecer el cristianismo estaba la creencia del infierno generalmente extendida y arraigada?

Algo satírico está V. con los «buenos frailes que se complacen en asustar á niños y mujeres con las horrendas »descripciones de tormentos fraguados en imaginaciones »descompuestas y groseras, y que difícilmente puede soportar sin reirse ó sin fastidiarse un hombre de sana razon y de buen gusto.» Bien se conoce que quiere V. hacer pagar caros á los pobres predicadores los ratos que le llevaba al sermon su buena madre, y que sin duda hubiera V. empleado de mejor gana en sus juegos y entretenimientos; pero sea dicho sin ánimo de ofender, y únicamente en defensa de la verdad, da V. aquí un solemne tropiezo, en que solo puede consolarle el tener muchos compañeros de infortunio, entre los que se proponen burlarse con demasiada ligereza de los dogmas y prácticas de nuestra religion. V. se rie de las *exageraciones de los frailes* en esta materia, que se le hacen insuportables por descabelladas y de mal gusto; pues bien, yo le emplazo á V. á que me cite la descripcion que le parezca mas descabella-

da entre las que haya oido de boca de un predicador, y me obligo á presentarle otra sobre el mismo objeto que no le irá en zaga á la primera, ni en lo feo, ni en lo extravagante, ni en lo horrible. ¿Y sabe V. de quién serán esas descripciones y rasgos? nada menos que de Virgilio, de Dante, de Tasso, de Milton. No advertia V. que á la espalda del buen capuchino á quien tan desapiadadamente acometia, tropezase con una reserva tan respetable, en materias de razon y de buen gusto. A veces la precipitacion en el juzgar nos es mas dañosa que la misma ignorancia. Sucédenos á menudo que despreciamos una expresion, en odio ó desprecio de la persona que la dice; expresion que nos pareciera admirable, si la oyésemos en boca de otro que nos inspirase mas respeto. Por esto decia graciosamente Montaigne que se divertia en sembrar en sus escritos las sentencias de filósofos graves, sin nombrarlos; con la mira de que sus lectores críticos creyendo habérselas solo con Montaigne, injuriasen á Séneca, y dieran de narices sobre Plutarco.

No es fácil decir á punto fijo la variedad de horrores del infierno, pero lo cierto es que así cristianos como gentiles han convenido en mostrárnoslo con espantosos colores. Virgilio no era ni fraile, ni predicador, ni cristiano, ni escaseaba de *buen gusto*, y sin embargo difícil es reunir mas horrores de los que nos presenta, no solo en el infierno, sino ya en el camino.

Vestibulum ante ipsum primisque in faucibus Orci,
Luctus et ultrices posuere cubilia curæ:
Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,
Terribiles visu formæ: Letumque, Laborque;
Tum consanguineus Leti Sopor, et mala mentis
Gaudia, mortiferumque adverso in limine Bellum
Ferreique Eumenidum thalami, et Discordia demens
Vipereum crinem vittis innexa cruentis.
. . . .
Multaque præterea variarum monstra ferarum,
Centauri in foribus stabulant, Scyllæque biformes,

Et centum geminus Briareus, ac bellua Lernæ
Horrendum stridens flammisque armata Chimæra:
Gorgones, Harpyæque, et forma tricorporis umbræ.

Antes de llegar á la fatal mansion, nos encontramos ya con *cabelleras de víboras, con hidras que rugen con horrible estridor, con monstruos armados de fuego*, y juntos con los *gozos vedados, mala mentis gaudia*, el llanto y los remordimientos vengadores, *luctus et ultrices curæ.*

Pero sigamos adelante, y el horror se aumenta hasta el extremo.

. . . .

Hinc via Tartarei quæ fert Acherontis ad undas.
Turbidus hic cœno vastaque voragine gurges
Æstuat, atque omnem Cocyto eructat arenam.
Portitor has horrendus aquas et flumina servat
Terribili squalore Charon: cui plurima mento
Canities inculta jacet; stant lumina flamma,
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus.

. . . .

Respicit Æneas subito; sub rupe sinistra
Mœnia lata videt, triplici circumdata muro:
Quæ rapidus flammis ambit torrentibus amnis
Tartareus Phlegeton, torquetque sonantia saxa.
Porta adversa, ingens, solidoque adamante columnæ.
Vix ut nulla virum, non ipsi excindere ferro
Cœlicolæ valeant: stat ferrea turris ad auras:
Tisiphoneque sedens, palla succincta cruenta,
Vestibulum insomnis servat noctesque diesque.
Hinc exaudiri gemitus, et sæva sonare
Verbera: tum stridor ferri, tractæque catenæ.

. . . .

Gnossius hæc Rhadamanthus habet durissima regna:
Castigatque, auditque dolos: subigitque fateri
Quæ quis apud superos, furto lætatus inani,
Distulit in seram commissa piacula mortem.
Continuo sontes ultrix accincta flagello
Tisiphone quatit insultans: torvosque sinistra
Intentans angues, vocat agmina sæva sororum.
Tum demum horrisono stridentes cardine sacræ
Panduntur portæ. Cernis custodia qualis
Vestibulo sedeat? facies quæ limina servet?

Quinquaginta atris immanis hiatibus Hydra
Sævior intus habet sedem:
. . . .
Necnon et Tityon terræ omniparentis alumnum
Cernere erat: per tota novem cui jugera corpus
Porrigitur; rostroque immanis vultur obunco
Immortale jecur tundens, fœcundaque pœnis
Viscera rimaturque epulis, habitatque sub alto
Pectore: nec fibris requies datur ulla renatis.
Quid memorem Lapithas, Ixiona, Pirithoumque?
Quos super atra silex jamjam lapsura, cadentique
Imminet assimilis. Lucent genialibus altis
Aurea fulcra toris, epulæque ante ora paratæ
Regifico luxu: Furiarum maxima juxta
Accubat, et manibus prohibet contingere mensas,
Exurgitque facem attollens, atque intonat ore.
Hic quibus invisi fratres, dum vita manebat,
Pulsatusve parens, et fraus innexa clienti;
Aut qui divitiis soli incubuere repertis,
Nec partem posuere suis, quæ maxima turba est;
Quique ob adulterium cæsi, quique arma secuti
Impia, nec veriti dominorum fallere dextras;
Inclui pœnam expectant. Ne quære doceri
Quam pœnam, aut quæ forma viros fortunave mersit.
Saxum ingens volvunt alii, radiisque rotarum
Districti pendent: sedet æternumque sedebit
Infelix Theseus; Phlegyasque miserrimus omnes
Admonet, et magna testatur voce per umbras:
Discite justitiam moniti, et non temnere Divos.
Vendidit hic auro patriam, dominumque potentem
Imposuit: fixit leges pretio atque refixit.
Hic thalamum invasit natæ vetitosque hymenæos.
Ausi omnes immane nefas, ausoque potiti.
. . . .

Triples murallas bañadas con un rio de fuego, gemidos, ruido de azotes, estrépito de cadenas, serpientes y la Hidra con cincuenta bocas, buitre que roe las entrañas, y otros objetos semejantes: hé aquí lo que nos presenta el poeta en la mansion, segun él mismo dice, de los *defraudadores, adúlteros, crueles con sus padres, incestuosos, traidores á su patria,* y culpables de otros crímenes. Mucho dudo que V. haya oido cosas mas horribles. Y como si no le bastara el es-

pantoso cuadro que acaba de pintar con inimitable pincel, exclama:

Non, mihi si linguæ centum sint: oraque centum,
Ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas,
Omnia pœnarum percurrere nomina possim.

(*Eneid. L.* 6.)

Cien lenguas, cien bocas, férrea voz, no le bastarian para nombrar siquiera la variedad de penas de aquella mansion de horror!

Como quiera: dentro medio siglo la cuestion del infierno estará prácticamente resuelta para los dos: ruego al cielo que lo sea felizmente para ambos; pero si V. tiene la temeridad de aventurarse á lo que pueda suceder, me quedaré llorando su funesta ceguera, suplicando al Señor se digne iluminarle antes no llegue el dia de la ira, en que á la presencia del Juez Supremo, velarán su faz los ángeles tutelares no sabiendo qué alegar en descargo de V. para libertarle de la tremenda sentencia. M. de su affmo. —*J. B.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO.

FIN DEL ÍNDICE.

